

JOAQUIN POSADA GUTIERREZ

MEMORIAS HISTORICO-POLITICAS

*Neque me diversa pars in civilibus
armis movit a vero.*

SALUSTIO, "Frag. Hist."

*En medio de las facciones armadas
en guerra civil, el espíritu de partido
no me ha desviado de la verdad.*

Esta edición se toma de la que dirigió el señor José Joaquín
Castaño, por comisión de la Academia Colombiana de Historia.

TOMO III

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA

CAPITULO TRIGESIMOTERCERO

I

Un sudor frío baña mi frente, la mano me tiembla al escribir estas líneas; días enteros me he detenido al empezar a trazarlas. Alguna vez he pensado pasar a la ligera por sobre este incidente, que marca con negro borrón la noble faz de la Nueva Granada. Pero no hay remedio: no cumpliendo mi promesa de "decir la verdad sin consideraciones de ninguna clase, de aclararlo todo", yo infirmaría mi escrito, si me detuviera en el camino espinoso que he emprendido.

El gran mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre regresó a esta capital de su comisión de Venezuela, el 5 de mayo, en los últimos días de las sesiones del Congreso. Casado en Quito con una mujer joven y bella, de la que la guerra y el servicio público le habían tenido separado casi siempre, conociendo apenas a la hija, único fruto de su amor legítimo, sin ambiciones mezquinas, radiante de gloria inmarcesible que no podía aumentar, no pensaba Sucre sino en reunirse a su familia en una vida tranquila en el hogar doméstico, la sola felicidad verdadera que le es dado gozar al hombre sensible y moderado, en su peregrinación por este mundo.

La última entrevista de Sucre con el Libertador fue tierna y congojosa: estrechamente abrazados derramaron lágrimas uno y otro sobre el corazón del uno y del otro. Ambos veían que sus sacrificios eran perdidos.

Antes de emprender su viaje, tuvo Sucre varias conferencias con el Vicepresidente Caicedo. El señor Caicedo quería que el general Sucre influyese en mantener la unión de los departamentos del sur con los del centro, en una república centro-federal; es decir, quería que se conservase la unión de la Nueva Granada. Sucre le ofrecía procurarlo, aunque temía que antes de su llegada a Quito hubieran ocurrido algunos trastornos por allá, en cuyo caso serían infructuosos sus esfuerzos. "De todos modos yo tengo confianza en que usted, llegando a Quito en tiempo, podrá hacer mucho en este sentido", le dijo el señor Caicedo, "pero haga usted su viaje por el valle del Cauca al puerto de Buenaventura, mejor que por Neiva y Popayán".

Sucre le objetó que no era seguro encontrar buque en Buenaventura para Guayaquil, y que deseaba pasar el día de San Antonio con su familia. El señor Caicedo insistía con ahinco, pretextando que habiendo Sucre hecho la guerra a los pastusos, tan tenaces defensores de la causa del rey, era natural que tuviese enemigos que debía evitar. Sucre, arrastrado por el destino, le contestó que había venido por Pasto y nada le había sucedido. ¿Tendría el general Caicedo alguna sospecha, algún temor del riesgo que corría Sucre por aquella vía. ¿Sería una inspiración? Otras

personas dieron a Sucre el mismo consejo, y siempre lo despreció, poniéndose en camino por la vía fatal.

II

El general José Hilario López estaba en Neiva cuando llegó el general Sucre a aquella ciudad. Dice el general López en sus memorias:

“Todos mis corresponsales de la capital de la República y de otros lugares inmediatos, se acordaron en noticiarme cuanto sigue: 1º, que aunque el general Bolívar estaba resuelto a partir, asegurando que iba a salir de la República, temían que nunca abandonara nuestras playas, con la esperanza de que el ejército y sus demás partidarios, todos en connivencia, obrasen una asonada general para echar abajo el nuevo orden de cosas y aclamarlo nuevamente dictador: 2º, que al efecto se diseminarian por todas partes generales, jefes y oficiales de su confianza, para obrar simultáneamente la reacción; que estos recelos los habían tomado de buen origen y que muchos de los pasos que se daban en la capital los confirmaban a no dejar duda....

“El amor propio de Bolívar —continúa López— me decía uno, ofendido en esta vez, como nunca lo ha sido, no puede tolerar que otro mande en la nación mientras él exista, y así es necesario no aletargarse en la confianza: ¡alerta! ¡amigo mío, alerta! pues todavía hay muchos elementos antisociales, y no hay duda que todos se pondrán en acción para disolver lo que ha hecho el Con-

greso, y entregar de nuevo esta tierra al dictador vencido en el Congreso constituyente.

"En efecto —sigue López— todo persuadía que no se pensaba de buena fe en sostener la nueva constitución y las leyes dadas por el constituyente. Las intrigas más pérfidas se ponían en juego para crear una nueva necesidad, en virtud de la cual se disolviese la República, y que el temor de la anarquía obligase a los pueblos a ocurrir otra vez al general Bolívar como el único redentor, el único piloto que pudiese conducir la nave a un puerto de salvamento. No se necesitaba de un gran criterio para conocer que algunas personas de notabilidad que recientemente se suponían enemigas del general Bolívar, lo hacían únicamente con el designio de infundir confianza al partido liberal, y obtener por este medio colocaciones en qué poder obrar más a mansalva la reacción combinada con tanta astucia".

Si el general López hubiera proferido estas palabras en 1830, tendría la disculpa de la exaltación de las pasiones en aquella época; de la de él mismo, que joven aún era de los más violentos; ¡pero veintisiete años después, cuando todos los hechos eran ya concidos!... Mucha moderación se necesita para no irritarse al leer semejantes gratuitas imputaciones.

¿Quiénes eran los que no pensaban de buena fe en sostener la constitución y las leyes dadas por el Congreso? ¿No eran los santanderistas de Cúcuta, los llamados *liberales* en San Gil, en el Socorro, en esa misma provincia de Neiva en que estaba el general López, en todas partes, en fin?

El general López hablaba en 1857 de esta manera apasionada e injusta, por la fuerza aparente que le daban los acontecimientos que tuvieron lugar unos pocos meses después de publicada la Constitución de 1830; acontecimientos imprevistos, originados por la mala política del Gobierno, por el insulto, por la amenaza de muerte, por la persecución que sufría el partido llamado boliviano, ofensas intolerables que llegaron a precipitarlo después. ¿No es evidente que este partido, cuyo oriflama era la integridad de Colombia, bajo la Constitución que él había expedido, no podía promover la disolución de la República, que quería conservar como única tabla de salvación que le quedaba?

¿Quiénes eran esas personas *de notabilidad* que aparentemente se suponían enemigas del general Bolívar "solamente con el designio de inspirar confianza al partido *liberal*, y obtener por este medio colocaciones en qué poder obrar más a mansalva la reacción combinada con tanta astucia," según asegura el general López? Indudablemente ha querido designar al señor Castillo Rada y al general Rafael Urdaneta, y principalmente al segundo. ¿No es esta una suposición injuriosa, desmentida de la manera más incontestable por la historia? El señor Castillo y el general Urdaneta fueron los que impidieron que el Libertador hubiese sido elegido presidente por el Congreso constituyente; ellos tuvieron la franqueza y el valor de aconsejarle que se ausentase del país, incurriendo en su enojo: ¿no basta esto para destruir la grave aseveración del gene-

ral López? Si Castillo y Urdaneta hubieran unido sus votos a los de los treinta y dos diputados que tan tenaces estaban por la elección del Libertador, a pesar de él mismo, o siquiera que no los hubiesen contrariado ¿no se hubiera decidido la elección del Libertador, a pesar de él mismo, o siquiera que no los hubiesen contrariado ¿no se hubiera decidido la elección en favor de Bolívar en primer escrutinio? ¿para qué, pues, tenían que ocurrir a supercherías indignas, con un objeto que pudieron lograr por medios lícitos, con sólo haberlo querido? ¹

Las referencias que hace el general López a los informes que le daban sus corresponsales de esta ciudad, indican el estado de efervescencia en que se encontraba su partido. Separado el Libertador del mando, en viaje para el extranjero, el poder cayendo de la manera más deplorable en manos de los *liberales*, todavía no se creían seguros, y como la calumnia ha sido siempre el arma que han manejado con más destreza, se valían de ella para impresionar a un hombre tan inflamable como lo era entonces el general López, por otra parte crédulo y candoroso.

El general Sucre era a los ojos de aquel partido el hombre más peligroso, después de Bolívar.

¹ Según el general Obando, con referencia a sus corresponsales de Bogotá, el general Urdaneta estaba en completo rompimiento con el Libertador, próximo a asesinarlo y a hacer lo mismo con todos los bolivianos, lo cual verificado, se proponían los *liberales* asesinarlo a su turno. Según el general López, Urdaneta fingía enemistad con el Libertador para inspirar confianza al partido *liberal* y obtener empleos para obrar una reacción en favor de Bolívar. ¿Cuál de los dos dice la verdad? Ninguno de los dos, respondo yo terminantemente, y estoy seguro que esto responderán mis lectores, si son justos.

El noble comportamiento que siempre tuvo con él, y más en los días de su desgracia, que se interpretaba por inteligencia secreta en planes que se suponía se fraguaban entre los dos para después; el inmenso prestigio que le daba su esplendente gloria militar; el ascendiente que tenía sobre el ejército; su capacidad y variada instrucción, y el respeto que inspiraba la rigidez de sus costumbres públicas y privadas, todo hacía que se le viese como el sucesor más digno de Bolívar, como el único que podía con probabilidades de buen suceso intentar el mantenimiento de la unión de Colombia, bajo la Constitución en que tanta parte tuvo, o bajo una confederación de tres Estados regidos por un gobierno federal; y por consiguiente, este hombre, en la flor de su edad, de salud robusta que le prometía largos días de vida, era más temible aún que el mismo Bolívar para el partido disolvente y ambicioso que aspirando al dominio de la tierra granadina, bajo su caudillo ausente, odiaba al héroe que podía impedirsele, y que era el más notable de esos generales que, suponían los corresponsales del general López, se diseminaban por todas partes para obrar simultáneamente la reacción. Hé aquí descifrado el enigma.

III

El general Sucre seguía incauto su camino, desatendiendo como César los siniestros augurios, los idus de marzo, los fatídicos anuncios, acompañado sólo del señor García Tréllez, diputado al

Congreso por Cuenca, y de dos asistentes, sargentos licenciados. En Neiva se vio con el general López, hablaron de política; la discusión se exandeció y se dijo hasta por la prensa que el general López tuvo la idea de hacerlo prender e impedirle seguir: la fatalidad no quiso que el general López ejecutara aquella salvadora tropelía, si realmente pensó en ella. El general López en sus Memorias no dice una palabra sobre este notable incidente, y si bien la acalorada disputa fue cierta, lo segundo puede no serlo.

Antes de salir el general Sucre de Bogotá, partió para Neiva anunciando su marcha, un posta privado, y de Neiva, apenas llegado éste, salió otro para Popayán con el mismo objeto. "Sin embargo de los rumores y hablillas que hubiera en Neiva sobre asechanzas y planes contra la vida de Sucre, él llegó a Popayán sin novedad alguna. Allí observaron sus amigos que se le detenía con frívolos pretextos de que no se hallaban caballerías para los bagajes; supieron también, y esto lo hemos oído después de su arribo, el estado mayor de Popayán había dirigido un correo extraordinario al comandante general de Pasto, Obando, sin que hubiera motivo alguno que lo exigiese. Tales antecedentes y el conocimiento de los hombres que residían en los caminos del tránsito excitaron las sospechas de varios moradores de Popayán. Estos aconsejaron nuevamente a Sucre que siguiese el camino de Buenaventura, porque sospechaban que se le quería matar. Conducido por un destino fatal, él de ningún modo accedió, fundándose en los ardientes deseos que

tenía de unirse a su familia, y de ver si podía evitar la separación del Sur que todo el mundo aguardaba; tampoco pidió una escolta, lo que le aconsejaron igualmente. El comandante Delgado le manifestó en Patía los mismos temores, suplicándole que se demorase un día a fin de acompañarle, pero Sucre dijo que no se podía detener, y continuó su viaje con impavidez".¹ El posta de Popayán alcanzó al general Obando en Meneses, pocas horas antes de llegar a Pasto. ¿Qué significan esos postas anticipando avisos de cada paso que daba hacia el sacrificio el incauto Sucre? ¿Quiénes mandaban esos postas? Esto se conjetura; pero yo no lo sé con precisión, y sobre un negocio de tanta magnitud no quiero aventurar un concepto en que puedo equivocarme.

IV

El número 39 de *El Demócrata* de 19 de junio de 1830 apareció tremebundo, justificando los recelos de los amigos del ilustre viajero, que ya perdieron toda esperanza de que volviese a gozar de la sonrisa de su inocente hija, que es uno de los placeres más intensos que Dios permite disfrutar sobre la tierra al hombre sensible; y desde aquel momento aguardaban en la mayor ansiedad la noticia del trágico suceso, que temían desde antes de ser tan claramente anunciado.

Ruego al lector que, sobreponiéndose a toda pasión política, fije su atención en los siguientes párrafos del citado artículo. Dicen así:

¹ Restrepo, *Historia de Colombia*.

"SECCION CRIMINAL

"Acabamos de saber con asombro, por cartas que hemos recibido por el correo del Sur, que el general A. José de Sucre ha salido de Bogotá ejecutando fielmente las órdenes de su amo, cuando no para elevarlo otra vez, a lo menos para su propia exaltación sobre las ruinas de nuestro nuevo Gobierno. Antes de salir del departamento de Cundinamarca empieza a manchar su huella con ese humor pestífero, corrompido y ponzoñoso de la disociación. Cual otro Leocadio¹ lleva el pro-ditorio intento de minar al autoridad del Gobierno en su cuna, ridiculizándolo y burlándose aun de su misma generosidad. Bien conocíamos su desenfrenada ambición, después de haberle visto gobernar a Bolivia con poder inviolable; y bien previmos el objeto de su marcha acelerada, cuando dijimos en nuestro número anterior, hablando de las últimas perfidias de Bolívar, que éste había movido todos los resortes para revolucionar el sur de la República. Pero hablemos de lo que actualmente sucede.

"Va haciendo alarde de su profundo saber.... Se lisonjea de observar una política doble y deslumbradora. Afirma que los liberales y pueblo de Bogotá, es lo más risible, lo más ridículo que ha visto. En fin, osa decir, denunciando sus alevnes intentos, que si todos los pueblos son así, está seguro de cantar victoria en todos ellos. Dice además contra el Gobierno que el actual excelentísimo señor Vicepresidente de la República sólo tie-

¹ El señor Antonio Leocadio Guzmán.

ne capacidad para oír demandas verbales; que carece de talentos para intervenir en el Gobierno, pues actualmente no sabe lo que deba hacerse; niega la aptitud a todos los ministros, y tiene el descaro de asegurar que en toda la Nueva Granada no hay quien pueda desempeñar estos destinos. Se burla de que se piense en la restauración del orden, y manifiesta su conato, su decisión por separar los pueblos del Sur.

"Sería difícil marcar cuál de estas dos aserciones es más fatua, más atrevida, más subversiva, más calumniosa, más llena de esa voraz ambición que le destroza las entrañas, y que en vano procura cubrir con una risa falaz y maligna: ¡Ved, colombianos, el más digno de los generales de Colombia! Pero él tiene razón cuando dice que en vano se procura restablecer el orden; él está al cabo de todos los planes para insurreccionar las tropas; él mismo es un agente de la intriga; él ve en la generosidad de nuestro Gobierno apenas debilidad e ineptitud. Ya empiezan a germinar las consecuencias de no haberse permitido al pueblo el 7 del corriente amarrar a todos los factores descubiertos y ocultos del motín que dio ocasión a la alarma de aquel día, para juzgarlos y castigarlos, probados que hubiesen sido sus crímenes. El 7 de mayo pudo haberse hecho célebre en nuestros anales, destruyendo del todo las esperanzas de Bolívar y asegurando la estabilidad de Colombia. Bolívar es hoy un vesubio apagado, pronto a romper su cráter, vomitando llamas de odio, de destrucción y de venganza....

"Los pueblos del interior, que sirven obedien-

tes al Gobierno y sin peligro, no tendrían motivo de armarse; pero afortunadamente se levantan batalladores con qué auxiliar, si fuere preciso, a nuestros compatriotas del Sur, bien oprimidos aún por el general Flórez. Las cartas del Sur aseguran también que ya este general marchaba sobre la provincia de Pasto para atacarla; pero el valeroso general José María Obando, amigo y sostenedor firme del Gobierno y de la libertad, corría igualmente al encuentro de aquel caudillo y en auxilio de los invencibles pastuzos. *Puede ser que Obando haga con Sucre, lo que no hicimos con Bolívar*".

De este artículo se han hecho centenares de extractos y glosas, principalmente del último período que he señalado en letra cursiva: todos lo han considerado el punto de partida de sus investigaciones y alegatos, y es seguro que en todas partes, apenas apareció o llegó el periódico, se vio en él: 1º, la sentencia de muerte dictada contra el general Sucre; 2º, la designación nominal del ejecutor de la sentencia; 3º, el objeto principal de presentar la víctima bajo un carácter odioso para disminuir la indignación que el enorme atentado debía causar en todo pecho generoso, y disculpar el gozo que no podrían menos de manifestar los complicados en la trama de que ya se hablaba. Los rumores de un complot contra la vida del general Sucre fueron tan generales, que ellos eran los que causaban la alarma y los temores del peligro que corría en el viaje por la vía que había elegido. El resultado debía pues, probar si éstos eran o no juicios temerarios.

V

Prescindiendo del desaliño e insulso lenguaje del *Demócrata* en todas sus acriminaciones, censuras y exigencias, se consideró generalmente este artículo, además de aleve, calumnioso por las consideraciones siguientes:

El general Sucre salió de Bogotá en la mejor inteligencia con el Vicepresidente Caicedo, de quien era amigo personal y político, habiendo estado los dos siempre de acuerdo en cuanto debía hacerse y se hizo, desde su llegada a Bogotá al Congreso. ¿Cómo podía, pues, admitirse que Sucre se expresara respecto de Caicedo de la manera que dice el *Demócrata*? Es probable que lo juzgara, cuando más, como todos lo juzgaban: un honrado ciudadano, bondadoso, condescendiente, irresoluto por temor de errar, y que por tanto no era hombre para dominar la situación con energía. Esto mismo se dijo, y con más razón, del honorable señor Mosquera. No habrían podido encontrarse dos hombres de más idoneidad para Presidente o Vicepresidente en tiempos regulares, o sea *normales*, como se dice ahora; pero en los que fueron elegidos, sus virtudes, lejos de ser cualidades de aptitud para el mando, eran lo contrario. Esto, puede ser que lo dijera el general Sucre; mas la sana crítica no admite que hablara del modo que asegura el *Demócrata*.

Puede ser también que dijera en su disputa con el general López algo parecido a que los *liberales* de Bogotá fuesen "lo más ridículo, lo más risible

que había visto", pues con pocas excepciones era exacta la calificación, componiéndose en la generalidad, entonces, el partido liberal, de muchachos de las escuelas y jóvenes colegiales; y aunque los corifeos de aquel partido, además del general Santander, eran los catedráticos y el general Obando (José María), que veía claro que ese era su camino para llegar a donde él deseaba, esto no destruye la regla en lo principal. En tiempos de tanta exaltación, no sería extraño que en una acalorada disputa política se escapara al general Sucre alguna expresión, acaso imprudente, que diera ocasión a las exageraciones del *Demócrata*, o de sus corresponsales: en un hombre tan grave y circunspecto como Sucre no puede suponerse otra cosa. Lo que no dice el *Demócrata*, y es probable que se lo dijeran sus corresponsales, es la calificación que el general López haría del Libertador y de los partidarios de la integridad de Colombia, llamados *bolivianos*; pero pueden suponerlo todos los que sepan lo intolerante que era el general López en aquel tiempo, y lo exaltado que estaba desde la disolución de la Convención de Ocaña.

VI

He dicho ya que los diputados al Congreso por los departamentos del Sur en su comisión a Venezuela, amenazaron en plena cámara, que aquellos departamentos se constituirían independientes si Venezuela lo hacía definitivamente. Era público y se sabía en Bogotá desde fines de marzo que en Quito se trataba de un pronunciamiento,

tomándose medidas para generalizarlo, el cual tuvo en efecto lugar; se sabía que Pasto se había pronunciado, agregándose al departamento del Ecuador. ¿Cómo, pues, podía ir el general Sucre, cumpliendo las órdenes del Libertador, que el *Demócrata* llama "su amo" para revolucionar el sur de la República, que ya estaba revolucionado? El presidente Mosquera se encontró con el general Sucre cuando aquél venía de Popayán y éste iba. Antiguos e íntimos amigos, confiando sin reserva el uno en el otro, hablaron sobre lo que debía hacerse para restablecer el orden y la paz interior. Sucre le ofreció su cooperación, hasta donde alcanzasen sus fuerzas, pero desconfiaba de lograrlo. El señor Mosquera habló de esta conversación con varias personas a su llegada, manifestándose indignado por el artículo del *Demócrata*: ¿Cómo se concilia esto con lo que se supone dijo Sucre en el tránsito, lo que el señor Mosquera habría precisamente sabido?

Pero hay un documento expresivo, auténtico, que puede considerarse el testamento de la víctima que marchaba al sacrificio, el cual desmiente de la manera más terminante las aseveraciones injuriosas de los enemigos del general Sucre. Hélo aquí:

"Popayán, 27 de mayo de 1880.

"Señor general Vicente Aguirre.

"Mi apreciado amigo: ayer llegué a esta ciudad, y mañana sigo. Hoy he recibido la carta de usted de 13 del corriente, que me instruye de lo que ocurría en Quito ese día.

"Lo que se ha hecho no ha sido en tiempo, por-

que yo creo que debió esperarse el término de las sesiones del Congreso; mas era cosa calculada por todos, que debía suceder una novedad en el Sur, porque era imposible que sus ciudadanos fueran del todo indiferentes al estado de Colombia. Opino, pues, que si hay moderación y buen juicio y si se lleva por guía mejorar la administración interior del país, bajo principios fijos y de provecho público, este acontecimiento será provechoso. Repito que para todo esto es necesario sólo buen sentido, unión y patriotismo; y llamo unión la más estrecha y buena inteligencia entre los tres departamentos del Sur. Colombia no puede existir por mucho tiempo, sino compuesta de los tres grandes estados confederados. Venezuela está corriente en esto, y también lo está la Nueva Granada; pero ésta podría tener a la larga pretensiones sobre el Sur, si allí se descubren rivalidades de provincia.

“Yo llegaré pronto allá y les diré lo que he visto y todo lo que sé, para que ustedes vean lo mejor, y también todo lo que el Libertador me dijo a su despedida, para que de cualquier modo se conserve esta Colombia, y sus glorias, y su brillo, y su nombre.

“Puede usted entretanto enseñar esta carta al general Flórez, a quien no tengo tiempo de escribir, porque estoy ocupado en mis cosas de viaje. Recomendando siempre moderación y prudencia, para que todos los colombianos se entiendan con calma y sin ruido de guerras civiles.

“Siembre su buen amigo,

“SUCRE”

Esta fue probablemente la última carta que escribió el gran Mariscal de Ayacucho. La puso en el correo que debía llegar antes que él, y se publicó en la *Gaceta Oficial* de Quito, número 64.

Hé aquí a Sucre improbando como extemporáneos los movimientos del Sur, antes de saberse lo que hubiera hecho el Congreso, y recomendando moderación y juicio. Considerando inevitable la separación que había previsto de aquella parte de la República, temía que las rivalidades provinciales la comprometiesen con la Nueva Granada, a la que, aunque con precauciones para no chocar con las opiniones ecuatorianas le concede el derecho de tener pretensiones sobre aquellos departamentos. Pero lo que resalta en esta carta más que todo, es la idea dominante de Bolívar, de que de cualquiera manera se conservase la gran Colombia, "y sus glorias, y su brillo, y su nombre"; y a este noble y patriótico objeto se reducían esas instrucciones que dice *El Demócrata*, iba ejecutando fielmente Sucre por todo el camino. Y este deseo de Bolívar y Sucre no querían llevarlo a cabo sino "con moderación y prudencia para que todos los colombianos se entendieran con calma y sin ruido de guerras civiles". Desde sus conferencias con los comisionados en Cúcuta, estuvo Sucre fijo en que este era el único medio de mantener la integridad nacional, y así lo dijo al señor Caicedo y al señor Mosquera. ¿No era lo más natural que Bolívar y Sucre desearan esto e hicieran esfuerzos por conseguirlo? "En Colombia amaban justamente aquellos hombres, la obra de sus sacrificios y de sus proezas. Dividir la valía para ellos tanto como borrar un nombre

glorioso; despedazar un territorio vasto, magnífico, repleto de riquezas, fecundo en esperanzas de prosperidad y de grandeza, y por fin entregar sus fracciones a la irregular oscilación que se notaba en todos los de América, donde las ideas de un demagogismo frenético habían deshonrado la causa de la libertad y HECHO MAS PERNICIOSA QUE UTIL LA CONQUISTA DE LA INDEPENDENCIA".¹

De los militares colombianos, llamados bolivianos, puede decirse lo mismo: esa era la idea que nos arrastraba hasta a hechos reprobables. Teníamos ciertamente afecto, veneración personal por nuestro antiguo jefe que nos había conducido a la victoria, ilustrando el nombre de la República, que mirábamos como un deber conservar; pero nuestro bolivarianismo consistía no en esto, sino en que considerábamos a Bolívar como el representante del principio de unión y como el hombre que con más probabilidades podría hacerlo triunfar. En Sucre veíamos un sucesor de Bolívar, en influencia y en capacidad, en prestigio y ascendiente, en el caso, que juzgábamos inminente, de que aquél faltara; y como los partidarios de la disolución de la República temían más a Sucre, en todo el vigor de la edad viril, que a Bolívar gastado y moribundo, empleaban para con éste el ultraje que debía acelerar su fin, y afilaban para aquél el puñal del asesino. Esta es historia, esta es la verdad, no es declamación, no es calumnia.

¹ Baralt y Díaz.

VII

En la tarde del 2 de junio (1830), el general Sucre con el señor García Tréllez, sus dos asistentes, un criado del señor García, y dos arrieros que conducían cuatro cargas de equipaje, llegaron al Salto de Mayo, a la casa de José Eraso, especie de tambo pajizo cercado, donde dormían amos, criados, pasajeros, hombres y mujeres, sanos y enfermos, y algunos animales domésticos; y en aquella pocilga pernoctó inquieto el general Sucre con sus compañeros. Y así tenía que ser, porque en tres leguas a la redonda ningún viajero podía encontrar un techo hospitalario donde descansar un rato, y situada esta zahurda al borde mismo del despeñadero por donde se baja al puente del río Mayo, en un punto preciso, inevitable, todo el que iba de Popayán a Pasto, o viceversa, tenía que tocar con Eraso, y siendo de tarde, forzoso era pedirle un rincón, y una *barbacoa* para pasar la noche. Hombre de baja extracción, indio de instintos salvajes, avezado al crimen, antiguo guerrillero realista de los conmlitones del general Obando, presentado a la República a fines de 1827, rodeado de desertores y soldados licenciados del ejército todos armados, calificado de salteador de caminos; era Eraso en aquel sombrío despoblado una amenaza para los pasajeros, que temiendo ser robados o asesinados, compraban su seguridad con regalos ya espontáneos, ya solicitados. Su aspecto siniestro, el de su mujer, que montaba a caballo a horcajadas como hombre, con sable ceñido y pistolas cargadas en pistoleiras de cuero de tigre; el de sus compañeros, que

llamaba sus jornaleros, negros o indios, sucios, de tosco semblante y torvo mirar; todo inspiraba en aquella forzada *pascana* un terror que quitaba el sueño al hombre más fatigado. Y ese Eraso era teniente coronel y comandante de las milicias de aquellos contornos, que se llamaban "la línea de Mayo", nombrado, sostenido y mimado por el general Obando.

El general Sucre fue pródigo en obsequios con aquella gente, y dando gracias a Dios de haber amanecido con vida, se puso en marcha con su pequeña comitiva en la mañana del 3 dejando a Eraso en su casa, aparentemente tranquilo y satisfecho. A las diez de la mañana llegó Sucre a "La Venta", caserío pajizo situado a poca distancia de la boca de la montaña de Berruecos, a tres leguas del Salto de Mayo, y encontrando allí a Eraso, le dijo en extremo sorprendido: "Usted debe ser brujo, pues habiéndole dejado en su casa y no habiéndome usted pasado en el camino, le encuentro ahora delante de mí". Las respuestas entrecortadas y ambiguas de Eraso, lejos de tranquilizarle aumentaron la inquietud que le causó la vista de aquel hombre allí, sin saber cómo ni por dónde se le adelantara.

Sucre, desconcertado, hizo alto, pidiendo albergue en la mejor casucha del villorio, el que le fue concedido.

Pocas horas después se presentó allí el también comandante Juan Gregorio Sarria, como Eraso hombre más que vulgar, su antiguo compañero en las guerrillas realistas del tiempo de la guerra de la independencia, de más confianza que el mismo Eraso para el general Obando, a cuyo influjo de-

bía ser comandante de caballería en 1830, no siendo más que alférez de milicias en las guerrillas españolas en 1823 cuando se pasó.

Sarria fue el azote de la comarca de Timbío, Paispamba, caseríos inmediatos, y haciendas hasta Popayán, antes como realista y después en las guerras civiles. Hombre de formas atléticas, fuerzas hercúleas, color blanquecino (mestizo), talla más que mediana, anchas espaldas, pecho alto, lampiño, ojos pardos, mirada cautelosa, su presencia no inspiraba el horror instantáneo que causaba la de Eraso, pero tampoco inspiraba confianza. El corazón de Eraso se comparaba al de un tigre; el de Sarria al de un hombre pervertido, bien que yo no sé cuál de las dos cosas sea peor.

En el carácter de Sarria se notaba un contraste que indicaba haber recibido en su infancia POR UNA MADRE algunas inspiraciones piadosas de que se resentía aun después de haberse corrompido en la feroz guerra de la independencia, y en las civiles que la sucedieron, haciéndose cruel por hábito y no porque lo fuera naturalmente. Supersticioso más que religioso, como lo son en general los hombres ignorantes, llevaba a su cuello un medallón con la imagen en tosca pintura de Nuestra Señora del Carmen, con el que se santiguaba cuando empapaba las manos en sangre humana, o mandaba asesinar a lanzadas a los prisioneros. Una ocasión, celoso de su mujer sin fundamento, cogió al joven de quien sospechaba que la galanteaba, lo amarró de pies y manos en una cama y lo mutiló como el tío de Eloísa hizo con Abelardo. Se le siguió causa por esto, y dijo que la Virgen le

inspiró aquello, pues su intención fue matarlo, y que él rogó a Nuestra Señora que le diera *buena mano* para que no se muriera el paciente. Este infeliz joven, a quien conocí, bastaba que oyese el nombre de Sarria para que le dieran convulsiones.

Cuando yo fui a Popayán en 1832 con el mismo general Obando, estaba Sarria oculto, porque tres días antes había maltratado con cinco heridas a su mujer. Estas cosas sucedían en la ciudad de Popayán, capital del departamento, residencia de las autoridades y tribunales superiores; pero Sarria, Eraso y otros de iguales condiciones, gozaban de la más completa impunidad, pues el general Obando los cubría con su égida, y nadie se atrevía a arrostrar el peligro de incurrir en el enojo del poderoso magnate, procediendo contra unos hombres, por criminales que fueran, a quienes miraba y protegía aquél, como sus más decididos servidores. Con la llegada del general Obando pudo Sarria salir.

Sin embargo, Sarria, de vez en cuando, era generoso, perdonaba y agradecía los beneficios que hubiera recibido. En las guerras robaba abiertamente los ganados de las haciendas que él llamaba botín, pero daba limosna y socorros a cuantos pobres veía, diciendo que así debían hacer todos los cristianos, porque si no se les quitaba a los ricos para dar a los pobres, éstos morirían de hambre, pues aquéllos tenían muy duro el corazón.

Otra diferencia notable había entre estos dos hombres de tan espantosa nombradía en aquellos contornos. Eraso era cobarde, Sarria era valien-

tísimo. Yo no he conocido en estos últimos tiempos más que un hombre que le igualara a caballo lanza en mano: el teniente coronel Pedro José Carrillo, que murió a mi lado el infausto 18 de julio de 1861.

VIII

“La presencia de dos enemigos semejantes, de los cuales uno se ha dejado algunas leguas atrás y luego se le encuentra por delante reunido al otro, sin haberle visto pasar, y habiendo sido necesario que tomase un largo rodeo para hacer aquel camino, no era cosa que el pasajero podía ver con indiferencia”.¹ En efecto, viendo allí el general Sucre a estos dos hombres aparecidos, como por arte infernal, se alarmó sobremedida, y en lugar de continuar su marcha, tomando algunas precauciones, teniendo como tenía tiempo de pasar la montaña de Berruecos, y llegar al poblado del otro lado, haciéndose preceder de algunos vecinos que hiciesen el oficio de exploradores; desconsertado insistió en quedarse en la venta, dando así tiempo a que los asesinos se acordaran y preparasen el golpe con desahogo, con precauciones para no ser descubiertos, y tomando medidas que lo hiciesen seguro. Un hombre de la previsión de Sucre, tan afortunado en la guerra por la exactitud con que calculaba lo que el enemigo hiciera, para prevenirlo, ¿cómo pudo ofuscarse de tal modo?

¹ A. J. Irisarri.

En su conturbación creyó evitar el peligro domesticando las fieras que le acechaban, y convidó a Sarria y a Eraso a tomar una copa de brandy, a que le acompañasen a comer y a que se quedasen aquella noche en La Venta. Ambos, aceptando el licor a que eran en extremo aficionados, rehusaron lo demás, pretextando Sarria que iba en comisión urgentísima, que llevaba señaladas las paradas en su itinerario y no podía detenerse un momento en ninguna parte, y Eraso, que tenía que volverse a su casa; y uno y otro se pusieron en efecto, acto continuo, en marcha para el Salto. Si ~~suere~~, alejados aquellos hombres siniestros, hubiera continuado su marcha, se habría salvado; pero ya más confiado no lo hizo. Algunas veces creo yo que los turcos tienen razón de ser fatalistas.

Sin embargo tomó algunas precauciones para pasar la noche en La Venta. Hizo cargar sus pistolas, las del señor García Tréllez y las carabinas de sus dos asistentes y del criado del señor García, y estuvieron todos vigilantes durante la noche, acompañándolos el señor Manuel de Jesús Patiño, comerciante que venía de Pasto, y habiéndose encontrado con Sarria en la montaña de Berruecos, llegó con él a La Venta. El señor Patiño preguntó a los viajeros dónde habían dormido, y habiéndole contestado que en el *Salto de Mayo*, dijo: "Ustedes viven de milagro, han dormido en medio de asesinos"; y aunque pudo seguir se quedó a acompañarlos.

IX

La aurora del 4 de junio, apareciendo clara, resplandeciente, disipó los temores de los viajeros; el sol, mostrando su inmenso disco rojo, como un globo de sangre, no sobre el horizonte que allí no hay, sino levantándose detrás del negro perfil de la funesta montaña, derramó en su corazón una engañosa confianza. Sucre, creyendo que todo peligro había pasado, se puso en marcha con sus compañeros cerca de las ocho de la mañana, en este orden: delante los arrieros con Francisco Colmenares, uno de sus asistentes; seguían a éstos el señor García Tréllez y su criado, y tras ellos inmediatamente el general y su otro asistente Lorenzo Caicedo. A poco más de media legua de camino del punto de donde habían partido, en una angostura barrealosa y difícil, sale del enmarañado laberinto de corpulentos árboles y espinosas malezas un tiro de fusil. “¡Ay! ¡bala-zo!...” exclama el general Sucre, y no habían acabado sus labios de pronunciar esta su última palabra, cuando parten tres tiros más de un lado y otro del lóbrego sendero, y el immaculado gran Mariscal de Ayacucho, a los treinta y siete años de edad, cae atravezado el corazón, sobre el hondo lodazal de aquel oscuro, tenebroso y solitario bosque, escogido por mano oculta con fría y premeditada traición, sin odio, sin idea de venganza, y sólo por miras políticas, porque estas pasiones en nuestra América hacen de nosotros, antes tan mansos y benévolos, un pueblo de caribes.

El señor García, los criados y arrieros que

iban por delante, a la detonación de los alevos tiros y al oír la exclamación de la víctima, creyéndose atacados por ladrones, picaron aterrados, al trote largo, y a poca distancia les alcanzó, herido y sin jinete el mulo que montaba el general. Con esto no les quedó duda que el crimen se había consumado, y continuaron su marcha tan aceleradamente cuanto el mal camino lo permitía.

Caicedo, que seguía el último, se había atrasado a poca distancia, y oyendo los tiros corrió hasta el lugar donde encontró el cadáver de su señor, a quien amaba, y vio agazapados a los cuatro asesinos con fusiles o carabinas, y uno de ellos con sable ceñido; por lo que espantado volvió riendas hacia La Venta. Los asesinos le gritaron dos veces, "¡párate Caicedo, no es contigo, párate!" lo que asustándole aún más, le hizo picar cuanto lo permitía el lodazal de aquel infernal camino, y llegando anhelante a La Venta dio parte a gritos de la horrenda catástrofe. Eran las diez de la mañana. Temblante y consternado hizo diligencia para buscar quien lo acompañase a enterrar el cadáver, y no pudo conseguirlo: el miedo lo impedía.

Hallábase en La Venta el capitán José María Beltrán, conduciendo la caja y las municiones de reserva del batallón *Vargas*, con una pequeña escolta, y en lugar de tomar medidas para ir en el acto a descubrir los asesinos, lo que hizo fue escribir a Eraso, al Salto de Mayo, recomendándole que viniera con gente para proveer a la seguridad de las municiones, avisándole lo que había sucedido en la montaña. El conductor de este papel

llegó al Salto después de mediodía, y encontró a Eraso tocando guitarra; y Sarria, que no pudo quedarse en La Venta el día anterior porque dijo que marchaba en una comisión importante que no le permitía detenerse un momento, se encontraba todavía, más de veinticuatro horas después, a tres leguas, en casa de Eraso, sin motivo ni objeto conocidos para aquella sospechosa demora, y montando a caballo en el acto, llevándose el papel de Beltrán, siguió para Popayán a escape.

En la tarde del mismo día llegó a La Venta un pasajero que venía de Pasto, y dijo haber encontrado el cadáver, que le había sacado el reloj, el que entregó al criado Caicedo, y aseguró que en todo el tránsito no había visto un solo hombre, sino a los compañeros del general, que habían seguido adelante. Con este aviso se animaron en La Venta y salieron el señor Patiño, el capitán Beltrán, Caicedo y uno de los arrieros de Beltrán, precediéndoles Caicedo: al alcanzar éste a ver el cadáver, impresionado como estaba, creyó oír un ruido en el bosque y gritó: "ahí están los asesinos", a cuya voz volvieron aterrados a carrera a La Venta.

Al siguiente día, sabiéndose que no había gente en la montaña, se animaron el señor Patiño, Caicedo y otros a ir al lugar de la catástrofe, y encontrando el cadáver lo reconocieron. Tenía tres heridas mortales, y no le habían robado ni la bolsa en que llevaba algunas monedas de oro, ni nada de su vestido, lo que demostró más a las claras que el asesinato no se había cometido para robarle, y que se tuvo cuidado en que esto apareciera así.

Hay allí cerca un pequeño espacio desmontado que llaman la Capilla, sin haber capilla, en donde lo enterraron, poniendo sobre la sepultura una tosca cruz de madera; esa cruz, custodia sagrada de la tumba del cristiano en el bosque, en el desierto, en la humilde sepultura del pobre, en el mausoleo del rico; madero simbólico que él sólo encierra toda una religión de caridad, de consuelo y de esperanza; esa cruz, que ha civilizado el mundo que la reconoce, abolido los sacrificios humanos, emancipado la mujer, desgraciada mitad del género humano, esclava antes y esclava aún en todas partes donde la sombra del madero emblemático no la protege; esa cruz, que siendo en su origen instrumento bárbaro de afrentoso suplicio se ha colocado ella misma hace cerca de mil novecientos años sobre la corona de los reyes, sobre la tiara de los pontífices, sobre las torres y muros de las ciudades, haciendo tan estupendos milagros sólo con mostrarse bañada en sangre sacrosanta, en la mano de doce hombres oscuros, sin poder, sin ejércitos, sin letras; esa cruz, en fin, que dice al género humano: todos sois hijos de un Dios, todos sois iguales si sois virtuosos, amaos como hermanos, creed y esperad!

El general López había salido de Neiva después que el general Sucre, para encargarse de la comandancia de armas de Popayán, por la ausencia del general Obando. Sarria, que salió el 4 del Salto, después de mediodía, llegó a Popayán como a las tres y media o cuatro de la tarde del 6, habiendo andado treinta leguas por un mal camino, en menos de dos días, cuando del 3 al 4 no anduvo

sino las tres leguas de La Venta al Salto; y entrando a la ciudad, al pasar por la tienda del señor Francisco Javier Cobos, le preguntó éste: "¿Qué novedad trae usted?" "No hay nada; ha muerto Sucre", fue la respuesta de Sarria, que sin detenerse se dirigió a casa del general López a darle la noticia.

En la mañana del 5 la recibió el general Obando en Pasto y la comunicó a Popayán al prefecto del departamento, y al general Flórez en el mismo día, en los términos siguientes:

"NOTA OFICIAL AL PREFECTO

"República de Colombia—Comandancia general del Cauca.

"Cuartel general en Pasto, a 5 de junio de 1830.

"Señor Prefecto del departamento del Cauca.

"*Ahora que son las ocho de la mañana acabo de recibir de la hacienda de Olaya, en esta jurisdicción, una noticia que al expresarla me estremezo: ella es que el día de ayer se ha perpetrado un horrendo asesinato en la persona del general Antonio José de Sucre, en la montaña de La Venta, por robarlo. El parte es tan informe, que apenas comunica el suceso sin detallar ningún particular, sino que un tal Diego pudo escapar y fugar. En este mismo momento marcha para ese punto el segundo comandante del batallón Vargas, con una partida de tropa, para que asociado con las milicias de Buesaco, inquiera el hecho, haciendo conducir el cadáver a esta ciudad para su reconocimiento. Al mismo tiempo ordeno a este jefe que escrupulosamente haga todas las averiguaciones necesarias, y que tale esos montes y per-*

siga a los fraticidas hasta su aprehensión. Ellos probablemente deben haber seguido hacia esa ciudad, cuando se cree que los agresores han sido desertores del ejército del Sur, que pocos días há he sabido han pasado por esta ciudad. El esclarecimiento de este inesperado suceso le es al departamento del Cauca y a sus autoridades tan necesario, cuanto que en las presentes circunstancias puede ser este fracaso el foco de calumnias para alimentar partidos con mayores miras.

“Dios guarde a Usía.

“JOSE MARIA OBANDO”

“CARTA DEL GENERAL OBANDO AL GENERAL FLOREZ

“Pasto, 5 de junio de 1830.

Mi amigo: he llegado al colma de mis desgracias: cuando yo estaba contraído puramente a mi deber, y cuando un cúmulo de acontecimientos agobiaban mi alma, ha sucedido la desgracia más grande que podía esperarse. *Acabo de recibir* parte que el general Sucre ha sido asesinado en la montaña de La Venta, ayer 4. Míreme usted como hombre público y míreme por todos aspectos, y no verá sino un hombre todo desgraciado. Cuanto se quiera decir, va a decirse, y yo voy a cargar con la execración pública. Júzgume usted y míreme por el flanco que presenta siempre un hombre de bien que creía en este general el mediador en la guerra que actualmente se suscita. Si usted conociera esto con toda su frente, usted vería que este suceso horrible acaba de abrir las puertas a los asesinatos; ya no hay existencia segura, y

todos estamos a discreción de partidos de muerte. Esto me tiene volado; ha sucedido en las peores circunstancias y estando yo al frente del departamento: *todos los indicios están contra esa facción eterna de la montaña*: quiso la casualidad de haber estado detenida en la Venta la comisaría que traía algún dinero; quedó ésta allí por falta de bestias, y es probable hubiesen reunídose para este fin; pero como mandé bestias de aquí a traerla, vino ésta y llegaría la partida cuando no había la comisaría, llegando a este tiempo la venida de este hombre. En fin, nada tengo que poder decir a usted sino que yo soy desgraciado con semejante suceso.

da, hemos pensado mandar un oficial y al cape-

“En estas circunstancias, las peores de mi villán de Vargas para que puedan decir a usted lo que no alcanzamos.

“Soy de usted su amigo.

JOSE MARIA OBANDO”

Al comandante general de Quito le dice de oficio el mismo día que el inveterado malhechor Noquera había asesinado al general Sucre.

El prefecto del Cauca dio parte al Gobierno del suceso con un atraso notable, seis días después de haberse sabido en Popayán (el 12 de junio) en nota al secretario del interior, en la que dice:

“Señor: El día 6, con la venida del comandante Juan Gregorio Sarria, que vino de Pasto conduciendo pliegos del señor comandante general avisando su entrada feliz en aquella ciudad, dio parte el mismo Sarria que hallándose por el pun-

to de La Venta, cerca del río Mayo, vino el criado del excelentísimo señor general Antonio José de Sucre, a pedir auxilio porque lo habían aco- metido en la montaña. Sarria con referencia al propio criado decía que a su regreso lo había ha- llado muerto. Esta noticia tan infausta, desgra- ciadamente se ha confirmado por el adjunto ofi- cio del señor comandante general del departamen- to. (Es el que se vio arriba).

“Por comunicaciones posteriores de Pasto, y por las declaraciones recibidas aquí por la co- mandancia (el general López) resultan indicios o pruebas muy ciertas para creer que esta obra ha sido proyectada en el Sur y remitidos de allí los asesinos. Lo cierto es que los autores de la se- paración del Sur, temían que fuera el señor gene- ral Sucre, porque les trastornaría su plan y aun este fue el motivo de haberla precipitado”.

X

Bajo estas diferentes fases, se anunció la noti- cia del nefando suceso, y circuló por todas partes.

Por la imprenta se acusó al general López de haber cometido la imprudencia de decir al recibir- la que “si el asesinato no se hubiera perpetrado en la provincia de Popayán lo habría celebrado con un banquete”, y otra mayor, la de malquis- tarse con el señor Rafael Mosquera, que invitó a los ciudadanos por papeletas impresas, a llevar unos días de luto en señal de sentimiento y de aprecio a la memoria de la noble víctima, tan bár- baramente sacrificado; y López, dando muestras

de irritación por esto, circuló inmediatamente otras papeletas semejantes, haciendo la misma invitación en honor y memoria del general Córdoba, muerto un año antes combatiendo contra el gobierno que él, tanto como el que más, había contribuido a establecer.

Los periódicos *liberales* anunciaron la noticia en la capital con las mismas palabras de Sarria al llevarla a Popayán: "muerte de Sucre", como si se tratase de la muerte de un perro.

El honrado Presidente Mosquera, se afectó hasta caer enfermo, y mandó por un decreto que los generales, jefes y oficiales del ejército llevaran luto riguroso por ocho días, lo que se cumplió en los departamentos del Centro. Pero la sensación que causó la terrible nueva en todos los hombres de bien, verdaderos patriotas, tanto en el Ecuador como en Nueva Granada y Venezuela, fue profunda, inmensa; y los comentarios, acriminaciones, injurias recíprocas que ella produjo, hicieron crujir las prensas por todas partes, deslindando con foso más hondo los partidos.

La carta del general Obando al general Flórez fue contestada de oficio en términos terribles por el secretario de gobierno de la nueva república del Ecuador.

La prensa de todos los departamentos en ella, se desató haciendo inculpaciones aterradoras al general Obando, y en un manifiesto se publicaron extractos de tres cartas anteriores de aquel general, a su hasta entonces íntimo amigo el general Flórez. En la primera de éstas decía Obando a Flórez: "Pongámonos de acuerdo, don Juan:

digame si quiere que detenga en Pasto al general Sucre, o lo que debo hacer con él; hábleme con franqueza y cuente con su amigo". . . . En sus *Apuntamientos para la historia* confiesa Obando haber escrito esta carta a Flórez a fines de febrero, pero dice que lo hizo con referencia a unos informes que el coronel Ayaldeburre le dio sobre planes del general Sucre de separar los departamentos del Sur y agregarlos al Perú. En la segunda le escribía lo siguiente:

"A. . . . lleva a usted un recado preventivo de las miras de don Antonio José, de un diputado del Sur. Usted, usted, y sólo usted, debe contar con mi amistad, persuadirse de la posición de ambos y que nuestra íntima, buena y franca inteligencia mantendrá la común tranquilidad y futura felicidad; no se desvíe de mi amistad, que el peligro es más grande de lo que se piensa. Si las cosas se ponen de peor data, quería hablar con usted; para ello, yo iría a Tulcán si a usted le parece; pero de un modo tan privado, que sólo usted y yo sepamos nuestro viaje, de otro modo no convendría". En la tercera se expresaba así:

"A. . . . y un comandante G. . . . que van para ésa impondrán a usted de mil cosas que son utilísimas a usted para su conducta: ambos llevan a usted advertencias de amigos que no lo engañan, y que le dirán que el general Sucre lleva la intención de sustraer al Sur, y ponerse bajo la protección del Perú. Si no estuviéramos viendo todos los días mil fenómenos, yo no me atrevería a creer semejante perfidia. Cuide usted

- mucho de esto, y cuento con el Cauca y con mí mismo para estorbar tal suceso”.

Con fecha 13 de mayo (1830) escribió el mismo general Obando, desde Popayán, al general Pedro Murgueítio a Cali, entre otras cosas, lo siguiente:

“Otro riesgo vamos a correr con el regreso del general Sucre. Este general ha ofrecido que si la República se separa, sustrae al Sur y se pone bajo la protección del Perú. ¿Qué le parece a usted este golpecito? Vaya, mi amigo, se prostituyó Colombia. Tenga usted mucho cuidado con ese señor si viene por ahí, y haga que venga por esta plaza”.

XI

El día 27 de mayo había llegado a Pasto el comandante Manuel Guerrero, natural de dicha ciudad, al servicio del Ecuador, llevando una carta del general Flórez para el general Obando; Guerrero debía seguir hasta Popayán, a donde se suponía a Obando; mas sabiendo que éste llegaría a Pasto al siguiente día, suspendió su marcha y le esperó allí. Llegó en efecto Obando, y el 29 le vio Guerrero; estuvieron en conferencias privadas que no se han traslucido, sino por lo que uno y otro han dicho. El 30 regresó Guerrero a Quito, y a su llegada fue a alojarse a casa del general Isidoro Barriga. Mas como el general Flórez, al despachar a Guerrero a Pasto, se fue

¹ Esta carta la publicó el general Murgueítio en 1841 en un manifiesto sobre los acontecimientos del Cauca en 1830.

para Guayaquil, se puso Guerrero en marcha para dicha ciudad a darle cuenta de su comisión. En Guayaquil (el 12 de junio de 1830), antes de saberse allí el crimen cometido, se tomó a Guerrero la siguiente declaración en forma, la que juró por su palabra de honor:

“Preguntado: qué objeto llevó en la marcha que acaba de hacer a Pasto, si fue en comisión del servicio, o en asuntos particulares, dijo: que el motivo de haber ido a Pasto fue para entregar una carta de su excelencia el jefe del Estado (el general Flórez) en manos propias del señor comandante general del departamento del Cauca, general de brigada José María Obando, y decirle de palabra, de parte de su excelencia, que las miras del Gobierno del Sur eran enteramente pacíficas, tanto por el pronunciamiento que acababa de hacer este distrito, cuanto con respecto a la manifestación espontánea de la provincia de Pasto por su incorporación al Ecuador; que su excelencia la había elevado legalmente al Gobierno de Bogotá, y que tomada esta medida, consideraba su excelencia que debía dejarse a la provincia de Pasto en absoluta franqueza de opinión; que tanto a Quito como a Popayán les importaba la unión de Pasto; pero que su excelencia tendría por un gravamen el empleo que debería hacerse de una numerosa guarnición en aquella provincia, cuando la libre expresión de sus sentimientos no fuera apoyada por ambos gobiernos.

“Preguntado si tuvo efecto su comisión, y cuál fue el resultado de ella, dijo: que llegó a Pasto el 27 de mayo último; que al día siguiente llegó a

aquella ciudad el señor general Obando, a quien entregó la comunicación de su excelencia (el general Flórez), y después de haberle transmitido fielmente lo que de palabra le había encargado su excelencia, contestó el señor general Obando las siguientes palabras: "Eso no es cierto; yo sé que se prepara una grande expedición sobre Pasto, y es por esto que he precipitado mi venida a esta ciudad, hasta el caso de caminar de noche; el general Flórez procede de mala fe conmigo; él no ha contestado ninguna de mis cartas, siendo así que en una de ellas le pregunto qué era lo que debiera hacerse con el general Sucre, porque creí que le pudiera ser perjudicial en el Gobierno del Sur". Entonces el que declara le contestó que la venida de su excelencia el general Sucre al Sur, en nada podría perjudicar al jefe del Estado, porque había sido llamado a este puesto por los sufragios generales de todos los pueblos; y que, además, el que declara no sabía de qué medios legales podía valerse su excelencia para impedir la vuelta del gran Mariscal, a lo que contestó el señor Obando, que él sabía bien los cubiletes de que se habían valido para que el general Flórez fuese proclamado jefe del Sur; que lo demás era muy sencillo, pues había mil modos de impedir que el general Sucre llegase a su casa.

"Preguntado si en la conversación que tuvo con el general Obando pudo conocer su opinión con respecto a los sucesos actuales de Colombia, dijo: que no pudo comprender la opinión del señor Obando; que su relato era una verdadera miscelánea, porque tan pronto hacía la apología del Li-

bertador, como le prodigaba los títulos de tirano, déspota y sanguinario; que lo mismo decía con referencia al general Flórez, ya lo presentaba como un buen amigo, y de cuyas manos había recibido grandes beneficios, y en fin, como un verdadero liberal; y al momento lo hacía aparecer como un ambicioso, un intrigante y un agente ciego del tirano Bolívar; que la revolución del Sur era de esperarse porque Bolívar había dejado aquí un dictadorcito; pero que no había que temer porque la acción de la Ladera había salvado a todos los enemigos de Bolívar de su cuchilla sangrienta, y que su venida a Pasto los salvaba de la de Flórez; que no tiene más que decir porque al siguiente día se puso en marcha para el cuartel general”.

Según esta declaración, sospechosa a todas luces, no llevó Guerrero contestación escrita de Obando. ¿Otra carta sin respuesta!

Sin embargo, el general Obando dijo al Gobierno en su nota de 31 de mayo, en la que dio parte de haber ocupado a Pasto y de haber encontrado allí a Guerrero, que la contestó, y envió copia de la respuesta. ¿Cuál de las dos cosas será la verdad?

XII

La averiguación sobre quién o quiénes fueran los perpetradores de este crimen se hizo imposible por la parcialidad de los partidos, pretendiendo el uno que lo fuera el general Flórez, declarando al general Obando víctima inocente de una persecución interesada; y sosteniendo el otro que lo fuera el general Obando y que se calumniaba al general Flórez. De este modo, imposible era que

la verdad se probase legalmente, que la justicia obrase, que la vindicta pública fuese satisfecha.

Examinando imparcialmente las acusaciones, los cargos recíprocos que se han hecho el uno y el otro, las pruebas en que los apoyan, que hacían vacilar a los más, pensaron algunos que admitiendo la mancomunidad del uno con el otro en el hecho que el uno y el otro se atribuían, quedaba todo aclarado, siendo el único modo de concertar las pruebas que presentaban cada uno contra el otro.

¿Contestó el general Flórez las tres cartas de las que publicó los extractos que hemos visto? ¿qué contestó? Esas cartas tan significativas, tan alarmantes, ¿no le causaron ninguna impresión? Es imposible, me parece a mí, que semejantes cartas quedaran sin respuesta. En ellas se manifestaba de una manera positiva que el general Sucre corría un riesgo inminente en su tránsito por el territorio en que dominaba el general Obando. La amistad, el patriotismo, ¿no exigían que Flórez en el acto, por cuantas vías fuese posible, lo avisara a Sucre? ¿Lo hizo? No. ¿Qué se deduce de esto?

El general Obando en su primer manifiesto de Popayán dice: "El primer artículo de mi carta de mayo ¹ es falso, falsísimo: todas mis cartas escritas a Flórez son de mi puño y letra; que la exhiba, que se reconozca, que la publique íntegra. Los demás artículos son ciertos". ¿Qué contestó el general Flórez a este terrible reto? Nada.

Que el general Obando negara el primer artí-

¹ La segunda citada.

culo de su carta, no es extraño. Su sistema fue siempre negarlo todo, cartas autógrafas, escritos, documentos, su firma; suponiendo que todos eran falsificaciones.

Que esas cartas cuyos extractos se publicaron, fueron escritas por el general Obando, no puede dudarse; pero que el general Flórez no las contestase, es imposible admitirlo; y no diciendo Flórez lo que contestó, creo yo que no hay temeridad en suponer que Obando, al retarlo a que las publicara íntegras, sabía que Flórez no podía hacerlo sin declararse cómplice, así como él tampoco podía decir: "aquí están las respuestas", sin confesarse culpable.

En su segundo libro publicado en Lima, volvió el general Obando a retar más terminantemente al general Flórez a que publicase íntegras sus cartas, y dice:

"¿Y, no habrá habido algún lector de esas cartas publicadas por Flórez, a quien le haya picado la curiosidad deseando saber qué me contestó Flórez, a una sola, por lo menos, de esas tres cartas sobre el general Sucre? ¿y no habrá habido quien caiga en cuenta de que siempre se ha guardado bien de decir si me contestó o no me contestó?"

Prescindiendo de las negaciones del general Obando, él hizo de sus cartas explicaciones tan incongruentes, que son inadmisibles y dejan vigente su terrible importancia. Lo que no debo dejar pasar sin llamar la atención es la socarronería con que se expresa Obando en su anterior interrogatorio que dice mucho si se comprende. A mí me

parece menos agravante para el general Flórez el cargo que le hace Obando, de haberle supuesto en sus cartas algunas frases, que el que le resulta de haberlas recibido tales como las publicó, y no haberlas contestado o no decir lo que contestó, y no haberlas hecho conocer de Sucre, tan clara, tan terminantemente amenazado en ellas.

XIII

Los comentarios de este trágico suceso se fundaron en la contradicción evidente del general Obando al comunicarlo al prefecto del Cauca y al general Flórez; en el artículo profético de *El Demócrata* que ya se comprendió en toda su claridad; en los postas mandados de aquí a Neiva, y de Neiva a Popayán; en el que de Popayán se envió al general Obando; en las manifestaciones de contento y aprobación hechas públicamente por el general López al recibir la noticia; en los incidentes de La Venta el día de la llegada de Sucre, encontrando a Eraso allí habiéndolo dejado atrás, coincidiendo con la aparición de Sarria; en la detención de éste unas veinticuatro horas en casa de Eraso, cuando había pretextado urgencia en su viaje para no aceptar la invitación que Sucre le hizo de aguardarse a comer y a pasar la noche con él. Todo esto fijó las ideas del mayor número, y un grito de indignación denunció a la América y al mundo el odioso crimen diciendo: "los generales Obando y López son los perpetradores".

El partido *liberal* contradecía y acusaba al ge-

neral Flórez "porque el hecho no podía ser imputable sino a aquel a quien inmediatamente aprovechaba"; lo que ciertamente hacía verosímil la acusación, y para darle fuerza decían que una partida de cuatro soldados de caballería había venido expresamente del Ecuador a ejecutar el asesinato. Esta creencia fue bastante general al principio. Yo me preocupé con ella: ¿qué motivo podían tener Obando y López para cometer sin interés propio aquel crimen? me preguntaba a mí mismo. No fue sino en 1832 cuando fui a Pasto, que viendo, preguntando, oyendo, examinando el terreno, y conociendo personalmente a los hombres siniestros acusados por la opinión pública, que formé mi juicio, en el que después me he afirmado por el examen de los hechos y de los documentos contradictorios de Obando contra Flórez y de éste contra aquél.

XIV

El general Obando publicó en Popayán una contestación al manifiesto del general Flórez, o sea del Gobierno del Ecuador. Explicaba la contradicción de sus dos notas del 5 de junio, diciendo que la del general Flórez la escribió por la mañana en el acto de recibir la noticia, y la del prefecto, por la tarde, cuando ya se hablaba en Pasto de haberse visto pasar por aquella ciudad pocos días antes *unos desertores del ejército del Sur*.

Pero esta excusa era inadmisible. En la nota del prefecto dice: "Ahora que son las ocho de la ~~mañana~~ *acabo de recibir la noticia...*" En la

debía llegar de Jamaica de un día a otro, cuyo comandante se haría un honor de llevarlo a su bordo, donde iría con comodidad y asistido por los cirujanos de la fragata. Los que en Cartagena se interesaban por la permanencia de Bolívar en el país, considerando que su ausencia destruía toda esperanza de salvar la integridad de Colombia, y que vislumbraban una reacción moral en su favor; todos sus amigos personales, en fin, que sin miras políticas consideraban como una crueldad dejarlo embarcar casi moribundo, se aunaron a instarle que suspendiese su viaje por unos días y esperase la fragata. Bolívar cedió.

Estos incidentes imprevistos, que pareciendo de poca significación, tienen sin embargo una influencia inmensa en la suerte de los hombres y de las naciones, ¿qué será?, ¿serán obra de la casualidad?, ¿lo serán del destino?, ¿o serán providenciales? El de que hablo, suspendiendo el viaje de Bolívar fue fatal para él y para el país. El menor de los males que causó fue dar asidero a la malevolencia para atribuir a supercherías indignas, la suspensión de su embarque. Para su gloria y para mayor afrenta de sus calumniadores, le habría sido mejor morir en la mar.

Llegó en efecto la fragata, y se habló a su comandante para que admitiese a su bordo y llevase a Jamaica al Libertador; quiso el comandante pasar con sus oficiales a presetarle sus respetos y darle personalmente la respuesta, y así lo hizo. El caballeroso inglés puso a disposición del héroe enfermo su propia cámara; pero le manifestó que conforme a sus instrucciones, no le era

permitido variar, tenía que cruzar sobre costa firme, desde Cartagena hasta la rada de la Guaira, y de allí regresar por la costa otra vez a Cartagena, antes de volver a Jamaica; que si el Libertador se resolvía a hacer tan penoso viaje a su bordo, sería asistido con el mayor esmero por los médicos del buque; que si nó, podía esperar su regreso y miraría como un insigne honor conducir a su bordo a un hombre tan célebre en los anales de la independencia de Hispano América. Vaciló Bolívar por un momento en la resolución que hubiera de tomar; los riesgos de un crucero tan largo sobre las costas de Barlovento en la estación de brisas llamada "Veranillo de San Juan", a pesar del mal estado de su salud, no lo detuvieran si la fragata no hubiera de regresar a Cartagena. Pero temiendo las interpretaciones siniestras que pudieran darse a su presencia en un buque de guerra en las costas y puertos de Venezuela, principalmente en el de la Guaira, se resolvió a esperar el regreso de la fragata, que era lo que todos a una voz le aconsejaban.

Aprovechando tan oportuna ocasión, escribió por el mismo buque a su apoderado en Caracas, repitiéndole el encargo que le había hecho desde Guaduas, pidiéndole que sin reparar en sacrificios realizase algunos de los pocos bienes que le quedaban y le enviase su producto.

Dejemos ir el buque en que flameaba el pabellón del rey de los mares, símbolo de la libertad y del orden sabiamente combinados, y continuemos la narración de los sucesos que en nuestra pobre tierra decidieron a Bolívar a no embarcarse en él a su regreso.

II

El Presidente Mosquera se ocupaba seriamente en plantear la Constitución. Organizó el consejo de Estado que ella creaba, y en el nombramiento de consejeros procedió en el sentido político que indicó en su proclama, escogiendo ciudadanos respetables de ambos partidos, lo que fue mal visto por el *liberal* disolvente, y también por el colombiano, que tenía la idea fija de procurar a toda costa la imposible integridad nacional. Casi siempre los grandes conflictos vienen de no entenderse los partidos, concediéndose algo recíprocamente, y de querer cada uno dominar con exclusión de su adversario, oprimiéndolo y humillándolo. Un magistrado supremo enérgico e imparcial es la única esperanza en semejantes casos, de que al fin los partidos enconados no se hieran. Si el jefe del gobierno se entrega al uno, la colisión es inevitable, y si lo hace por debilidad y contra sus propios sentimientos, entonces el mal se agrava, porque el partido a que se somete no tiene confianza en él, y el que abandona se irrita hasta llegar a la desesperación. El señor Mosquera, vacilando, sin seguir una política fija y decisiva, aumentaba la gravedad de la situación en lugar de disminuirla: de un modo o de otro resbalaba, pues, a una caída inevitable aquel hombre venerable por tantos títulos.

Cediendo siempre a las exigencias crecientes del partido *liberal*, revocó los poderes de los ministros colombianos en Francia, los Estados Unidos y el Perú, Leandro Palacios, general Daniel F.

O'Leary y general Tomás Cipriano de Mosquera, su hermano. Pero en lo que se manifestó ya sometido absolutamente al partido de la disolución de Colombia fue en el nombramiento del doctor Francisco Soto para procurador general de la Nación, nombramiento que estando en contradicción con las ideas emitidas en su proclama, en su discurso de recepción el día que prestó el juramento, y en sus opiniones y antecedentes conocidos, manifestaba que se hallaba oprimido y que no obra-ba por voluntad propia.

Era el doctor Francisco Soto un abogado de reputación, probo, laborioso, de extensa y variada instrucción. Su honradez se prueba con decir que fue director del crédito público y ministro de hacienda mucho tiempo, y murió pobre. Como orador es de lo mejor que hemos tenido, a lo menos en aquella acalorada época: era nuestro Vergniaud. En las discusiones más acaloradas, en el senado o en la cámara de representantes, cuyos sillones ocupó muchas veces, jamás se exaltaba, a diferencia del doctor Azuero, que, irritable, no podía tolerar la menor contradicción. La educación eminentemente moral y religiosa que dio a su respectable familia lo haría calificar hoy de beato y de godo. Jovial en su trato particular, ameno y chistoso en la conversación familiar, hacía el doctor Soto la delicia de la sociedad en que se encontraba. Filósofo práctico, era aunque aseado, sencillo en su traje, a la manera de Juan Jacobo Rousseau y de Franklin, que eran sus oráculos: cualquiera que no lo conociese, viéndolo por primera vez lo tomaría por un cuáquero. El señor Soto, en fin, era

rival en todo sentido del señor Castillo Rada, con quien estaba en pugna abierta en la cuestión política de aquellos días, y sin embargo conservaban su íntima amistad, lo que sucede casi siempre con los hombres de mérito.

Hecha esta justicia a la memoria de un hombre notable en su línea y acá en nuestra patria, que aunque pobre y desgraciada abunda en varones eminentes, bien que desconocidos, la verdad histórica me obliga a ocuparme de él por su modo de obrar en política en aquellos días de pasiones y de errores de todos. El doctor Soto, paisano y amigo del general Santander, se impresionó como nos impresionamos todos por los sucesos del año fatal de 1826. La injusticia con que el general Santander fue entonces tratado por los revolucionarios de Venezuela, por el Libertador y por los llamados bolivianos, le ofendió y le sacó de su natural reflexiva impasibilidad. La disolución de la Convención de Ocaña, de que fue miembro; la dictadura que a ella se siguió; la condenación del general Santander por el acontecimiento del 25 de septiembre, le hicieron enemigo declarado del Libertador; y un hombre como el doctor Soto era un enemigo formidable. Desterrado por suponerse complicado en la dicha conjuración del 25 de septiembre, se agrió más y más, y todo esto contribuyó a lanzarlo en el partido de oposición, trabajando decididamente por la disolución de Colombia y apoyando la segunda revolución de Venezuela, que dio el último golpe a la trabajada República. Fue el doctor Soto uno de los principales promotores de los pronunciamientos que ocu-

rrieron en los pueblos de los valles de Cúcuta, de que ya he hablado y que tan terrible y mortal herida dieron al Gobierno establecido por la Constitución, cuya validez y legitimidad se negaron explícitamente por aquellos actos. El doctor Soto, en fin, que era el hombre de más confianza del general Santander, reputado por su agente en el país, era visto y considerado por el partido colombiano como el jefe del santanderista, y por consiguiente su elección para tan alto puesto por el señor Mosquera, decía a aquel partido claramente que todo quedaba concluído para él.

III

En estos días llegó a esta capital el batallón *Boyacá*, fuerte de 700 hombres, mandado por el coronel Vargas, que ya el lector conoce. En dicho cuerpo o columna venían incorporados algunos de los conjurados del 25 de septiembre, que desterrados a Venezuela, fueron allá declarados *perseguidos por su amor a la libertad*, y además los granadinos que servían en las tropas de Pamplona cuando éstas siguieron a Cúcuta a ponerse bajo las órdenes del general Mariño. Jefes, oficiales y soldados traían en sus morriones anchas cintas encarnadas, con el mote en grandes letras de "libertad o muerte". Su partido los recibió en triunfo bullicioso. Música, cohetes, vivas y muestras, abrazos, arengas y hasta lágrimas, nada faltó. ¡Muera Urdaneta! ¡Mueran los serviles! ¡Viva el general Santander! ¡Vivan los héroes del 25 de septiembre!, fueron las aclamaciones que más

abundaron en la tropa que llegaba y en los que salían a recibirla. En la misma noche las paredes fueron ensuciadas con letreros escritos con carbón con los "vivas y mueras" referidos; pero con una abundancia que llamó la atención se leía el letrero de "muera Urdaneta", el que hasta llegó pocos días después de ser el título de un impreso. El general Urdaneta, tan abiertamente amenazado, se vio obligado a retirarse a su hacienda con su familia, temiendo día por día ser asesinado.

El batallón *Callao*, uno de los cuerpos que regresaron del Perú, todo compuesto de venezolanos, también llegó en esos días a Honda viniendo de Antioquia. Estaba casi en cuadro, pues no pasaba de 250 hombres. Su jefe, el coronel Florencio Jiménez, me habló con franqueza, manifestándome que tanto él como sus oficiales querían irse para Cartagena, porque en esta capital no había seguridad para los militares venezolanos, calificados de extranjeros, serviles, bolivianos; que para poner a cubierto mi responsabilidad, aparentaría él usar de la fuerza para obligarme a proporcionarle buques y raciones para el viaje; que si ellos se encontraran en las circunstancias del batallón *Granaderos* no temerían venir, porque harían lo que aquel cuerpo hizo, pues ya para los militares venezolanos no quedaba otro recurso que irse a Venezuela, si no había esperanza de restaurar a Colombia; lo que sabría él en Cartagena, donde había muchas tropas, donde mandaba el general Montilla, y donde quizá encontraría al Libertador.

Muchas veces se hace daño por obrar bien y

cumplir uno con su deber. Si el *Callao* hubiera seguido a Cartagena, se hubiera evitado un gran desastre, al que pronto llegaremos, y me habría yo evitado, tomando parte en él, la única falta política que he cometido en mi vida. Yo hice este daño persuadiendo a Jiménez a continuar su marcha en obediencia a lo mandado por el Gobierno; le hice ver la gravedad del paso que pretendía dar, las consecuencias que podía tener para él y para el cuerpo; la improbación que le darían el Libertador, si aún estaba en Cartagena, y el mismo general Montilla, que no querría aceptar la responsabilidad de semejante acto de insubordinación. El coronel Jiménez se convenció, y el batallón entró en silencio a Bogotá sin *vivas* ni *muestras*, ni cintas ni música, ni cohetes, ni acompañamiento.

IV

El Libertador se hallaba cada día más enfermo en el Pie de la Popa, una parroquia fuera de los muros de la plaza, más fresca que lo es el recinto de la ciudad, aunque no tanto como Turbaco. En otro tiempo todas las gentes acomodadas de Cartagena tenían su casa de campo en dicha parroquia, situada al Pie de la Popa, cerro aislado de 590 pies de elevación, en cuya cumbre se venera la imagen de nuestra Señora de la Candelaria, en una bellísima iglesita del convento de agustinos descalzos, la que aún existe. Esta Virgen era la de la devoción de todos los pueblos inmediatos: era la Chiquinquirá de las provincias

de la Costa. Su fiesta, que se celebra el 2 de febrero, tenía fama en toda la Nueva Granada, y quedando ya tan pocos que puedan hablar de ella como testigos de vista, quiero, describiéndola, dar algún descanso a mi imaginación, atribulada con los sucesos políticos que he referido y los que voy a referir en los siguientes capítulos, y darlo también al lector para que me siga sin fastidiarse.

Desde el primer día de la novena se trasladaban a dicha parroquia las familias que tenían casa allí, llevando a sus amigas, bien a pasar la temporada, bien a pasar un día. El gasto de los dueños era considerable, pero el sudor del esclavo daba para todo, y derramando el Gobierno más dinero en Cartagena que en el resto del virreinato, se podía sin grandes esfuerzos adquirirlo.

A pesar de haber más de una milla desde la ciudad a la cumbre del cerro y de ser en extremo pendiente la subida de la cuesta, era innumerable la concurrencia a la misa soleune que se celebraba a las nueve de la mañana. Los más regresaban a la ciudad para volver a la noche a las diversiones del pie del cerro; pero muchas familias permanecían arriba, durante la temporada, en unas hospederías cómodas y espaciosas que tenía el convento para alquilar con este objeto, y muchas más en sus casas de abajo.

Tanto en la planicie de la cumbre del cerro como en la parroquia de su pie, numerosas mesas de juego, rodeadas del jornalero, del menestral, del marinero y de muchos caballeros de zapato, servían de sumidero al sudor del pobre y al oro

del rico, regocijando al estafador que los recogía en boliches, pasadiecos, bisbises, roletines y otras invenciones de la infame ciencia del garito. Costumbre inmoral y desastrosa que no sólo allá y en aquel tiempo, sino en todos los pueblos de Nueva Granada y hasta ahora se practica. Ni el escándalo de fomentar este vicio, bajo la idea de una fiesta religiosa, ni la ruina de las familias, ni los desórdenes de todo género que el juego produce, ni la prohibición de las antiguas leyes de los juegos de suerte y azar, ni la mengua de la dignidad y de la decencia que el roce con cierta clase de gente causa, ni nada, en fin, puede destruirla; y menos ahora en que la avaricia y la desmoralización general han inducido a que las nuevas leyes la protejan.

Una gran sala de baile, construída para ese solo objeto, se llenaba todas las noches, alternativamente, sin invitación nominal. Era sabido y conocido lo siguiente: Baile primero: de señoras, esto es, de blancas puras, llamadas blancas de Castilla. Baile segundo: de pardas en las que se comprendían las mezclas acaneladas de las razas primitivas. Baile tercero: de negras libres. Pero se entiende que eran los hombres y las mujeres de las respectivas clases, que ocupaban cierta posición social relativa, y que podían vestirse bien, los que concurrían al baile. Terminada la serie, volvía a empezar, y así sucesivamente hasta el *día de la Virgen*, que concluían las grandes fiestas. Al siguiente se retiraban las familias a la ciudad, quedando sólo algunos restos de aficionados tenaces, en corto número, hasta el domingo de

carnestolendas, que regresaban todos a las de carnaval, que en Cartagena por aquel tiempo competía con el de Venecia. Y era de notarse que la alternación en los bailes se hacía con el mayor orden, sin que el amor propio de los de segunda y de tercera clase se resintiese, a lo que contribuía mucho el que todos se hiciesen en la misma sala. En la sociedad humana, la costumbre es ley, es todo.

Los blancos, que monopolizan el título de *caballeros*, como las blancas el de *señoras*, tenían por la costumbre el privilegio de bailar en los tres bailes; los pardos, en el de su clase y en el de las negras; los negros sólo en el de éstas. Y tampoco había en ello inconvenientes: la costumbre por un lado, y por otro la más prudente urbanidad los evitaban. Cuando las clases superiores, que siempre las había en la sociedad humana, no hacen sentir con altivez su superioridad humillando a las inferiores, éstas no se enconan y se someten voluntariamente a lo que su posición exige. La aristocracia inglesa sabe y practica esto con provecho.

Para la gente pobre, libres y esclavos, pardos, negros, labradores, carboneros, carreteros, pescadores, etc., de pie descalzo, no había salón de baile, ni ellos habrían podido soportar la cortesía y circunspección que más o menos rígidas se guardan en las reuniones de personas de alguna educación, de todos los colores y razas. Ellos, prefiriendo la libertad natural de su clase, bailaban a cielo descubierto al són del atronador tambor africano, que se toca, esto es, que se golpea con las manos sobre el parche, y hombres y mujeres en

gran rueda, pareados, pero sueltos sin darse las manos, dando vueltas alrededor de los tamborileros; las mujeres, enflorada la cabeza con profusión, lustroso el pelo a fuerza de sebo, y empapadas en agua de azahar, acompañaban a su galán en la rueda, balanceándose en cadencia muy erguidas, mientras el hombre, ya haciendo piruetas, dando brincos, ya luciendo su destreza en la cabriola, todo al compás, procurando caer en gracia a la melindrosa negrita o zambita, su pareja. Como una docena de mujeres agrupadas junto a los tamborileros los acompañaban en sus redobles, cantando y tocando palmadas, capaces de hinchar en diez minutos las manos de cualesquiera otras que no fueran ellas. Músicos, quiero decir manoteadores del tambor, cantarinas, danzantes y bailarinas, cuando se cansaban, eran relevados, sin etiqueta, por otros y por otras; y por rareza la rueda dejaba de dar vueltas, ni dos o tres tambores dejaban de aturdir en toda la noche.

Era lujo y galantería en el bailarín dar a su pareja dos o tres velas de sebo, y un pañuelo de *rabo de gallo* o de muselina de guardilla para cogerlas, las que encendidas todas llevaba la ninfa en la mano, muy ufana, y era riguroso requisito el dejar arder el pañuelo cuando la luz de las antorchas llegaba a quemarlo, hasta que amenazando arder la mano e incendiar el vestido, se arrojaban fuera de la rueda cabos de vela y pañuelo, que los espectadores, brincando sobre ellos, se apresuraban a apagar para no asfixiarse.

Por rústico y democrático que fuera este baile

número 4 me parece todavía más aceptable que los que usa ahora la culta sociedad. Yo no puedo soportar la vista de un hombre enlazando con su brazo la cintura de una joven delicada y modesta, como enlaza el boa del Indostán a su víctima, y dándole un tirón atraerla sobre su pecho, obligando a la pobre muchacha a volver la cara sobre el hombro de su opresor para evitar que, sin querer, se encuentren las bocas de ambos, lo que si alguna vez pudiera no desagradarla, las más le disgustará, pues la mujer es elegida, no elige, y frecuentemente hace un sacrificio al dejarse levantar de su asiento por un importuno repulsivo; y luégo el brusco doncel arrebatlarla en volandas dando brincos, atropellando a las parejas, y a los dos minutos tener que pararse jadeantes ambos, sin poder respirar ni pronunciar una palabra, los rostros encendidos como si les hubieran dado de bofetadas, bañados en sudor y todo el cuerpo temblándoles. Hasta los nombres de esos bailes, polacos, suecos, noruegos, que no se bailan por allá sino cuando el termómetro de Fahrenheit baja de cero, hasta los nombres, digo, de esos bailes escitas nos parecen de áspero sonido para nuestros oídos.

Los indios también tomaban parte en la fiesta a manera de zampoña. En la *gaita* de los indios, a diferencia del *currulao* de los negros, los hombres y mujeres, de dos en dos, se daban las manos en rueda, teniendo a los gaiteros en el centro, y ya se enfrentaban las parejas, ya se soltaban, ya volvían a asirse, golpeando a com-

pás el suelo con los pies, balanceándose en cadencia y en silencio, sin brincos ni cabriolas y sin el bullicioso canto africano, notándose hasta en el baile la diferencia de las dos razas. El indio, en todo, hasta en la alegría manifiesta cierta tristeza; el negro se ríe a grandes carcajadas; el indio apenas se sonríe; el negro, cuando canta, cuando baila, se olvida hasta de la esclavitud; el indio, que casi nunca canta y que cuando lo hace parece que suspira, hasta bailando demuestra que recuerda y echa menos su antigua salvaje independencia y la libertad de los bosques, y en su semblante triste y en su aspecto humilde, y en su mirar reservado indica que protesta contra su suerte y que dice sin decirlo: "vosotros, blancos y negros, y los hijos de vuestra mezcla, sois intrusos aquí, sois usurpadores de mi propiedad, no tenéis derecho a la tierra que pisáis, que es mía". Y esto es verdad. Pero el negro puede contestarle: —"Yo no vine aquí por mi gusto; me trajeron como esclavo". ¡Esclavo! ¡qué palabra!... ¡Sí! ¡la independencia es un bien por mal que estemos!

Estos bailes se conservan todavía aunque con algunas variaciones. El *currulao* de los negros, que ahora llaman *mapalé*, fraterniza con la gaita de los indios; las dos castas menos antagonistas ya, se reúnen frecuentemente para bailar confundidas, acompañando los gaiteros y a los tamborileros. En lugar de velas de sebo, dan los danzantes a su sílfide, de dos hasta cuatro *esteáricas*, que entonces no había, y el pañuelo ha de ser de seda, que, como antaño, se deja quemar. Antes estos

bailes no se usaban sino en las fiestas de alguna de las advocaciones de la VIRGEN, y en la del santo patrono de cada pueblo, sólo en su pueblo; en la del carnaval, y en alguna que otra notable. Ahora no hay en las provincias de la costa, arrabal de ciudad, ni villa, ni aldea, ni caserío donde no empiece la zambra desde las siete de la noche del sábado y dure hasta el amanecer del lunes, constituyendo el juego y el aguardiente la principal diversión; así es que los jornaleros y menestrales, malbaratando en esas dos noches y en el día intermedio cuanto ganaran en la semana, quedan postrados de cansancio, sus trabajos suspendidos el lunes y muchas veces el martes, y sus familias y ellos mismos sufriendo hambre y contrayendo deudas. La necesidad los obliga a trabajar dos o tres días de la semana, para el sábado siguiente volver a la misma criminal disipación. Así es que toda empresa de campo en que haya de trabajarse con jornaleros es perdida, porque nunca puede contarse con ellos en los momentos más necesarios, y reconvenirlos es expuesto.

El sentimiento religioso y el respeto que se tenía a la ley y a la autoridad hacían antes que estas diversiones populares fueran inocentes, sin que se vieran en ellas riñas, homicidios ni desórdenes de ninguna clase. En estos tiempos, como más *liberales*, todo ha cambiado. En las licenciosas orgías de ahora, sin contar los pecados de que hoy no se hace caso, ocurren frecuentemente colisiones sangrientas, en las que hay heridos y muertos, las que principalmente tienen origen en las mesas de juego y que la embriaguez agrava.

La desmoralización en este sentido parece irremediable, pues se ha generalizado tanto, que habría peligro para la autoridad en pretender corregirla. Algunos pueblos se han hecho notables por sus excesos en esas plebeyas bacanales: el de San Onofre, en la provincia de Cartagena, tiene fama, pues casi no hay semana en que no suceda alguna desgracia, y poco menos puede decirse de los demás, tanto en las orillas del Atlántico como del Pacífico, y los de las riberas del bajo Magdalena, del Sinú y del Atrato. El vil y cobarde machete, que en la guerra jamás combate, jamás vence, sino que asesina cruelmente al vencido por el fusil o el rifle, ha cambiado su nombre: ya no se llama *machete* sino *peinilla*, y descuartizar un hombre o cortarle la cabeza se llama *peinarlo*. Las cantarinas del currulao o sea mapalé, celebran en su canto impío las proezas de los *pelugeros* y las agonías de las víctimas, y cuando alguna estrofa impresiona a los danzantes, gritan éstos entusiasmados: ¡Viva la libertad!

En los bailes de primera, segunda y tercera clase, en el primero tocando la música del regimiento *Fijo de Cartagena*, en el segundo la del regimiento de *Milicias blancas*, en el tercero, la del regimiento de *Milicias pardas*, se rompía el baile con el serio y grave minué por el personaje de más importancia en cada clase y por la dama de más campanillas, blanca, parda o negra. Después seguían otros dos o tres minés o minuets, que de ambos modos se decía, bailados por gente de alto coturno; con la diferencia de que el primero lo bailaba sola, ocupando toda la sala, la pareja privilegiada, por respeto a la categoría, y los otros

podían bailarlos tres o cuatro parejas, eso sí, sin confundirse. En el entretanto los jóvenes del uno y del otro sexo se desesperaban con tan larga y cansada etiqueta, en la que según la importancia de los *minueteros* se guardaba más o menos silencio. Pero al sonar el golpe del bombo y el registro del clarinete anunciando la elegante animada contradanza española en la que bailan todos con todas, un grito de alegría lanzado por pechos juveniles, volvía el contento y la vida a la mayoría, que bostezaba y se dormía con el acompasado minué de las cuarentonas y de los sexagenarios. A la contradanza seguía el valse, que aunque de origen germánico se había españolizado adaptándolo a nuestro clima de fuego, y así sucesivamente. De media noche para adelante alternaban con la contradanza y el valse algunos *bailes de la tierra*, que aunque alegres y vivarachos, no podían inquietar por su pimpollo a la madre más arisca y regañona, pues los buenos modales, la decencia y la cortesanía no se olvidaban en ningún caso, ni aun en las últimas clases, que tendían siempre a imitar a las primeras.

Además de las tres categorías de los bailes de salón, de la cuarta de tambores y de la quinta de gaita, había una numerosa, acomodada, por lo regular bien educada, llamada *blancas de la tierra*, con sus correspondientes blancos de la misma clase, médicos, boticarios, pintores, plateros, etc. A esta clase pertenecía la aristocracia del mostrador, o sean los mercaderes. Ella también proveía el seminario y de ella se formaban casi todos los curas, pero los canónigos y los obispos habían de

ser *blancos de Castilla*. Las blancas de la tierra, no teniendo entrada en el baile de primera, mirando con altivez el de segunda y con desprecio el de tercera, se reunían en sus casas y bailaban con los hombres de su clase y con los blancos de Castilla, con música de cuerda, más armoniosa y agradable para bailar que la de viento. Y lo singular es que las blancas de Castilla, que resistían admitir en su categoría las blancas de la tierra, por respetables que fueran, bailaban con ellas en sus propias casas recíprocamente y se trataban como amigas fuera de estos tres casos: en las procesiones; en los paseos en carruaje; en los bailes de ostentación. Parecerá que ni el orgullo ni la vanidad pudieran inventar más subdivisiones de rango, pues aún había otra clase, y en verdad muy interesante: componíase de cuarteronas, color entre el nácar y la canela; de ojos de lucero chispeando fuego y amor y dentadura esmaltada cual hileras de perlas panameñas, sólo un grado inferior a las blancas de la tierra, casi pobres, las más cigarreras, costureras, modistas, bordadoras, etc. de traje modesto de zaraza o muselina y calzado de rasete. Estas, con los mozos de su clase, decentemente vestidos, bailaban sin otra música que la de una o dos arpas cartageneras que las mismas muchachas tocaban, y aún tocan, maravillosamente, y la de una o dos flautas de aficionados que las acompañaban. Los blancos de Castilla y los blancos de la tierra se desertaban furtivamente a bailar con ellas, dejando sus salas desiertas y muchas veces se necesitaba enviar comisionados a buscarlos, a reserva de la correspondiente reprimenda por semejante descor-

tesía, la que no impedía la reincidencia al menor descuido. Mas para honra de la época debo decir que el mismo Catón el Censor no habría podido encontrar en aquella animada alegría de todas las clases, un solo pecado que pasara de venial.

Todas estas divisiones y subdivisiones insensatas, inventadas por el orgullo humano, desaparecen rápidamente entre nosotros: el equilibrio natural y legítimo va estableciéndose, y los enlaces matrimoniales, más que otra cosa, lo prueban. Pero la mala fe tiende a empujar la sociedad al extremo contrario, lo que quizá es peor que lo primero, porque precipita al desorden, degrada la dignidad y mata todos los estímulos de honroso y decente comportamiento para merecer y obtener una posición en la sociedad.

Como en las casas no cabía la muchedumbre que concurría a las fiestas, las ramadas y los tollos, a manera de tiendas de campaña, llenaban la falta y aumentaban la animación y la alegría, con la franqueza y cordialidad campestres.

Numerosas cantinas, restaurantes, bodegones de menor cuantía, botillerías, confiterías, más o menos abastecidas satisfacían las necesidades o los gustos de los concurrentes que no tenían casa provista y aun los de aquellos que la tenían. En ese tiempo no se sabía en Cartagena ni en todo el virreinato que hubiera en el mundo cerveza, vino de Champaña, de Burdeos, del Rin, ni sidra de Normandía, ni ginebra de Holanda; pero en cambio sobraban el vigoroso vino tinto catalán, el seco de Málaga, que llamaban "de celebrar", el San Lúcar, el Jerez y otros vinos generosos españoles,

a moderado precio. El *brandy* no se conocía, porque no se usaban las palabras inglesas hablando castellano; pero había superior aguardiente de uva puro, anisado del país, mistelas, rosolis y otros licores dulces de rosa, de piña, de naranja para los que podían pagar un real, una peseta, un peso, y excelente y succulento guarapo de caña clarificado, para los que sólo podían pagar un cuartillo o medio cuartillo. Desgraciadamente para la humanidad, los licores embriagantes no faltan en ninguna parte ni en ninguna fiesta, cuando no son unos, otros, y cada día su consumo aumenta en todas las clases, con ruina y mengua de las familias, con degradación del hombre, con escándalo y desmoralización de la sociedad. Da tristeza el decirlo, pero más triste es que sea verdad.

El crepúsculo de la mañana, que allá con resplandor creciente va iluminando el espacio infinito, dos horas antes de que el sol se muestre sobre el horizonte, empujaba a todos al descanso; y el silencio sucedía al bullicio, y el sueño, imagen de la muerte, a la agitación de la vida, para cuatro horas después hallarse en disposición, unos de oír misa en el alto, y todos de rezar la novena, sino en la iglesia, en sus casas, ramadas o toldos.

En algunas casas principales había oratorios en los vastos corredores del frente, en los que se decía misa y se rezaba la novena a la hora en que se hacía en la iglesia del cerro, siendo admitidos sin distinción cuantos cabían en el corredor, blancos y negros, amos y esclavos; y esto facilitaba a todos cumplir el deber religioso, con fervor sincero, sin que el placer de los sentidos lo hiciera

olvidar nunca. El cristianismo, declarando a todos los hombres hijos de un mismo Dios, los ha declarado iguales; pero sólo en los templos católicos y en los augustos actos de la religión católica se ve la igualdad.

Llegaba por fin el gran día de la purificación de la MADRE POR EXCELENCIA, BENDITA ENTRE TODAS LAS MUJERES. Coches, faetones, berlinas, quitrines y hasta las carretas se ponían en movimiento desde las cinco de la mañana, llevando gente de todas las categorías y de todos los colores, de la ciudad al Pie de la Popa.

El lujo que se ostentaba en ese día solemne asombraría hoy: en hombres y mujeres el terciopelo, el tisú, el brocado, la sarga aborlonada, el tafetán doble eran lo corriente. Yo alcancé en los magnates el calzón corto, la casaca redonda y el chaleco largo, todo de seda y bordado de oro o plata, las medias de seda, los zapatos con grandes hebillas de oro, un reloj en cada faltriquera del chaleco, con sendas cadenas de oro, de las que pendían racimos de llaves de cornerina, sellos y otros dijes. Alcancé en las matronas la rica basquiña de seda, el tontillo, que no era otra cosa que la crinolina de hoy, la camisa "pechona" de fina batista guarnecida de triple arandela de riquísimos encajes de Flandes, faja de galón de oro de dos pulgadas de ancho ciñendo la cintura, abrochada con hebilla de oro esmaltado o cincelado, y babuchas de lama de oro o de plata.

Los jóvenes empezaban a usar la reforma introducida por la revolución francesa en el vestido: pantalón largo, zapatos con lazos de cinta en

lugar de hebillas; pero era de rigor en viejos y jóvenes el alfiler de brillantes en el pecho, y una gran sortija con un grueso solitario, u otra piedra preciosa.

En el vestido de las jóvenes también empezaban a introducirse alteraciones sustanciales: traje largo, estrecho, talle alto y manga corta "a la María Luisa" (reina de España), bien de rica batista bordada, bien de seda, relegando la crinolina, o sea el tontillo, a las viejas. Pero los peinetones y peinetitas, con listones de oro, los tembleques de perlas, los grandes zarcillos de oro y piedras preciosas o gruesas perlas que les rasgaban las orejas; las pesadas cadenas de oro a la filigrana, dándoles dos o tres vueltas en el cuello, con un gran medallón del mismo rico metal con la imagen en pintura de alguna virgen o de algún santo, los dedos de las manos cuajados de sortijas de brillantes, esmeraldas, rubíes, topacios; los brazaletes de oro, con su roseta de perlas, el rico pañuelo de batista en una mano, el abanico de plumas o de cabritilla en la otra, eran adornos comunes a las matronas y a las jóvenes.

Y no se piense que este lujo oriental estaba reservado a la clase privilegiada: lo usaban igualmente los de las otras que podían, pues en ellas había también ricos, y ninguna ley suntuaria se lo prohibía. Entonces, como antes, como ahora, tener o no tener ha establecido en la sociedad humana una diferencia entré las diferencias, y hasta cierto punto *tener* iguala a los que tienen, y *no tener* iguala a los que no tienen. Sólo la espada y el sombrero de tres picos con la escarapela

encarnada estaban reservados para los grandes personajes en los días de ceremonia.

En todas las clases los que no tenían con qué usar piedras preciosas, que era la pasión dominante, heredada de antiguo de los moros, las usaban falsas de imitación, al oro lo reemplazaba la plata dorada, a la perla fina la falsa, y así de lo demás. En las últimas clases, cuyo vestido era con poca diferencia el de hoy, el esmerado aseo suplía el lujo de las primeras. En las tierras calientes el baño es un placer que no tiene equivalente en las tierras frías; es pues el aseo una necesidad que se llena con gusto, y el baño facilita llevar siempre limpia la ropa, aun a aquellos que, como nuestros soldados, la lavan por sí mismos.

Llegamos a la fiesta del GRAN DIA. Por lo regular pontificaba en ella el obispo, con asistencia de los cabildos secular y eclesiástico y de las autoridades, siendo quizá la más solemne de las de Cartagena, en donde lo eran todas, bien que la pequeñez del templo no permitía que asistiesen a ella en su interior la centésima parte de los concurrentes.

La procesión por la tarde completaba la imponente función. Al presentarse las andas de la Virgen en la puerta del templo, el sol declinando al poniente hacia brillar el riquísimo rayo de plata dorada incrustado de piedras preciosas, que rodeaba la sagrada pintura, y en el instante todas las cabezas se descubrían, inclinándose reverentes sobre el pecho, y veintiún cañonazos de la plaza saludaban a la imagen de la Rosa mística. Refugio de los pecadores, Reina de los ángeles.

El estampido sonoro del cañón de calibre de a 24, que por largo rato retumbaba; el humo del incienso de veinte incensarios que, en fragantes y blancas columnas lentamente se levantaba y esparcía, y principalmente los cánticos sagrados que acompañaban una música melodiosa de capilla, embelesaban el alma, y llevaban el sentimiento religioso, con ternura inefable, con fe y esperanza, derecho al corazón, "porque el canto nos viene de los ángeles y el manantial de los conciertos está en el cielo".

La música militar cerraba detrás de las autoridades la majestuosa pompa, dándole mayor auge y solemnidad.

Siendo el espacio en la planicie de la cumbre del cerro sumamente estrecho y corto para permitir el movimiento de la numerosa concurrencia, la procesión marchaba con la mayor lentitud, sobre una alfombra de flores y hojas olorosas, llegando a la cruz telegráfica de la vigía al mismo tiempo que el sol desaparecía como si se sumergiera en el mar, que desde allí se domina en la mitad de la circunferencia. El que no haya visto el mar no tiene idea de lo grandioso, de lo inmenso, de lo infinito. Para mí, lejos del mar no hay vida, y ruego a Dios me conceda morir oyendo su ronco bramido.

En aquel punto mil voces fervorosas entonaban algunos versículos de la novena, y al decir "MARIA se venera en la cumbre de los montes, y los navegantes se regocijan con viento en popa", viéndose al mismo tiempo el sublime espectáculo de las olas estrellándose en la playa, y retrocediendo para volver a estrellarse, sin traspasar

el límite que les señaló el dedo del Omnipotente, conmovían hondamente el ánimo, y la imaginación volaba sobre la superficie de las aguas en busca del navegante en conflictos, y todos los ojos se volvían a la imagen de MARIA, implorando a la reina del cielo socorriese al pobre marino, que tantos trabajos y peligros pasa para conseguir un escaso alimento, llevando a otros la abundancia y la riqueza.

Seguían diariamente las fiestas de iglesia de los gremios de mercaderes, de artesanos, de la matrícula de marina, de las maestranzas, etc., hasta el domingo de carnaval, último día, que tocaba a los negros bozales. Entonces los había en gran número, a los que se agregaban algunos de los ya nacidos en el país, todos esclavos.

Siempre tuvieron ellos en la ciudad y las haciendas sus cabildos de mandingas, caravallés, congos, etc., cada uno con su rey, su reina y sus príncipes, porque en Africa hay aristocracia, aunque salvaje, y el negro tiene el instinto y la tradición de la monarquía absoluta: Cristóbal y Zouloque en Haití lo han probado.

En ese día, imitando con alegría las costumbres y vestidos de su patria, recuerdos siempre gratos a todos los hombres, embrazando grandes escudos de madera forrados en papel de colores, llevando delantales de cuero de tigre; en la cabeza una especie de rodete de cartón guarnecido de plumas de colores vivos; la cara, el pecho, los brazos y las piernas pintados de labores rojas, y empuñando espadas y sables desenvainados, salían de la ciudad a las ocho de la mañana, y bajo el fuego

abrasador del sol en una latitud de diez grados y al nivel del mar, iban cantando, bailando, dando bríncos y haciendo contorsiones al són de tambores, panderetas con cascabeles, y golpeando platillos y almireces de cobre; y con semejante estruendo y tan terrible agitación, algunos, haciendo tiros con escopetas y carabinas por todo el camino, llegaban a la Popa bañados en sudor, pero sin cansarse. Las mujeres no iban vestidas a la africana, esto es, no iban casi desnudas; sus amas se esmeraban en adornarlas con sus propias alhajas, porque hasta en esto entraba la emulación y la competencia. Las reinas de cada cabildo marchaban erguidas, deslumbrantes de pedrería y galones de oro, con la corona de reina guarnecida de diamantes, de esmeraldas, de perlas, y negra bozal se veía que con la riqueza que llevaba encima habrían podido libertarse ella y su familia, y que pasadas las fiestas volvía triste y abatida a sufrir el agudo dolor moral y las penalidades físicas de la esclavitud.

Sólo el rey y la reina podían llevar paraguas, como un privilegio exclusivo de la majestad real. Las princesas y las damas de la corte, no pudiendo llevar sombreros, se cargaban la cabeza de guirnaldas y ramos de flores, tanto por alivio como por adorno.

Aquellos eran días de casi libertad para los esclavos. Siendo ellos protegidos por la veneración que se tenía a la MUJER escogida por Dios para "consuelo de los afligidos", sus amos les daban solaz y holganza, y no habrían podido hacer lo contrario aunque hubieran querido, porque la cos-

tumbre y la opinión los obligaba a ello, y la autoidad misma lo exigía.

Oída la misa solemne a las doce del día, bajaban todos llenos de contento y de unción religiosa, con la misma agitación con que habían subido, y entraban en la ciudad como a las tres de la tarde, hora en que el calor terrible, sofocante, llega en Cartagena a su mayor intensidad; y las reinas y las princesas se apresuraban a devolver a sus amas las valiosas alhajas de su adorno, temblando de haber perdido alguna, lo que no sucedió jamás. Desde aquel momento hombres y mujeres quedaban completamente libres para divertirse en sus cabildos hasta las seis de la mañana del miércoles, que oían misa en San Diego, en el altar de San Benito el negro, en la que el sacerdote les imprimía en la frente la cruz de ceniza con que la religión católica recuerda a todos los hombres, blancos y negros, amos y esclavos, ricos y pobres, opresores y oprimidos, que no son más que polvo, y que en polvo se han de convertir, sumergiéndose con su orgullo, con su vanidad, en el seno de la sepultura.

En aquellas espaciosas casas de campo, en aquellas risueñas quintas del Pie de la Popa, del Espinal, de Manga, que rodeaban a Cartagena, teniendo todas su huerta y su jardín abundaban los árboles frutales y las flores; y los efluvios olorosos del azahar, de la azucena, del jazmín de España, del jazmín de la tierra, de la mosqueta, del lirio, embalsamaban el aire templado, que los cartageneros, saliendo del abrasador recinto de nuestras magníficas murallas, aspirábamos con

ansia, lo que era uno de los mayores goces de la temporada.

Estos recuerdos de mi infancia y de mi primera juventud me parecen un sueño. ¿Cuántos de los millares de hombres y mujeres que vieron lo que yo refiero y que vi yo vivirán hoy? Bien pocos serán, porque no a todos les es concedido, como a mí, gozar y sufrir sesenta y seis años sobre la tierra. Y yo, que he pasado tantos trabajos; yo, que he recorrido los mares luchando con la tempestad; yo, que me he encontrado en tantos combates, siempre vencedor, una sola vez vencido; yo, que he recibido tres balazos en mi cuerpo; yo, que he visto al cólera precipitar a la eternidad, en cinco semanas, más de la tercera parte de mis compatriotas en la inclita ciudad en que absorbí el primer aliento de la vida, ¡yo existo! ¡Gracias Dios mío!

CAPITULO TRIGESIMOQUINTO

I

El año de 1815 el ejército realista que la federación desde las bocas del Orinoco conducía por la mano, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, llegó al *Estado de Cartagena* derramando en la ciudad la consternación y el espanto. Entonces se pensó en proveerla de víveres para sufrir un sitio y un bloqueo terribles que se veían venir. No había dinero: ¿qué hacer? La necesidad era urgente, era extrema: para llenarla fueron invadidas las iglesias por la autoridad, y los frontales de los altares, los candeleros, los ciriales, los atriles, las lámparas, el magnífico sepulcro, todo esto de plata maciza; los diamantes, las esmeraldas, las perlas con que la piedad de los fieles había adornado las iglesias y las imágenes veneradas; y hasta las custodias, los cálices, las patenas, los copones de oro; todo, todo siguió a Jamaica para comprar víveres. ¡Esfuerzos tardíos! Ya no había tiempo para remediar la calamidad que el sistema establecido y los errores pasados habían traído sobre la patria. En el equinoccio de otoño, que los marinos de nuestras costas llaman "el cordonazo de San Francisco", los temporales en la Antillas y en todo el Mar Caribe, hasta los 14 grados de latitud, son violentos, y por causa de ellos se perdieron nueve buques que de

Jamaica iban para Cartagena cargados de víveres; otros los apresó la escuadra enemiga; y tantos desastres se miraron como un castigo del cielo, por ser aquellos recursos, que habrían salvado la ciudad, producto del sacrilegio. El clero no se opuso a que se dispusiera de las alhajas y piedras preciosas; pero miró con horror que las custodias y los vasos sagrados pasasen a manos profanas, y en Jamaica a las de los más antiguos y más encarnizados enemigos de Jesucristo.

- Entre las medidas que el aturdimiento hizo dictar fue ruinosa e innecesaria la de incendiar las poblaciones, los caseríos y las quintas de las inmediaciones de la ciudad en cuatro leguas a la redonda, en cuyo incendio perdieron mis padres las dos espaciosas casas de desahogo que tenían, una en el Pie de la Popa y otra en Turbaco. El objeto de esta medida fue privar al enemigo de abrigo y alojamiento, sin caer en cuenta que en nuestro clima no se necesita abrigo, y que la sombra de los árboles basta para alojamiento en campaña, siendo además facilísimo construir, en muy poco tiempo, barracas ventiladas con techo de palma, como en efecto las construyó el ejército invasor en todas partes donde las necesitó. El espíritu de imitación, que es nuestra enfermedad crónica e incurable, la produjo, porque estaba fresco el incendio de Moscow, y la Rusia se salvó, y el grande ejército de Napoleón pereció en el más grande desastre de que hace mención la historia, después del de Jerjes en la antigua Grecia. Esto bastó para creer que haciéndose en la zona del fuego

lo mismo que en la zona del hielo se obtendrían los mismos resultados.

Para despejar la campaña y descubrirla a las baterías de la plaza, de la Popa y del castillo de San Felipe, situado casi en medio del Pie de la Popa y de la plaza, sobre una colina de 140 pies de elevación, se arrasaron todos los huertos y jardines de las casas incendiadas, y aquellos lugares tres días antes tan risueños y consoladores para los cartageneros, quedaron reducidos a carbón y cenizas.

A pesar de todos los esfuerzos, a pesar de la heroica resistencia de los defensores de la plaza, sucumbió ésta al rigor del hambre, a los ciento diez y seis días de estrechada por mar y por tierra, después de haber devorado sus habitantes perros, caballos, burros, gatos, ratas y hasta los cueros de los asientos. Sólo carne humana no comieron aquellos infelices, de los cuales murieron de inanición seis mil seiscientos trece individuos, quedando los demás moribundos, y sólo unos dos mil tuvieron fuerza para embarcarse en once corsarios que se hallaban en la bahía, y pasando bajo los fuegos cruzados de las baterías que en sus estrechos había situado el enemigo, y por en medio de los buques de alto bordo de su escuadra, salieron al mar, donde los más murieron también de hambre y de sed, llegando muy pocos a las Antillas; y muertos y moribundos fueron robados por los extranjeros que tripulaban los buques, quienes reservando los víveres que llevaban para sí mismos, conservaron su vida, desentendiéndose de la de los demás.

Esta "página de oro de la historia americana" está escrita por García del Río, y no es de mi asunto repetirla, a pesar de lo gloriosa que ella es para mis compatriotas, que prefirieron, a imitación de los antiguos habitantes de Sagunto y de Numancia, morir de la peor de las muertes a capitular y rendirse.

Desde entonces no ha vuelto a levantarse Cartagena, y día por día ha ido atrasándose hasta caer en el triste estado en que hoy se encuentra, alzando insolentemente la cabeza el crimen de lesa patria sobre sus ruinas.

Durante la dominación del gobierno del rey, que sucedió a la catástrofe, se fueron rehaciendo algunos pequeños bohíos en el Pie de la Popa, Manga y el Espinal. Más tarde, en octubre de 1821, después de sufrir Cartagena, la mártir, otro sitio de catorce meses, la ocupó el general Mariano Montilla, evacuándola por capitulación, las tropas españolas. Este general hizo esfuerzos para que en el Pie de la Popa y Turbaco se construyesen otros bohíos mejores, y en efecto lo consiguió en parte. También volvieron *las fiestas de la Virgen* a reanimarse algún tanto, aunque jamás volvieron a ser lo que habían sido.

II

Yo no participé con mis compatriotas de los peligros, de los sufrimientos y de la gloria de aquel terrible sitio que apenas he bosquejado. Voy a decir porqué, y a hablar algo de mí mismo, aunque de cosas inconexas con los hechos históricos

a que me propuse contraerme de preferencia. Puedo hacerlo, pues que estoy escribiendo mis Memorias.

Desde que se dio en Cartagena el primer paso a la independencia, que fue el primero que se dio en la Nueva Granada, y el que produjo el 20 de julio de Bogotá, sin embargo de no tener más que trece años de edad, me decidí por aquella causa, afligiendo y alarmando a mis padres, que eran realistas, y debían serlo, pues mi padre, natural del principado de Asturias, era de aquellos antiguos españoles de "verdad sabida y buena fe guardada" que por rareza se ven hoy ni aun en España, y para quien después de Dios, no había más que el rey, no admitiendo en esto la menor observación. Al decir que mi padre era asturiano, no se crea que pretenda yo ser descendiente de don Pelayo, como el general Mosquera de Guzmán el Bueno. Yo no quiero entrar en disputa con nadie sobre prosapia en mi república: soy hijo de don Benito de Posada Frade y de doña Josefa Gutiérrez Lee, y esto basta y sobra.

Mis padres, desesperados por mi juvenil exaltación en favor de la causa que miraban con horror, después de sufrir por ello tres años de agonia, después de haber agotado infructuosamente los consejos, las súplicas, las amonestaciones, resolvieron alejarme del contagio que miraban como mi perdición, y me mandaron a Jamaica a fines de 1813, y a Europa a mediados de 1814, con don José Casamayor, rico comerciante de Cartagena, de cuya casa fue socio mi padre ¹.

¹ Por las calles de esta ciudad veo frecuentemente a mi

Llegado a Inglaterra, pasé tres meses en Londres, admirado de todo, espantado de cuanto veía, recibiendo esas impresiones de asombro que dominan toda la vida. ¡Qué nación!, ¡qué grandeza!, ¡qué poder!

La guerra del continente había terminado. El hombre estupendo ante quien doblaron la rodilla tantos reyes, apenas puesto el pie en la cumbre de la montaña de la isla de Elba, con los brazos cruzados fijaba la vista ya en la Italia, ya en la Francia; mientras que el anciano rey Luis XVIII se sentaba en el trono de sus antepasados, que su sucesor había de volver a perder. La paz ya asegurada me llevó a Francia el mismo año, y se me puso en París en la casa de educación de Mr. Grellet, *rue neuve Sainte G  n  vieve, número 24*.

En 1815 fui testigo del más grande acontecimiento del siglo después del de la emancipación del continente hispanoamericano. Joven de diez y ocho años entonces, recuerdo lo que vi, y puedo juzgar de lo que vi. Vi salir a Luis XVIII y a su agusta familia del palacio de sus abuelos, y a poco rato entrar en él a Napoleón, habiendo escrito con su viaje de la isla de Elba a París, la más brillante página de su portentosa historia. Vi después frecuentemente a éste en las revistas que en la plaza del Carrousel, pasaba a las tropas que marchaban a la frontera de Bélgica; le vi en la instalación del cuerpo legislativo, con el que según madama de St  el, el león se cortó las uñas

venerable anciano, mi compañero de viaje de Cartagena a Jamaica: el señor doctor Carlos Calvo, sacerdote y canónigo de esta santa iglesia Catedral. Sólo él y yo vivimos de los pasajeros conocidos en este país que hicimos aquella navegación.

cuando más las necesitaba, lo que lo perdió; y le vi por última vez, de lejos y de noche, en el jardín del palacio de los Campos Elíseos a su regreso del desastre de Waterloo. ¡Qué peripecia tan terrible! “Después de Lucifer, ninguno ha caído de tan alto”, dice Lord Byron.

Luego vi desfilar el ejército francés que por la capitulación de París se retiraba irritado y amenazante hacia el Loira, después de haberse batido desesperadamente en los alrededores de la ciudad, donde si Napoleón lo hubiera mandado, era más que probable que habría triunfado.

Seguidamente vi entrar a los ejércitos inglés y prusiano, vencedores en Waterloo, a tomar posesión de la inmensa capital. Yo estaba en la *Barrière de l'enfer*, cuando un regimiento de coraceros tomó posesión de la puerta, y pasé un gran susto, porque había mucha gente llevada allí por la curiosidad, y el regimiento, al trote, sable en mano, nos atropellaba; en términos que con dificultad nos salvamos, no sin que hubiera algunos estropeados en la puerta de la barrera, a la que todos nos precipitábamos para pasar. Sucesivamente fueron entrando otras tropas de los aliados: la guardia imperial rusa, en los diferentes trajes de las diferentes nacionalidades que forman el grande imperio sacado de la oscuridad por Pedro el Grande, y aumentado por sus sucesores a un grado tal de poderío que tarde o temprano será funesto a los pequeños estados sus colindantes, y libertará a los cristianos del yugo insoportable de los turcos, restableciendo el antiguo imperio griego de Oriente; la guardia imperial austriaca,

con sus uniformes blancos que me recordaron el del antiguo regimiento *Fijo* de Cartagena; la guardia real prusiana; los húsares de Hanover; el regimiento de caballería del duque de Brunswick, muerto en Waterloo, con uniforme todo negro y una calavera sobre dos canillas cruzadas, ambas cosas de metal, sobre sus morriones; tropas todas selectas, de magnífica apariencia y marcial continente.

Conocí al emperador de Rusia Alejandro y a sus dos hermanos, Constantino, que rehusó la corona imperial, y Nicolás, que la obtuvo; al emperador de Austria, suegro de Napoleón, en cuyo semblante se notaba cierta tristeza que denunciaba grandes y antiguos sufrimientos morales; al rey de Prusia, que recordaba en su traje y en su porte al gran Federico; al duque de Wellington, que representaba tanto o más que los emperadores y reyes; al implacable mariscal Blucher, que respiraba odio y venganza contra los franceses, y que por poco hace volar con una mina el puente de Jena, lo que impidió el emperador Alejandro, que llegó oportunamente para evitar aquel acto de salvajez; en fin, conocí a toda la falange de príncipes y generales de los ejércitos aliados; pero cuando digo conocí, se entiende que digo vi, como ven los indios al arzobispo en un día de misa pontifical o en la procesión de Corpus.

A los que vi más de cerca y aun oí, fue a Napoleón y a Luis XVIII. Al primero, un domingo al pasar él con los grandes dignatarios del imperio, por el salón de los mariscales en las Tullerías, te- niéndome del brazo un oficial superior del ejérci-

to, Mr. D'Arhampé, a quien el emperador al verle se dirigió, informándose de él si estaba destinado; y fijando en mí la vista, arrugó el ceño y preguntó a Mr. D'Arhampé: "¿es inglés este joven?" "No Sire", respondió Mr. D'Arhampé, "es de Cartagena de Indias en la América del Sur". El coloso, que ya bamboleaba. inclinó la potente cabeza saludándonos con mirada benévola, y siguió.

Luis XVIII salía frecuentemente a pasear en un espléndido carruaje tirado por seis caballos blancos. Un día paró el coche a la misma puerta de mi pensión, a causa de un pequeño daño ocurrido en una rueda. Todos los muchachos a la voz de ¡el rey!, saltando los bancos de las aulas y atropellando a los maestros, nos precipitamos a la gran puerta de la calle. Mr. Grellet, que era sacerdote y legitimista, escapado milagrosamente, o más bien valerosamente de la matanza de los clérigos en el año de 1793, voló también a la puerta, y sombrero en mano y húmedos los ojos, ofreció su casa al augusto anciano y a la duquesa de Angulema, que le acompañaba, rogándoles que descansasen en ella mientras los herreros que se habían llamado reparaban el daño del carruaje. El rey rehusó, con afabilidad y cortesía, dando muestras marcadas de benevolencia a Mr. Grellet, quien no le era desconocido. Algunos de mis condiscípulos, los más pequeños, se acercaron curiosos al coche, y los guardias de corps y los mosqueteros de la escolta trataron de impedirselo; el rey, sacando la cabeza por la portezuela dijo como Jesucristo: "dejad a los niños acercarse a mí". No fue menester más: los muchachos rodearon el carruaje, y algunos lo-

graron que el rey y la princesa les dieran la mano, y al despedirse la dieron también a Mr. Grellet, que miraba ese día como uno de los pocos felices de su vida.

La vista y la voz sonora y apacible de la hija de Luis XVI y de María Antonieta, la mártir del Temple, que recordaba toda una historia, me impresionó de una manera indefinible. Yo comprendía perfectamente el sacrificio de su padre y de su madre; la guillotina me la explicaba por la efervescencia de las pasiones del pueblo desenfrenado, que se vengaba en un inocente y en su calumniada interesante esposa, de los abusos, de los crímenes, de algunos de sus predecesores; pero no he podido comprender, ni puedo comprender todavía, la larga y cruel prisión de una niña inocente, y el prolongado martirio de su inocentísimo hermano, aún no salido de la infancia: el del zapatero Simón es de todos los crímenes de la revolución francesa que me causa más horror, y un horror que el tiempo no disminuye.

Luis XVIII era un rey con el que podía conformarse hasta un republicano; y si su hermano el conde de Artois, después Carlos X, se le hubiera parecido, quizá reinarian aún en Francia los descendientes de sus antiguos soberanos; que si entre ellos hubo muchos malos, también los hubo que le dieran gloria, poder, riqueza y aun libertad, hasta donde las ideas de los tiempos de cada uno lo permitían. Carlos X cayó porque debía caer: la Francia de hoy no puede ser gobernada con el rosario en la mano. Se necesita que su jefe sepa empuñar con tino el cetro y aun la espada, no

para oprimirla sino para darle una prudente libertad, teniendo la energía y el poder necesarios para decir: "hasta aquí".

¿Qué suerte correrá en el porvenir esa nación, que tanto me interesa por los recuerdos de mi juventud y a la que quizá debo en gran parte lo poco que he podido ser en este mundo, por los tres años que pasé en ella? Mas, ¿para qué pensar en esto cuando no alcanzo a columbrar la que correrá esta mi patria idolatrada, caída a lo más hondo del abismo de la humillación, pisoteada y escarnecida?...

El lector puede calcular, por lo que he referido, cuántas cosas más vería yo en aquella época de tan grandes acontecimientos en Francia, que se estremecía aún del sacudimiento que le dio el cataclismo de Waterloo, y tascaba taciturna y amenazante el freno forjado con el acero de las bayonetas extranjeras. No hablaré del teatro francés, de Talma, de mademoiselle Mars, de óperas, de bailes, del circo, del museo de pinturas del Louvre, del jardín de plantas, etc. No le hablaré de los pormenores de la gran revista pasada por el emperador Alejandro a las tropas aliadas residentes en la capital, juntas a las francesas de la guarnición, y a la guardia nacional de París, formadas en una línea inmensa, que deslumbraba con el reflejo de doscientas mil bruñidas bayonetas, ya limpias de la sangre con que en veinte años de matanza se manchaban. Tampoco le hablaré de los de la magnífica función religiosa militar de la exhumación de los restos de Luis XVI y de María Antonieta, y su traslación a la Abadía de san

Dionisio, donde reposaron en paz los de sus antecesores, hasta que la revolución, que tantas cosas buenas hizo para las generaciones futuras al mismo tiempo que se manchó con crímenes cuyo recuerdo espanta, interrumpió el silencio de las tumbas y pisoteó sacrílegamente en una hoya común los huesos descarnados de los soberanos de la Francia en ocho siglos, como para probar hasta dónde puede ir el frenético delirio de un pueblo en ebullición. Pero sí le diré, por la impresión penosa que me causó, que vi la sangre del mariscal Ney, fusilado en silencio detrás del jardín de Luxemburgo; ejecución justa bajo el punto de vista de la disciplina militar, pero fatal bajo el punto de vista político: el héroe de Beresina no debió morir así, aunque como militar mereciera tal muerte. El filántropo Luís XVIII no pudo evitar aquel desacierto: los aliados exigieron el sacrificio. Le diré, por último, que ví con gusto al emperador Alejandro paseándose en el inmenso jardín de las Tullerías y los Campos Elíseos, llevando de su brazo a madama Stäel; y aunque joven y suramericano, conocí que el emperador y el generalísimo de los ejércitos de la coalición, no honraba con su brazo a la hija de un banquero, cosa que nunca habría hecho, sino a la mujer célebre que tenía en su mano la pluma mejor cortada del siglo, o a lo menos una tan buena como la mejor, tributando así un homenaje público de consideración a la aristocracia del talento, la primera de las aristocracias a mi modo de ver. Yo prefiero Homero a Agamenón; Donoso Cortés a Aguado; Alejandro Dumas a Rothschild; Washington Ir-

ving a Jorge Law. Otros, y son los más, prefieren adorar el becerro de los israelitas y quisieran que cuanto tocaran se les volviera oro, aunque les crecieran las orejas como al rey Midas. Cada uno tiene sus gustos.

A fines de 1817 volví a respirar el aire vivificante de la patria. Me embarqué a bordo del bergantín *L'Indien*, en la risueña ciudad de Burdeos, donde quisiera yo vivir si hubiera de vivir en Francia. Allí conocí a varios antioqueños, entre ellos al señor Juan Antonio Montoya, quien después tuvo en la pila del agua santa a mi noble y desgraciado hijo Joaquín Pablo, y al señor Raimundo Santamaría, con quien tuve el gusto de hacer en enero de 1823 la campaña sobre la Ciénaga de Santa Marta, siendo él capitán agregado al estado mayor del general Montilla, y yo capitán del heroico batallón *Tiradores de la guardia*.

Yo volvía, en cuanto a patriotismo, más exaltado de lo que salí, y traía además mis humos de despreocupado, con una fuerte dosis de volterianismo; volvía echándolas de enérgico y brotando república por todos los poros: achaques de la juventud. Los señores Santamaría y Montoya, que también eran jóvenes, me hablaron seriamente aconsejándome tuviera juicio y no me expusiera, pues con las autoridades españolas no eran cosas éstas que pasaran inadvertidas, y algo me contuve en mis imprudencias.

De Santa Marta seguí a Jamaica a unirme a mis padres que habían emigrado desde antes del sitio, poco después de mi salida de Europa, y de allí volvimos a Cartagena, ya en una cuasi ruina,

como estaban las más de las familias que eran acomodadas u opulentas antes de la revolución. Las prácticas severamente cristianas de mis padres, la ternura de mi madre, que temblaba notando en mí algunos síntomas de irreligión y me tocaba el corazón con sus ruegos y sus lágrimas, volvieron a reverdecer aquellas semillas de virtud que sembró en mi pecho desde que daba los primeros pasos en la carrera de la vida, y que después han fructificado y me han salvado. Impresiones indestructibles de la infancia; ¡dichoso el que como yo las recibe de unos padres virtuosos! El ejemplo es la primera de las enseñanzas, y una madre es el mejor de los maestros. Aimé Martin dice que todos los buenos reyes de Francia han sido educados por su madre.

En cuanto a patriotismo, no hubo enmienda en mí. Todas las observaciones, las súplicas, las convenciones, se estrellaron en mi terquedad. Por otra parte, los pocos de mis jóvenes amigos que sobrevivieron al mortífero sitio, eran patriotas, y su contacto fortificaba mis convicciones. Antonio Paniza, Manuel Iriarte, Pablo Alcázar, Manuel Zubiría, José Arrázola, José María Amador, Joaquín Orrantia, Juan Madieto, Juan M. Grau, Dámaso Pombo, algunos otros más y yo, formábamos una falange de turbulentos perturbadores de charla, buscando pleitos con los jóvenes oficiales españoles, interrumpiéndolos en sus conquistas amorosas, cantando victoria cuando desbancábamos a alguno, reuniéndonos en juntas secretas (no de masonería), formando planes disparatados de revolución, alborotando los bailes,

añadiendo en fin una imprudencia a cada imprudencia. Era gobernador de Cartagena el brigadier de los reales ejércitos don Gabriel de Torres y Velasco, caballero en extremo indulgente con los patriotas. El señor Torres se reía de las quejas que diariamente recibía de nuestras locuras, y algunas las celebraba, lo que nos hacía más atrevidos; hasta que empezando a ser seriamente censurado por los jefes de las tropas y otros españoles, tomó algunas medidas suaves de represión.

Yo, que acababa de llegar de Francia, que había visto a Napoleón, que hablaba entonces francés tan bien como español, era naturalmente el corifeo de aquella sulfúrea cohorte de atolondrados; así fue que el gobernador tocó con mi padre, de quien era amigo, antes que con todos para que me sacara de Cartagena, en lo que no hubo remedio: volví pues a Jamaica. Paniza, que me seguía en travesuras, fue a Santa Marta; algunos de los demás salieron a diferentes puntos de la provincia, y los que quedaron en la ciudad se aquietaron.

Yo me desvivía por irme a Venezuela a buscar modo de acercarme a las tropas republicanas e incorporarme en ellas, pero estaba supervigilado, y el señor Juan Francisco Infanzón, en cuya casa vivía, no me perdía de vista. Por fin en 1819 llegó a Jamaica un coronel español en viaje para Maracaibo, adonde iba destinado de gobernador, y obtuve permiso de seguir con él a aquella pintoresca y alegre ciudad venezolana, que es el emporio de nuestros ricos y amenos valles de Cúcuta.

Fue en Maracaibo que llegué al colmo de mis deseos, incorporándome en las tropas republicanas al mando del general Rafael Urdaneta, y logrando así combatir tres años en la cruenta lucha de la Independencia, derramando dos veces mi sangre en la campaña de la indomable provincia de Coro, la Pasto de Venezuela.

Después he servido en todas nuestras guerras civiles, siempre vencedor, hasta que en la desigual acción de Barranquilla, el 9 de diciembre de 1859, peleando uno contra cinco, y buscando la muerte, caí herido en el campo de batalla. Esto no impidió que apenas algo repuesto, y aún no cerradas mis heridas, me viniera a esta capital y continuara combatiendo hasta que el Dios de los ejércitos, para castigar más nuestros errores políticos que nuestros desastres militares, permitió que los malos triunfaran sobre los buenos el 18 de julio de 1861 de eterna triste recordación.

¡Ilusiones risueñas de la juventud!, ¡esperanzas lisonjeras del patriotismo! ¡Todo se ha evaporado! ¡todo se ha perdido! ¿Qué me queda? Me queda lo que no pueden quitarme: el honor. ¿Qué queda a la Patria? Le queda la independencia, que "es el único bien que hemos conseguido a costa de todos los demás", y con la independencia le queda la esperanza.

III

En uno de aquellos nuevos y pequeños bohíos del Pie de la Popa era que se hallaba el Libertador de la gran Colombia del Perú y de Bolivia,

triste, meditabundo, casi solo, huyendo del bullicio, sin querer que se hablara de política, esperando el regreso de la fragata inglesa y los recursos que había pedido a Caracas para irse, cuando a las nueve de la noche del 1º de julio, dos carruajes que llevaban al general Montilla, al señor Francisco Martín y a otros sujetos de respetabilidad, paran a la puerta, se apean los que en ellos iban y entran agitados. Bolívar se sorprende y pregunta: ¿qué novedad hay? —“General, contestó Montilla, el Gran Mariscal de Ayacucho ha sido alevosamente asesinado en la montaña de Berruecos”. Dándose Bolívar una palmada en la frente, guardó silencio largo rato. Luégo se informó de los pormenores del atentado en cuanto eran conocidos en Bogotá, de donde se comunicó la noticia a Cartagena, y suplicó a sus amigos que lo dejaran solo. Hasta muy avanzada la noche estuvo paseándose en el patio de la casa, y levantándose de madrugada continuó sus paseos en la mayor agitación. El rocío de la noche, tan abundante en nuestras tierras cálidas, y el aura destemplada de la mañana, causándole un fuerte constipado y una fiebre lenta que no le abandonó más, lo postraron y le aceleraron su fin.

En tal decaimiento de espíritu y de fuerzas ansiaba desesperado por el regreso de la fragata inglesa para irse, esperando mejorarse y tranquilizarse fuera del país, para consagrarse a escribir sus *Memorias*, con lo que le prestaría un servicio mayor que el que ya pudiera prestarle de ninguna otra manera. Pero las autoridades, los ciudadanos particulares y los generales, jefes y

oficiales, que casi huyendo de todas partes se habían aglomerado en Cartagena, pensaban en otra cosa: pensaban en no dejarle embarcar, bien persuadiéndole, bien incitando al comandante del buque a que pretextase algún inconveniente para no llevarle, bien poniéndosele por delante suplicándole que no los abandonase, lo que estaba probado que era el medio seguro de que Bolívar cediese. Se persuadían ellos de que una reacción que parecía imponente en favor de la integridad de Colombia bajo la Constitución dictada por el Congreso, que hacían esperar algunos movimientos en este sentido que tuvieron lugar en el oriente de Venezuela, se generalizaría en los departamentos del Sur; que en este caso la presencia de Bolívar era indispensable en el territorio de la República para que sonase su nombre, aunque por el mal estado de su salud no pudiese hacer nada personalmente; que por otra parte sería una crueldad dejarle ir moribundo, cuando no podía resistir tres días de mareo, y una ignominia para la patria que lo hiciese sin recursos, cuando tenía casi agotados los que sacó de Bogotá. Lo primero era una de esas esperanzas ilusorias que se forman los hombres, cuando ellas halagan sus deseos, pues aquellos movimientos aislados y sin concierto fueron sofocados inmediatamente. Todo lo demás era exacto, y bajo este punto de vista, la oposición al embarque de Bolívar era justa y humanitaria.

El Libertador mismo se alucinó con los movimientos de Venezuela y los comunicó al Gobierno tres días antes de saber el asesinato del general

Sucre; pero dándoles, como todos una grande importancia, sostenía que su salida del país era útil, pues si la causa nacional hacía progresos y se le llamaba volvería con más fuerza moral, y la calumnia no le alcanzaría.

IV

En este estado de perplejidad y vacilaciones se pasaron algunos días, cuando un agravio de inmensa significación moral que irrogara el Gobierno a aquel hombre tan inmerecidamente perseguido, dio fuerzas a sus amigos de Cartagena para oponerse a su salida del país, impresionándolo y decidiéndolo. La historia habla de él tan superficialmente, que yo me veo en la necesidad de darlo aquí a conocer en toda su extensión, porque él, entre otros actos oficiales, me preocupó y persuadió todavía más de que el Presidente Mosquera, o no tenía por el Libertador el respeto y consideración que manifestó en su proclama inaugural, o estaba sojuzgado y oprimido por el partido que se llamaba *liberal*, sin atreverse a contrariarlo en nada; y que por consiguiente no mandaba sino se sometía, y como lo primero no podía admitirse en un hombre de honor tan caballeroso como el señor Mosquera, todo el partido colombiano quedó convencido de lo segundo, y esto era lo cierto.

Para discutir después el hecho, veamos los documentos siguientes:

"NOTA OFICIAL

del presidente del Congreso revolucionario de Venezuela al presidente del Congreso constituyente de Colombia.

"Valencia, junio 2 de 1830—20 y 1º

"Excelentísimo señor: Cumplo con gusto el deber que me ha impuesto el soberano Congreso de anunciar su instalación por el órgano de vuestra excelencia al augusto cuerpo que preside. Venezuela, al separarse del resto de la República de Colombia, desconociendo la autoridad del general Simón Bolívar, pensó sólo en mejorar su administración, en asegurar sus libertades y en que no se malograra la obra de tantos años y de tantos sacrificios. Por eso fue que ante todas cosas se ocupó en reunir su representación nacional, y ésta, instalada el 6 de los corrientes, juzgó oportuno participar a todos y muy particularmente a los granadinos, que los pueblos de la antigua Venezuela se hallan congregados en la ciudad de Valencia por medio de sus legítimos representantes para ocuparse de su bienestar. ¹ Era imposible que pueblos que como hermanos han formado una sola nación, una familia, que juntos pelearon por la independencia y que después han sufrido unas mismas calamidades, dejasen de guardar esta justa consideración.

"No obsta que Venezuela se haya pronunciado por la separación, ni que el soberano Congreso haya ratificado este voto solemne escrito en el corazón de cada uno de sus hijos, para que conoz-

¹ ¿Lo han conseguido? ¿Están mejor ahora que antes?

ca que es necesario que uno y otro cuerpo se entiendan, porque hay diferencias que transigir e intereses que arreglar. El temor de perder la paz, que sobre todo desean los venezolanos, les hace temblar al concebir la idea de que pudiese ser preciso librar en las armas el arreglo de sus negocios, arreglo que no sería ni exacto ni útil, si no lo forman en calma la justicia y la prudencia. Tales fueron las consideraciones que guiaron el ánimo del soberano Congreso al acordar en la sesión del día 22, que estaba pronto a entrar en relaciones y transacciones con Cundinamarca y Quito, y que así lo ofrecía a nombre de los pueblos sus comitentes.

“Benéficas serán sin duda para uno y otro Estado semejantes relaciones. No era fácil prever hasta dónde se extenderían sus útiles resultados; pero Venezuela, a quien una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, que ve en el general Simón Bolívar el origen de ellos, y que tiembla todavía al considerar el riesgo que ha corrido de ser para siempre su patrimonio, protesta que no tendrán aquéllas lugar mientras éste permanezca en el territorio de Colombia, declarándolo así el soberano Congreso en sesión del día 28.

“Estos son los sentimientos del pueblo venezolano, y de orden de sus representantes lo manifiesto a vuestra excelencia para que se sirva ponerlo en conocimiento de la respetable Asamblea a cuya cabeza se encuentra.

“Dignaos, señor, honrarme aceptando el res-

peto y estimación con que me suscribo de vuestra excelencia atento, obediente servidor,

"FRANCISCO JAVIER YAÑEZ"

CONTESTACION

"República de Colombia. — Ministerio del Interior y Justicia. Bogotá, julio 16 de 1830.

"A los señores secretarios del Congreso de Venezuela.

"El señor ministro de relaciones exteriores me pasó una comunicación, sin fecha, venida por su conducto y dirigida por el excelentísimo señor Presidente del Congreso de Venezuela al excelentísimo señor Presidente del Congreso constituyente celebrado en esta ciudad, en que el primero anuncia la instalación de la misma asamblea, y participa que en la sesión del día 22 de mayo acordó el Congreso venezolano que estaba pronto a entrar en relaciones y transacciones con Cundinamarca y Quito, y que en la del 28 declaró que no tendrían aquéllas lugar mientras permanezca en el territorio de Colombia el general Simón Bolívar.

"Di cuenta de ello a su excelencia el Presidente de la República, y su excelencia me ha ordenado contestar por el órgano de usías, como tengo el honor de verificarlo, que el cuerpo a quien la mencionada carta era dirigida, terminó sus sesiones desde mayo; que en conformidad con su decreto de 11 del propio mes, que fija las reglas para la publicación de la Constitución que acordó, ha seguido ya desde fines del mismo mayo una comisión encargada de desempeñar los objetos del referido decreto; y que aguarda los resultados

que ella produzca para deliberar en consecuencia lo que le corresponda en uso de sus deberes y en cumplimiento de las demás disposiciones de la citada ley. Pero que siendo de una importancia tan vital el que se restablezcan esas relaciones y esos lazos de unión que ya dieron a Colombia existencia, poder y gloria, y que siempre serán necesarios a la recíproca felicidad de sus pueblos, su excelencia no puede menos de repetir en esta ocasión, que ningún otro medio nos conduciría más directamente a tan sublime designio, como la celebración de una convención colombiana, en donde se transigirían de común acuerdo todas las diferencias y todos los intereses, y quedarían de una vez arregladas por la mayoría, las relaciones que en lo sucesivo deba conservar la familia colombiana.

“Sírvanse usías elevar esta exposición al conocimiento de su excelencia el Presidente del Congreso de Venezuela, y acepten usías los tributos del profundo respeto y distinguida consideración con que soy de usías muy obediente servidor,

“VICENTE AZÚERO”

NOTA DEL GOBIERNO AL LIBERTADOR COMUNICAN-
DOLE LAS ANTERIORES

“República de Colombia. — Ministerio del Interior y Justicia. — Bogotá, julio 14 de 1830.

“Al excelentísimo señor Libertador, general Simón Bolívar.

“Excelentísimo señor: Por conducto del ministerio de relaciones exteriores se acaba de recibir una comunicación del Presidente del Congreso de

Venezuela al Presidente del Congreso constituyente que se reunió en esta capital. El excelentísimo señor Presidente de la República, embarrado con el contenido de dicha comunicación, y en la duda acerca del partido que deba adoptar, al fin ha resuelto que se remita a vuestra excelencia una copia, como tengo el honor de verificarlo, a fin de que vuestra excelencia quede informado de esta notable circunstancia, por lo que puede influir en la dicha de la Nación y por la trascendencia que tiene con la gloria de vuestra excelencia.

Soy, con perfecto respeto, de vuestra excelencia muy obediente servidor,

“VICENTE AZUERO”

Estos documentos, como por hacer más agudo el dolor de la víctima, se publicaron en la *Gaceta Oficial* número 474, y también se publicaron las actas y discusiones del Congreso de Venezuela, en las que se trataba al Libertador de la manera más indigna, haciéndose de la *Gaceta* una trompeta de difamación contra él. Mas sin caer en cuenta de la impresión que causaría el contraste, les precedían en dicho periódico las siguientes notas:

“República de Colombia. — Ministerio de Hacienda. — Sección 2ª — Bogotá, 28 de mayo de 1830.

“A su excelencia el Libertador Simón Bolívar.

“Tengo la honra de incluir a vuestra excelencia copia auténtica del decreto en que el Congreso constituyente, a nombre de la Nación, expresa

a vuestra excelencia su admiración y reconocimiento por los eminentes servicios que le ha hecho, y declara en su fuerza y vigor el decreto del Congreso constitucional de 23 de julio de 1823, que concedió a vuestra excelencia la pensión de treinta mil pesos anuales durante su vida.

“Me es sobremanera grato ser el órgano por el cual se presenta a vuestra excelencia este tributo de gratitud, no menos que aprovechar esta oportunidad para ofrecerle la expresión de respeto y distinguida consideración con que tengo la honra de suscribirme de vuestra excelencia muy humilde servidor,

“JOSE IGNACIO DE MARQUEZ”

CONTESTACION

Turbaco, 16 de junio de 1830.

“Al honorable señor Ministro secretario de Estado en el departamento de Hacienda.

“Señor Ministro: He tenido la honrosa satisfacción de recibir la apreciable nota de usía de 28 de mayo último, comunicándome un decreto del Congreso constituyente del mismo mes, por el cual se ha dignado darme las gracias a nombre de la Nación y ratifica la concesión que me hizo el Congreso de 1823 de una pensión de treinta mil pesos anuales durante mi vida. Tánta generosidad y benevolencia hacia mí de los poderes supremos, por servicios que todo ciudadano debe a su patria y que por mi desgracia han quedado imperfectos, me confunde y humilla, sin que pueda ofrecer a la República más que lealtad y gratitud eternas.

“Yo me lisonjeo de que los distinguidos magistrados que el Congreso ha tenido la sabiduría de elegir CUMPLIRAN CON LA GLORIOSA OBLIGACION DE MANTENER LA UNION, la paz y la libertad para cuya obtención dirijo al Sér Supremo los votos más ardientes; y tributo al Gobierno el reverente homenaje de sumisión a la ley, y profundo respeto al ilustre Presidente que la Providencia ha concedido a nuestras esperanzas.

“Acepte usía, señor Ministro, las gracias que le debo, por la atención con que me ha favorecido, y sírvase usía acoger las expresiones de mi distinguida consideración con que soy su muy obediente servidor,

“BOLIVAR”

V

Quedaba ya resuelto, por la nota del Presidente del Congreso de Venezuela, que aquella importante sección de Colombia rompía definitiva y absolutamente la unión, ofreciendo sólo entrar en relaciones y transacciones amistosas con Cundinamarca, como llamaban entonces los departamentos del centro de la gran República, que después formaron la de la Nueva Granada, y con Quito, esto es, con los del Sur, que constituyeron la del Ecuador. Y estas relaciones y transacciones como de nación a nación, se limitaban a entenderse, porque había “diferencias que transigir e intereses que arreglar”, esto es, dividir entre los tres la deuda nacional y fijar sus fronteras. Para esto, ¿qué necesidad había de exigir la

expatriación del Libertador, que ya no mandaba ni en el todo de Colombia ni en ninguna de las tres fracciones en que la ambición la dividió? ¿De qué manera fue que Colombia estuvo expuesta a ser el patrimonio del general Bolívar para que se temiese su permanencia, como un simple ciudadano, en algún rincón del país? ¿Se aludía al proyecto de establecer una monarquía constitucional en Colombia? Pero este proyecto tuvo origen en Venezuela, y los hombres que presidían su revolución lo propusieron a Bolívar, que lo rechazó enérgicamente: esto lo he probado. ¿Se aludía al mismo proyecto, formalizado algo más por el consejo de ministros? Pero Bolívar lo improbó y desbarató con su improbación. Y ¿de dónde se saca que los pueblos que se han salvado en la monarquía constitucional, del despotismo y de la anarquía haciéndose con ella grandes, poderosos y felices, sean el patrimonio de ninguna persona? ¿Habrá un solo individuo de los que cobija el pabellón de la cruz de San Jorge, desde el primer lord hasta el último marinero, que no tenga orgullo en decir "soy súbdito inglés", sin creerse por esto ser el patrimonio de la reina Victoria? ¿Qué palabrotas son esas que todavía se repiten, con las que la demagogia preocupa a los tontos, y que los hombres de sano criterio desprecian? ¿Se aludía al proyecto de constitución que el Libertador presentó a la República de Bolivia y que DESEABA se adoptase en Colombia? Pero ¿intentó Bolívar plantear su idea por la fuerza? Si el ver en ella una tabla de salvación para su país fue un error, lo que está muy lejos de haberse probado, ¿era

un crimen ese error inocente, producido por el patriotismo? ¿No había ya desistido absolutamente de esa idea, respetando la opinión pública? ¿No la había desechado el Congreso constituyente? ¡No! Nada de esto indujo a los revolucionarios de Venezuela a consumar el parricidio. El general Mariño, más franco, descifró el enigma: Venezuela, dijo, quería ser independiente porque la unión no le convenía, y se aprovechó del *primer pretexto* que se le presentó. Y esta es la verdad. ¡El primer pretexto! ¡Siempre pretextos! El Libertador era el representante y la columna más fuerte del noble principio de la integridad nacional, de la conservación de Colombia, y para los hombres de destrucción, pensar y procurar esto era un delito. En sacrificar, pues, a Bolívar para cohonestar el parricidio había, por decir lo menos, poca hidalguía.

Nuestro ministro de lo interior se desentiende en su contestación de la exigencia indigna del ostracismo de Bolívar. Semejante omisión en un hombre como el doctor Azuero, no provenía ciertamente de olvido, y con ella hizo al Gobierno de COLOMBIA faltar a un deber de decoro que pudo llenar, aunque empleara mesuradas palabras, a estilo diplomático. El Congreso constituyente, a quien debía su existencia el Gobierno de quien el señor Azuero era el órgano constitucional, ese Congreso ADMIRABLE al que Venezuela había enviado sus diputados, salvó de toda responsabilidad al Libertador con el decreto acordado unánimemente, a que se refiere la nota del señor Márquez que acabamos de ver; y este decreto, que

era ley de la República, proporcionaba al doctor Azuero un medio diplomático de rechazar las inculpaciones que Venezuela hacía a Bolívar con exagerada injusticia, a las que el Gobierno, guardando silencio, dio una tácita aprobación. Todo lo demás de la nota de Azuero era de poca importancia, pues en lo que menos pensaba Venezuela (lo que Azuero no ignoraba) era en convención colombiana que se ocupara de una unión que todos querían romper definitivamente, y sólo indicaba arreglos internacionales para deslindar sus intereses recíprocos pacíficamente; y esto también lo quería Azuero y lo querían los *liberales* granadinos, por lo que se aunaban con los de Venezuela en su persecución al partido colombiano y principalmente a su jefe.

He indicado que esta aprobación que el Gobierno diera con su silencio a los fundamentos, esto es, a los pretextos que aducía Venezuela para no entrar con él en relaciones "mientras el general Bolívar permaneciese en el territorio de Colombia", fue reforzada con la nota de Azuero en que comunicaba a Bolívar los documentos que lo denigraban, diciéndole que lo hacía a fin de que se informase de lo que Venezuela exigía, por lo que pudiera influir en la dicha de la Nación, y por la trascendencia que tenía con su gloria; lo que significaba que el Gobierno consideraba una dicha para la Nación que Bolívar se expatriase aunque para dulcificarle algún tanto la cicuta le hablara de su gloria personal.

El señor Mosquera convino con su ministro en que se comunicase a Bolívar la nota del Presi-

dente del Congreso revolucionario de Venezuela; pero no vio los términos en que se redactara, y su publicación en la *Gaceta Oficial*, y la de las actas de aquel Congreso, se hizo sin su conocimiento y le desagradó.

El Libertador sintió profundamente la ofensa y no contestó la nota; pero la amargura que ella le causó, que agravó la dolencia que lo llevaba rápidamente al sepulcro, la devoró hasta su último día.

Sus amigos en Cartagena no guardaron el mismo silencio, y la prensa se ocupó con violencia de ella, la glosó y la maldijo. Aun los que, allá y acá, mirábamos como una necesidad de las circunstancias que Bolívar se ausentase por algún tiempo de la patria injusta e ingrata que lo desconocía, juzgamos que ya no podía hacerlo decorosamente. Irse por su voluntad, honrado con un decreto del Congreso soberano que le permitía presentarse con dignidad en el extranjero, era muy diferente a irse arrojado con ignominia, como un traidor, por exigencia del país de su nacimiento acogida por el Gobierno nacional. Con calor e indignación le hicieron muchos en Cartagena esta observación, y de todas partes se las hicimos por cartas expresivas los ausentes. Todavía vacilaba Bolívar: la fragata inglesa a su regreso no le trajo los medios pecuniarios que pidió a Caracas, y agotados sus recursos por su liberalidad, vivía ya de préstamos, que es una de las más grandes aflicciones que pueden acibarar la vida de un hombre delicado. Tántos sinsabores hacían que sus males físicos se agravasen. Un día, estrecha-

do por el general Montilla, por los señores Juan de Francisco Martín, Juan García del Río, Juan de Dios Amador y por otros ciudadanos honorables, en quienes confiaba y debía confiar, que le hacían estas observaciones, les contestó con despecho: "tienen ustedes razón, nobles amigos míos: por mi voluntad estaba resuelto a irme; echado no debo hacerlo, por el honor mismo de Colombia, por el honor de Venezuela. Además, me siento morir, mi plazo se cumple, Dios me llama; tengo que prepararme a darle cuenta y una cuenta terrible, como ha sido terrible la agitación de mi vida, y quiero exhalar mi último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros, rodeado de sacerdotes cristianos de mi país y con el crucifijo en las manos: NO ME IRE". Y al pronunciar estas palabras en que rebosaban la dignidad del hombre público y la contrición del cristiano católico, dos lágrimas corrieron por las hondas mejillas del más noble, del más generoso, del más grande de los suramericanos. ¿Quién no habría tomado la misma resolución en igualdad de circunstancias?

Los *liberales*, sin embargo, miraban su permanencia en Cartagena como una resolución premeditada con proditorias miras; negaban que estuviese enfermo, decían que hipócritamente lo fingía para adormecer a los amigos de la libertad. ¡Y Bolívar apenas podía disputar a la muerte unos pocos días más de amarga vida, cuando esto se suponía!

VI

Las pasiones políticas, tan fuertemente excitadas, llegaban en esta capital a su mayor ex-candecencia: los conjurados del 25 de septiembre, que en su mayor parte habían regresado, y sus cómplices incógnitos, no respiraban sino venganza, difundiendo las doctrinas más peligrosas para santificar el asesinato, a la manera de Carlos VII. de Francia, que decía: "asesinar es lo más seguro"; los letreros amenazantes escritos en las paredes se multiplicaban, principalmente contra el general Urdaneta; las cintas encarnadas con que se divisó el batallón *Boyacá* a su entrada, y que conservaba, produjeron otras, el batallón *Callao*, y los partidarios de la integridad nacional adoptaron la cinta verde; las disputas y las riñas en las calles eran frecuentes; la alarma y la desconfianza paralizaban el trabajo, los negocios y las empresas de todo género; "los ministros de la Gran Bretaña, del Brasil y de los Estados Unidos vivían armados y dormían con guardias en sus casas temiendo que se les matara, como sucedió con el inglés Duncan en Zipaquirá";¹ las rentas nacionales, sin las cuales no pueden los gobiernos existir, no alcanzaban a satisfacer en lo más urgente las necesidades del erario, lo que aumentaba el descontento de todos y multiplicaba los peligros. El Presidente Mosquera, acongojado, estrechado por todas partes con exigencias exageradas, gritándole los unos: "Exclusión, persecución, venganza"; los otros recla-

¹ Restrepo, *Historia de Colombia*.

mándole “imparcialidad, garantías, justicia”; el señor Mosquera, digo, viéndose en incapacidad de calmar y satisfacer ni a los unos ni a los otros, desesperado de haber echado sobre sus hombros una carga que no habrían podido sostener las fuerzas de un Hércules, ni las de un Napoleón, se enfermó gravemente. Tuvo por esta causa necesidad de separarse del Gobierno, y en efecto se separó (19 de agosto de 1830), retirándose a buscar alivio y tranquilidad de espíritu en el pueblo de Anolaima, de benigna temperatura, distante unas diez leguas de esta capital. Ese mismo día habían amanecido en las paredes de los edificios de casi toda la ciudad, con una profusión notable, letreros con insultos y amenazas al general Urdaneta y a los *bolíveros*, y el de “libertad o muerte”. Este incidente hizo ver, por unos y por otros, la separación del señor Mosquera de su puesto, como un acto de pusilanimidad, lo que, aunque no era cierto, pues lo era el mal estado de su salud, lo parecía.

El señor Azuero, como ministro de lo interior, le había hecho dictar pocos días antes algunos decretos, ciertamente constitucionales, pero inoportunos en momentos de tanta agitación. Uno de ellos fue el de la supresión del fuero militar de que gozaban los cuerpos de milicias, lo que alborotó la numerosa y regularizada milicia de caballería de la sabana, principalmente a los *gamonales*, que como jefes y oficiales, tenían sobre el gran número de ciudadanos pobres, que componían las clases de tropa, una influencia y poderío que les costaba trabajo resignarse a perder. Mas lo par-

ticular es que esos mismos hombres de las clases de tropa, que el desafuero beneficiaba, lo recibieron mal, porque la palabra "fuero" y la independencia en que ella los ponía de las autoridades civiles, los halagaba. Así son los hombres. La igualdad no se funda, ni puede fundarse, sino en que todos los asociados estén sometidos a unas mismas leyes y a unas mismas autoridades; en esta igualdad se funda también la libertad racional, y sin embargo los alucina la idea del privilegio, aunque éste sea ilusorio y les sea más bien oneroso, como lo es para los militares el fuero. Otra medida que irritó, con razón, al partido colombiano, fue la separación del doctor Estanislao Vergara de la prefectura del departamento de Cundinamarca, nombrándose en su lugar al general de brigada José María Mantilla, hombre el más exagerado e intolerante de los *liberales*.

VII

El señor Márquez, disgustado por las exigencias de los partidos que impedían al Presidente o al Vicepresidente obrar con libertad conforme a sus propias ideas, hizo renuncia del ministerio de Hacienda, la que no se le admitió, y hubo de ceder, mal de su grado, a las súplicas que se le hicieron para que continuase; forzado a ello luchaba con las dificultades insuperables de la bancarrota, y consagrado exclusivamente al negociado de su ministerio, no se ocupaba de la apasionada política militante, que miraba con aversión.

El señor Vicente Borrero, ministro de relacio-

nes exteriores, hacía lo mismo, y con más prescindencia aún, pues su encargo se lo facilitaba.

Por la separación del general Urdaneta, era ministro de la guerra el general de brigada Luis Francisco de Rieux, militar antiguo y honrado, pero desprestigiado por la pérdida de Santa Marta, de cuya provincia era gobernador en 1822.

La ciudad capital de la provincia (Santa Marta), tomada y saqueada por los realistas del pueblo de la Ciénaga y de los demás de sus inmediaciones, todos indios, tenaces defensores de la causa real, culpó con injusticia al general Rieux de su desgracia, como sucede siempre, y esto lo anulaba. Este general, de educación distinguida, de modales cultos, estimable por sus prendas personales, era generalmente querido como hombre privado; pero de carácter débil, contemporizador, que pretendía quedar bien con todos, no siguiendo una política enérgicamente imparcial, sino dando la mano a los unos y a los otros y sonriéndoles con timidez, que es lo peor que puede hacer un hombre público en circunstancias difíciles, era el general Rieux el menos adecuado para ministro de la guerra en las terribles que corría la República en aquellos días.

Los amigos del Libertador, los hombres de orden que habían servido a la anterior administración, entre los que había algunos que dieron, como diputados al Congreso, su voto en favor del señor Mosquera, se habían alejado de él, o le hacían oposición.

Era, pues, árbitro del gabinete el ministro de lo interior, y conocido ya el señor Azuero se pue-

de juzgar cuál sería la marcha política del Gobierno, con la que tomaba el mal cada día más incremento.

Por momentos se tenía un choque sangriento de los partidos en las calles mismas de la capital. El *liberal* se apoyaba en el batallón *Boyacá*; el colombiano en el batallón *Callao*. El batallón *Cazadores de Bogotá* (no de *Cundinamarca*, como lo llama el señor Restrepo) era el único que podía considerarse perteneciente al Gobierno y no a los partidos. Este cuerpo de nueva creación, compuesto en su totalidad de reclutas completamente bisoños, era mandado por el entonces coronel Ramón Espina, quien a pesar de ser del partido colombiano y amigo del Libertador, pudo conservarse, no sin descontento de los *liberales*, porque el Presidente y Vicepresidente lo sostuvieron conociendo que podían contar con su lealtad. El coronel Espina resistió a todas las exigencias del coronel Vargas para que adoptase en su cuerpo la divisa de cinta encarnada con el letrero de "libertad o muerte", pero no pudo impedir que algunos de sus oficiales la llevaran, fuera de formación. Esto no inquietaba al coronel Vargas ni a sus paisanos y copartidarios que lo azuzaban, pues el batallón *Boyacá*, compuesto de soldados viejos del antiguo ejército, era más fuerte que el *Callao* y *Cazadores juntos*, y por consiguiente los exaltados *liberales* tenían asegurada su preponderancia, haciéndose con ella más provocativos.

Tal era la situación; el desconcierto era completo. Estábamos, pues, en plena República hispanoamericana, y la crisis tremenda tenía que llegar; y llegó terrible, cruenta; y el torrente irresistible me sorprendió descuidado y me arrebató.

CAPITULO TRIGESIMOSEXTO

I

En la disquisición de los hechos que voy a referir en este capítulo, tengo por necesidad que detenerme algo más de lo que suelo en la relación de otros sucesos que no son tan importantes, sobre todo para mí. El lector, cuya indulgencia imploro para que me siga sin fastidio, debe considerar que yo no estoy escribiendo, ni soy capaz de escribir una novela para distraerlo, sino unas *Memorias* para instruirlo, aclarando en conciencia y verdad, acontecimientos del más alto interés histórico, que la parcialidad de los escritores que me han precedido, el espíritu de partido, la ignorancia y la malignidad han desfigurado apasionadamente. La posteridad, que es el juez más temible, después de Dios, de las acciones de los hombres públicos, necesita para fallar sobre ellas con acierto lo que Dios no necesita; esto es, oír a todos, examinar las relaciones de los unos y de los otros, y buscar en ellas la verdad, que hallará si la busca impasible.

II

La discordia y el encono creciente de los partidos en la capital apoyados en los cuerpos de tropas que les eran adictos; un rumor tan infundado

como maligno de que se trataba de seducir al batallón *Callao* a fin de que apoyara una revolución; la presión que el partido *liberal* ejercía sobre el Gobierno, que no se debilitó por la ausencia del señor Mosquera, determinaron al Vicepresidente Caicedo, encargado del Poder Ejecutivo, a disponer la salida del batallón *Callao*, enviándole de guarnición a Tunja. Si igual medida se hubiera tomado respecto del batallón *Boyacá*, destinándolo a cualquiera otra provincia, o mejor, la de disolver enérgicamente ambos cuerpos, aquí en la capital misma, a presencia del Gobierno, la imparcialidad habría aparecido, y ella habría producido su consecuencia natural de aplacar la exaltación de los ánimos. Pero la expulsión o ofensiva del cuerpo que servía de garantía, o más bien en el que creía tenerla uno de los dos partidos, dejaba a éste a merced del otro, lo que precisamente tenía que alarmarlo y desesperarlo. Es indudable que la situación no podía prolongarse, que el Gobierno tenía que tomar una medida cualquiera para obviar las dificultades en que se hallaba, pero los hombres amenazados, no piensan en esto, y cuando todo el poder del Gobierno los agobia inclinándose en favor de sus adversarios, la desesperación viene, y con ella los desaciertos y hasta los crímenes. ¹

¹ El general Joaquín París, antes de irse el señor Mosquera para Anolaima, le propuso la medida de disolver los batallones *Boyacá* y *Callao*, encargándose de hacerlo él mismo y respondiendo del resultado; el señor Mosquera convino, y ya estaba el general tomando sus medidas para verificar lo acordado, cuando recibió orden de suspender todo procedimiento sobre el particular. Indudablemente la suspensión de la disolución de los cuerpos provino de que el partido *liberal* no consentía en la de su batallón *Boyacá*.

Tan luego como se divulgó la noticia de la marcha del *Callao* para Tunja, se redactó por algunos ciudadanos la representación siguiente:

“Excelentísimo señor Vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo.

“Los individuos que suscribimos esta sumisa petición, ante vuestra excelencia, con el mayor respeto decimos: que conducidos del amor al Gobierno y del deseo de la tranquilidad pública, nos dirigimos a vuestra excelencia para que con una sabia medida calme los espíritus que se hallan consternados y agitados, con una alarma general que en todos se advierte. Esta alarma, excelentísimo señor, la ha producido la noticia de que al batallón *Callao* se le destina a otro punto fuera de la capital, en circunstancias de estar persuadidos que este cuerpo es un baluarte del Gobierno y de la tranquilidad pública, y que no siguiendo ningún partido, es ciego obediente al Gobierno y a las leyes que rigen, de lo cual ha consignado pruebas incontestables.

“Al separarse este batallón de nuestro suelo, ya vemos envuelta esta ciudad y sus contornos en el luto y la desolación. Vuestra excelencia, con su alta penetración, comprenderá mejor que nosotros cuáles sean los motivos de una desconfianza general: todos sabemos que en el seno de esta capital se encuentra un número de hombres que insultan y ofenden a la mayoría, porque creen como un dogma santo las reglas que pretenden fijar y dar al orbe entero. Estos hombres, señor, conducidos de su intolerancia, los creemos capaces de envolver esta ciudad en el desorden, y en

este caso vemos al Gobierno sin medios para contenerlos: en prueba de nuestra aserción, podríamos aglomerar multitud de hechos que creemos innecesarios, por persuadirnos que vuestra excelencia está al cabo de ellos.

“Al dirigirnos a vuestra excelencia protestamos sinceramente que nuestros votos no son arrancados del espíritu de partido: ellos sólo se encaminan a la felicidad común, y si con esto se creyese por algunos espíritus intolerantes que cometemos un acto irregular, lejos estamos de semejante idea, y sólo aspiramos al sostenimiento del Gobierno y de las leyes que nos rigen: nuestra bandera es la de Colombia y no la de la muerte; y en todos y en cada uno de los suscritos encontrará vuestra excelencia unos súbditos de la ley y del Gobierno.

“En concepto de lo expuesto es que nos encaminamos a vuestra excelencia suplicándole se digne mandar suspender la marcha del citado batallón; y si la sabiduría de vuestra excelencia no tuviese por conveniente acceder a nuestra respetuosa petición, que en este caso se nos permita formar un cuerpo separado, de los individuos que suscribimos y los más que se agreguen, dándonos las correspondientes armas; siendo el objeto de este cuerpo sostener al Gobierno, defender la religión católica, mantener la tranquilidad pública y conservar nuestra propia existencia.

“Sírvasse vuestra excelencia despachar favorablemente esta nuestra sumisa petición, concediéndonos la alternativa de nuestra solicitud; que es

justicia que pedimos, en Bogotá a 10 de agosto de 1830—20°"

Trescientas ochenta y cuatro firmas de padres de familia, personas honradas la suscribieron; pero mientras se recogían las firmas había salido en la mañana del 9 el batallón *Callao*, y el 10 llegó al pueblo de Gachancipá a diez leguas de esta ciudad. A manos del Vicepresidente no llegó la representación, sino en la mañana del 11, de modo que vino a ser nugatoria, bien que lo mismo habría sucedido aunque la hubiera recibido antes de la salida de dicho cuerpo. Pero ella, sin embargo, es un documento de la más alta importancia, y tan claro que no necesita ser comentado.

III

En la misma tarde del 10 llegaron a Gachancipá los señores José María Serna, Buenaventura Ahumada, Pedro Domínguez y el coronel Johnson, acompañados de algunos otros propietarios de las inmediaciones, y pusieron en manos del coronel Jiménez una exposición firmada por ellos en que le pedían que suspendiese su marcha o que pasara por sobre sus cadáveres. En el diario histórico del batallón, en ese documento auténtico que se escribe día por día y que manifiesta siempre sin disfraz las impresiones del momento, se lee lo siguiente: "Semejante acontecimiento turbó al señor coronel; mas como militar, obedeciendo siempre a sus superiores, no deliberó mucho en dar parte al Gobierno de lo acaecido para que determinase el partido que en tales circunstancias debía tomar: al efecto dirigió una comuni-

cación en que exponía circunstanciadamente el movimiento que se notaba en la sabana, con el subteniente Ramón Silva”.

Para juzgar con imparcialidad de lo que sigue debemos conocer al coronel Jiménez, comandante del batallón *Callao*. El coronel Florencio Jiménez, de color mulato, dejó la pala y el azadón del campesino, siendo muy joven, para enrolarse como soldado raso en las filas de los patriotas en los primeros días de la revolución, en Venezuela, su patria. No sabía leer ni escribir, y mucho después aprendió a medio leer y a firmar en letras a manera de jeroglíficos, que ni él ni nadie podía casi descifrar: hombre sencillo, candoroso, ingenuo, de conducta privada irreprochable, religioso hasta poder ser llamado devoto, era Jiménez un hombre incapaz de deliberar por su propio juicio y fácil en ceder a sugerencias ajenas. Habiendo hecho su carrera por escala rigurosa, y merecido sus ascensos a fuerza de valor, durante toda la guerra desde Venezuela hasta el Perú, era un buen jefe práctico para mandar un cuerpo; y valiente como el que más, sabía conducir al combate sus soldados sin que nadie lo excediera en él. Fuera de esto no era capaz de nada. Semejantes hombres se hacen muchas veces culpables sin caer en cuenta de ello, y creyendo obrar bien: todo depende de aquellos que los rodean.

Partido el subteniente Silva para esta capital, el simple instinto de su deber y el hábito de cumplirlo, decidió a Jiménez a seguir a su destino. Veamos en el diario histórico por qué no lo hizo; dice así: “Agosto 11. No pudo seguir su marcha

el batallón por falta de bagajes: para ponerse a cubierto pidió el señor coronel, por medio de un oficio al alcalde, los bagajes, haciéndolo responsable de cualquiera perjuicio que se siguiera por la retardación del batallón en esta parroquia, y contestó que no le había sido posible reunir las bestias, que los pueblos le habían faltado”.

Efectivamente así fue. El pueblo de Gachancipá, como todos los de la Sabana, estaba alborotado. Las personas que fueron a él con el objeto de no dejar continuar la marcha del batallón, viendo resuelto a Jiménez a seguir su deber, ocurrieron al arbitrio de ponerle obstáculos, privándolo de movilidad. Además, hacían a aquel pobre hombre acalorados argumentos y reflexiones que lo aturdían y arrastraban. Sus oficiales participaban de sus vacilaciones: al principio todos opinaban por continuar su viaje y no comprometerse en un movimiento que a más de culpable les parecía peligroso, hallándose el batallón casi en cuadro, no teniendo más que unos 230 hombres de fuerza. Hubo acaloramiento y voces agrias, por los inconvenientes que se les suscitaban para impedirles moverse. Después todo cambió: sigamos el diario histórico para saber por qué y cómo: “A las diez del día (continúa el 11 de agosto) fue aprisionado por unos individuos en la sabana el teniente Francisco Martínez, que marchaba en comisión del Gobierno a la provincia de Tunja, con una comunicación al comandante de armas, en la que el ministro de la guerra daba órdenes para disolver con insidias el batallón *Callao*. Tal procedimiento e ingratitud

del Gobierno, indignó con justicia al señor coronel, y de acuerdo con los pueblos convino en que era necesario cambiar un ministerio que dominaba al Ejecutivo. La tarde de este día se presentaron 300 hombres bien armados, a caballo, con sus correspondientes jefes y oficiales, y se repitió por ellos al señor coronel que parase la marcha del batallón, o que los derrotase atacándolos. Una manifestación tan decidida, la ingratitud del Gobierno y la consideración que éste era oprimido por una pequeña facción que le obligaba a hacer lo que a ella convenía, consiguieron que el señor coronel, en unión de los oficiales de su cuerpo, se comprometiese con los pueblos". La fatalidad pues, sin premeditación, sin designio anterior, desdichó; y son calumniadores los que otra cosa han supuesto.

IV

El oficio del ministerio de la guerra a que se hace referencia en el artículo anterior no se insertó en el manifiesto que después publicaron los jefes y oficiales del batallón *Callao*. Se encontró más tarde en los libros de dicha oficina, otro, fecha 11, que no pudo ser el que se dijo interceptado a las diez del mismo día, y aunque en éste se autorizaba al comandante de armas de Tunja para que disolviera dicho cuerpo si tuviese motivos de desconfiar de él, no había una sola palabra ofensiva. Jiménez me aseguró después que por equivocación se dijo que la nota era del ministerio de la guerra, pues no era sino del estado mayor general, y que la había perdido con otros papeles

en un guarniel, en los movimientos rápidos que tuvo que ejecutar.

Sca como fuere, aquel no era motivo que pueda justificar una desobediencia tan culpable al Gobierno por un cuerpo de tropas; y aunque yo me viera algunos días más tarde envuelto en aquella revolución, que como todas fue mucho más lejos de lo que jamás pensamos, no puedo menos que condenarla contrito. Jiménez fue arrastrado, y muchas veces él y algunos de sus oficiales me manifestaron igual sentimiento al que yo acabo de expresar, quejándose de los que los precipitaron, y maldiciendo a los que bajo el título de *liberales* desautorizaron al Gobierno negándole la legitimidad, y con injurias, insultos, injusticias y amenazas, irritaron a un gran partido compuesto en su mayor parte de hombres que por sus servicios habían merecido y merecían bien de la patria.

El mismo día 11 contestó el ministerio de la guerra la primera nota del coronel Jiménez, diciéndole que continuara su marcha, persuadiendo a los que se le oponían a que desistieran de su intento, o que si no lo conseguía por medios pacíficos, usara de la fuerza. Cuando esta nota llegó, ya era tarde; ya se había salvado la valla.

En la mañana del día 12 supo el coronel Jiménez que había llegado a Zipaquirá una columna de dos compañías del batallón *Boyacá*, e inmediatamente destacó sobre ella otra de dos compañías del *Callao*, la que en la Peña del Aguila cerca de Zipaquirá, batió a la del Gobierno, que se dispersó en su mayor parte, pues sólo tres oficiales y treinta individuos de tropa quedaron prisioneros,

y once quedaron fuera de combate: la del *Callao* sólo tuvo cinco bajas. El jefe de la columna del Gobierno, dando un largo rodeo, regresó a la ciudad con sólo diez y nueve hombres.

V

El general de brigada Francisco de Paula Vélez había salido de esta ciudad con 300 hombres del batallón *Boyacá* para Zipaquirá, y cerca de dicha ciudad se detuvo al tener noticia de la dispersión de la columna que le había precedido. Jiménez se dirigió hacia él, y aunque vencedor, y resistiendo a las exigencias de las milicias y de los ciudadanos de la Sabana que le acompañaban, no quiso atacarlo sin buscar antes un arreglo pacífico. En el diario histórico se lee sobre el particular lo siguiente: "Marchó (Jiménez) hacia él (el general Vélez) con el batallón y se dispuso a batirlo. Mas antes de esto el señor coronel mandó a decir al predicho señor general Vélez que le era muy sensible haber tenido que derramar sangre, y deseaba que de algún modo honorífico se transase la diferencia ocurrida entre los pueblos y el Gobierno. El señor general convino en ello, y ofreció interesarse vivamente porque así sucediera, suplicando al señor coronel se allegase a él para conferenciar. De esto resultaron nuevas protestas favorables del señor general Vélez, conviniendo con el señor coronel en que era necesario, para que no hubiese tiro alguno, que inmediatamente contramarchase a la capital con sus tropas; y el señor general Vélez cumplió exactamente, a pesar de hacer una noche lóbrega y llover mucho".

Dice el señor Restrepo en su *Historia de Colombia*: "En seguida emprende su retirada (el general Vélez) hacia la capital, siendo ya muy cerca de la noche: fue tanta la prisa con que marchara en aquella noche, que más parecía una fuga que una retirada".

Alta gritería se levantó entre los *liberales* contra el general Vélez por esta retirada, y más aún por la conferencia que tuvo con el jefe de las fuerzas disidentes. Suponían los censuradores que pudo y debió continuar su marcha, atacar a Jiménez y *cogerlo con toda su gente*; le increpaban que le hubiese ofrecido interesarse con el Gobierno para que cediese a un arreglo pacífico en el sentido que aquél solicitaba, esto es, que se cambiase el ministerio, escogiéndose hombres que diesen garantías de imparcialidad para con todos; decían que con los facciosos no debía haber más transacción que *cogerlos*, juzgarlos y fusilarlos; que con semejante ofrecimiento había menguado la dignidad del Gobierno, haciendo recaer sobre él la responsabilidad de la prolongación de la guerra. Y la sospecha empezó a circular y a tomar incremento, con tanto mayor fuerza cuanto que el leal general Vélez cumplió su palabra manifestando al Gobierno que el movimiento de los pueblos de la Sabana era realmente general; que la continuación de las operaciones militares podía comprometer seriamente la seguridad de la capital y del Gobierno mismo, y que si fuera posible un arreglo en que la dignidad y el honor del Gobierno quedaran bien puestos, resultarían de ello más bienes que males.

En el campamento de los disidentes era quizá mayor y más fundada la efervescencia. Decían que el general Vélez estaba perdido, que pudo y debió ser hecho prisionero sin hacer un tiro, con lo que sin más sangre ni más sacrificios quedaba todo concluido en favor del *pronunciamiento*, pues la revolución contaba aquel día más de trescientos hombres de excelente infantería con el aumento del batallón *Caillao* por los prisioneros y los voluntarios que se habían incorporado en él, y el de la caballería por la misma razón; y además con los numerosos "clérigos sueltos" que allí había. Desde entonces empezó a llamarse "clérigos sueltos" a los particulares que sin afiliarse en ningún cuerpo afluyen a los campamentos formando una falange perjudicial de calificadores, censuradores y calumniadores de los jefes y de las operaciones. Ellos lo discuten todo, deciden sobre todo, forman planes, anticipan su voto sin que se lo pidan, introducen la desconfianza en el subalterno y el soldado contra sus superiores, desautorizan a éstos, principalmente si no participan de su exaltación; ellos, en fin, por sí y ante sí se constituyen en jueces del mérito individual y de los acontecimientos. Naturalmente no falta algún jefe a quien den la preferencia, y entonces, ¡desgraciados de los que incurran en su desagrado, por grandes que hayan sido las pruebas de lealtad y decisión que dieran y por honrosos que fueran sus antecedentes! El círculo de calificadores se ensancha en las ciudades, y sin oír al acusado, sin examinar los hechos, sin hacerse cargo de las circunstancias, se ofende y desautoriza a

hombres que han servido bien y que pueden servir mejor todavía, condenándolos en juicio de charlatanería y sin apelación. Mucho se consigue si a la larga los sufrimientos, las pruebas repetidas, obligan a hacer justicia a los hombres calumniados, cuando ya las acriminaciones primeras han producido irremediables males, y cuando quizá ellas, más que nada, motivaron una sangrienta y fatal catástrofe.

Es indudable que el general Vélez no podía dar un paso ni adelante ni atrás: Jiménez se hallaba a su vista con unos setecientos hombres exaltados, decididos, resueltos a todo, que no tenían más que moverse para hacer entregar las armas o dispersar a los trescientos de Vélez, que por su corto número, por la desgracia de sus compañeros en la Peña del Aguila y por la opinión hostil de los pueblos y caseríos que los rodeaban, se hallaban completamente desalentados. Pero a Jiménez y a sus oficiales los agobiaba la responsabilidad moral y legal del paso que habían dado con inconsulta precipitación, y el remordimiento les hacía desear un arreglo para salir de él decorosamente. Esto salvó al general Vélez y a su tropa. Las milicias, principalmente sus jefes y oficiales, los clérigos sueltos, entre los que había algunos alcaldes de los pueblos comprometidos, que no se hacían ilusiones sobre lo que se les esperaba en el caso de una transacción y que no participaban de los sentimientos y temores de Jiménez, blasfemaban irritados contra él. Reconociéndolo como valiente en el campo de batalla, lo consideraban débil fuera de él, incapaz para el mando en jefe

en momentos de revolución por "demasiado bueno" e indeciso en una crisis que, para que no fuera funesta, requería en el jefe la cualidad contraria, porque siempre se llama debilidad e indecisión la prudencia que prevé y los sentimientos nobles y generosos que obran sobre el ánimo, estimulando a preferir las transacciones fraternales, EL HONOR SALVADO, a la matanza y a los sacrificios que arrastran en pos de sí las guerras civiles; y a lo que es peor, al encono, a los odios, a los deseos de venganza que ellas dejan. De manera que según esto, para mandar en guerras civiles se necesita ser demasiado malo; y desgraciadamente esta última que nos ha postrado, da una fuerza inmensa a la opinión de los que así piensan. Mas, ¿qué hacer? Sin Jiménez y el cuerpo de su mando, la revolución estaba perdida. Disimularon, pues, y resolvieron continuar empujándole en el camino emprendido, y obstruyéndole las veredas que se desviasen de él.

El general Vélez, por su parte, obró con incontestable acierto haciendo con Jiménez una especie de *esponsión* que en nada comprometía al Gobierno, que podía aceptarla o rechazarla libremente y que quitaba fuerza moral a Jiménez desacreditándolo entre sus cómplices o más bien entre sus instigadores. Merecía por ello alabanzas, y se le correspondió con censuras y se le ofendió con sospechas injuriosas. Ciertamente hizo el general Vélez su retirada en el desorden que indica el señor Restrepo, mas esto no dependió de él ni pudo evitarlo: la oscuridad de la noche, la tempestad furiosa que le asaltó, la lluvia que azotaba

el rostro, el estampido del trueno que espantaba a los caballos y las mulas, el mal camino por hondos lodazales, el bramido atronador de los torrentes que a manera de cascadas se desprendían de la cordillera arrastrando en su caída granizo, piedras, arbustos; por otro lado la idea de perfidia de parte de las fuerzas disidentes: todo contribuyó a aumentar las impresiones desalentadoras que siempre produce una retirada, dejando cercano al enemigo, y un terror pánico, imposible de dominar, se apoderó de su columna. Nadie se veía nadie se oía, cada uno marchaba por su cuenta, lo más aceleradamente que podía; y mucho fue que el general Vélez, a fuerza de actividad, ayudado por los oficiales que estaban bien montados, hubiera podido evitar la dispersión completa de su gente, trayéndola a la ciudad.

VI

El Vicepresidente, apenas llegado el general Vélez, desoyendo el clamor apasionado que se había levantado contra dicho general, cuya lealtad conocía, e impresionado con los informes que éste le dicra sobre la generalidad del movimiento y sobre la moderación y buenos deseos que manifestaban Jiménez y los oficiales veteranos, envió en el acto al general de brigada José María Ortega al campo de los disidentes, a que especificaran sus demandas y pretensiones, y principalmente a excitarlos a someterse, ofreciéndoles una amplia amnistía.

A las dos de la tarde del mismo día (13 de agosto) llegó el general Ortega al pueblo de Chía,

y encontró allí la columna de Jiménez, que acababa de trasladarse a él. La conferencia fue corta y amistosa. Jiménez por toda condición para someterse exigió el cambio de ministerio, y que se escogiese uno mixto que diera garantías a todas las opiniones y a todos los partidos; dijo que la amnistía sin esta condición sería ilusoria y por tanto inaceptable; hizo hincapié sobre el compromiso en que le había puesto el pronunciamiento de los pueblos de la Sabana, a los que ya no podía abandonar sin deshonor. Realmente conmovido, tomando las manos del general Ortega, le suplicó que se esforzase en obtener esto y que regresase en el acto para no perder tiempo, pues lo desesperaba la idea de tener que batirse otra vez con los defensores de un Gobierno al que más bien quería servir que hostilizar, venerando como veneraba a los dos supremos Magistrados, contra quienes nadie tenía aversión, considerándolos oprimidos por los demagogos, llamados liberales, que eran sus verdaderos enemigos, y que los derribarían si no les impusiese respeto el partido colombiano.

El general Ortega regresó inmediatamente a la capital agradecido a las muestras de respeto y consideración que le prodigaron, cordialmente, jefes, oficiales y soldados veteranos y de milicias, en aquel campo que consideraba enemigo. ¿Las obtuvo iguales entre los suyos? No.

Fue un error del Vicepresidente escoger para semejante comisión al general Ortega, hermano político del general Vélez, circunstancia que debía hacerlo sospechoso, como en efecto lo hizo a

los calificadores que ya pronunciaban, con el zumbido del cigarrón, palabras altamente ofensivas a ambos.

Asombra, irrita, indigna la facilidad con que en este país de pasiones tórridas a la par que ruines, se califica de traidres a hombres respetables, de hidalgo carácter, de leal corazón, incapaces de cometer la menor acción fea ni de manchar con una felonía el nombre honorable que heredaron de sus mayores. Mas por reprochable que esto sea, es lo que sucede frecuentemente.

El general Francisco de Paula Vélez es una de las figuras más refulgentes de nuestra historia militar, y su cuñado el general José María Ortega le igualaba en mérito, en cualidades, en honradez; sólo pues la malignidad podía sospechar de ellos y calumniarlos. Sin embargo, lo fueron entonces y lo fueron después, como lo veremos cuando nos ocupemos de la revolución de 1841. El Gobierno, que tenía en ellos la confianza que debía tener, conservó a Vélez en el puesto de comandante general, despreciando las hablillas de los calificadores y de los tribunos de corrillo y de covachuela.

VII

Con la noticia de que los disidentes pedían la renovación del ministerio, todos los ministros hicieron dimisión de sus destinos, expresando que lo hacían a fin de no ser obstáculo a un avenimiento pacífico. Acaloradas discusiones se suscitaron en pro y en contra de la ardua cuestión. Unos decían que la admisión de la renuncia sería una debilidad de parte del Gobierno, que lo obli-

garía a otras concesiones de exigencias hechas por la fuerza armada deliberante; otros alegaban que era eso menos malo que comprometer al país a una guerra civil, cuyo término era difícil de columbrar. El Vicepresidente era de esta opinión, y estuvo inclinado a admitir las renunciás, pero el 14 se reunieron en junta los *liberales* más exaltados y se habló de no obedecerle "si transigía con los facciosos". Vióse, pues forzado a negarlas. El mismo día publicó el prefecto una proclama violenta, que irritó con razón a los disidentes.

Yo creía entonces que en la negativa del Gobierno había terquedad, que el bien público requería prescindir de puntillosas consideraciones en beneficio de la paz, y que la parcialidad del Gobierno sojuzgado por el partido *liberal*, hacía legítima la exigencia. Después, reflexionando en calma, apagada la pasión que me cegaba, pienso que hizo bien el Vicepresidente en no consentir en lo que se le exigía, porque estoy convencido de que debe la fuerza pública ser esencialmente obediente y por ningún motivo ni en ningún caso deliberar. Lo que habrá que extrañar será ver, bien pronto, que cuando un año después se hizo esta misma exigencia y otras peores al Gobierno, en términos tanto o más criminales o más insolentes, por el partido *liberal* apoyado en una parte de la fuerza armada que acababa de restablecerlo, se vio forzado el Vicepresidente a ceder en sentido contrario, no admitiendo una renuncia de sus ministros fundada en el plausible motivo de la reconciliación de los partidos y de la paz, sino destituyéndolos contra su propia opinión, para

dar rienda suelta a la persecución y a la más innoble venganza, con violación de un convenio solemne que la moral y el honor exigían fuese sagrado.

VIII

Apenas salido el general Ortega de Chía, llegaron allí los coroneles Carlos Castelli, Pedro Mugüerza, Mariano París, Vicente Piñeres y Tomás Jonhson, y los tenientes coroneles Ramón Soto y Sebastián Esponda, llevando el escuadrón de milicias del pueblo de Fontibón, bien montado, y acompañado de algunos clérigos sueltos. La incorporación de dichos jefes en el campo disidente fue una complicación más para Jiménez, que siempre tuvo disposición para salir, por alguna transacción, del mal paso que había dado, más por debilidad que por su propio juicio. Después de los abrazos, libaciones y brindis de costumbre en semejantes casos, se celebró junta de guerra, en la que, con audiencia de los *clérigos sueltos*, se acordó que con las fuerzas presentes se formase una división con el nombre de división *Callao*, incorporándose en ella todas las milicias del departamento de Cundinamarca que pudieran reunirse; se nombró al coronel Jiménez comandante en jefe de la división, lo que tenía que ser así precisamente, aunque él no era del agrado de los enérgicos; Castelli fue nombrado segundo jefe de la división; Mugüerza comandante general de infantería; Piñeres, jefe del estado mayor de la división; Soto, jefe del estado mayor de infantería; Esponda, jefe del estado mayor de caballería, y

Jonhson, comandante de un escuadrón que se formó de jóvenes voluntarios y se llamó de Guías. . .

Entre nosotros no faltan nunca de estos nombramientos, aunque los soldados de que se disponga no alcancen a formar un regimiento. Ocasiones hay en que las tropas que han podido juntarse a garrotazos, y que en cualquiera otra parte no alcanzarían a formar sino una división cuando más, se organizan en 1º, 2º, 3º, 4º, 5º y 6º ejército, con sus correspondientes generales en jefe, estados mayores, ayudantes, cuartelmaestres, capitanes, prebostes, aposentadores, conductor general de equipajes, y su generalísimo y su lugarteniente general, etc. El escuadrón *Guías* tampoco falta nunca aunque no sea con el mismo nombre, llegando alguna vez la extravagancia hasta llamarlo escuadrón *Calaveras*. Mas en justicia debo decir que en estos grupos de verdaderos *calaveras*, compuestos en lo general de jóvenes decentes, ya formen compañías de la Unión o escuadrones de caballería, es donde puede esperar generosidad el vencido: ellos se interponen y salvan muchas vidas, en medio de la matanza que sigue a una derrota, en que la lanza y el machete de la canalla de todos colores, se ceban con ferocidad en los infelices que no pueden defenderse.

Después de concluída la guerra civil; después que el vencedor se ha repartido todos los empleos; después que las coronas de hojas que algunas muchachas ponen en las sienes de los *héroes* se han secado y que no se ven en ellas sino algunas manchas de sangre que absorbieron por el manoseo del doctor disfrazado de general, o del generalí-

simo, o del negro feroz, en cuya frente estuvieron; después que los bienes que se decían botín, por sagrados que sean, se han repartido; después que algunos perdidos se han hecho ricos; después, en fin, que no hay más que expoliar, se entra en el espantoso laberinto de los expedientes de suministros, falsos unos, exagerados todos, y en el del más espantoso todavía de los ajustes militares de los seis ejércitos, de generales, jefes y oficiales, y se expiden documentos de crédito por algunos millones de pesos. Los *héroes* reciben ufanos sus papeles como precio de la sangre inocente que han derramado, y se apresuran a reducirlos a dinero; bien pronto este dinero pasa en las mesas de juego a ciertos estafadores conocidos, y los matones quedan disponibles para entrar en la próxima revolución, sea la que fuere, y el tesoro público queda gravado con una deuda inmensa, que añadida a la anterior, hace imposible su pago; la bancarrota llega, la miseria cunde, los mendigos se centuplican, la desesperación viene, y tras la desesperación....

Pero ¿qué estoy diciendo? Estoy otra vez divagando: estoy cometiendo un verdadero paracronismo. Esta es la historia de la actualidad, esta es la historia de nuestros días. Es verdad. Es que cuando se ha sacrificado la vida entera en servir desinteresadamente a la patria, con la halagüeña esperanza de hacerla libre, feliz, respetable; y ya próximo a morir, ve uno que la deja oprimida, desgraciada, hecha el escarnio del mundo y precipitándose a la disolución, maldecida de Dios y despreciada de los hombres, el dolor del alma ago-

bia, fija las ideas en un solo punto y nada puede desviar el pensamiento de aquel punto. Dispénseme, pues, lector y sígueme atento.

La designación de empleos hecha por la junta de guerra de Chía produjo por la naturaleza de las cosas la distribución de los negociados de esta manera: Castellí, director de las operaciones militares; Piñeros, encargado de la parte diplomática y parlamentaria de la revolución; Jiménez, reducido a la condición de simple combatiente y además a la de firmante, apareciendo el primero en todo, y siendo, fuéramos del campo de batalla, el último.

IX

Desde que se tuvo noticia del movimiento de los pueblos de la Sabana, de la detención del batallón *Callao* en Gachancipá y de sus exigencias, pidió el Gobierno auxilios a Tunja, el Socorro y Casanare, dando órdenes terminantes para que a toda costa se reuniesen las fuerzas que se pudiera y se pusiesen en marcha acelerada para esta capital. El general Moreno, que ya es conocido del lector, contestó con la siguiente nota:

*"Estado de Venezuela -- Gobierno de Casanare.
Pore, agosto 30 de 1830.*

"Señor ministro de la guerra.

"He tenido la honra de recibir la nota oficial de usía, fecha 13 del que expira, en que se sirvió describirme la penosa situación en que se hallan los pueblos de *Nueva Granada* a causa de la rebe-

lión de algunos hombres turbulentos que consiguieron unir a su partido el batallón *Callao* a su tránsito de esa capital para Tunja; pidiéndome usía, en consecuencia, que las fuerzas que envíe en auxilio del *Gobierno de Colombia*, vayan con la mayor celeridad con dirección a aquella ciudad.

“Señor secretario, sin embargo de que del *Gobierno de Venezuela* no he recibido ninguna comunicación, en orden al pronunciamiento de esta provincia, debo asegurar a usía que como los males que amenazan a *Nueva Granada* con esa rebelión son comunes al resto de Colombia, yo habría volado ya con el auxilio que las circunstancias de esos pueblos hacen tan importante y urgente; pero me han privado de esa satisfacción, por una parte el tener licenciada la mayor parte de las tropas, por haber creído innecesario que estuviesen acuarteladas desde que los batallones que había en Bogotá y Pamplona se pusieron a las órdenes del señor general Mariño; y por otra parte la escasez de recursos que padezco de toda especie, y con particularidad de bagajes, como que cuando subió la columna del señor coronel Torrellas el año pasado, fue preciso que de la provincia de Tunja mandasen mulas hasta Labranzagrande, pues siendo todas las tropas de caballería y compuestas de llaneros no podría conseguirse que anduviesen a pie. Yo estoy venciendo el primer obstáculo que es el de hallarse la gente retirada, pues estoy con toda actividad reuniéndola, y al *Gobierno de usía* toca vencer el segundo, dando sus eficaces disposiciones para que de dicha provincia de Tunja se me pongan en La-

branzagrande quinientas mulas y cien cobijas, y en Nunchía quinientos pares de alpargates.

“Como el asunto de separación de esta provincia, de la Nueva Granada, está pendiente todavía y parece que debe resolverse definitivamente por el orden que convenga, para entrar en ese territorio necesito que *el Gobierno de usía* me dé las correspondientes garantías de que durante dicha cuestión, ni yo con las tropas que marcharen, ni esta provincia, seremos en manera alguna hostilizados; que debiendo marchar yo mismo al frente de las tropas *en clase de auxiliar*, y no como dependiente de *ese Gobierno*, no se me pondrá con ellas a órdenes de ningún otro jefe, con quien únicamente deberé ponerme de acuerdo para obrar contra el enemigo, y que concluída que sea la operación que me lleva a *Nueva Granada*, podré regresar francamente y sin el menor obstáculo a esta provincia con mi gente. Obtenidas estas garantías, que aguardo para moverme de aquí, puedo esperar también los auxilios que pido de la provincia de Tunja; mas no estará de más insinuar a usía que si antes de que yo llegue a donde debo obrar (por la dilación que debe causar este paso de que no puedo prescindir) hubieren sufrido algún revés las tropas republicanas, se me avise aceleradamente para detener mi marcha por la vía que se me ha dicho, y para tratar de auxiliar la retirada en caso de que la hagan para esta provincia.

“Soy de usía muy atento, seguro servidor,

*Juan N. Moreno.*¹

¹ Llamo la atención del lector a las frases que he marcado con letra cursiva.

El prefecto del departamento de Boyacá, al que pertenecía la provincia de Casanare y que por consiguiente era superior inmediato, también le dirigió dos órdenes perentorias sobre el mismo particular, a las que por toda contestación no hizo el general Moreno más que transcribirle la anterior.

Este acto de desobediencia, por el que persiste Moreno en el desconocimiento del Gobierno, y pone condiciones inadmisibles para cumplir el deber de marchar al frente de las tropas, y eso *en calidad de auxiliar*, sin someterse a los jefes que el Gobierno designase ¿no es un acto de rebeldía? ¿En qué se diferencia de la de los disidentes de la Sabana apoyados en el batallón *Ca-l-lao*, exigiendo un simple cambio de ministerio? Se diferencia en que es infinitamente más criminal en un general granadino de nacimiento, que conociendo ser inevitable la disolución de la Gran Colombia, se esforzaba en hacer perder a su patria la valiosísima provincia de Casanare; resistía abiertamente las órdenes del Gobierno, que era reconocido y obedecido en la Nueva Granada, y hacía esto en términos irregulares. Pero el general Moreno era del partido *liberal*, el coronel Jiménez era del partido colombiano; por consiguiente la rebelión de Jiménez era traición, y la de Moreno un acto plausible o cuando menos disculpable.

El prefecto del departamento de Boyacá se apresuró a obedecer, e inmediatamente puso en movimiento, hacia esta capital, un batallón de 650 hombres de milicia de infantería. Mas a po-

cos días de salida del departamento esta fuerza, se pronunció el pueblo de la ciudad de Tunja, adhiriéndose al movimiento de los de la Sabana de Bogotá, y proclamando al Libertador generalísimo de los ejércitos colombianos, pronunciamiento que fue seguido espontáneamente por los pueblos del departamento. El coronel Pedro Mares apareció acaudillando estos movimientos, que secundó el coronel Juan José Patria (Reyes).

El general Antonio Obando, en la ciudad del Socorro, se dispuso también a obedecer, pero el escuadrón 3º de húsares y las milicias de infantería que había reunido para marchar, se sublevaron y se adhirieron al pronunciamiento que se generalizaba, nombraron por su jefe al general de brigada Justo Briceño, venezolano, y proclamaron generalísimo de los ejércitos al Libertador.

A los pueblos de la Sabana de Bogotá y a los militares que lo secundaron y le dieron apoyo, no había ocurrido la idea de llamar al Libertador para nada, ni podía ocurrírseles cuando no pensaron al moverse, sino en el cambio de ministerio: aquella exigencia tuvo origen en los departamentos del Norte; mas una vez conocida se hizo después general. Todo esto sucedía en los departamentos citados, en los días en que se aproximaba el desenlace del primer movimiento del Callao.

X

Al amanecer del día 15 apareció la división disidente en el ejido de esta capital produciendo el alarma consiguiente. Se tocó generala, las tropas

se prepararon, los ciudadanos de todas las clases, aun los que condenaban la exaltación del partido que se había sobrepuesto al Gobierno, y deploraban la debilidad de éste, la juventud toda, con rarísimas excepciones, concurrieron de buena voluntad a armarse para defender la capital, temiendo los excesos que acaso pudieran tener lugar si era sorprendida y ocupada por las fuerzas que la amenazaban. Si se hubiese sabido aprovechar este momento de eléctrico entusiasmo, y se hubiera hecho una salida vigorosa sobre ellas, es más que probable que hubieran sido batidas y dispersadas. Conseguido esto, una amnistía habría concluido con la revolución, y rompiendo el Gobierno la coyunda *liberal* habría conseguido una fuerza moral inmensa que le habría dado el poder de sojuzgar los partidos y de dominar la situación. No se hizo esto, se perdió la ocasión y con ella perdió el Gobierno todo lo que hubiera ganado si la hubiese sabido aprovechar.

En esa misma mañana se presentaron en el campo disidente los señores Luis Andrés Baralt y general José María Ortega, comisionados del Gobierno cerca de Jiménez, con proposiciones a manera de consejos; es decir, se hizo lo peor que se podía hacer; y todo lo que obtuvieron fue que se les entregase una exposición dirigida al Vicepresidente, que entre disputas, bravatas y quejas firmaron los jefes veteranos, los de la milicia y los "clérigos sueltos", cuyo título era el siguiente: "Representación que contiene las causas que de pronto ocurrieron a la memoria e influyeron

poderosamente sobre el movimiento de los pueblos y de la división *Callao*".

Era esta representación una especie de queja de agravios, insulsa e indigesta, sobre la mala política del ministerio; sobre las cintas de distintivo adoptadas por los *liberales*; sobre que se nombró jefe del estado mayor a un coronel graduado que no era ayudante general, y para gobernador de la provincia de Neiva, a un hombre menor de treinta años de edad, que era la requerida por la Constitución; sobre insultos y amenazas; sobre que no se pagaban ni las raciones de algunos jefes y oficiales mientras a otros se pagaban puntualmente sus sueldos; sobre que los demagogos eran enemigos de la religión. En fin, de los 19 artículos a manera de considerandos casi ridículos, en que se olvidaba la cuestión principal, cuya insustancialidad apenas puede explicarse sino por la hora en que se acordaron y por aquel "que de pronto ocurrieron a la memoria" que se lee en el epígrafe, merecen ser conocidos los siguientes:

"12. Que en el desprecio de la Constitución se ha revivido el decreto de conspiradores, contra el cual tanto han declamado esos mismos liberales; y al mismo tiempo ensalzan y emplean a los condenados por él" (a los conjurados del 25 de septiembre).

"19. Que no es justo que nos empeñemos en aumentar el escándalo, obligando a dar pasos humillantes al Gobierno, a quien respetamos y deseamos obedecerle cuando esté libre de todo temor, al mismo tiempo que estamos plenamente impuestos de los pasos que se han dado y se dan para au-

mentar las filas enemigas de estos pueblos, y nos hallamos alerta. Hemos convenido que sin embargo de tantos agravios y de ser el ministerio el que, hollando la Constitución, las leyes y cuanto hay de más sagrado, ha provocado a estos pueblos y tropa, llevándolos hasta la desesperación, ahora que sabemos que el ministerio ha presentado su dimisión y que naturalmente se debe renovar el consejo de estado, debemos ser aún más moderados en nuestras pretensiones de lo que el Gobierno puede esperar. Determinados a pedir simplemente lo absolutamente indispensable para la seguridad de todos los comprometidos y obtener una reforma en lo que más nos toca, evitando mezclarnos en las funciones exclusivas del Poder Ejecutivo, presentamos a su excelencia los siguientes artículos, en calidad de petición, sancionados los cuales, antes de las dos de este día, se pondrán en ejecución. Pasada cuya hora, sea cual fuere el pretexto que se alegare para no sancionarlos, en el acto se tendrán por no presentados, y de la sangre que se derrame en seguida no seremos nosotros responsables.

"1º Aunque se pidió el cambio de ministerio, el señor Borrero, del Exterior, podrá seguir en su puesto, a lo que nadie se opone.

"2º Que se aumente la fuerza del batallón Calles hasta igualarla con la de los otros cuerpos que hay en Bogotá, lo que se debe hacer hoy mismo sin falta alguna y antes que entremos en la ciudad, con el objeto de equilibrar las fuerzas veteranas y hacer que si los partidos no se pueden refundir, se respeten a lo menos mutuamente.

"3º Que ninguna persona o corporación, ya sea de los partidarios del ministerio caído, o ya sea de los que se han armado contra él, sea perseguida, y que todo lo pasado sea enteramente olvidado por todos los partidos y por el mismo Gobierno, como si nada hubiera sucedido.

"4º Que en el caso de que el Gobierno se crea con facultades para derogar las sentencias de los conspiradores del 25 de septiembre de 1828, ahorre su presencia a esta sensible población, con siquiera hacerlos permanecer a bastante distancia por el tiempo de su condena y de ningún modo tengan mando, ninguno de ellos, sobre ciudadanos honrados.

"5º Que se inste para que su excelencia el general en jefe Rafael Urdaneta se encargue del ministerio de la guerra cuanto antes, por considerarlo el único que puede dar garantías a todos los partidos, por su austera conducta, el único que puede hacer muy respetable al Gobierno y que es querido y deseado por toda la milicia; el solo, en fin, que por su energía, conocimientos e influjo puede contener los desórdenes entretanto se fija el Gobierno definitivo.

"Con lo cual se concluyó la presente junta a las cinco de la mañana del día 15 de agosto de 1830, y firman conmigo los dichos jefes y vecinos.

"FLORENCIO JIMENEZ

"(Siguen las firmas de todos los señores jefes presentes y multitud de vecinos los más respetables).

"Es copia.—El coronel jefe, VICENTE PIÑERES" ¹

El considerando o parágrafo 12 es justo. Por decreto de 3 de dicho mes el Gobierno, bajo la firma del ministro de lo interior, declaró derogado el decreto contra conspiradores dictado por el Libertador en 20 de febrero de 1828, por ser inconstitucional; y nueve días después (el 12), a la primera noticia de los movimientos de los pueblos de la Sabana, y de la detención de la marcha del batallón *Callao* en Gachancipá, lo declara vigente bajo la firma del mismo ministro, a pesar de su inconstitucionalidad. El señor Restrepo dice sobre este escandaloso proceder lo siguiente:

"Los que ejercían el PODER, sobre todo Azuero, habían sido perpetuos declamadores contra todas sus disposiciones (las del decreto del Libertador). Publicarlas para su observancia fue confesar paladinamente la justicia o conveniencia con que se adoptaron por el Gobierno del Libertador en circunstancias críticas y de mayor urgencia".

Yo digo más. El Libertador dictó su decreto en uso del poder dictatorial que ejercía; decreto que ya tenía antecedentes en otros dictados por el Poder Ejecutivo en uso de las facultades *dictatoriales* que le concedía el artículo 128 de la Constitución de Cúcuta, y lo dictó como medida preventiva, sin encono contra persona alguna. El Gobierno constitucional sin facultades extraordinarias, que nuestra Constitución de 1830 no le concedía en ningún caso, dictó el suyo a sabiendas de que cometía una arbitrariedad flagrante, y acabando de declarar, él mismo, la inconstitu-

¹ Manifiesto de la división *Callao*.

cionalidad del decreto que restablecía; lo dictó *ad hoc* contra personas determinadas y conocidas, cometido ya el delito que el decreto castigaba, lo que establecía trámites breves y sumarios y penas graves *es post facto* contra la Constitución y leyes vigentes. Si este proceder no es inmoral, aunque se adoptara en nombre de la libertad y por el partido *liberal*, yo dejo al lector que lo decida.

En el considerando o parágrafo 19 manifiestan los disidentes arrepentimiento del escándalo que daban, no pareciéndoles justo empeñarse en aumentarlo obligando a dar pasos humillantes al Gobierno, a quien (dicen) "respetamos y deseamos obedecer cuando esté libre de todo temor", es decir, libre de la presión probada en que lo tenía el partido que con ultraje de la lógica y burla del buen sentido se llamaba *liberal*. También procuraron atenuar su falta, al hacer exigencias al Gobierno para deponer las armas, diciendo que lo hacían en clase de petición. El término que fijaron para la resolución de un *ultimátum* perentorio, considerado bajo cierto punto de vista, era un acto de irrespeto que hacía caer al Gobierno, si cedía, en la humillación que decían querer evitarle; inconsecuencia frecuente en semejantes casos, que no puede justificarse. Apenas cabe la disculpa de que después del compromiso en que se habían puesto, toda demora, facilitando al Gobierno el aumento de sus fuerzas, resolvía la cuestión en contra de ellos. Lo malo es lanzarse con los ojos vendados a semejante resbaladizo terreno; mas una vez dado el primer paso es muy di-

fácil detenerse, y casi imposible volver atrás. Debo llamar la atención al silencio absoluto que en este *ultimátum* se guarda sobre el llamamiento del Libertador a ningún mando, lo que prueba concluyentemente que todavía no pensaban en ello los pronunciados en el departamento de Cundinamarca.

Reconozco que no podía el Gobierno, sin rebajarse, acceder más que el artículo 3º del *ultimátum*, es decir, que no debía ofrecer sino el olvido de lo pasado. Lo demás era útil que lo hiciera de *motu proprio*, pero no aparecer doblegándose a la amenaza. Uno de los principios que más interesa fijar en nuestro país, donde la imprenta y la tribuna son libres, es el de que no se deben hacer nunca exigencias al Gobierno *legítimo* por la fuerza. Sólo a los Gobiernos intrusos establecidos por el crimen se puede y se debe, en cualquier tiempo, no sólo exigirles que cedan, que vuelvan atrás, sino combatirlos y derribarlos. Inculcados estos saludables principios en la juventud y en las masas populares, se harían menos frecuentes las revoluciones, y los ambiciosos tendrían menos facilidades de buscar su engrandecimiento por medios violentos, y de conservar lo que por ellos han adquirido, alegando actos irritos con los que pretenden legitimar los criminales que ejecutaron, por ser "hechos consumados"; principio *inmoral* que podrían alegar todos los delincuentes; aunque a veces circunstancias excepcionales, un largo tiempo transcurrido que traiga la prescripción y alguna otra causa de conveniencia pública, o-

bliguen a callar sobre la moralidad y a conformarse con lo hecho.

XI

En la tarde del mismo día pasaron al campo de los disidentes los señores José María Castillo Rada y Joaquín Suárez con el señor Baralt, que había estado ya en él por la mañana. Estos señores hicieron a Jiménez la proposición de que se retirase con su fuerza a seis leguas de Bogotá, fundándose en que, situada esa fuerza tan cerca de la capital, parecería que se obligaba al Poder Ejecutivo a acceder por la violencia a las peticiones hechas.

Para tratar con dichos señores sobre el particular nombró Jiménez a los coroneles Castelli y Piñeres y al comandante Pedro Domínguez. En el diario histórico de la división *Callao* se asegura que fue convenido por los comisionados del Gobierno y de los disidentes que éstos se retirarían a seis leguas de la capital, como se les exigía; pero (dice el diario) que para ello debía anticipadamente convenirse por parte del Gobierno en que todas las fuerzas en auxilio de la capital que volviesen de cualquier punto, contramarchasen al lugar de donde habían salido; que así lo acordaron; que en fe de ello se consignó en su campo al coronel Francisco V. Barriga en clase de rehén, y que bajo esta confianza la división contramarchó a Fontibón.

Es indudable que por los comisarios del Gobierno se convino, por lo menos, en que las fuerzas

que de otras partes venían por su llamado, detuvieran su marcha; porque la concentración de las fuerzas, que no sería posible cuando las de un beligerante se hallan en capacidad de impedirla, es una operación militar de las más importantes, en la que no puede suponerse convenga éste cuando accede a suspender las hostilidades y retirarse a cierta distancia para tratar. Los disidentes sostuvieron siempre con tesón y energía que los comisarios del Gobierno convinieron no sólo en que las tropas que venían en su ayuda se detuvieran, sino en que retrocedieran hasta el punto de donde habían partido: esto último no es de suponerse; pero como el convenio no se escribió, la sana crítica persuade que fue simplemente la suspensión de la marcha en lo que se convino. Además hay una prueba incontestable, concluyente, de que se contrajo algún compromiso solemne con los disidentes, y es la del envío de un jefe superior a su campamento, en calidad de rehén, lo que es sabido significa dar una garantía de que se cumplirá lo pactado. Sin embargo, en el citado diario histórico se lee lo siguiente: .

“Día 16 de agosto. — A las cinco de la mañana de este día le fue advertido al señor comandante en jefe, que una columna de 200 veteranos al mando del señor general Vélez marchaba hacia Tunja con el objeto de proteger la tropa que de este lugar venía a la capital. Sin embargo de manifestar con este paso el Gobierno roto el convenio, no hizo el señor comandante en jefe alteración alguna, queriendo de este modo dar a conocer la falta del Gobierno y afirmar más la opinión de

los pueblos a nuestro favor. Marchó la división a Chía por el camino de Funza.

“Día 17 de agosto. — Convencidos evidentemente que el Gobierno no cumplía los tratados y trataba de atacarnos, determinó el señor comandante en jefe que la división volviese a Funza con el fin de presentarnos ante la capital y exponernos a una batalla que decidiese de nuestras diferencias”.

Hasta en el lenguaje de este documento se conoce que se escribía por algún subalterno adjunto al estado mayor, día por día, bajo las impresiones del momento, y esto le da una fuerza equivalente a la autenticidad. Dígase lo que se quiera, al alejar a los disidentes a seis leguas de la capital, abusando de su buena fe, no se pensó sino en asegurar la entrada de las tropas que venían de Tunja, sin exponerlas a un revés infalible, si Jiménez, como podía y como lo habría hecho, marchaba oportunamente sobre ellas. La censura que esto merezca no quiero hacerla yo, pues aunque algunos sostienen que no está el Gobierno obligado a cumplir lo que ofrezca a los rebeldes, yo no pienso así. Yo opino que no debe ofrecérseles nada que mengüe la dignidad del Gobierno; pero que cuando se les ofrece algo, el honor y la moral exigen que se les cumpla religiosamente lo ofrecido: y por mi parte siempre he obrado conforme a este principio.

El mismo día 17 escribió Jiménez una carta al Presidente Mosquera, que por su importancia hubiera debido conservarse íntegra en la historia de aquellos acontecimientos; pero todos los que

sobre ellos han escrito lo han hecho apasionadamente, cargando la mano sobre lo que perjudica a los disidentes y pasando por cima de lo que atenuase su error, o sea su delito. Hé aquí la carta:

“Fontibón, agosto 17 de 1830.

“Excelentísimo señor Presidente.

“Multitud de jefes con el cuerpo de mi mando, considerablemente aumentado en su fuerza, nos hallamos en los mayores conflictos después de habernos hallado en la precisión de abrazar la causa de los pueblos levantados en masa para impedir mi marcha. Desgraciadamente el Gobierno, en lugar de acceder a las peticiones anteriores a este movimiento del pueblo, a consecuencia de él envió tropas para batirnos, y a pesar nuestro hemos tenido que batir a los primeros, y permitir a otro cuerpo de bisoños que no podía hacernos el menor peso, que se retirase sin estorbo; pero los exaltados de Bogotá que han dominado y oprimen al Gobierno, están poniendo estorbos de toda clase para impedir un avenimiento amigable, como lo desea el excelentísimo señor Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo, a quien han intentado deponer del mando en la tarde del día 14.

“En el día de ayer hubo varias conferencias entre una comisión de nosotros y otra de la mayor respetabilidad de la parte del Gobierno, y cuando creímos que todo estaba al concluirse, se nos envió de Bogotá la proclama que el señor doctor Ramírez presentará a vuestra excelencia, la que puso el colmo a la efervescencia del pueblo y

se han aumentado infinitamente las dificultades. ¹ Por otra parte, las cláusulas convenidas anoche con los señores comisionados no se han cumplido. Lejos de ello, el coronel Francisco Barriga, que vino de rehenes de los dos que debían venir, nos hizo saber que el Gobierno no dejaría de aumentar sus fuerzas mientras nos retiráramos a Facatativá, a lo que por el decoro del Gobierno nos habíamos constituido. Tarde de la noche transcurra, la tropa que tenemos sobre el camino de Tunja, al recibir la orden de parar las operaciones, interceptó un oficio del ministerio de la guerra por el que se instaba a una poca de tropa que hacía un movimiento en Tunja, para que acelerase sus marchas, lo que es diametralmente opuesto a lo convenido, pues al retroceder nosotros debió retroceder igualmente toda clase de auxilio para la plaza, hasta la conclusión final de este negocio. Estos pueblos conocen que van a ser víctimas de los que están oprimiendo al Gobierno, y se hallan en la última consternación. En este estado no sabemos todavía bien lo que más convenga determinar; por tanto suplicamos encarecidamente a vuestra excelencia que venga a nuestro seno a disponer de nuestra suerte, persuadido de que no pretendemos más que la libertad del Gobierno, seguridad para todos indistintamente, incluso nuestros más encarnizados enemigos, y ayudar al Gobierno con toda nuestra fuerza para su decoro y sostenimiento. Y si a vuestra excelencia no le gustase permanecer con nosotros,

¹ La proclama del prefecto Mantilla.

podrá seguir a la capital o devolverse donde guste.

"Queda de vuestra excelencia con la más alta consideración y respeto, su más humilde, que su mano besa,

"FLORENCIO JIMENEZ".

El señor Mosquera que, como cumplía a su deber, se había puesto en marcha de Anolaima para la capital, acompañado de unas sesenta personas, se encontró inesperadamente con una partida volante de los disidentes el mismo día 17. Veamos en el *Diario Histórico* cómo tuvo lugar este incidente. Dice así:

"Su excelencia el Presidente, que por vías extra-
viadas, venía de su retiro para la capital con una fuerte escolta, fue atacada ésta por una partida al mando del capitán Mugüerza y puesta en fuga; pero habiéndose reconocido la persona de su excelencia al rendirse su escolta, se respetó ésta por decoro a su excelencia, y se le permitió seguir para la capital, tanto más cuanto que ofreció trazar inmediatamente entre las tropas de la plaza y las nuestras".

Poco rato antes de este encuentro incidental había recibido en el camino la carta de Jiménez, y continuando su marcha aceleradamente entró en la capital, donde no se le esperaba. En ese encuentro, que pudo tener funestas consecuencias y agravar la situación de los disidentes de una manera terrible, si hubiera sucedido una desgracia al Presidente, se condujo éste con una nobleza, con un valor que no deben olvidarse. Huyendo todos sus compañeros y silbando las balas sobre su

cabeza, avanza, se descubre, grita y se da a conocer introduciéndose entre los mismos que le hacían fuego. Al ser reconocido, caen las armas de la mano de los soldados: ¡Viva el Presidente! ¡Viva el señor Mosquera! exclaman todos rodeándolo. Mugüerza echa pie a tierra y le invita a pasar al campamento de Jiménez; el Presidente rehusa, y Mugüerza y su partida lo acompañan más de media legua hacia esta capital. Al separarse le gritan los soldados suplicantes: “¡Transacción! transacción, señor! El Presidente se enternece, da a todos la mano y les contesta: “¡Adiós, amigos míos, yo haré lo que pueda!” . . . ¡Lo que pueda! El nada podía.

En la misma tarde arengó a las tropas de la guarnición con aquella elocuencia flúida y natural que le era propia y que conmueve. Enternecido al principio, energizado al fin, habló de la necesidad de promover, si era posible, sin mengua del honor, una reconciliación, evitando la efusión de sangre entre hermanos; hizo una alusión al respeto con que había sido tratado por la partida de Mugüerza desde el instante mismo en que fue conocido, y que habiendo sido su prisionero se le había dejado seguir sin oponerle el menor obstáculo; recomendó la moderación a todos, y animándose con dignidad imponente, dijo:

“La fuerza armada debe ser sumisa a las leyes y a las autoridades legítimamente constituidas, y nunca deliberante; cuando la fuerza armada delibera y pretende imponer su voluntad al Gobierno, se hace culpable, y si el Gobierno desmaya y cede a las exigencias, deja de mandar y obedece”.

Estas palabras fueron recibidas por algunos de los jefes de la plaza y de los cuerpos, como una reconvención hecha a ellos, porque la conciencia, que late siempre, les gritaba que la merecían.

El señor Restrepo, que muchas veces contemporiza con cierta gente, y no se atreve a arrostrar su enojo, dice sobre el particular lo siguiente:

“En estas circunstancias regresó a Bogotá en 17 de agosto el Presidente Mosquera, a quien respetaron las guerrillas enemigas. Por la tarde arengó a las tropas en la plaza de la Catedral, insistiendo en recordarles la sumisión debida a las leyes, y que la fuerza armada nunca debía ser deliberante; mas no hizo elgio alguno del celo y fidelidad que manifestaba la que defendía al Gobierno, lo que disgustó a muchos”.

¿Cómo podía el señor Mosquera hacer el elogio de la fidelidad de unas tropas, cuyas exigencias lo habían desesperado y enfermado, cuya imprudente conducta, desde la entrada del violento coronel Vargas con el batallón *Boyacá*, con distintivos provocadores y amenazas, habían precipitado la crisis, y cuando no hacía muchos días que habían tratado de desconocer al venerable Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo durante su ausencia, si admitía la renuncia de los ministros?

Volviendo a considerar esto ahora que lo estoy escribiendo, me parece que en efecto las palabras del señor Mosquera eran una reconvención muy significativa a los disidentes desenmascarados de afuera y los disidentes enmascarados de adentro, exceptuando solamente el batallón *Cazadores* de

Bogotá. Y a hacer esta excepción no me mueve ninguna consideración personal, sino la estricta justicia. El señor Restrepo anduvo corto en decir que la arenga del señor Mosquera disgustó a muchos. Fue algo más que disgusto lo que causó fueron acres censuras, mirándola muchos como un insulto a los leales patriotas, es decir, a los *liberales*, y en los corrillos de los calificadores fue considerado el Presidente de la República, si no como sospechoso, sí como contemporizador.

XII

El 18 se dirigió al Gobierno por los principales vecinos de la Sabana la siguiente representación:

“Excelentísimo señor:

“Los vecinos del Departamento de Cundinamarca, que abajo firmamos en este papel, por no haber absolutamente en estos pueblos del sellado, con el debido respeto y sumisión, a vuestra excelencia representamos y decimos: que deseosos de ver restablecida la paz de este departamento, y restituído el Gobierno a su plena libertad, de que carece hace algún tiempo, y la vuelta del imperio de las leyes y la disciplina militar; debiéndose a nuestro sentir evitar el que una fracción o partido quede dominando al Gobierno, especialmente teniendo la fuerza armada a su devoción, con lo cual compele al jefe del Gobierno a obrar según sus pasiones y caprichos, en baldón de la voz sofocada de los pueblos y en desprecio de la Constitución. Atendiendo a las causas que han movido los llanos de Bogotá, que el día 15 de este

mes fueron presentadas al Gobierno, que expresan las repetidas violaciones de la Constitución y de las leyes, por parte del ministerio actual, que a consecuencia del triunfo de su partido oprime tanto al Gobierno cuanto al pueblo, a nombre del jefe del Ejecutivo, sumisamente suplicamos a vuestra excelencia:

“1º Que reforme cuanto antes el ministerio que oprime al Gobierno y a la masa de la población, y que ha causado tantos males, para que cese en sus venganzas.

“2º Que por un decreto solemne se prohíba toda clase de divisas que un partido tenga o pretenda adoptar, ofreciendo a todos los comprometidos de cualquiera opinión, garantías para las personas, sus bienes, empleos, destinos y opción a éstos, olvidando enteramente lo pasado, haciendo obligatorio este olvido general, no tan sólo a las autoridades, más también a los particulares, imponiendo penas al que lo infrinja directa o indirectamente aunque sea por medio de la imprenta, bien entendido que no se entienda perdonar a los autores y fautores de robos y alevosías.

“3º Que supuesto que el batallón *Boyacá* debe marchar para el Cauca, consideramos que un pequeño aumento que se haga al batallón *Callao* para igualarlo al de *Cazadores*, unido a la opinión popular tan libremente pronunciada, podrá asegurar una plena independencia al Ejecutivo y servir de suficiente garantía para estas poblaciones y demás gentes moderadas, amigas del orden y de la religión, sirviendo en la capital de con-

trapeso a la demás tropa, que es toda adicta al pequeño partido opresor.

"4º Que se llame de su retiro al excelentísimo señor Ministro de la guerra, ¹ que se halla gozando de licencia temporal, para que venga a servir su ministerio; y para el caso en que la salud de su excelencia no se lo permita absolutamente, escoja vuestra excelencia un jefe amado y conocido por el ejército, que no obre contra la Constitución y la ley orgánica, y con los conocimientos necesarios para un destino tan importante, y sin que sea sindicado por exaltado de un partido.

"5º Que los muy cortos gastos impendidos para el sostén de las tropas que nos han acompañado, sean reconocidos y saldados por las cajas nacionales.

"Es gracia y justicia que esperamos alcanzar del imparcial y recto proceder de vuestra excelencia, a 18 de agosto de 1830".

(Siguen las firmas).

El señor Mosquera, desentendiéndose de la primera carta de Jiménez, y de la anterior representación, y otras notas cruzadas con el Vicepresidente, dirigió con el general Joaquín París a dicho Jiménez la siguiente carta, que manifiesta toda la bondad de su corazón y sus rectas intenciones:

¹ Esta representación también prueba que se tuvo por objeto al hacer la revolución, llamar al Libertador al mando, derribando el Gobierno existente, y que respecto del general Urbina no se pensó sino que volviera al ministerio de la guerra, del que se había separado; y esto se pensó después del pronunciamiento.

Bogotá, 19 de agosto de 1830.

"Señor coronel Florencio Jiménez.

"Mi apreciado señor: A pesar de mi enfermedad, he venido ayer a esta ciudad arrastrado por mi deber, al medio del incendio, por ver si puedo ahorrar la sangre y los desastres, y por salvar mi responsabilidad con Dios y con los hombres. No queda ya medio entre la lenidad compatible con los deberes del Gobierno, y un combate. Por parte del Gobierno, el honor, la vida, las personas y propiedades, serán garantidas. Esta carta no tiene otro objeto que asegurar a usted de esto y que previamente a toda medida desee hablar con usted y con todos los oficiales y principales hombres comprometidos. No dé usted paso, no haga nada hasta no verse con el general París, que sigue ahora mismo a hablar con usted y demás oficiales que le acompañan. Recíbale usted como el mensajero de la salud y de la concordia, y contésterme. Yo he hablado en público, siempre con sinceridad, y jamás he engañado a nadie como simple particular. Escúcheme usted hora bajo el carácter sagrado de jefe del Gobierno y créame usted su afecto servidor,

"JOAQUIN MOSQUERA"

XIII

Si se examinan con imparcialidad los documentos anteriores, se conocerá por la primera carta de Jiménez al Presidente, que la revolución no tuvo por objeto la caída del Gobierno; Jiménez confiesa hallarse en conflictos, sin saber qué ha-

cerse, lo que sucede siempre que se da un paso falso sin prever hasta dónde puede conducir; y manifiesta cierta dignidad tierna y suplicatoria en las siguientes palabras:

“Estos pueblos conocen que van a ser víctimas de los que están oprimiendo al Gobierno, y se hallan en la mayor consternación. En este estado no sabemos todavía bien lo que más convenga determinar; por tanto suplicamos a vuestra excelencia que venga a nuestro seno a disponer de nuestra suerte, persuadido de que no pretendemos más que la libertad del Gobierno, seguridad para todos indistintamente, incluso nuestros más encarnizados enemigos, y ayudar al Gobierno con toda nuestra fuerza para su decoro y sostenimiento. Y si a vuestra excelencia no le gustase permanecer con nosotros, podrá seguir a la capital o volverse donde guste”.

Lo que puede compendiarse reduciéndolo a estas palabras: sacudíos, señor, de la presión que ejerce sobre vos un círculo de frenéticos que con su vocinglería rabiosa os aturden sin dejaros pensar en calma lo que conviene, y salvadnos; que no sabemos lo que hemos hecho, ni lo que debemos hacer en la situación en que nos hemos colocado.

Si el Presidente y Vicepresidente hubieran tenido libertad de acción, y si Jiménez no hubiera mandado más que a los oficiales y soldados de su cuerpo, el conflicto habría terminado, con honra del Gobierno y sin baldón de los disidentes, que por culpables que fueran tenían las armas en la mano y podían hacer uso de ellas. Pero tan sojuzgado estaba el uno en la capital por los exaltados

que se le habían sobrepuesto, como el otro en su campamento por los del partido amenazado que no se equivocaban en pensar que serían víctimas de aquéllos, en caso de una transacción.

El general París fue recibido por Jiménez y por todos, con las consideraciones que personalmente se merece, y que ha merecido siempre en todas partes, hasta estos últimos tiempos; pero su misión no produjo, ni podía producir ningún resultado plausible. Los disidentes insistían en su pretensión de garantías y cambio de ministerio; el Presidente ofrecía lo que no podía cumplir, es decir, lo primero, y negaba lo segundo. Bien que la principal dificultad para conseguirse un arreglo pacífico, consistía en que los unos obraban en el sentido de la conservación de Colombia, a toda costa, y los otros en el de su destrucción; aquellos rechazaban a los conspiradores del 25 de septiembre, y éstos y sus parciales dominaban en la ciudad y en los consejos de Gobierno; y para que la discordia llegara a su mayor exacerbación, el atroz asesinato del general Sucre complicaba más las dificultades de una situación demasiado violenta de suyo. Los disidentes acusaban a los generales Obando y López; sus adversarios defendían a éstos y acusaban al general Flórez, y la prensa servía de vehículo para atizar más y más el incendio con el sarcasmo, el insulto, el ultraje, y las acriminaciones reciprocas, en las que no se economizaba la calumnia.

Cuando la sociedad se encuentra en semejante estado de perturbación moral, la catástrofe sangrienta es inevitable.

El señor Mosquera, que ponía de su parte cuanto podía para que ella no sobreviniese, sin hacer caso de las habillitas y censuras de los calificadores, que llegaban hasta sus oídos, pasó al campo de los disidentes, en la hacienda de *Techo*, a una legua de esta ciudad, a la conferencia a que había invitado a Jiménez. Hablando de esta conferencia dice el señor Restrepo que los jefes "de los facciosos" no trataron con respeto al Presidente, y que nada se adelantó, y esto necesita aclararse. Es cierto que algunos jefes de los escuadrones de milicias de la *Satana* y algunos de los *clérigos sueltos*, que abundaban en el campamento de los disidentes, o sea "de los facciosos", dijeron en tono impropio palabras algún tanto irrespetuosas al señor Mosquera; pero el señor Restrepo se olvida de decir que Jiménez y otros jefes veteranos los contuvieron con energía. Las palabras irrespetuosas de que hablo, se pronunciaron en la acalorada discusión que tuvo lugar en *Techo*, en la cual todos tomaron parte, como sucede siempre en las que se tienen en nuestros campamentos militares; discusiones que todo lo dañan, que todo lo pierden y que vienen de tiempo atrás: vienen desde que se anunció la era de las olimpiadas revolucionarias. Algunos de los disidentes exigían en aquella conferencia que el Gobierno convocara a los padres de familia a que decidieran lo conveniente; esto es, a que se hicieran actas en los pueblos. Desde las del general Páez en Venezuela en 1826, la del general Mosquera en Guayaquil y las que éstas produjeron, estaban las actas en boga, y hasta nuestros días se ha

ocurrido a este medio como el más expedito para trastornar el orden público y dar cierta apariencia de popularidad a las vías de hecho, si bien alguna vez son el único remedio que queda para establecer algún orden, cuando el legal ha sido roto. El Presidente, como era natural y de su deber, rechazó semejante proposición, y en medio de la confusión de ahullidos más o menos roncós de los presentes, se redactó un pliego con cinco proposiciones que contenían el siguiente

“ULTIMATUM

presentado al Presidente en la conferencia de *Techo*, para el caso en que no prefiriese reunir los padres de familia a cuya decisión nos remitimos.

“Se supone que el batallón *Boyacá* marcha al Sur. El batallón *Callao* se situará en Guaduas, y el de *Cazadores* de Bogotá en Tunja. La guarnición de la capital podrían hacerla en este caso doscientos milicianos de infantería y ciento de caballería. Si el Gobierno quiere conservar en la capital los expresados dos cuerpos veteranos: batallón *Cazadores* y *Callao*, que se equilibre la fuerza entre los dos; que los jefes y oficiales que no pertenecen a dichos batallones pueden seguir el movimiento respectivo del cuerpo en que tienen confianza, o permanecer en Bogotá, a su elección propia; que el Gobierno, en olvido de todo lo acaecido hasta hoy, garantice los destinos, opción a ellos, empleos, propiedades, honor, vida y seguridad de todos los ciudadanos de cualquiera clase, condición o estado de los comprometidos.

“*Techo*, 20 de agosto de 1830.

"Firmado por todos los comisionados que han discutido la materia en presencia del mismo Presidente".

Fue un error gravísimo, fue un verdadero desacato llamar a este pliego de proposiciones, *Ultimátum*, palabra que significa: una resolución definitiva y terminante, y que envuelve amenaza de rompimiento de hostilidades en caso de no aceptación; lo que bastaba para que el Gobierno por su propio decoro lo rechazase, aunque las proposiciones por sí mismas fueran asequibles peticiones de modo que apareciese el Gobierno concediéndolas de *motu proprio*, como hizo el Libertador con los coroneles Obando y López en 1829.

El Presidente, apenas regresó a la capital, consultó al Consejo de Estado, y al siguiente día, habiéndose las tropas disidentes acercado a la capital, escribió a Jiménez:

"Bogotá, 21 de agosto de 1830.

"Señor coronel Florencio Jiménez:

"Mi muy apreciado señor:

"Escribo a usted en mi carácter privado, para dar a usted noticia de la causa que ha demorado la contestación que usted espera del Gobierno. Anoche consulté al Consejo sobre los medios de evitar una guerra civil, y no pudo concluirse la discusión. Hoy tal vez se habría terminado, pero la aproximación de la fuerza de usted ha alarmado la ciudad, y los miembros del Consejo no han tenido tiempo ni la calma necesaria para deliberar en un asunto tan grave. Doy a usted estos in-

¹ Manifiesto de los jefes y oficiales de la división Calloa.

formes anticipados, porque soy franco por carácter, para quitar toda duda y por no variar de conducta con usted, a quien siempre he tratado con franqueza.

“Si todavía cabe, diré a usted que aquí aún queda alguna esperanza de contener EL ARDOR BÉLICO, y que todavía tampoco está perdida la esperanza de salvar a usted y a todos los demás, del compromiso en que se hallan. Pero persuádase usted que no trata conmigo solamente, y que yo COMO MEDIADOR sólo puedo obtener un resultado, si hay generosidad recíproca.

“Soy siempre su afectísimo servidor,

“JOAQUIN MOSQUERA”

Esta carta explica elocuentemente la situación forzada en que se encontraba el señor Mosquera: “persuádase usted que no trata conmigo solamente, y que yo como mediador sólo puedo obtener un resultado, si hay generosidad recíproca”, quiere decir de una manera clara: yo no mando, yo no puedo resolver nada como magistrado, yo no tengo más poder que el de interponerme entre los partidos en calidad de mediador.

Ese *ardor bélico* de que hablaba el señor Mosquera no era otra cosa sino la exaltación violenta del partido intolerante y exigente que lo constreñía a obrar contra sus propias inspiraciones; ese partido que cuando la renuncia de los ministros dijo “que si el Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo la admitía, no le obedecerían”, cosa que el señor Restrepo confiesa, a pesar de su pasión contra los disidentes. El Gobierno se hallaba

en esta situación: los disidentes le decían: “no nos sometemos sino bajo ciertas condiciones”; los *liberales* que se llamaban sus defensores le decían: “no os sostendremos, no os obedeceremos si no hacéis lo que nosotros queremos”. ¿Qué diferencia encuentra el lector en estas dos desacatadas exigencias? Yo no encuentro sino la de que los primeros pedían usando abiertamente de la fuerza, y que los segundos imponían su voluntad salvando hipócritamente las apariencias. Por mi parte ambas cosas las considero culpables, mas cuál de las dos lo sea moralmente en mayor grado, dejo que lo juzgue el lector. Debo, no obstante, exceptuar de esta responsabilidad a algunos jefes de la plaza, que cumpliendo con su deber en el sostenimiento del Gobierno, no hacían liga con el círculo insubordinado que se apoyaba en el batallón *Boyacá*. El general Vélez, comandante general del departamento, los generales París y Ortega, los coroneles Ramón Espina y Pedro Carrasquilla, los comandantes Marcelo Buitrago y Ramón Acevedo y algunos otros jefes subalternos, servían con lealtad aunque rechazando la exageración de aquel círculo apasionado. Muchos ciudadanos que se hallaban en este caso, que habían sido adictos a la administración anterior y tachados de “boliveros” por los calificadores, impulsados por el noble sentimiento del deber, tomaron las armas en defensa del Gobierno, cuya política no aceptaban, y de la capital que consideraban amenazada y expuesta a graves desórdenes si la ocupaba la fuerza de los disidentes, com-

puesta en su mayor parte de milicianos voluntarios, que ya se sabe lo que son en todas partes.

XIV

En el entretanto se verificaban movimientos de partidas de los unos y de los otros; hubo varios encuentros parciales en los que los disidentes llevaron la ventaja, lo que los hacía más exigentes, como siempre y en todas partes sucede; la efervescencia de las pasiones crecía en uno y otro lado, y la esperanza de llegar a una solución pacífica se alejaba.

En la mañana del 23 entró a la ciudad la columna de Tunja (533 hombres), con cuyo refuerzo el "ardor bélico" llegó al último grado de ex-candescencia. ¡Marchemos contra los rebeldes, mueran, mueran! ¡No más contemplaciones, no más *pastelería*! gritaban los *liberales*, principalmente los militares, con las correspondientes aclamaciones a la libertad entre las de "¡mueran, mueran los facciosos!"

El general Urdaneta, que desde su hacienda, donde vivía retirado, había ofrecido sus servicios al Gobierno, aceptados que fueron, se puso en marcha para esta capital. Jiménez, irritado por el engaño con que se le había alejado para asegurar la venida de las tropas de Tunja, o más bien, empujado por los *clérigos sueltos*, se había movido para alcanzarlas cuando supo su aproximación, lo que no consiguió, aunque las persiguió, hasta las primeras casas de la ciudad. El general Urdaneta, que no tenía noticia de estos movi-

mientos, se encontró con Jiménez al regreso de éste, y variando su primera resolución siguió con él a Fontibón, y de allí ofició al secretario de lo interior y escribió al señor Mosquera pidiéndole instrucciones *para negociar*.

El Presidente, que no participaba del ardor bélico *liberal*, y que se propuso desde el principio agotar todos los medios de evitar la efusión de sangre, convocó el Consejo y manifestó en él que había resuelto, antes de ocurrir a la *última ratio regum*, otorgar una amplia amnistía excitando a los disidentes a acogerse a ella, por medio del general Urdaneta, en quien tenían confianza. Algunos de los ministros se manifestaron contrarios a esta idea. El doctor Azuero, ministro de lo interior, a quien tocaba autorizar el decreto, rehusó firmarlo; sin embargo, insistiendo el señor Mosquera con una energía inesperada, cedió el doctor Azuero, encargándose de su redacción.

Los militares del círculo *ultra-liberal*, desde que se hizo público el pensamiento del señor Mosquera, levantaron el grito en contra; pero el doctor Azuero los acalló con su aquiescencia a autorizar el decreto en los términos en que él lo redactase.

En el Consejo de Estado, al que también consultó el Presidente, se manifestó igualmente una fuerte oposición a la amnistía de parte de los consejeros *liberales*, lo que no obstó para que se acordase.

El doctor Azuero redactó, en efecto, el decreto de una manera que no dejaba qué desear a sus copartidarios. Más bien que una excitación a la

concordia, en el lenguaje conciliador de hombre de Estado, que moviese a sus conciudadanos extraviados a volver sobre sí, era una vista fiscal inoportuna, imprudente, apasionada, que los cubría de baldón; lo que en un hombre de la alta capacidad del doctor Azuero no podía mirarse sino como desahogos premeditados para hacer inadmisibile la amnistía. El señor Mosquera, como fatigado del esfuerzo que hizo para que se adoptase su idea en lo principal, firmó el decreto que a manera de proclama le presentó su ministro, sin hacerle la menor observación.

Aunque es un poco largo este documento, se establecen en él tales principios, que no parece sino que el doctor Azuero, hace treinta y tres años, por un dón de presciencia, se propuso dirigirse a los vencedores de hoy más bien que a los disidentes de entonces; por esto me parece útil reproducirlo íntegro, para que los *liberales* mediten un rato sobre las doctrinas conservadoras que desenvuelve uno de los más conspicuos fundadores de su secta. Dice así:

"Joaquín Mosquera, Presidente de la República,
"A todos los individuos comprometidos en la reunión a mano armada contra el orden constitucional existente,

"HAGO SABER:

"Que en vano protesta la expresada reunión reconocer el Gobierno establecido, la Constitución y las leyes, cuando se ha armado y congregado para resistir en actitud hostil las órdenes y disposiciones del mismo Gobierno; cuando ha ataca-

do las fuerzas que le sostienen; ha invadido los extremos de la capital y sus alrededores; ha interceptado los correos, postas y correspondencias; ha hecho prisioneros a varios ciudadanos; ha ocupado las caballerías, ganados y otros bienes de los mismos; ha puesto una especie de asedio a la capital interceptándole los víveres; ha tomado los caudales públicos, y, en una palabra, ha cometido todo género de hostilidades;

“Que los caudillos han supuesto en su principio, para comprometer a muchos honrados campesinos, que procedían a reunir las milicias por órdenes del mismo Gobierno;

“Que se han valido de varias noticias e imputaciones falsas, y que, por último, han ofendido la santidad de la religión, tomándola por pretexto, como si esta religión sagrada no fuera la primera *en condenar toda insurrección contra las autoridades legítimas;*

“Que con tal conducta han ultrajado esa Constitución que afectan obedecer, y se acaba de jurar; y particularmente el artículo undécimo, que impene como un deber a todos los colombianos el de vivir sometidos a la Constitución y a las leyes, y el de respetar y obedecer al Gobierno y a las autoridades, ocurriendo también a su llamamiento cuando exijan auxilio y defensa;

“Que muy particularmente los individuos militares que han tomado parte en la conmoción, han quebrantado los artículos 104 y 105 de la misma Constitución, que declaran *ser el objeto de la fuerza armada, defender la independencia y la libertad de la República, mantener el orden públi-*

co y sostener el cumplimiento de las leyes; que la fuerza armada no deberá jamás reunirse para deliberar, y que ella es esencialmente obediente a las autoridades constituidas y sus jefes conforme a las leyes y ordenanzas;

“Que las injusticias o errores en que incurren los encargados de los diversos ramos de la administración pública, nunca son ni pueden ser motivo legal suficiente para hacer una conmoción a mano armada, ni para exigir por la fuerza el reparo de los mismos agravios e injusticias; principalmente cuando las instituciones indican los caminos legítimos para solicitar y obtener la reparación conveniente;

“Que según el artículo 154 de la Constitución, ningún individuo ni asociación particular puede hacer peticiones a las autoridades en nombre del pueblo, debiendo los que contravengan a esta disposición ser perseguidos, presos y juzgados conforme a las leyes; que es una pretensión subversiva de todo buen orden el que una reunión parcial de hombres se usurpe el derecho de resistir las medidas generales de la administración, y exigir de su particular voluntad se sobreponga no sólo a la del Gobierno Nacional, sino también a la de los demás ciudadanos y pueblos, como si ellos a su turno no pudiesen aspirar al derecho de resistir lo que los otros quieren; y que por tanto, sólo la voluntad de la mayoría de la Nación, pacífica y legalmente expresada, debe ser la regla del Gobierno en el desempeño de sus funciones;

“Que no solamente falta en el caso esta legítima expresión de la voluntad nacional, sino que

aun en la misma capital y en sus inmediaciones, una muy respetable mayoría de sus habitantes, o permanece pacífica y obediente al Gobierno, o ha acudido con distinguido entusiasmo en virtud de su llamamiento a tomar las armas en su defensa y sostén;

“Que los agravios que han tomado por pretexto o excusa en sus propios manifiestos y exposiciones son inciertos y exagerados, o de tan poca consecuencia e interés nacional, que ellos mismos presentan el más perentorio documento de lo faltos de razón y de motivos que han estado al dar un paso tan escandaloso;

“Que aunque han alegado que sus vidas estaban amenazadas, y que carecían de seguridad, no han presentado un solo hecho para comprobarlo y se fundan en temores vagos;

“Que no obstante, cualesquiera que fuesen sus males y recelos, tuvieron expedito el derecho de reclamar agravios ante los depositarios de la autoridad, con la moderación y respeto debidos, y aun de representar lo que considerasen conveniente al bien general de la Nación, conforme al ya citado artículo 154, y nunca presentaron un solo memorial sobre ninguno de los puntos que después han alegado como pretexto de su insurrección;

...“Que cuando todas las expuestas consideraciones no les hubiesen movido a desistir de su temeraria empresa, siquiera por lo menos hubiese debido retenerlos un sentimiento de afecto y de benevolencia a su patria y a sus conciudadanos, un respeto a la opinión del resto de la República, y

el riesgo de anegarla en los horrores de la sangre, de la anarquía y del descrédito, y sobre todo el temor de llevar el dolor y la orfandad a sus propios hogares, a sus padres, a sus esposas y a sus tiernas familias;

“Que el Ejecutivo, justamente movido de estos sentimientos de humanidad, ha empleado hasta ahora, sin intermisión e infructuosamente, todos los medios de suavidad y dulzura que han estado a su alcance, para evitar un cruel combate entre hermanos, y las horribles consecuencias de la guerra civil, valiéndose de la interposición de personas respetables e imparciales, de cartas particulares, y, por último, pasando a su campo el mismo Presidente de la República a manifestarles en toda su extensión las generosas disposiciones de que estaba animado y ofreciéndoles las más amplias garantías de sus vidas y propiedades;

“Que aun cuando por otra parte se consideren justas y convenientes algunas o varias medidas que se proponen por los jefes de la reunión armada, no podría ni debería accederse a ellas mientras permaneciesen armados, reunidos y cometiendo hostilidades, porque en este último hecho parecerían arrancadas por la violencia y la necesidad, y acceder en semejante caso, no sólo serviría degradar la dignidad del Gobierno y aniquilar su reputación y el respeto que le es debido, sino que esto sería reprobado por el resto de los pueblos fieles al Gobierno y del más funesto ejemplo para lo futuro;

“Que aunque en los primeros momentos el Gobierno fue sorprendido por un movimiento ines-

perado, y que parecía tanto más increíble cuanto más destituido de un fundamento racional, hoy cuenta ya con fuerzas superiores para sostener su dignidad, y cada día las tendrá mayores, porque las espera de diversas provincias; y por esta razón el empeño de sostenerse los comprometidos en el movimiento es temerario e imposible; *y aun su mismo triunfo les sería fatal y no haría sino aumentar el encarnizamiento y los males de la discordia civil;*

“Que sin embargo de que ha corrido ya alguna sangre y de que la partida que se acercó a la ciudad por el camino de la Iragua en la mañana del 21 del presente mes, se encarnizó en *los cadáveres de los muertos* y aun mató algunos prisioneros, el Ejecutivo quiere, por última vez, tentar los medios de lenidad y clemencia antes de mandar se libre un combate general.

“Por tanto, usando de las facultades que tengo en la materia por la Constitución; habiendo exigido previamente el dictamen del Consejo de Estado, he venido en hacer notorio, como lo hago por la presente, a todos y cada uno de los individuos comprendidos en la conmoción, que les concedo las garantías siguientes:

“Artículo 1º A todos los ciudadanos comprometidos en el movimiento hecho a mano armada, apoyándose en el batallón *Callao*, de cualquiera clase y condición que sean, y que se hayan comprometido directa o indirectamente, se les concede la más completa amnistía y olvido de cuanto hayan hecho en el expresado movimiento contra el Gobierno y contra el orden público; garanti-

zándoles la vida, el honor, las propiedades y graduaciones militares bajo las condiciones siguientes:

"1ª Los ciudadanos no militares y los individuos de los cuerpos de milicias deberán retirarse a sus casas, deponiendo las armas y entregando las que tengan del Estado a los jefes que determine el Gobierno.

"2ª Los oficiales del ejército y el batallón *Caillao*, renovando el juramento de la Constitución y fidelidad al Gobierno, marcharán a donde se les destine.

"Artículo 2º Si algunos oficiales y ciudadanos no militares quisiesen retirarse a los departamentos del Norte, se les concederá el correspondiente permiso, dándoles el pasaporte necesario bajo las garantías que aseguren su persona.

"Para que tenga efecto la presente amnistía y olvido, concedo, por último y perentorio término, el de ochenta horas, contadas desde las doce del día de hoy, para que los individuos expresados puedan acogerse a esta gracia. Pasado él no habrá lugar a ella, y los culpables quedarán sometidos a la vindicta de las leyes.

"Dado en el palacio de gobierno, en Bogotá, a 23 de agosto de 1830—20º.

"JOAQUIN MOSQUERA"

"Por su excelencia el Presidente de la República, el Ministro Secretario de Estado, en el departamento del Interior y Justicia,

"*Vicente Azuero*"¹

¹ Vencedores de hoy, releed este documento, fijos en las doctrinas que establece principalmente en los párrafos que he

XV

El general Urdaneta, que deseaba poner término al conflicto por vías pacíficas, si podía lograrlo salvando la dignidad del Gobierno, pero sin arrojar lodo al rostro de los hombres que confiaban en él, recibió este decreto, o proclama, o amnistía por toda respuesta a la nota que pasó pidiendo instrucciones "para negociar"; encargándosele que procurara que la aceptaran los "facciosos", dice el señor Restrepo. Vaciló Urdaneta en presentarla a Jiménez y demás jefes y ciudadanos comprometidos en la revolución, la consideró como un lazo que se le tendía para comprometerle con ellos, haciéndole perder su confianza si cumplía lo que se le mandaba, o para excitar más, si era posible, la animadversión de sus enemigos si no lograba persuadir a aquéllos; esto lo indignó, y por un momento pensó retirarse a su hacienda y devolver el pliego al Gobierno, sin dar cuenta de él a los disidentes, que le asediaban queriendo leerlo. ¡Ojalá lo hubiera hecho así! Pero apasionado ya, y creyendo ver una resolución friamente premeditada para perderlos a todos, incluso a él, pasó al día siguiente (24) el pliego a Jiménez.

La indignación que causó su lectura en jefes, oficiales, séldados y ciudadanos comprometidos, puede comprenderla todo el que tenga el menor sentimiento de pundonor, aunque se encuentre extraviado en un sendero de perdición. La amnis-

tía, que habiendo sido decretada simplemente sin ningún considerando ofensivo, hubiera sido probablemente aceptada, pues todos estaban ya desconcertados y cansados de la situación en que se encontraban, fue rehusada unánimemente, y el mismo general Urdaneta lo aconsejó así.

Por otra parte, habían ya recibido la noticia del pronunciamiento del Socorro y Tunja, y esto les daba más ánimo y más fuerza para tomar tan decisiva resolución. El general Urdaneta dio cuenta de todo al Gobierno, y esperó su respuesta. Oigamos ahora a Restrepo (*Historia de Colombia*):

“En consecuencia (dice) el Presidente dio las gracias a Urdaneta y le dijo que podía retirarse, manifestando antes a los sublevados, que sin embargo de haberse desechado la amnistía, el Gobierno usaría de indulgencia con todos aquellos que separándose de la facción, se retirasen a vivir tranquilos en sus casas.

“Entonces —continúa Restrepo— sospecharon algunos que la conducta de Urdaneta había sido falsa, y que bajo de mano fomentara la rebelión del *Callao*, caso desde el principio. Mas por algún tiempo sus hechos quedaron ocultos para un gran número, hasta que él mismo los reveló. En carta escrita al general Flórez en 1º de enero de 1831 excitándole a que se entendieran y obrasen de acuerdo, después de manifestarle que el Presidente Mosquera se había dejado gobernar, y que por esto no daba garantías a los del partido opuesto a los exaltados demagogos, que le habían amenazado con la deposición por la amnistía que publicara, añadía:

"Yo conocí que se trataba solamente de degollar a todos estos hombres, y a mí entre ellos, y como es difícil en tales casos ser imparcial, lejos de invitarles a que aceptasen la amnistía, les aconsejé que combatiesen. Di cuenta al Gobierno y procuré inclinarlo a que variase la negociación comunicándole la sublevación de las provincias del Socorro y Tunja que acababan de saber de un modo positivo. Se me contestó que mi comisión era concluída y que podía retirarme."

"Aquí me tiene usted SIN QUERER colocado en la revolución; organicé las fuerzas de Jiménez; le di instrucciones, que debían ejecutar en mi ausencia, y le designé el campo del Santuario para estar al abrigo de una sorpresa."

"Me fui a mi hacienda el 25 de agosto resuelto a organizar la revolución de Tunja y el Socorro, a procurar a Jiménez municiones de que carecía, y con la resolución de ponerme a la cabeza de unas tropas que defendían su cabeza y la mía".

"Sin embargo de estos procedimientos —sigue Restrepo— Urdaneta escribía en el mismo tiempo a que se refiere, al secretario del interior, desde Fontibón, lo que sigue:

"Entretanto yo hago todo lo que está a mi alcance y creo poder asegurar a usía que evitaré cualquier ataque de esta parte hasta obtener una contestación de usía. Si por desgracia no pudiese obtener un resultado ventajoso en mi comisión, en último caso me retiraré y aun me iré del país, porque no puedo ver sin horror los desastres de mi patria sin poderla servir".

"Estas dos cartas —añade Restrepo— pintan

con verdad la doble y falaz conducta de Urdaneta en aquellas circunstancias”.

XVI

La memoria de uno de los hombres más ilustres, de uno de los generales más beneméritos de la antigua y gloriosa Colombia, caballeroso cual ninguno, padre de una numerosa y respetable familia, cuyos hijos viven y son acreedores a que el nombre honorable que llevan no sea mancillado por el error o por las pasiones de partido, me obliga a detenerme a aclarar el anterior relato del señor Restrepo y desvanecer sus deducciones que a primera vista parecen fulminantes y concluyentes sin apelación.

El general Urdaneta no pudo saber ni prever la revolución de los pueblos y cuerpos de milicias de la Sabana porque no pudo saber ni prever que el Gobierno repentinamente enviara el batallón *Callao* a Tunja, que fue lo que causó aquélla; no pudo saber ni prever que el *Callao* detuviera su marcha y prestara apoyo a aquellos movimientos, porque esta decisión del coronel Jiménez fue forzada, impremeditada de su parte, como lo comprueban los hechos notorios que ya he dado a conocer. A las primeras vagas noticias que tuvo Urdaneta de lo que pasaba, por un movimiento de lealtad ofreció de buena fe sus servicios a un gobierno que estaba en incapacidad de protegerlo de los ultrajes y de las amenazas de sus enemigos, que no le perdonaban haber sido, como comandante general del departamento, juez de los

conjurados del 25 de septiembre y de haber firmado la sentencia, que con dictamen del auditor de guerra y conforme a un decreto anterior vigente, no podía menos que pronunciar. El Gobierno admite sus servicios, y sin vacilar se pone el hidalgo general en marcha para la capital a interponerse como mediador entre los partidos armados. Jiménez había ejecutado un movimiento rápido sobre las fuerzas que venían de Tunja favorecidas por el alejamiento que se le había exigido bajo ciertas promesas, movimiento más imposible de ser previsto por el general Urdaneta que la misma revolución. Algunas horas más temprano se habría encontrado con las tropas del Gobierno y seguido con ellas; éstas se habían ya adelantado, y se encuentra con las de los disidentes, quienes le informan los riesgos que corría de ser asesinado en la ciudad, o por lo menos indignamente ultrajado, pues se gritaba frecuentemente a voz en cuello: "muera el asesino de los mártires de la libertad, de los ínclitos patriotas del 25 de septiembre", y en todas las paredes se leían con profusión los letreros de "muera Urdaneta"; fuertemente impresionado con estos informes sigue con los disidentes a Fontibón aconsejándoles que no hiciesen exigencias que obligasen al Gobierno a negarlas; de Fontibón se dirige de oficio al Gobierno pidiendo instrucciones para negociar, porque en el terreno de los hechos, cuando se llega al extremo de ventilar las cuestiones por la fuerza, o se vence o se negocia; pero no se impone con altivez a los que tienen medios de resistir, y si no se puede vencer o no se quiere na-

gociar se sucumbe con dignidad y sin entrar en parlamentos ni conferencias de ninguna clase. En lugar de las instrucciones que pidió, se le mandó un decreto que apenas podría ser admitido por un vencido que se hallara en completa postración física y moral; es rehusada la gracia que se otorgaba, es decir, es rechazado el insulto que se irrogara premeditadamente para que aquélla no se aceptase; da parte al Gobierno del resultado que éste preveía y esperaba, y él por no faltar a la lealtad que debía a aquellos hombres a quienes merecía la más sincera adhesión y la más ciega confianza, les aconseja esta resolución esperando obtener del Gobierno un arreglo en mejores términos.

El general Urdaneta escribió al ministro de lo interior la nota de la que el señor Restrepo copia el trozo que arriba dejo transcrito, alucinado con la esperanza de que pudiese celebrarse un arreglo aceptable para todos, y privadamente manifestó sus ideas sobre el particular; a esto es a lo que se refiere aquella indicación de su carta a Flórez de que procuró inclinar al Gobierno a que variase la negociación: pensaba que otorgándose un decreto de amnistía sin inculpaciones ofensivas, fundándolo en alguna razón filantrópica, podría ser aceptada, conviniéndose privadamente en que el batallón *Callao* cumpliera la orden del Gobierno de seguir a Tunja; que el batallón *Boyacá* se destinase al Cauca o Antioquia; que en Bogotá quedase el batallón *Cazadores* y la media brigada de artillería; que el general Rieux y el doctor Azuero renunciasen el ministerio y se nombrasen otros

ciudadanos de opiniones moderadas; que todo esto debía hacerse sin expresarse en ningún convenio público, después que la amnistía aceptada por los disidentes en las provincias de Bogotá, Tunja y el Socorro hubiese surtido sus efectos; lo que él (Urdaneta) ofrecía esforzarse en obtener, y a esto era a lo que aludía en su nota al doctor Azuero en que manifestaba que si no podía persuadir a los disidentes y conseguir un resultado ventajoso en su comisión, se retiraría y aun se iría del país. Al dominio del público no debía pasar sino el decreto de amnistía y su aceptación para dejar bien puesto el honor del Gobierno; lo demás debía hacerse como espontáneo.

Esperaba Urdaneta en la mayor ansiedad saber si sus ideas serían aceptadas, cuando recibió el despreciativo "puede usted retirarse".

Desengañado con esto de que la influencia de los exaltados en los consejos del Gobierno, la preponderancia de los conjurados del 25 de septiembre y sus cómplices o parciales que dominaban en la capital, la impotencia en que los dos supremos magistrados se encontraban de seguir sus propias ideas, no dejaban la menor esperanza de ningún arreglo pacífico, herido en su amor propio, persuadiéndose que el encono, el odio de sus implacables cnemigos políticos le haría la primera víctima si la suerte de las armas les era favorable, todo esto discutido y considerado en medio de la agitación en que se encontraba aquel campamento, le ofuscó y le lanzó en la revolución, SIN QUERER, creyendo que haciéndola fuerte cedería el Gobierno, y los exaltados se contendrían.

Cuantos viven hoy de los que entonces vivían confesarán, si son imparciales, que en sus presentimientos y temores que lo disculpan, no se equivocaba el general Urdaneta: ni el mismo doctor Azuero, que aunque hombre de fuertes pasiones políticas, no aceptaba el crimen en ningún caso, habría podido salvarlo.¹

Decidido ya, pasó Urdaneta una nota a Jiménez comunicándole la última resolución del Gobierno en que se le despedía. La respuesta de Jiménez, que olvidó el señor Restrepo en su Historia, merece que yo la inserte aquí. Veámosla:

"Comandancia general de la división Callao. — Campamento de la división. — Agosto 25 de 1830.
"Al excelentísimo señor general Rafael Urdaneta.

"Excelentísimo señor. Tengo el honor de acusar a vuestra excelencia recibo de su nota de anoche, por la cual me transcribe la última contestación que recibí del Gobierno a consecuencia de la mediación de que vuestra excelencia estaba encargado. A nombre de la división y de los pueblos armados que tengo la honra de mandar, digo a vuestra excelencia que nada menos podíamos esperar del ministerio y consejo de gobierno; y desde luego quedamos inteligenciados que la suerte de las armas es la sola que nos debe librar de ellos. Sólo nos resta que añadir a nuestras anteriores causales y protestas, que hasta aquí hemos respetado las personas y propiedades, aun de nuestros

¹ El doctor Azuero fue de los pocos liberales que improbaron el asesinato del general Sucre, con sincera indignación, lo mismo que el doctor Soto, a quien él muchas veces deplorar aquel horrendo suceso.

enemigos conocidos; siendo muy incierto el alegato del Gobierno de que se haya ofendido ni siquiera a un prisionero que la suerte de las armas haya puesto en nuestras manos; mas, que al mismo tiempo que estamos resueltos todos a sostener la contienda como caballeros, lo estamos igualmente a usar de reprensias, cuando no más derrame el Gobierno de Bogotá una gota de sangre fría, y que proceda contra las propiedades aunque mínimas del menor de los ciudadanos que nos acompañan, sea cual fuere su estado.

“Con sentimientos de la más alta consideración soy de vuestra excelencia obediente súbdito.

Excelentísimo señor.

“FLORENCIO JIMENEZ”

En esta nota, redactada por el coronel Castelli, se contestan algunas de las inculpaciones que se hacían a los disidentes en el pliego de cargos llamado decreto de amnistía.

- En efecto, aunque éstos tomaron para su subsistencia los fondos que encontraron en las oficinas públicas, respetaron los de los ciudadanos. El correo de Antioquia, que traía una fuerte suma en barras de oro para su acuñación en la casa de moneda, fue detenido por una partida volante de la caballería, y conducido al cuartel general de Jiménez; lo hizo éste escoltar hasta muy cerca de la capital, en donde entró sin que faltara un tomín. Esto no lo dice ninguno de los que han escrito sobre aquellos sucesos, porque ¡desgraciado el partido vencido cuya historia la escriben sus adversarios vencedores!

Los generales Obando y López, en su revolución de 1828, cogieron, como ya hemos visto, un correo cargado de oro que para acuñar en la casa de moneda de Popayán iba de Micay, y lo declararon botín, y repartieron las barras entre sus hordas beduinas, principalmente entre los cabecillas, para afianzárseles. Es verdad que ellos no tomaron nada para sí, porque sobre el particular en ningún tiempo ha podido hacérseles el menor cargo, pero lo cierto es que arrebataron lo ajeno sin urgente necesidad. Estos incidentes, que explican la índole y moralidad de los partidos, no deben olvidarse.

En un encuentro de dos guerrillas que se tirotearon, perdió la del Gobierno un oficial y dos soldados muertos. Los derrotados vinieron diciendo que aquellos pobres hombres habían sido asesinados ya rendidos, lo que con indignación negaron los disidentes. Puede ser cierto el hecho, porque de partidas volantes de milicia indisciplinada, que obran por su cuenta lejos de los jefes, no sería de extrañar un exceso que les es común en todas partes y en todos los partidos; pero el hecho no está probado, y es más de presumir que los corridos mintieran exagerando. No tenía, pues, el Gobierno motivo cierto para afirmar en un documento tan importante como lo era el decreto de amnistía, que esa partida "se encarnizó en los cadáveres de los muertos y aun mató a algunos prisioneros". En fin, la simple lectura de dicho documento, prueba que se escribió expresamente para hacer imposible el sometimiento; porque decir a un partido fuerte, armado y preci-

pitado por la desesperación en el espinoso sendero de las vías de hecho: sois facciosos, malvados, hipócritas, asesinos, ladrones; os perdono si os sometéis a discreción entregándome las armas y disolviéndoos, pero sin daros ninguna garantía de que después no seáis el objeto de mis venganzas, es decirle: combatid hasta vencer o hasta morir, y si no sabéis vencer y si no sabéis morir, resignaos a eterna humillación. ¡Nó! El general Urdaneta no pudo ni debió aconsejar la aceptación de semejante ignominia.

Todo esto y el desprecio con que se le despidió justifica aquel temor que se descubre en esta aseveración de su carta a Flórez: "Yo conocí que se trataba solamente de degollar a todos estos hombres y a mí entre ellos", y fue cuando vio o creyó ver esto, cuando perdió toda esperanza, que varió de su primer propósito de retirarse y hasta de irse del país si no lograba un éxito favorable en su comisión, esto es, si no lograba persuadir a los disidentes a un sometimiento razonable; y fue entonces, y no antes, que se resolvió a unir su suerte a la de los hombres tan amenazados como él. Tal resolución será, si se quiere, un delito ante las leyes, pero de ninguna manera está en contradicción con sus manifestaciones anteriores ni "pintan la conducta doble y falaz de Urdaneta en aquellas circunstancias", como dice el señor Restrepo con sobra de ligereza, inexcusable en un historiador circunspecto, pues cuando Urdaneta la tomó, ya no tenía compromisos con el Gobierno, que lo había despedido con desdén. En la carta de Urdaneta en que se funda

el señor Restrepo para hacer sospechoso de traición a este general y de que fomentara bajo de mano la revolución del *Callao*, acaso desde el principio hay una frase terminante que desvanece todas las deducciones del señor Restrepo, y es ésta: "Aquí me tiene usted, SIN QUERER, colocado en la revolución". Y ese adverbio "aquí" ¿a qué tiempo, a qué lugar se refiere? Lo que antecede lo explica.

Colocado ya Urdaneta SIN QUERER en la revolución, dio instrucciones a Jiménez; le aconsejó que retirase todas las partidas volantes de caballería, cuyo comportamiento no podía vigilar de cerca; que excusase todo combate que no fuera inevitable, pues lo que importaba era extender la revolución para obtener del Gobierno una transacción que no los deshonrase y que les diese garantías para lo sucesivo; que se retirase al campo del Santuario para ponerse a cubierto de una sorpresa y evitar un combate decisivo, pues no podía suponerse que las tropas del Gobierno se expusiesen a ser batidas en una calzada larga y angosta donde no podían desplegarse, ni que pasasen el Bogotá por otras partes dejando libre el camino de la capital; que su cuñado el mayor José Vargas París fuese a Honda a verse conmigo, para instruirme de la situación e invitarme en su nombre a ayudarle; que él se iba a regularizar los movimientos de las provincias de Tunja y el Socorro, para evitar que la revolución se manchase con crímenes, y hacerla popular dando garantías a todos; que estuvieran siempre a la defensiva, y que por ningún motivo fuera jamás el

agresor; que no comprometiese la suerte de la revolución aceptando una batalla decisiva, sino en el caso de no poderlo absolutamente evitar; que mantuviese en su tropa la más severa disciplina, principalmente en la milicia de caballería, tan difícil de manejar, y en los voluntarios y mirones, "clérigos sueltos", más difíciles todavía de acallar y contener; y le ofreció que de Tunja se le mandarían municiones y volvería él mismo a ponerse a la cabeza de unas tropas que, dijo así: "defienden su cabeza y la mía". Y en la mañana del 25 de agosto se fue a su hacienda a proveerse de lo necesario para seguir a Tunja, muy ajeno de que la catástrofe pudiera tener lugar antes de su vuelta.

En la capital era "el ardor bélico" extraordinario. El Presidente Mosquera dilataba dar la orden de abrir operaciones decisivas contra los disidentes: decía que eran hermanos descarriados a quienes todavía podía persuadirseles que volvieran sobre sus pasos; porque el señor Mosquera se inclinaba mucho a aceptar las indicaciones del general Urdaneta. El Presidente, digo, urgido, estrechado, casi amenazado, sabiendo que sus dilaciones se interpretaban en mal sentido, consultando previamente al Consejo de Estado, dio al fin con la mayor repugnancia la orden que se le exigía. ¡Y tronó en la capital la trompeta de la desolación, transmitiendo con ronco y prolongado sonido a los últimos confines de la República el impio *Alea jacta est*.

CAPITULO TRIGESIMOSEPTIMO

I

Organizada la columna de operaciones, fuerte de unos ochocientos hombres de infantería y como doscientos de artillería y caballería, se confió su mando inmediato al coronel Pedro Antonio García. Era el coronel García un militar antiguo y benemérito, de opiniones moderadas, amigo del general Santander sin ser enemigo del Libertador, buen ciudadano y honrado padre de familia. Con todas estas cualidades que lo hacían respetable, carecía, empero, de la más esencial en circunstancias semejantes: carecía de la energía necesaria para refrenar a los turbulentos militares del partido *ultraliberal*, y bastaba esto para que se perdiera él mismo y se perdiera la causa que sostenía. Esta debilidad, tan general entre nosotros, y de que se acusa a muchos, debe provenir de causas ajenas del carácter personal. La anarquía de las ideas democráticas; la poca respetabilidad que ellas dan al jefe, destruyendo toda distancia; la facilidad que tienen los inferiores de ofender y de calumniar de palabra y por la imprenta a sus superiores; la inseguridad en que queda el jefe cuando ha dejado de mandar; las condescendencias del Gobierno supremo con los partidos extremos, que arredra al que pudiera refrenarlos; en fin, algo ha de haber que influya

en hacer tan general en nuestros mandatarios civiles y jefes militares el defecto en que me ocurrió, sin que provenga de su carácter personal.

El general Vélez, como comandante general del Departamento, era el director de las operaciones militares que García debía efectuar según las órdenes que aquél le diera; pero Vélez estaba en oposición con el círculo que era árbitro en el Gabinete, en el cuartel y en el campamento. El experto y prudente general Vélez se oponía al ataque de frente a la posición que Jiménez ocupaba, la que consideraba inexpugnable por aquella parte. En efecto, situada la venta del Santuario a la salida de una calzada tortuosa como de una milla de largo y unos ocho o diez metros de ancho, sobre un hondo pantano bordeado a la salida de la calzada de fosos llamados aquí "chambas", y vallados divisorios de las heredades, y además reforzada con trincheras de cespedón que ponían perfectamente a cubierto la infantería que las defendía; era aquella posición en todo el rigor de la palabra, inexpugnable. Quería el general Vélez que se pasase el *Bogotá* en balsas por las inmediaciones del pueblo de Engativá, o más arriba, para obrar por la espalda del enemigo en el terreno firme y espacioso de la Sabana. Los de la opinión contraria decían que para los valientes no había posiciones inexpugnables, que esa palabra no debía usarse porque enervaba el valor y paralizaba las operaciones; que pasando el río Bogotá por balsas, quedaba expedita la vía recta a los facciosos para ocupar la capital, dejando las tropas del Gobierno a considerable distan-

cia; que teniendo aquéllos una numerosa caballería práctica del terreno, era más expuesto el combate en las llanuras que por la calzada. El general Vélez oponía a estos argumentos que los valientes podían ejecutar grandes acciones, pero no hacer milagros, ni vencer inconvenientes insuperables; que él estaba fortificando la plaza de la Catedral, con fosos en las bocacalles, que la artillería y unos 800 hombres que quedaban en la ciudad, la defenderían el tiempo suficiente para que la columna de operaciones siguiese el movimiento del enemigo, si éste venía sobre ella, con lo que sería perdido quedando sin retirada; que si se obraba en el llano pasando el río, sería batido el batallón *Callao*, y la caballería miliciana se desbandaría, pues semejante caballería, aunque abulta mucho, hace gran ruido y se ceba en el vencido, no le entra jamás a infantería formada; que la mejor caballería de Colombia con un Páez, un Cedeño, un Plaza, un Iribarren, un Rondón, un Flórez y otros jefes de igual nombradía a su cabeza, no pudo romper el batallón *Valencey* del ejército real en marcha desde las sabanas de Carabobo hasta Portocabello; y en fin, que él, en quien el Gobierno había depositado su confianza, respondía de los resultados si sus ideas se aceptaban, y presagiaba una derrota completa si se desechaban y se seguía la opinión contraria.

II

Si algún militar extranjero lee este libro, se sorprenderá de mi relato sin comprenderlo, porque no sabrá que acá en nuestras matanzas fe-

roces que llamamos guerras civiles, el general en jefe no manda como tál, tiene que discutirlo todo, sostener la réplica y persuadir al último alférez que no es un loco o un ignorante; que principalmente tiene que satisfacer a los *clérigos sueltos*; que si en sus tropas hay algún jefe que quiera suplantarle, y este jefe está apoyado en un círculo de calificadores de influencia y charla, la situación del pobre general se agrava terriblemente; que si el presidente con su secretario de guerra van a la campaña, se ve el infeliz general contrariado en todo, tiene que seguir, mal de su grado, las inspiraciones ajenas, y lo menos que le sucede es que si vence no es él sino el Presidente el triunfador, y si pierde, toda la responsabilidad cae sobre él, se le califica no sólo de inepto y de cobarde, sino de traidor. Y esto, aunque arguya que no le fue dado seguir sus propios juicios, que para todo tenía que sostener una discusión de horas y de días, y las más veces ejecutar una operación, o dar una batalla contra su opinión. Y si el extranjero pregunta ¿qué país es ese en donde el Gobierno, a la manera de la Convención francesa, puede obligar a sus generales a que se sometan a una situación tan humillante? yo no sabré responderle. Y menos sabré responderle si pregunta cómo hay generales que la acepten.

III

El general Vélez tuvo la energía de decir: "yo soy el responsable, y lo que yo mando ha de hacerse", y esto dicho se puso la columna de ope-

raciones en marcha el mismo día (25 de agosto) para el pueblo de Engativá, animada con las excitaciones y votos de los bogotanos de todas las opiniones de todos los partidos, que no aceptaban una revolución que en el caso de triunfar podría complicar más gravemente la situación, atrayendo sobre la Nueva Granada la guerra con Venezuela y el Ecuador, pues que la conservación de la integridad de Colombia era, si bien una idea noble y generosa, de imposible realización. Empero, no dejaban muchos de temer los excesos del círculo *ultraliberal*, vencida la revolución; mas esto les parecía menos malo que su triunfo, contando con la bondad y buena fe del Presidente y Vicepresidente, que por la posición que ocupaban podrían contenerlo algún tanto. La salida de la columna de la capital se hizo con grande aparato: formada en la plaza de la Catedral partió de allí acompañada hasta fuera de la ciudad por el ministro de lo interior y el de la guerra, por los jefes que se quedaban, por los jóvenes que habían tomado las armas como voluntarios y formaban la reserva, en fin, por una gran masa de la población. La música, los tambores, las cornetas, los clarines tocando a un tiempo; la vibración de la artillería rodando por el desigual empedrado de las calles; el llanto a gritos de las madres al decir a sus hijos en la fila un ¡adiós! que las más presentían sería eterno; el tropel de un escuadrón de caballería que cerraba la marcha en magníficos caballos haciendo chispear el empedrado; las aclamaciones de "¡viva el Gobierno legítimo!" que daban los je-

fes y que repetían el soldado, el pueblo en las calles y los numerosos espectadores que en balcones y ventanas se apiñaban: todo esto daba a aquella marcha una imponente solemnidad marcial. Algunos temían, pero en el mayor número dominaba la más engañosa confianza. ¡Confianza! ¡Cuántas veces la demasiada confianza no aumenta el peligro! Es verdad también que la demasiada previsión, el exceso en las precauciones, el temor de perder, llevado más allá de lo prudente, el afán de acumular las probablidades del triunfo hasta la seguridad de obtenerlo, perjudican a veces tanto como la demasiada confianza, y quizá más.

La palabra "viva el Gobierno legítimo", es y será siempre una palabra sagrada; pero ¿qué valor, qué fuerza podía tener en boca de un partido que había negado de mil maneras y aun por actos oficiales esa legitimidad que en su apuro proclamaba? Si los vencedores de hoy la usaran ¿no excitarían la risa o la indignación de cuantos los oyeran? Pero bien conocían los que se asían a ella, en el trance en que se encontraban, que esa palabra veneranda era la que los haría fuertes aunque fueran vencidos, y haría débiles a los disidentes, aunque fueran vencedores, porque ella sola basta para asegurar una restauración infalible, más tarde o más temprano, a los que tienen el derecho de pronunciarla.

IV

Unas de las prevenciones más terminantes que se hicieron por el estado mayor al coronel Gar-

cía, fue que si oía tiros de cañón en la ciudad, regresara inmediatamente. Olvidándose esta circunstancia, sin caerse en cuenta de que las descargas de fusilería parecen a lo lejos tiros de cañón, y más siendo la artillería de calibre de a cuatro, se sacaron los reclutas a hacer ejercicio de fuego, al amanecer del 26, fuera de la ciudad, precisamente del lado de Engativá. Oyese este fuego por el coronel García a la orilla del río; se toman por cañonazos repetidos las descargas cerradas que hacía el cuerpo de reclutas; entra la confusión en la columna, y lo que es peor que la confusión, entra la discusión; pónese el oído atento. "No queda duda. La capital es atacada, para esto se dejó franco el camino real a los facciosos desviándonos a tan gran distancia; marchemos a castigar a los rebeldes y a los traidores", se grita blandiendo los sables. Y al trote se pone la columna en marcha para la capital, abandonando las balsas de junco que se estaban preparando para pasar el río. El fuego cesa. Con el silencio la duda aumenta. "¿Habrás triunfado el enemigo?" Esto es lo más cierto para los que daban por cierta una traición premeditada. Otros que no la admitían pensaban que podía haber sido rechazado y estar en retirada. Se hace alto. Se discute, quiero decir se disputa. De un modo o de otro convienen en que debe continuarse la marcha con cautela, y ya muy cerca de la ciudad los pacíficos viajeros que encuentran, les informan de lo que realmente había pasado. Con este desengaño la traición pareció más comprobada a los *leales por excelencia*. "No hay duda, decían, esto se ha he-

cho para obligarnos a retroceder, engañándonos. Los traidores quieren dar tiempo a que el enemigo se refuerce, a que se apodere de toda la Sabana, a que la revolución se generalice en las provincias; por eso, tantas dilaciones, tantas *pasteleñas*". En consecuencia el general García resuelve pasar a la ciudad a conferenciar con el Presidente, *y con los patriotas de confianza*, sobre aquel incidente y sobre las operaciones subsiguientes. La tropa siguió su marcha hasta cerca de las primeras casas de la ciudad, acampando fuera de ella.

Entonces supieron todos que fue el coronel Montoya, jefe del estado mayor, el que dispuso aquel ejercicio de fuego y lo mandó en persona: quedó, pues desvanecida la idea de traición.

V

Contra la opinión del comandante general, que tuvo sin embargo la debilidad de ceder, se varió el plan de ataque, resolviéndose que fuera de frente por Puente Grande, y el coronel García recibió orden de contramarchar, como lo hizo pernoctando en Fontibón.

La oportunidad de pasar el río en balsas por los lados de Engativá se perdió; el movimiento frustrado advirtió a los disidentes del intento, y se preparaban a impedirlo si se insistía en él. Ya el coronel Piñeres había reconocido las orillas del río por aquella parte "y se aseguró de la dificultad y grande demora que presentaba su paso", dice el diario histórico de la división *Callao*. Esta consideración, fuerte sin duda, justifica la vaci-

lación de todos en resolver cómo y por dónde presentase el ataque menos dificultades y más probabilidades de buen éxito. Pasar un río en pocos y pequeños vehículos estando el enemigo cerca y en posibilidad de aparecerse inesperadamente, es una operación de las más difíciles y arriesgadas en la guerra. Yo creo que la columna del Gobierno se habría visto comprometida en el paso, una parte en el un lado y la restante en el otro, aun la primera vez que lo intentó, pues la distancia no era tanta que los disidentes, asegurados de lo que se hacía, no ocurriesen a batirla.

El general Vélez, aunque reconocía este riesgo, decía que podía disminuirse buscando un paso más lejano, pero sostenía que el ataque de frente sería precisamente desastroso; mas un rodeo mayor aumentaba el peligro de que la capital fuese ocupada, y bajo este punto de vista no carecían de razón los que no admitían su idea. En todo tiempo han tenido y tendrán una gran ventaja las tropas que obren en la Sabana contra las que defiendan la capital, pudiendo las primeras moverse en todas direcciones, y teniendo las segundas que dar siempre la espalda a la ciudad para protegerla. De esto surgen dificultades que no siempre pueden obviarse. Por poco que el enemigo la amenace en una u otra dirección y aun sin amenazarla, con sólo la posibilidad de hacerlo, va empujando a sus defensores a una fatal concentración hacia ella, cuya defensa miran como su principal objeto, cuando el enemigo, situándose en posiciones ventajosas, se precave de ser atacado fuera.

Apenas se traslució en el público que se había acordado marchar de frente contra la posición del enemigo, el alarma fue general: el simple instinto del pueblo le hacía conocer y temer el resultado. El general Vélez volvió a ver al Presidente y se esforzó en persuadirle del inminente riesgo que se corría. El Presidente, cansado de oír tantas opiniones contrarias, le respondió que no siendo militar, no quería entrar en el pormenor de las operaciones, que debían decidirse por los peritos en el arte, que había convenido en la indicada por el coronel García, y por el mayor número de los jefes de las tropas, por no contrariar la opinión de los que la habían de ejecutar; que él (Vélez), como comandante general, podía ir en alcance de la columna, examinar las cosas por sí mismo, conferenciar con aquellos jefes que con tanto ardor sostenían su opinión, y resolver lo conveniente. Pero que lo que hubiera de hacerse se hiciera sin demora, bien que procurándose aquellas probabilidades de buen éxito que la prudencia aconsejase, porque el peor de los males era dejar tiempo a que la revolución se extendiese a otras provincias y aumentase sus fuerzas; que en la guerra las más veces el temor de perder es lo que hace que no se aprovechen las ocasiones de vencer.

Esto es cierto. Dicen que "quien no espera vencer ya está vencido"; pero las más veces ese temor de perder que hace flaquear el valor, que propaga el desaliento en circunstancias críticas, no proviene en los jefes, de desconfianza en sus propias fuerzas, sino de las impresiones que les

causan las censuras infundadas de cuanto hacen y de cuanto dejan de hacer; las sospechas injustas, y las acriminaciones apasionadas que los aturden, los arredran debilitando su energía; y en semejante violenta situación, ya no aciertan en nada, vacilan en todo, se dejan arrastrar a lo que su juicio rechaza, y no dando el impulso sino recibéndolo, su desgracia es segura; y su desgracia es la de la causa que defienden. Dichosos si pierden la vida, y con su sacrificio acallan a sus émulos, a sus rivales y a los calificadores. En el curso de estas *Memorias* tendré ocasión de extenderme algo más sobre el particular.

El general Vélez, que hubiera debido ponerse en marcha en el acto mismo, cometió el error de no hacerlo. Preocupado con la idea de dejar asegurada la ciudad antes de irse, y más cuando sabía que el general Briceño venía del Socorro en auxilio de Jiménez; creyendo tener tiempo de alcanzar la columna oportunamente, envió un ayudante de su Estado mayor con la orden terminante al coronel García, de esperarle en el punto donde le alcanzara la orden. En esta confianza se detuvo ocupado en los preparativos de defensa en que se trabajaba, y la persuasión en que estaba de ser obedecido disminuye mucho la responsabilidad de su error.

Entraba ya la columna del Gobierno (27 de agosto) al puente para tomar la calzada, o sea el *camellón*, cruzándose algunos tiros con un pique de caballería del enemigo, cuando llegó el ayudante y comunicó al coronel García la orden del general. Imposible me sería si lo pretendiera ex-

presar la exaltación del *ardor* bélico que se apoderó de los principales jefes al recibir aquella orden, exaltación que llegó a tal grado, que el mismo circunspecto coronel García se impresionó con la idea de que el general Vélez quería, cuando menos, privarle de "llevarse la gloria" de batir a los facciosos. Persuádesele que conteste al general que ya era imposible suspender el ataque, porque la suspensión alentaría al enemigo y desmoralizaría su propia tropa; y arrastrado por su destino da al ayudante esa respuesta, aunque con comedidas palabras y moderadas observaciones, para que la transmitiese al general. El regreso del ayudante a la capital excita la más grande ansiedad; las iglesias se llenan de gente implorando la misericordia del Dios de los ejércitos, porque en los grandes conflictos, Dios es toda la esperanza de la infeliz humanidad, aun para los que fuera de ellos le olvidan y le escarnecen. Los miembros del Gobierno y el Consejo de Estado se reúnen y esperan en su puesto el resultado; en las alturas de las inmediaciones de la ciudad y en las casas desde donde la soberbia Sabana se descubre, todos los anteojos se fijan sobre el Puente Grande. El general Vélez, conociendo que lo que hubiera de suceder habría sucedido antes que él pudiera incorporarse a las tropas que no quisieron esperarle, resuelve aguardar el resultado, que no podía tardar en saberse.

Entre nosotros se ignora absolutamente una cosa de la más alta importancia en la guerra, y es que el deber del general en jefe en una batalla es morir el último, y desgraciado del general que

conociendo su deber y la exactitud de este aforismo, siguiera en el combate la conducta que uno y otro le indican. El duque de Wellington, que digan lo que quieran sus émulos, era un hombre de guerra eminente, estuvo en lo más recio de la batalla de Waterloo, detrás de un árbol cuya protección le permitió disponer las operaciones con calma y acierto. El árbol quedó sin una hoja, sin una rama; cien balas de cañón quedaron incrustadas en su grueso tronco, y una muralla de cadáveres a su alrededor; trece edecanes del general y ayudantes de su Estado mayor murieron comunicando sus órdenes, y así fue como la cruenta batalla que dirigía se ganó, y sólo así pudo haberse ganado. Si un general entre nosotros hiciera lo mismo, sería hombre perdido, aunque del mismo modo ganara mil batallas. No sólo se exige a nuestros generales que hagan lo que a ellos toca, sino que hagan también lo que toca a los jefes y subalternos que mandan. Se han de lanzar los primeros a los peligros; y si no lo hacen se les declara cobardes si la batalla se gana, y traidores si se pierde. Otra cosa sucede a los generales de nuestra tierra: manda el general en jefe que se haga tal operación, un ataque por tal o cual lado; se obedece su orden, tiene buen resultado: pues todo el honor se da al que la ejecuta, y este mismo algunas veces lo disputa al general de quien la recibió. Sucre, el grande, en un momento crítico en la gloriosa batalla de Ayacucho, dice al general Córdoba: "general, tomad aquella altura con vuestra división, a toda costa, señalándosela; si la tomáis está ganada la batalla; si

sois rechazado, está perdida". Córdoba no hace la menor observación, no arguye, no disputa, se vuelve a sus soldados y les grita con la voz del Cid: "Soldados, el general en jefe nos manda ocupar aquella altura coronada de enemigos; el general, pues, confia a vuestro valor el éxito de este combate decisivo. ¡Arriba, soldados, armas a discreción, paso de vencedores, marchen!" y la altura es tomada por aquellos valientes, que pisando los cadáveres de la tercera parte de sus compañeros, "a paso de vencedores" la subían. La batalla se gana; y la emulación, la envidia, la injusticia, grita por todas partes: "Córdoba es el vencedor de Ayacucho". Hasta el mismo Libertador, celoso por un momento, de la radiante gloria de Sucre, porque esos celillos de rivalidad punzan el corazón de los más grandes hombres; hasta el Libertador, digo, en un banquete que le dieron las autoridades de la ciudad del Cuzco, se quitó la corona de oro, figurando hojas de laurel con que a nombre de la ciudad orlaron aquéllas sus sienes, y diciendo: "esta corona debe ceñir la frente del vencedor de Ayacucho", la puso él mismo sobre la cabeza del general Córdoba. Sucre, que estaba presente, se sonrió. Si Córdoba fue heroico en Ayacucho, fue nobilísimo en aquella ocasión: con su modo genial, algún tanto brusco, se quita la rica corona que bajo un título que no merecía se le daba, y levantándose, mirando al Libertador, dijo: "Si esta prenda de tan gran valor moral la cedéis, señor, al vencedor de Ayacucho, la pongo yo sobre la cabeza del general Sucre, a quien corresponde, como mi jefe en aquella

batalla, no teniendo yo más mérito que haber sabido cumplir sus órdenes conforme las recibí". Sucre rehusó el dón con dignidad, y devolviéndolo al Libertador, le dijo: "Vos no podéis cederlo. La ciudad del Cuzco honra con él al Libertador de Colombia y del Perú, que nos ha conducido de victoria en victoria desde Guayana hasta el Potosí, y ese sois vos". Bolívar, completamente cortado no respondió: dejó su asiento, tendió la mano a Sucre y a Córdoba, los levantó de la mesa y los estrechó a ambos en sus brazos, bajo los aplausos entusiastas de los concurrentes... Caigo en cuenta que me voy extendiendo demasiado en esta digresión, y consiste en que me complazco en recordar estas cosas y me gusta referirlas, porque tienen algo de caballeresco que ya no se usa, ni puede usarse porque lo caballeresco es hoy tilado de aristocrático y colonial.

Volviendo, pues, a mi asunto, digo que el coronel García valiente como era, y dominado por la exigencia de la opinión absurda de que el general debe exponerse como el soldado, se coloca en la primera fila de su columna, y la hace entrar en la calzada al paso de trote, mezcladas artillería, caballería e infantería, sin que estas armas confundidas pudiesen obrar, ni desplegarse, ni ayudarse recíprocamente. El enemigo, que las esperaba detrás de sus parapetos establecidos en semicírculo a la orilla del pantano al término de la calzada, rompe un fuego mortífero de fusilería, sobre esa masa compacta que a cada paso diezmaba sin riesgo. Aquello no era un combate, era un sacrificio. Una compañía del batallón *Cazadores* de Bogotá,

que precedía la columna, podía por pelotones hacer fuego de frente sobre las trincheras del enemigo; algunos soldados de los costados de cada fila, cuando las revueltas de la calzada permitían hacer uno que otro tiro, lo hacían avanzando siempre. El toque de "paso de trote" era repetido sin descanso por el corneta de órdenes del comandante en jefe, y ciertamente, en el estado en que la columna se encontraba, sólo avanzando sin detenerse hasta tocar con el pecho las trincheras, podía mejorar su situación. Así llegó la columna pisoteando cadáveres y heridos, más bien apiñada que formada, hasta ponerse a medio tiro de pistola de las trincheras. El momento era decisivo: un minuto más y se habría conseguido, o salir de la funesta estrechura, lo que era mucho, o acaso se habría obtenido la victoria; pero aquel momento de desolación: el coronel García vacila sobre su caballo, sus ojos se oscurecen, su cara palidece, y sintiéndose herido, en la agonía de su rápido tránsito de la vida a la muerte manda tocar "alto, y fuego a pie firme" y expira. Los cornetas de los cuerpos repiten el fúnebre toque, la columna pára, el apiñamiento aumenta; ya no es tropa que valerosamente avanza, sino un pelotón de hombres que caen como palomas bajo los fuegos cruzados de las trincheras enemigas, sin poder defenderse ni ofender, ni avanzar ni retroceder. El enemigo que, observa aquel desorden, sale de sus atrincheramientos, carga por tres veces sobre la cabeza de la columna, y a pesar de la consternación y el desaliento que reinan en ella, es tres veces rechazado. Pero dos escuadrones de su caballe-

ría, compuesto de hombres prácticos de las lagunas, tremedales y ciénagas de la Sabana, se lanzan al pantano, y aunque con dificultad y con peligro, dando un rodeo, logran por fin salir a la calzada, cerca del puente, y cargando por retaguardia a la columna del Gobierno, se consuma el cruento fratricida sacrificio, de la manera más bárbara y terrible. Los jefes, oficiales y soldados veteranos de la división *Ca'ao* se interponen y detienen los estragos de la lanza miliciania; y abrazando a sus antiguos compañeros y amigos, lloran con ellos, y entre los suspiros del moribundo y los lamentos del herido, retumba entre los vencedores aterrados con su triunfo, el grito de "¡Maldición a los que nos han traído a este extremo!"

En aquella jornada de luctuosa memoria quedaron en el campo muertos o gravemente heridos, un coronel, siete jefes, catorce oficiales y doscientos diez y ocho individuos de tropa; y prisioneros, dos coroneles (Valcario Francisco Barriga y Ramón Espina), cuarenta y cinco jefes y oficiales, y quinientos treinta y dos individuos de tropa. Los demás ¿qué se hicieron? Se ahogaron en el hondo lodazal adonde se arrojaron, con sus armas, buscando la vida, y en el que encontraron una cruelísima muerte.

En el momento en que la caballería enemiga llegaba a la calzada, uns pocos jefes y oficiales, por estar bien montados, pudieron salvarse huyendo a escape y trajeron a la ciudad la terrible nueva, produciendo en todos desaliento y consternación. De las clases de tropas no se salvaron

sino unos pocos asistentes que no habían entrado a la calzada.

Treinta cajas de guerra, dos cañones de campaña, setecientos cuarenta y cuatro fusiles, nueve mil cartuchos de fusil, treinta tarros de metralla, en fin, todo el material de la columna quedó en poder de los vencedores.

De parte de éstos no hubo sino un oficial y diez y nueve soldados muertos, y dos oficiales y treinta y cinco soldados heridos; lo que prueba la ventaja con que combatieron detrás de sus trincheras. Y estos pocos heridos y muertos los tuvieron cuando saliendo de ellas cargaron a la columna desordenada.

La relación que de este suceso se lee en el diario histórico de la división *Callao*, concluye con el siguiente párrafo:

“Nuestra fuerza consistía en doscientos ochenta infantes y trescientos de caballería. Con ella se ha salvado la gloria de Colombia, nos hemos puesto en disposición de sostener la Constitución y la INTEGRIDAD NACIONAL, y se ha librado al Gobierno de sus opresores.

“El coronel en jefe, VICENTE G. DE PIÑERES”

Palabras notables escritas bajo la impresión de una catástrofe que los conmovía a todos. Ellas son una prueba moral concluyente de la idea que dominaba a los vencedores, cuando se precipitaron en un desesperado movimiento; idea que no fue la de derrocar el Gobierno establecido, ni la de llamar al Libertador o al general Urdaneta al mando supremo, aunque los sucesos posteriores dieran este resultado.

VI

Todos los que entran en una revolución saben cómo empieza, y ninguno sabe ni alcanza a presumir cómo acabará. Se proponen un objeto, y el torrente revolucionario, acrecido, desbordado, los arrastra más lejos de lo que pensaran y del objeto que se propusieran. Esta verdad la prueban todas las revoluciones que ha habido en el mundo. Las pasiones y el espíritu de partido, para acriminar las primeras intenciones entran después a juzgar los hechos, con la ventaja que les dan los sucesos e incidentes que sobrevienen, dándolos por premeditados.

Indudablemente ninguno de los que se precipitaron en la revolución de 1830 en el departamento de Cundinamarca, tuvo en su principio otro objeto que el que he referido, y que los hechos y los documentos han dejado probado. Veamos lo que acontenció después de su triunfo.

La derrota de las tropas del Gobierno produjo en la capital un terror que impidió que se pensara en defenderla. Como sucede en semejantes casos, las acusaciones recíprocas, con que se echan unos a otros la culpa del desastre sufrido; las disputas sobre lo que hubiera de hacerse; las inculpaciones al jefe de Gobierno, que es siempre el blanco adonde se dirigen los dardos de la maledicencia; los reproches a las autoridades; las carreras a un lado y a otro en desconcierto y sin objeto, entretuvieron unas pocas horas a los jefes de la plaza, a los que del Santuario vinieron, a los periodistas *liberales*, pálidos y temblorosos,

en fin, a todos los que se creían amenazados. Un peligro que no se esperaba tan instantáneamente cortó las disputas: la división vencedora se presentó a la entrada de la capital, y acampó en la alameda de San Victorino. A su vista el terror se apoderó de todos, y un clamor general pidió al Gobierno que saltara la ciudad por medio de una capitulación.

En el campo de la división vencedora no era menor la agitación, aunque en diferente sentido. El hombre, en todas las cosas, mientras más consigue más desca, mientras más adquiere más ambiciona, mientras más tiene más quiere; el triunfo lo engríe y lo hace exigente, y la conciencia de su fuerza lo hace provocador e injusto con el débil. Los que tomaron las armas para pedir un simple cambio de ministerio, y de la política del que existía, ya no se conformaba con esto: la idea de llamar al Libertador al mando en jefe de los ejércitos, venida del Socorro y Tunja, empezó a cundir. Algunos querían ir más lejos: hablaban de que se declarase haber cesado el Presidente y Vicepresidente en el ejercicio de sus funciones, y que se estableciese un Gobierno provisorio; proposición que fue rechazada por los más. Por fin acordaron dirigirse al comandante general, intimándole la rendición de la ciudad y decidir lo conveniente después de estar en posesión de ella.

A la intimación resolvió el Presidente nombrar a los generales Antonio Morales y José María Ortega para que pasasen a conferenciar con Jiménez, a fin de obtener una capitulación lo menos onerosa posible. El Vicepresidente opinaba

que el Gobierno debía declararse vencido, y abstenerse, por tanto, de toda función administrativa. El señor Mosquera creyó que a toda costa debía precaver los males que podían seguirse de una ocupación militar de la capital, por una soldadesca desenfrenada, que se componía en su mayor parte de milicias indisciplinadas, en las que había un gran número de hombres turbulentos y apasionados; y pensó que el deber de impedirlo por el único medio que le quedaba, era sagrado e imprescindible para él. También esperaba que durante la negociación calmaría la agitación de los ánimos y llegaría el general Urdaneta, que había sido llamado por los unos y por los otros. Todos conocían que la presencia de Urdaneta en la ciudad era una garantía de orden; porque hay crisis en que las pasiones callan y se hace justicia al mérito: los mismos que antes gritaban "muera Urdaneta", ahora clamaban "venga Urdaneta".

Los generales comisionados del Gobierno nada pudieron arreglar con los jefes vencedores. Toda la tarde y la mitad de la noche se pasó en conferencias, o más bien en disputas y aun amenazas, principalmente de parte de los jefes de las milicias y de la muchedumbre de aficionados que después del triunfo corrieron de todos los pueblos de la Sabana y de la misma capital a hacerse ver y oír.

Esto es lo corriente entre nosotros, y creo que en todas partes: los que menos hacen, los que menos sufren, los que menos se exponen, son los que más gritan, y los más inexorables cuando

todo riesgo ha pasado y se aproxima la hora del reparto de los empleos.

El regreso de los citados generales sin haber obtenido ningún arreglo que ligara siquiera con una promesa a los vencedores, produjo una verdadera disolución de los elementos con que contaba el Gobierno para imponerles algún respeto. Cuatrocientos ciudadanos que tenían las armas en la mano y como cuatrocientos reclutas ya instruidos en el manejo del fusil, constituían una fuerza igual o poco menor que la que tenían los disidentes; situados en la plaza de la catedral atrincherada, y disponiendo de numerosa artillería, podían haberla sostenido haciendo con ello menos exigentes a los vencedores; pero la discusión, las disputas, la desconfianza introducida por los calificadores, aumentando el desaliento demasiado grande ya, no dejaron pensar en nada provechoso, y un "sálvese quien pueda" fue la idea que dominó en todos.

El Presidente, viendo aquella flaqueza de espíritu en los que podían y debían prestarle apoyo, resolvió a la una de la mañana enviar a los señores Castillo Rada y Baralt al campo enemigo en calidad de negociadores, autorizándolos ampliamente para celebrar una capitulación que salvase el pudor de las mujeres, la vida y la propiedad de todos. Se había exagerado tanto la inmoralidad de los disidentes, que era disculpable ese miedo, aunque en realidad fuese infundado. En sus filas había exaltación política, pero no había inmoralidad, y esto quedó después probado con honra para ellos.

Al apuntar la aurora, con su apasible claridad, se vio la plaza de armas casi desierta. Los reclusos, abandonados por sus jefes y oficiales se habían desertado, los ciudadanos particulares que por el entusiasmo que antes manifestaban dieran esperanzas de reparar cualquier revés, habían desaparecido; el comandante general, el prefecto del departamento y tres de los ministros secretarios de Estados, se habían ocultado. No quedaban, pues, al lado del Presidente en aquel conflicto, sino el señor Vicente Borrero, ministro de Relaciones Exteriores, y el consejero de Estado señor Félix Restrepo. En la plaza de armas sólo quedaron los coroneles José Acevedo, José Manuel Montoya, y el de milicias Francisco Javier González, unos pocos subalternos y como cien hombres de tropa.

No tardó en saberse en el campo de los vencedores el estado de abandono en que se hallaba el Gobierno, y esto los hizo más altivos: "entremos, entremos, nada de capitulación!" gritaban los *enérgicos*; pero Jiménez se opuso. Por fin, no pudiendo los comisionados del Gobierno obtener un arreglo razonable, ni dejar de hacer algo para llenar el objeto de su comisión, se vieron obligados a firmar a las diez de la mañana, la siguiente capitulación que el Presidente tuvo que ratificar.

"EN EL CAMPO DE SAN VICTORINO A 28 DE AGOSTO
DE 1830

"A consecuencia de la acción de guerra del día de ayer, habida en el Cerrito del Santuario, en que fueron vencidas y prisioneras todas las tro-

pas que salieron de la capital contra la división *Callao* y los pueblos de la Sabana, se han reunido en dicho campamento, a saber; por parte de la plaza, con plenas autorizaciones del excelentísimo señor Presidente, los señores doctor José María del Castillo y Luis Baralt; y por parte de los pueblos y de la división *Callao*, los señores coronel Carlos Castelli y Pedro Domínguez, con el objeto de tratar y convenir definitivamente sobre el modo de que la expresada división éntre en la capital, consultando a la vez su perfecta seguridad y la economía de la sangre, como igualmente para evitar los sobresaltos a que se expondrían los pacíficos habitantes, consecuentes a un asalto de la plaza de la Catedral: teniendo presentes los preliminares que han servido de base a la negociación entablada la noche anterior, han convenido en los artículos siguientes:

“1º Todos los habitantes de la capital, incluso los militares, gozarán de una completa y absoluta seguridad de sus vidas, personas, libertad y propiedades, sin que se les pueda molestar, ni hacer cargo alguno por su conducta y opiniones políticas; pero saldrán, por su propia seguridad, con pasaportes del Gobierno para Cartagena, dentro de tercero día, los señores Manuel Antonio y Juan Manuel Arrublas, Francisco y José Manuel Montoya, Vicente y Juan Nepomuceno Azuero, Ignacio Márquez, general José María Mantilla, coronel José María Gaitán, doctor Juan Vargas y coronel Francisco Barriga.

“2º Los reclutas que existan en la capital, que no tengan aún treinta días de haber salido de sus

casas, serán licenciados en el acto, y los soldados, clases y oficiales que se hallen en la misma, serán incorporados en la división *Callao*, para la formación de un cuerpo que reemplace los extinguidos *Cazadores* y batallón *Boyacá*, debiendo presenciar esta operación el jefe que se nombre por la parte del señor Coronel Jiménez.

“Los oficiales excedentes recibirán sus licencias indefinidas.

“Los cuerpos de caballería de milicias se retirarán tan luego como los de la plaza hayan dado cumplimiento a los artículos precedentes y siguientes, conservando el fuero militar que anteriormente tenían, y el primer regimiento hará parte de la división *Callao*, siempre que se necesitare.

“3º Con anuencia del jefe, que el coronel comandante en jefe de la división *Callao* nombre para el licenciamiento y demás operaciones de que se trata en el artículo anterior, es recogerán todas las armas y municiones que estén en poder de los civiles, o depositadas en partes que no sea el parque, y se colocarán en éste.

“4º Se concederán pasaportes y demás garantías a cuantos deseen ausentarse de la capital para cualquier otro punto dentro o fuera de la República. Aquellos que por estar heridos, o por cualquiera otro motivo no puedan verificarlo inmediatamente, podrán retirarse siempre y cuando estén en estado de efectuarlo, disfrutando entretanto de la debida seguridad, y se les asistirá con lo que necesiten.

“5º La división *Callao* entrará de guarnición en la capital a la una de este día, en cuya hora

no deberá haber ni un solo soldado en la plaza de la Catedral y sus alrededores.

“6º Estos artículos serán ratificados en el término de una hora por ambas partes.

“Fecha *ut supra*. A las diez y cuarenta minutos del día. José María del Castillo — Carlos Castelli Luis Andrés Baralt. Pedro Domínguez de Hoyos. Ratifico este convenio en todas sus partes — JOAQUIN MOSQUERA. — Por su excelencia el Presidente de la República, y por ausencia de los demás ministros, el ministro de relaciones exteriores, Vicente Borrero. Ratifico en todas sus partes el presente convenio. — FLORENCIO JIMENEZ. — El jefe de estado mayor y secretario general, V. G. Piñeres”.

El señor Restrepo en su *Historia de Colombia* censura por esto al señor Mosquera con severidad, o mejor dicho, con dureza, aunque pone la crítica en boca de otros; dice así:

“Muchos han censurado esta capitulación como un acto de la más *degradante debilidad* cometido por el primer magistrado de Colombia. Dicen que Mosquera aprobó en ella artículos inconstitucionales, como conceder fuero a las milicias, y convenir, *por temores infundados*, en que se desterrara sin juicio ni proceso a sus dos ministros Márquez y Azuero, así como a otros ciudadanos distinguidos, cuyo único delito era haberse empeñado fuertemente en sostener la constitución, las leyes y al mismo Presidente Mosquera”.

Y concluye diciendo que su deber era no haber ratificado la capitulación.

Baralt y Díaz, en su *Historia de Venezuela* dicen sobre el particular:

"A ella (a la batalla del 27) se siguió el 28 una capitulación, *que puso la ciudad en manos de los facciosos* los cuales, abusando de la victoria, *forzaron* al Gobierno a convenir en el destierro de muchos ciudadanos distinguidos, *condición ignominiosa*", etc.

Por respetable que sea el juicio de escritores de tanto mérito, yo me atrevo a defender al señor Mosquera. Apenas se hicieron trascendentales en la ciudad los términos de la capitulación, varios amigos suyos de la mayor respetabilidad fueron a palacio, y se tomó en consideración el acto, estando presentes los dos honorables ciudadanos que a nombre del Gobierno lo habían acordado. El señor Baralt, con la vehemencia de su lenguaje habitual, manifestó que en las crisis supremas tenían los Gobiernos, como los hombres, que someterse a la dura ley de la necesidad; que el Gobierno vencido, sin fuerza que lo sostuviese, no tenía más que dos caminos que seguir: o abandonar la capital a los peligros que la amenazaban, o procurar disminuir éstos ratificando una capitulación que ponía algún freno a los vencedores. El señor Castillo manifestó que tanto él como su compañero habían hecho los mayores esfuerzos para que se prescindiese del destierro de los once ciudadanos designados en el artículo 1º, y nada habían conseguido; y que era probable que si la capitulación se improbaba, el mismo coronel Jiménez no podría contener algunos excesos, según la irritación que notaron en muchos

de los jefes, principalmente de las milicias, y en los particulares que se encontraban en su campamento. El señor Baralt añadió que el fuero militar que con tanto ahínco reclamaban los milicianos, era una cosa de poca monta en circunstancias tan angustiadas, y que el destierro de los ciudadanos referidos no se realizaría porque era seguro que el general Urdaneta emplearía su influencia con los vencedores para que no se llevase a efecto ¹.

El señor Mosquera, en aquella agitación del momento, que puede concebirse sin mucho esfuerzo, sonando ya la hora fijada, tuvo la abnegación, más bien digna de agradecimiento que de censura, de hacer un inmenso sacrificio de amor propio y aun de dignidad, por salvar el "pudor de las mujeres, la propiedad y la vida de los ciudadanos", con especialidad de aquellos nominalmente amenazados.

Ciertamente esos temores eran infundados, como dice el señor Restrepo; pero se había pintado

¹ Si yo hubiera estado allí habría recordado, en cuanto a inconstitucionalidad de los actos de que se trata, aquel decreto en que el Gobierno declaró vigente otro que pocos días antes había declarado insubsistente por inconstitucional; lo que equivalía a condenar inconstitucionalmente a muerte, en juicio breve y sumario, a los disidentes, si la suerte de las armas les hubiera sido adversa.

Esto es algo más que una declaratoria de fuero militar a las milicias, que después habría podido revocarse, y expedir pasaporte a unos pocos ciudadanos, para que por su propia seguridad se ausentasen de la capital en momentos de exaltación revolucionaria.

Lo que hay de cierto es que si los vencedores hubiesen sido vencidos, los jefes todos habrían ido al banquillo, *por partidas de a diez y siete*, sin que el mismo señor Mosquera hubiera podido salvarlos. Con infinitamente menos motivo se hizo después esto con otros, como lo veremos en su lugar.

con colores tan sombríos a los disidentes, suponiéndolos ladrones, asesinos, bandidos, etc., que mientras ellos no probaran, como lo probaron después, que se les calumniaba vilmente, era natural el temor, que no sólo el señor Mosquera sino todos tenían. Después que las cosas han pasado es muy fácil darles el colorido que se quiera, y condenar hechos que no lo merecen.

No fue, no, la capitulación la que "puso la ciudad en manos de los facciosos", como dicen Baralt y Díaz; fue la fuerza, fue la victoria, que son las que desde que hay hombres ponen las ciudades y los imperios en manos de los vencedores, porque el mundo ha sido, es y será siempre de los fuertes.

En cuanto al epíteto de "facciosos" que dan dichos señores a los disidentes, no quiero yo disputarlo; pero los aplaudidos revolucionarios de Venezuela y los del Ecuador, ¿qué eran?: eran algo más que facciosos. Estos tuvieron buen éxito en su criminal revolución parricida; aquéllos no pudieron asegurar su triunfo, y cayeron: esto explica la calificación.

VII

En la tarde del mismo día entraron los vencedores derecho a los cuarteles que se les habían designado de antemano. Todo se hizo con orden, con moderación, sin darse una sola voz ofensiva ni de aplauso, sin que se irrogase tampoco de hecho el menor agravio a nadie: más bien parecía su entrada la de tropas que regresaban de hacer el ejercicio fuera de la ciudad, que la de

vencedores irritados. El dolor, no el encono o la alegría, se veía pintado en su semblante.

La capitulación se cumplió de hecho en cuanto a apoderarse los vencedores de las armas y demás elementos de guerra existentes en los cuarteles y parque del Gobierno. Esto tenía necesariamente que ser así, cuando no eran ellos tantos que pudiesen prescindir de asegurarse.

Desde aquel momento se abstuvo el Presidente de ejercer ningún acto gubernativo, y pidió a su consejo constitucional que le consultara lo que debiera hacer en una situación tan aflictiva. El consejo le consultó que invitase a Jiménez y demás jefes de la división *Callao* a una conferencia para explorar hasta qué grado podía contarse con su obediencia. Repugnaba al señor Mosquera este medio por parecerle indecoroso, pues si la aprobación de la capitulación fue consecuencia de una necesidad imperiosa, en momentos de suprema angustia, con un grave e incontestable motivo de conveniencia pública, todo acto posterior en que se expusiese el jefe de la República a ser irrespetado, vendría a ser un acto de humillación que redundaría en mengua del Gobierno. Sin embargo no pudo resistir a las instancias de sus amigos y de los miembros del consejo para que agotase los medios conciliatorios, a fin de restablecer el orden constitucional en los departamentos del centro de la República, aunque fuese ganando terreno paulatinamente, y cedió por condescendencia, más que porque esperase un buen éxito de semejante paso. Por tanto, tuvo lugar la mal aconsejada conferencia, que debía dar, como

en efecto dio, el resultado que se expresa en el siguiente documento.

Bogotá, septiembre 1º de 1830

“Al excelentísimo señor Presidente del Consejo de Estado.

“Excelentísimo señor: conforme al dictamen del Consejo que me comunicó vuestra excelencia en su nota de 30 de agosto, hice convocar al coronel Jiménez y demás jefes que le acompañaban, para persuadirles de la justicia y conveniencia pública de que se revocasen los destierros de los once ciudadanos, contenidos en el artículo 1º de la capitulación militar del 28 de agosto, y el restablecimiento del fuero de los milicianos. No se omitió ninguna observación para persuadirles de la importancia de esta medida, y para darles más eficacia asistieron los mismos dos ciudadanos que intervinieron por parte de las fuerzas de la ciudad a celebrar la capitulación, y ciertamente expusieron hechos y reflexiones muy oportunas; pero no ha sido posible obtener que cedan en ninguno de los dos puntos, y aun aseguraron todos que los pueblos comprometidos hacían consistir todo el triunfo en el cumplimiento del artículo 1º. Hubo jefes que fuertemente me exigían que entregase aquellos ciudadanos, y que parecían hacerme el cargo de mala fe cuando asentaban que yo debía haberlos mandado prender, para obtener la posibilidad de cumplir con la capitulación. El coronel Jackson me acusó de mala fé; el coronel Johnson me hizo también cargos sobre mi conducta en calidad de Presidente, y otro jefe los hizo también contra el Consejo. Yo

parecí esta vez llamado a juicio ante mis vencedores. El resultado prueba que en realidad no puedo obrar como jefe del Estado. Un destacamento puesto en la boca del monte de Tena por el coronel Jiménez, no ha dejado pasar un posta que se enviaba a La Mesa de orden del Gobierno. Yo espero que en vista de estos hechos el consejo no me pida que ponga otra vez a prueba mi autoridad, para recibir nuevos desaires y una nueva evidencia de que ya no tengo el poder de hacer cumplir mis órdenes. Yo repito que el Gobierno está anulado absolutamente, y que de hecho ya no existe.

“En consecuencia exijo del Consejo que medite el medio que pueda emplearse para evitar mayores males, si los vencedores emplean vías de hecho para los designios que pueda sugerirles la nulidad absoluta del Gobierno y la incertidumbre y parálisis en que se hallan después de haber consumado su revolución por un triunfo.

“Dios guarde a vuestra excelencia.

“JOAQUIN MOSQUERA”

VIII

El general Urdaneta había llegado el 30 (agosto), y los temores se disiparon y la confianza renació.

Digan lo que quieran los que por no estar impuestos, como yo, de los incidentes y pormenores de este drama tan complicado, o por error o mala inteligencia de la carta del general Urdaneta al general Flórez, o por pasión política u odio per-

sonal, inculpen a aquel general de cuanto entonces se hizo. Nada hay más inexacto, y la misma carta explica cómo y por qué se comprometió SIN QUERER en una revolución en que no había tenido la más pequeña parte, la que hizo esfuerzos por detener, indicando al Gobierno medios que fueron rechazados ofendiéndole; y cómo sin pensarlo él y en su ausencia, se vieron forzados a combatir los hombres tan fuertemente comprometidos, a quienes no se dejaba más que ese medio o una ignominiosa humillación.

Cerrar enteramente la puerta de la reconciliación de los delincuentes *políticos*, no admitir su *sometimiento* sino vejándolos, no pensar en *cogerlos* y ejercer sobre ellos un rigor que aunque sea justo y merecido se asemeje a la venganza, ha producido casi siempre desastres, y sangre inocente derramada con profusión, y crímenes, y la caída del poder que tan inexorablemente se muestra. Si un hombre previsor obra de algún modo en el sentido de atajar el mal, lo que no puede conseguirse sin que todos cedan algo de su parte, ese hombre es ofendido, insultado: esto sucedió entonces al general Urdaneta.

Cuando este general se separó en la mañana del 25 del campamento de la división *Callao*, desdeñado por el Gobierno, amenazado por el partido que dominaba en la capital, y cómplice ya. SIN QUERER, de un movimiento que se efectuó sin su participación, se fue muy ajeno de que antes de cuarenta y ocho horas pudiera tener lugar un hecho de armas decisivo. La noticia que le llegó, en el término de la distancia, le conturbó; las con-

secuencias de semejante desgracia, que no podía menos de complicar terriblemente su posición personal, se agolparon instantáneamente a su atribulada imaginación y le aterraron.

Ya le había disgustado la exigencia del general Briceño en el Socorro, y de los coroneles Mares y Patria (Reyes) en Tunja, sobre llamar al Libertador al mando en jefe del ejército, la que aceptada traería por resultado probable un rompimiento peligroso, en tan apuradas circunstancias, con el Gobierno revolucionario de Venezuela.

Desde aquella mala hora en que SIN QUERER unió su suerte a la de los pueblos de la Sabana de Bogotá y del batallón *Caliao*, porque vio, o creyó ver, "que sólo se trataba de degollar a aquellos hombres y a él con ellos", fue su programa no pedir nada que el Gobierno no pudiera conceder sin infringir la Constitución. Variar el ministerio, accediendo a lo que se reclamara por muchas provincias, aunque lo hicieran de un modo irregular, le pareció no tener los inconvenientes que cualesquiera otras exigencias humillantes e ilegales. Así fue que en el acto de llegar manifestó a los vencedores su desagrado por la capitulación, y les dijo terminantemente que si no se anulaba aquel acto no contarán con él. Después de la victoria les repitió que no se debía pedir nada más que lo pedido antes del combate.

Ciertamente se equivocaba el general Urdaneta creyendo que podía contener la rueda de la revolución, que corría con velocidad irresistible: él lo pensó así de buena fe, pero esa rueda, de cuyo camino no podía ya desviarse para dejarla

pasar, y menos aún contenerla, tenía que atropellarlo, y lo atropelló en efecto. Esta es la verdad, este es el hecho.

IX

Rogado el Presidente hasta la importunidad, por sus amigos, y principalmente por los miembros del Consejo, para que empleando la fuerza de inercia hiciera frente a la situación sin abandonar su puesto; encareciéndole aquéllos que ensayase la reorganización del Gobierno, hizo los siguientes nombramientos (31 de agosto): para ministro de relaciones, al señor Pedro Gual, quien había ejercido el mismo empleo en la administración del general Santander; para ministro de lo interior, al señor Agustín Gutiérrez Moreno; para ministro de hacienda, al señor Rafael Caro; para ministro de guerra y marina, al general Rafael Urdaneta. Los tres primeros se excusaron absolutamente, porque todo el mundo pretendía que el señor Mosquera bogase contra la corriente, y ninguno quería tomar un remo para ayudarle. Respecto del general Urdaneta, dice el señor Restrepo: "Todos confiaban en que Urdaneta restablecería el orden en las tropas, por su influjo y firmeza de carácter; él se dejó rogar antes de admitir, lo que al fin se consiguió".

Esta facilidad de juzgar mal de los sentimientos que hagan obrar en cierto sentido a un hombre caballeroso, como lo era el general Urdaneta, no es disculpable en un historiador imparcial. ¿Qué quiere decir eso de que el general Urdaneta "se

dejó rogar"? ¿quiere decir que no era sincera su vacilación en admitir el empleo que se le daba? Pues si eso es lo que quiere decir, yo me atrevo a calificar este juicio si no de temerario, a lo menos de erróneo. El temor no fingido sino real, que contenía al general Urdaneta para no admitir un encargo tan delicado en tales circunstancias, provenía de que veía claro que no podía satisfacer a las esperanzas que se tenían al conferírsele, ni corresponder a la confianza con que lo honraba un hombre por quien, como magistrado y como particular, tenía el mayor respeto y la más grande consideración. El general Urdaneta no se hacía alusiones sobre las dificultades de la situación general del país, y de la suya en particular. Conocía que huyendo de unos ladridos se había precipitado, aunque "sin querer", en un derrumbadero en el que no encontraba donde sentar el pie, ni una rama de qué asirse para detenerse: no quería, pues, echar sobre sus hombros un peso que lo hiciera rodar con mayor velocidad. Al fin cedió a las instancias del señor Castillo, del señor Baralt, de la generalidad de los ciudadanos y de sus propios enemigos, diciéndose a sí mismo: AUNQUE TEMO NO PODER IMPEDIR EL NAUFRAGIO DE LA NAVE, PROCURARE A LO MENOS SALVAR LA TRIPULACION Y LOS PASAJEROS, EVITANDO QUE EN LA CONFUSION SE DISPUTEN UNA TABLA A PUÑALADAS. Noble y patriótica abnegación fue, pues, la del general Urdaneta, no hipócrita falacia.

X

El 2 de septiembre se reunió el Consejo de Estado en sesión extraordinaria, con la asistencia de los consejeros, señores Félix Restrepo, Diego Fernando Gómez y Agustín Gutiérrez Moreno, el general Urdaneta como Ministro de la Guerra, y el Vicepresidente de la República, Presidente nato del Consejo. Tomada en consideración la nota del señor Mosquera del día anterior, que motivaba la sesión, después de discutirla con desaliento y poca esperanza en el acierto, hizo el señor Gómez la siguiente proposición:

“Supuesta la nulidad a que el Ejecutivo expresa haber quedado reducido después de haber sido vencida la fuerza que lo sostenía, atendiendo a la absoluta carencia de medios para mantener el Gobierno conforme a la Constitución y a las leyes, por no tener la fuerza necesaria para hacerse obedecer, y considerando además que, como se dice públicamente, habrá en la tarde de este día una reunión popular sin conocimiento del Gobierno, y cuyo objeto no se sabe positivamente: Consúltese al supremo Poder Ejecutivo que el Consejo, aunque les son conocidos los principios que ligan a los gobernantes y a los gobernados, no halla lo que deba hacer el Gobierno, supuesta la carencia de medios para obrar; y que no pudiendo procurar el bien de la República en general, en tan extraordinarias circunstancias, salve siquiera el honor de ésta. NO AUTORIZANDO LA DISOLUCION DEL GOBIERNO CONSTITUCIONAL POR ACTO NINGUNO QUE EMANE DE SU AUTORIDAD,

limitándose a tolerar el curso de los acontecimientos, que no puede impedir”.

Dominando en el Consejo la idea de mantener un simulacro de gobierno “en quietismo” (así dijeron) sin que el Presidente abandonara su puesto, fue aprobada esta moción unánimemente, faltando sólo el voto del general Caicedo, que se había retirado desde temprano por enfermo. Así dice el acta del Consejo, pero lo cierto es que se retiró porque fue el único que manifestó una opinión contraria a la de los demás consejeros, diciendo desde el primer día que el Gobierno debía declararse derrocado por la fuerza, y retirarse no sólo el Presidente y él, sino todos los altos empleados que lo componían, como consejeros, ministros de la Corte Suprema, etc., pues era moralmente imposible gobernar bajo la presión de una fuerza armada deliberante.

En esa misma tarde tuvo, en efecto, lugar el comicio popular anunciado. El jefe político, señor Francisco Urquinaona, había invitado por bando a los ciudadanos para que resolviesen lo conveniente en la crítica situación en que se hallaba el país, sin contar para un acto tan trascendental con ningún miembro del Gobierno, ni con el mismo general Urdaneta, en quien aparentaba tener confianza.

Después de las peroratas de costumbre en semejantes casos, en las que los Demóstenes y Cicerones de la tierra lucen su elocuencia; después que se habló de libertad y tiranía, lo que es indispensable en toda reunión nuestra, sea la que fuere, tomó el jefe político la palabra, y suponiendo

la aprobación unánime del pueblo soberano, llamado a deliberar, leyó un proyecto de ACTA, que llevaba redactado, lo que también es costumbre admitida. En el primer "considerando" del soberano decreto en ciernes, se daba por disuelto de hecho el Gobierno, en virtud de los pronunciamientos que decía haberse verificado en algunas provincias "por el mando de su excelencia el Libertador"; luégo seguían otros cuatro sobre la necesidad de que el pueblo tomase una resolución que lo salvase, porque en las ACTAS, se salva siempre el pueblo; y terminaba con los artículos siguientes:

"1º Que se llame a su excelencia (el Libertador) para que encargado de los destinos de Colombia, obre del modo que crea conveniente, para salvarla de los males que la amenazan.

"2º Que entretanto viene su excelencia se encargue del mando supremo su excelencia el general en jefe Rafael Urdaneta, para que obre del modo más oportuno a la felicidad de los pueblos.

"3º Que hasta que su excelencia el Libertador resuelva lo que estime mejor para la marcha de este país, quedan en su fuerza y vigor las garantías individuales, acordadas en la Constitución del presente año, y que ésta rija en todo lo que no se oponga a la marcha de la presente transformación. (Es decir, que no rigiera).

"4º Que se presente por la reunión actual una acción de gracias a los señores Presidente y Vicepresidente, por el interés que han tomado en su bien durante la época de su mando, expresándoles que el pueblo de Bogotá está convencido ín-

timamente de que el no haberse evitado tantos males ha nacido de una multitud de inconvenientes que no ha estado a su alcance el vencer”.

Esta acta, sin hacerse por nadie ninguna observación sobre ella, se aprobó por aclamación, firmando todos los presentes, y se dispuso que se circulase a las demás provincias.

Debe notarse una cosa que merece atención, y es que cualquiera que sea el nombre de los partidos, antes como ahora y ahora como antes, para toda transformación, para toda revolución, para derrocar gobiernos y suplantarlos con otros, se dice siempre que no se tiene otra mira “que hácer la felicidad de los pueblos”, de manera que no debe haber en el mundo pueblos más infelices que los nuestros. Si esto es así, terriblemente desgraciados deben ser los de otras partes.

XI

El general Briceño había llegado en esos días, y con su llegada empeoró la situación. En ciertas circunstancias, los hombres más exagerados, los de medidas tajantes, son los más aceptados, los que adquieren más ascendiente: el hombre prudente, que habla de moderación, de juicio, de no temprar tanto el arco que revienta la cuerda, ese hombre “es demasiado bueno” y declina por lo menos si no cae. El general Urdaneta se hallaba en este caso: ya empezaba a tachársele de contempORIZADOR, y en los cuerpos de guardia y en los conciliábulos se hablaba de que nada le debía la revolución, ni en la Sabana, ni en Tunja,

ni en el Socorro; se recordaba su comportamiento en el Congreso constituyente, atribuyéndole poco afecto al Libertador, y se ponderaba la energía y la decisión del general Briceño. A pesar de ello, no podían prescindir del general Urdaneta, que por su elevado rango en el ejército, por su respetabilidad personal, por sus numerosos amigos y por la confianza que inspiraba a todos, les era un hombre necesario; y así, contra la opinión de los *enérgicos*, se vieron obligados a darle lugar en el acta, mientras venía el Libertador.

El general Urdaneta se conturbó con el nuevo compromiso en que lo ponía este paso, del que no quisieron darle aviso previo para que no les pusiera obstáculos, y por estar resueltos a apartarlo si resistía aceptar el encargo que se le hacía.

El fundamento del acta era completamente falso: ninguna provincia se había declarado hasta entonces por el mando del Libertador, como jefe de la República. En el Socorro y Tunja sólo se habló de que el Gobierno lo llamase al del ejército, lo que es muy diferente, y podía hacerse sin violar la Constitución: los pueblos de la Sabana y los militares que apoyaron su movimiento, he probado que no pensaron en ninguna de las dos cosas, ni pronunciaron una sola palabra sobre el particular, ni aun en la capitulación, donde si hubieran tenido la menor idea de ello la hubieran expresado. Por tanto la responsabilidad de este acto de desconocimiento terminante del Gobierno, recae sobre la junta popular, como la primera que lo insinuó.

El general Briceño, hombre resuelto, decidido

y que temblaba de indignación al oír hablar de la disolución de la gran República, lo aceptó y quizá lo sugirió: decía que el nombre de Bolívar era indispensable para reintegrarla; que Urdaneta no escarmentaba; que pronto se había olvidado de los pérfidos halagos de los demagogos en el mes de mayo, cuando lo necesitaban para derribar al Libertador, y que luego se cambiaron en amenazas de muerte; decía que sin la decisión de los pueblos de la Sabana, de las milicias y de los militares que les dieron apoyo, esas amenazas se habrían realizado, no sólo en él sino en otros, porque el puñal de Berruecos se afilaba en todas las barberías de Bogotá; decía que era un delirio inconcebible en un hombre tan experimentado, pretender con un simple cambio de ministerio satisfacer las necesidades de una revolución, que no podía tener otro objeto que el de salvar la integridad de Colombia; decía que por esta noble causa, y sólo por ella, había él tomado las armas, y estaba persuadido que ese era el voto de la mayoría de los buenos ciudadanos en todas las provincias, aun en Venezuela y el Ecuador, voto que no podía posponerse a consideraciones personales.

A estas razones verdaderamente fuertes en la situación en que se encontraban, añadía otras que no lo eran menos: recordaba la coacción ejercida sobre el Congreso al tiempo de la elección de los altos magistrados, y los repetidos actos del partido llamado liberal, negándoles la legitimidad, no sólo a ellos sino al Congreso mismo; alegaba que sin el cambio absoluto del Gobierno era imposible llenar el verdadero objeto de los pronun-

ciamientos de los pueblos y de las tropas que los habían secundado, pues el Gobierno existente tenía por necesidad que obrar en sentido contrario, habiendo el Congreso dictado una ley absurda que lo constreñía a no someter por la fuerza a los facciosos que no aceptasen voluntariamente la Constitución, lo que era lo mismo que declarar que no había nación, y por consiguiente que no había Constitución ni Gobierno nacional. “¿Qué derecho tienen aquellos parricidas, añadía, para desconocer la representación nacional y la Constitución por ella dictada? ¿Porqué se respeta un acto de rebelión tan criminal? ¿Somos nosotros faciosos por pretender restablecer la unidad nacional, y no lo son ellos por romperla? ¿Lo somos por trabajar para que la Constitución sea realmente la ley de la Nación colombiana que la dictó y para la que se dictó, y no lo son ellos que la rechazan insolentemente? Tántas consideraciones para con ellos y tanto rigor para con nosotros, ¿en qué se fundan? ¿Es porque ellos son fuertes? Pues hagámonos nosotros fuertes para que no se nos niegue la razón que tenemos, ya que por fuertes se les concede la que ellos no tienen. El Gobierno ha de serlo para toda la Nación, y ha de hacerse obedecer por ella, o no es Gobierno. Para que llene su objeto, para que sea Gobierno nacional, es que nosotros hemos tomado las armas. ¿No quiere él eso? pues llamemos a quien sea capaz de hacer triunfar nuestra sacrosanta causa. En esto no cabe término medio: toda revolución que no avanza retrocede: avancemos, pues, con valor, aceptemos todas las consecuencias de

nuestra noble y generosa empresa, repitiendo aquel grito de desesperación dado en el campo del Santuario: "¡maldición a los que nos han traído a este extremo!". Y energizándose con toda la fuerza de una sincera convicción, añadía:

"Si hacemos reconocer la Constitución colombiana en toda la República manteniendo la unión, que es la que da respetabilidad y fuerza, seremos los restauradores, los salvadores, los bienhechores de la patria: si sucumbimos en la lucha que se nos prepara, nos llamarán facciosos, rebeldes, usurpadores; pero la historia, ahogadas las pasiones contemporáneas, nos vindicará, nos hará justicia, y nuestros hijos, lejos de tener por qué avergonzarse del nombre que llevan, lo pronunciarán a gritos con orgullo. Si hubiéramos sido vencidos en la guerra de la independencia, ¿qué habría sido de Bolívar, de Páez, de Sucre, de Santander, de Soublette, de Bermúdez, de todos nuestros próceres, en fin, y de nosotros mismos?, ¿qué habría sido? ¡Ah! nuestros cuerpos habrían sido colgados por racimos en las horcas; nuestras cabezas habrían sido expuestas en jaulas de fierro en los caminos públicos; calificados de insurgentes, de traidores, de bandidos, la infamia que las bárbaras leyes antiguas hacían trascendental a los descendientes de los culpables, humillaría a los nuestros reducidos a la indigencia por la confiscación de bienes, que esas mismas leyes, en este caso, prescribían. El Dios de los ejércitos protegió nuestros esfuerzos, y a su voluntad omnipotente la victoria coronó la sien de nuestros ilustres caudillos, entre los que es de los más conspi-

cuos ese mismo Urdaneta que hoy vacila, y la nuestra y la de nuestros soldados ciudadanos, y ya no fuimos insurgentes, traidores, bandidos: nuestra patria nos llama sus LIBERTADORES.

“Adelante, pues, en nuestra heroica empresa: no nos queda otro arbitrio. O tomamos posesión del capitolio, o seremos despeñados por la roca Tarpeya”.

Impresión profunda causaba en los comprometidos la lógica incontestable de estos razonamientos, y por todas partes se decía entre ellos: “el general Briceño es el hombre de la situación”. Guardaban ciertamente consideraciones al general Urdaneta, y tenían por él afecto y respeto; pero el voto del general Briceño los arrastraba al objeto a que él tendía.

Imposible era pues a Urdaneta contener aquel torrente en el cauce del cual él no pensó ni quería que saliese.

XII

El prefecto del departamento comunicó directamente al señor Mosquera el ACTA popular en que se desconocía su autoridad. Sin embargo, no quiso éste por sí solo tomar una resolución definitiva sin cumplir antes con el deber de oír la opinión del Consejo de Estado que la Constitución le prescribía consultar en los casos graves. El acta de la sesión del Consejo sobre el particular es demasiado larga para insertarla íntegra; me limitaré pues a extractar lo más interesante de ella.

Reunido el consejo (3 de septiembre) con la asistencia de los señores Caicedo, Urdaneta, Borrero, Restrepo, Gómez, Sotomayor y Gutiérrez Moreno, "el Presidente de la República (dice el acta) indicó de palabra que el objeto de la reunión no era más que para ver si restaba alguna cosa que hacer en beneficio del honor del Gobierno y del país, antes de retirarse a su casa. Dijo que a esta indicación daba margen el acta del día 2, que habían celebrado algunos vecinos a invitación del juez político de la ciudad, a cuyo documento dio lectura el secretario, y se halló que contenía (aquí se expresaba la parte resolutive del acta popular, que ya hemos dado a conocer).

"El señor general Urdaneta —continúa el acta del Consejo— manifestó el sentimiento que tenía por haber sido nombrado en el acta popular, y al mismo tiempo la determinación absoluta en que estaba de no admitir el mando por su delicadeza.

"Que esa acta de Bogotá a que solamente debía contestarse el recibo, aunque se considerase la obra de todos su habitantes, no sería nunca más que puramente de Bogotá, y por lo mismo incapaz de obligar a toda la República a que obedeciese a los que ella nombra para gobernarla; que así como el Gobierno no se había juzgado disuelto a virtud del acta del Socorro que pedía una cosa, ni de la de Tunja que pedía otra, así también no debía creerse disuelto por la de Bogotá, cuya naturaleza sólo se diferencia de la de las demás en que ha sido hecha en el lugar en que reside el Gobierno; y que de la disolución de ésta

se seguirán los males que acarrea la anarquía. Insistió en la determinación de no admitir el mando, e hizo ver que si se había hecho cargo del ministerio de la guerra, era sólo por sostener al Gobierno constitucional, disuelto el cual se retiraría inmediatamente a su casa de campo. Refirió también que varios jefes, incluso el coronel Jiménez, le habían asegurado que con sostener solamente el llamamiento del Libertador, ellos obedecerían al Gobierno, haciendo revocar también los actos inconstitucionales del convenio del 28 del mes próximo pasado".

El señor Sotomayor dijo que las cosas estaban en el mismo pie que el día antecedente, y que por ello no había motivo para variar de resolución, debiendo mirarse con indiferencia esa acta ilegal que se había leído... El señor Borrero, juzgando la situación tal cual era, opinó que ni el Gobierno ni el Consejo podían hacer nada para remediarla.

"El señor Urdaneta —continúa el acta— creía que era menester excogitar un medio para plantear de nuevo este Gobierno legítimo, salvando las cosas inconstitucionales que se han practicado, y olvidando todo lo pasado; que él por su parte está pronto a cooperar en lo posible a este fin...

"El señor Gómez, considerando la cuestión sólo bajo el aspecto de si los señores Presidente y Vicepresidente tienen derecho para retirarse a sus casas, estuvo por la afirmativa, considerando el desconocimiento del Gobierno, la violencia que se le hace, la nulidad a que la fuerza armada le ha reducido, y finalmente aun por el afecto personal

que tiene a los señores expresados; que disuelto así el Gobierno, él como particular, estaría porque mandase el señor general Urdaneta; pero que esto no puede decirlo como consejero, porque tiene deberes constitucionales que respetar”.

El señor Sotomayor replicó que los señores Presidente y Vicepresidente debían exponer por escrito su resolución de no continuar en el mando, y entonces el Consejo podría proceder a los nombramientos del Libertador para Presidente, y del señor general Urdaneta para Vicepresidente.

El señor Gómez puso fin a una discusión tan enojosa, haciendo la proposición de que se comisionara al general Urdaneta “para que como Ministro de la Guerra, y prevaleándose del ascendiente que le da su reputación militar, examine la disposición en que se halle hoy día la fuerza armada, y si el Gobierno puede contar con ella no sólo para hacerse obedecer sino para cumplir y hacer cumplir en todas sus partes la Constitución de la República. Que verificado este dato, el Consejo, en su primera sesión, consultará al Gobierno definitivamente lo que le parezca sobre deberse o no retirar del ejercicio de sus funciones los encargados del Ejecutivo conforme a la Constitución”. Esta proposición fue aprobada unánimemente.

Los conceptos emitidos por el general Urdaneta en esta discusión prueban la buena fe de su idea primitiva: no exigir del Gobierno nada en que no pudiera consentir; procurar que éste concediera lo que estaba en sus manos conceder; no desconocerlo por ningún motivo y menos derrocar-

lo; excitar a los disidentes militares y no militares a conformarse con lo único que había razón de pedir; esto es, con que se renovase el ministerio, y se adoptase una política conciliadora. No abrió concepto sobre llamar al Libertador a que se encargase del mando supremo, que era el punto principal del acta popular que se discutía, porque esto habría sido contradecirse, pues que bajo ningún motivo ni pretexto consentía él voluntariamente en la disolución del Gobierno constitucional. En cuanto a llamarlo como general en jefe del ejército, apenas deja traslucir su aquiescencia en estas palabras, que se leen en el acta del Consejo:

“Refirió también que varios jefes, incluso Jiménez, le habían asegurado que con sostener solamente el llamamiento del Libertador ellos obedecerían al Gobierno haciendo revocar también los actos inconstitucionales del convenio del 18 del mes pasado”.

La manifestación que hizo de no admitir el mando provisorio que el acta popular le confería, era sincera y en consonancia con su idea dominante de que se conservase el Gobierno constitucional a todo trance. También se ve, si no ciega la parcialidad, que no desistía de su propósito de separarse de la escena política si no conseguía de los disidentes el sometimiento al Gobierno, sin más condiciones que las que estaba en sus facultades conceder, y que le parecían necesarias.

El voto del señor Gómez era de la mayor significación. Era el doctor Diego Fernando Gómez uno de los miembros más caracterizados del par-

tido liberal, y de los pocos que podían calificarse de tales; hombre independiente por su carácter enérgico, instruído, franco para manifestar su opinión sin doblez ni reticencias, de reputación honorable como ciudadano, y como magistrado judicial que había sido en los tribunales; y habiendo sufrido un destierro, quizá injusto, por habersele supuesto conecedor de la conspiración del 25 de septiembre, eran altamente honrosas para el general Urdaneta aquellas palabras suyas: *“como particular estaría yo porque mandase el señor general Urdaneta; pero esto no puedo decirlo como consejero, porque tengo deberes constitucionales que respetar”*.

XIII

La única cosa que en cumplimiento de su comisión pudo obtener el general Urdaneta de los vencedores, después de una conferencia con ellos larga y acalorada, fue que se variase la capitulación por un nuevo convenio en virtud del cual se suprimió del artículo 1º de aquélla, la parte relativa al destierro de la capital de los ciudadanos mencionados, que se exigía por su propia seguridad. Lo demás lo negaron, insistiendo principalmente en el llamamiento del Libertador.

La reforma de la capitulación se consiguió porque el general Briceño convino en ella, diciendo que no se debía hacer más ni menos de lo necesario; que los conspiradores del 25 de septiembre debían salir todos o ninguno; que debían salir también los hombres peligrosos, si daban motivos

de temer que obrasen contra el objeto del pronunciamiento; en fin, que debían tomarse en oportunidad todas las medidas conducentes a asegurar el éxito de la empresa, cuyo carácter no tenía lo que se reclamaba. Dijo también que no alcanzaba el motivo por que se hubiera comprendido en la lista aquella semiproscripción al señor Márquez, no pudiendo atribuirlo sino a la influencia de algún enemigo personal; que el señor Márquez se había comportado noblemente con el Libertador hasta la última hora, y que aunque liberal era un hombre de moderadas opiniones y de influencia que no empleaba sino en bien, circunstancias que hacían su presencia en la capital más útil que perniciosa, y lo ponían en aptitud de servir de mediador entre los partidos, si la lucha inminente se enconaba.

El ánimo entristecido del señor Mosquera se consoló con este acto, pues la ratificación que diera a la capitulación lo afligía más por el artículo que el nuevo convenio suprimía, que por los demás.

En la mañana del 4 volvió a reunirse el Consejo para considerar el resultado de la comisión conferida al general Urdaneta. La discusión fue larga y desconcertada; propúsose la siguiente cuestión:

“¿Está el Gobierno desobedecido por la fuerza armada existente en esta ciudad?”

Sin que nadie tomara la palabra fue contestada afirmativamente.

Leyóse en seguida la siguiente cuestión propuesta por el Poder Ejecutivo:

“A consecuencia de la respuesta que ha dado la fuerza armada existente en esta ciudad, ¿pueden el Presidente y Vicepresidente retirarse, porque se hallan desobedecidos y se les exigen actos contrarios a la Constitución?”

Largo y profundo silencio reinó en la sala del Consejo al leer el Secretario esta laconica y decisiva interrogación; la palidez de los rostros manifestaba el sufrimiento interior de los hombres que tenían forzosamente el deber de contestarla; las miradas de unos a otros, sin atreverse ninguno de ellos a romper aquel solemne silencio, indicaban su turbación. Por fin, el señor Gómez, bañada en sudor la frente y con voz trémula, casi imperceptible, dijo:

“La anarquía se evita separándose los magistrados y poniendo los vencedores el Gobierno que les acomode”.

Nadie contestó. Continuó el silencio por algunos minutos más. El señor Gómez, ya algún tanto recobrado y en un tono que revelaba todo lo que sentía, volvió a tomar la palabra y fijó la siguiente proposición:

No siendo justo que a nadie se le obligue o violento a cometer actos indebidos y que comprometan sus juramentos y su conciencia, consúltese al Gobierno que el Consejo opina que sus excelencias el Presidente y Vicepresidente de la República tienen la libertad necesaria para retirarse de la capital, donde reside la fuerza armada que les desobedece y que se ha erigido en deliberante, siempre que así lo estimen necesario

para evitar cualquiera violencia que pueda comprometerlos a actos inconstitucionales”.

Esta proposición no se discutió. El general Urdaneta, que presidía el Consejo, por ausencia del Vicepresidente de la República, su Presidente nato, observando el triste silencio que guardaban todos, parecía temeroso de interrumpirlo, hallándose él mismo hondamente afectado. Por fin la sometió a votación, y fue aprobada por cuatro votos contra dos, estando afirmativos los señores Urdaneta, Borrero, Gómez y Gutiérrez Moreno; y negativos los señores Restrepo y Sotomayor.

El señor Restrepo opinaba que aunque no fuera el Gobierno obedecido en la capital y en algunas provincias, podía trasladarse a otras donde lo fuese, y por eso votó contra la proposición; pero conforme a la Constitución no podía el Poder Ejecutivo ejercer sus funciones sino en la capital de la República. Este fue un vacío que dejamos en ella inadvertidamente. Las serias dificultades que produjo después, han hecho que en las posteriores se permita al Gobierno variar la capital en ciertos casos.

El señor Sotomayor estuvo negativo, porque opinó desde el principio que el Gobierno podía conservarse accediendo a conferir al Libertador el mando del ejército, lo que estaba en sus facultades hacer sin violar la Constitución. Este ciertamente habría sido un medio seguro de restablecer el orden constitucional, si el Libertador se hubiese hallado en estado de venir, pues no puede dudarse que habría sostenido el régimen legal y refrenado la revolución; pero Bolívar se moría,

y además, habiéndole el Gobierno intimado, aunque de una manera indirecta, su expatriación exigida por Venezuela, habría caído en contradicción llamándole, y se habría visto en dificultades con aquella nueva República. De todas maneras, pues, era en extremo complicada la situación del Gobierno.

XIV

El general Briceño, que marchaba a su objeto con decisión y que aceptaba las consecuencias de la situación en que se encontraba, se aprovechó de la sesión del Consejo que entretenía al general Urdaneta, para inducir a Jiménez a pasar al Presidente la siguiente nota:

“Excelentísimo señor Presidente:

“Los jefes que suscribimos, a quienes se nos preguntó el día de ayer, por conducto del excelentísimo señor secretario de la guerra, si obedecíamos al Gobierno, hemos estado aguardando toda la mañana la contestación de vuestra excelencia a la respuesta que nosotros dimos inmediatamente. Los momentos en estas circunstancias son preciosos; el público está en alarma y nosotros comprometidos a defender y sostener la causa que se ha proclamado por él, no podemos esperar más, ni estar por dilaciones perjudiciales; deseamos pues, y desea la fuerza armada existente en esta capital, los padres de familia, los hombres comprometidos aquí y en las provincias, saber si hay o nó Gobierno, para en consecuencia proceder como convenga, y para ello exigimos de vuestra excelencia una respuesta pron-

ta, decisiva y categórica sobre los puntos siguientes:

"1º ¿Está el Gobierno dispuesto a seguir la marcha que le han dado el partido vencedor, la opinión pública y la voz de las provincias que se han declarado por el Libertador Simón Bolívar?

"2º Para contentar a los pueblos, ¿está decidido el Gobierno a llamar al Libertador, haciendo que hoy mismo salga una comisión a este efecto de personas respetables que vayan a participar a su excelencia los pronunciamientos de estas provincias, y a expresarle el anhelo con que todos los hombres buenos le aguardan?

"3º ¿El Gobierno recibirá en la calidad y con el carácter que quieren darle los pueblos y en que conviene la mayoría de ellos?

"Los que suscribimos estemos ligados en nuestros votos con los pueblos que se han declarado, y nos creemos responsables ante ellos, ante la opinión, si permitiésemos cualquiera tardanza más que pudiese contrariar aunque fuese momentáneamente esos mismos votos. Nos vemos por tanto obligados a dar este paso para satisfacer nuestro deber y la ansiedad en que todos se hallan.

"Bogotá, septiembre 4 de 1830.

"Excelentísimo señor.

"JUSTO BRICEÑO — FLORENCIO JIMENEZ"

Baralt y Díaz califican este oficio de "peregrino en su especie, porque es el más imprudente y absurdo de cuantos ofrece la historia de las disidencias civiles de Colombia, fecundas por demás en documentos inmorales". La calificación es exacta; pero los vencedores se hallaban en una

situación tan difícil, que tenían necesidad absoluta de desatar el nudo gordiano o de cortarlo.

Al terminar la sesión del Consejo, apenas llegado el general Urdaneta a su casa, fue llamado por el señor Caicedo, quien le instruyó del contenido de la nota anterior, diciéndole que el Presidente quería que en el acto volviese a reunirse el Consejo para tomar una resolución definitiva el mismo día. El general Urdaneta se sorprendió en extremo y envió a llamar al despacho de la secretaría de guerra a Briceño y Jiménez, que no se hicieron esperar. Al verlos entrar les dirigió irritado la palabra diciéndoles: "ustedes se pierden y me pierden; retiren ustedes esa nota, o todo está concluído por mi parte; ¿para esto querían ustedes que yo me encargara del ministerio de la guerra?"

"Mi general —contestó Briceño— vuestra excelencia es el que se pierde y nos pierde. El oficio de mediador, pudo ser desempeñado por vuestra excelencia mejor que por ningún otro, en los días en que el Gobierno no quiso aceptarlo, y lo desechó; hoy ya es ineficaz: la existencia del Gobierno hace inútiles nuestros esfuerzos por el triunfo de la causa que hemos proclamado, a menos que se identifique con nosotros; y cuando se trata de la vida o de la muerte de Colombia, toda vacilación destruye las esperanzas de obtener lo primero, y acarreará infaliblemente lo segundo".

Crítica era en aquel momento la posición del general Urdaneta: las observaciones de Briceño eran incontestables. Cuando un hombre se encuentra en situación semejante, no tienen qué res-

ponder, y así fue que Urdaneta no pudo hacerlo sino repitiendo: "Bien, no cuenten ustedes conmigo para nada".

En la misma tarde volvió a reunirse el Consejo para considerar la nota de Briceño y Jiménez, y por toda respuesta acordó decir: "Que el Consejo es de sentir que en su dictamen de la mañana de este día ha consultado ya al Gobierno lo que puede hacer en todos los casos que ocurran en que se le exijan por la fuerza armada deliberante que hay en esta ciudad actos contrarios a sus deberes, a la Constitución y a las leyes, de cuya naturaleza son los que se exigen en la nota suscrita por el general Justo Briceño y por el coronel Florencio Jiménez". Esta proposición fue aprobada unánimemente.

En el momento dirigió el ministro de lo interior, señor Borrero, una nota a los dos jefes mencionados. En ella les dice que de acuerdo el señor Mosquera con la consulta del Consejo de Estado, había resuelto abstenerse del ejercicio de las funciones de Presidente y no ejercer en calidad de tal ningún acto gubernativo, retirándose del palacio del Gobierno; y en efecto en el acto mismo lo abandonó pasándose a la casa de un amigo. El Vicepresidente Caicedo se había retirado de hecho, no concurriendo a los últimos acuerdos del Consejo. Los dos ministros del despacho que acompañaban al Presidente, Urdaneta y Borrero, y los consejeros de Estado, hicieron lo mismo.

Así cayó el Gobierno establecido por el Congreso de 1830. Socavadas sus bases por el partido liberal, desde antes, y después que se reunió el

Congreso; desconocido por los departamentos del Norte y del Sur (Venezuela y Ecuador), este era su destino, ya de un modo, ya de otro.

Tan fuertemente combatido en su esencia, no tenía prestigio ni fuerza moral para sostenerse; se le consideraba como un ente de transición; el partido *liberal* le rechazaba si no plegaba a su voluntad y a sus miras, y lo aceptaba con esta condición, sólo por consideración a las personas; el partido colombiano le exigía que fuese Gobierno nacional y que procediese como tál. En tan insostenible posición tenía que sucederle lo que le sucedió, siendo indudable que si se hubiera inclinado al partido que lo derribó, habría sido derribado por el que lo sostuvo. Los hechos que he referido dejan probada esta aseveración.

XV

Frecuentemente sucede que cuando tiene lugar un acontecimiento que se procuraba, sobrecoge a los mismos que lo procuraban. Entonces es cuando miden la profundidad del abismo en cuyos bordes se debatían y tiemblan a la vista del riesgo de sepultarse en él. Esto sucedió a los ciudadanos y jefes comprometidos en aquel suceso de tanta trascendencia.

Tenían la capital y algunas provincias en sus manos, pero se decían: ¿nos seguirán las demás?, ¿aprobará el Libertador el paso dado?; si lo imprueba, ¿qué haremos?; si persiste el general Urdaneta en sus resistencia a admitir el mando, ¿a quién nombraremos? Estas preguntas se hacían no sólo los jefes y oficiales, sino los ciudada-

nos comprometidos; mas se olvidaban de la más terrible de todas las que pudieran hacerse: si el Libertador se muere antes de concluir nuestra obra ¿a dónde iremos a parar? En su desconcierto dirigieron Briceño y Jiménez acto continuo una nota al prefecto para que reuniera el Concejo Municipal, acompañándole copia de las arriba citadas y diciéndole:

“De hecho, pues, ha dejado de existir el Gobierno, y hemos creído de nuestro deber ponerlo en conocimiento de usía para que del modo que crea más conveniente delibere lo que le parezca oportuno en las difíciles circunstancias en que se halla este pueblo y su provincia, sin autoridad alguna pública y por lo mismo en anarquía”.

El prefecto reunió el Concejo y algunos vecinos adictos a la revolución. Los militares querían se hiciese nueva acta popular con mayor número de firmas que la anterior, procurando declinar su responsabilidad en el pueblo, y a fin también de que si el general Urdaneta insistía en no admitir el puesto que en la anterior se le daba, se nombrara otro ciudadano que lo aceptase. El prefecto, los miembros del Concejo y los ciudadanos que concurrieron a la junta, no convinieron en semejante medida, considerando peligrosa la designación de otro ciudadano en lugar del general Urdaneta; esperaban que no celebrándose otra acta se vería obligado este general a ceder a las instancias no sólo de sus amigos sino aun a las de sus enemigos; objetaban que si la nueva junta no era tan numerosa como se deseaba, se desprestigiaria la revolución, y sacarían de ello los anticolombia-

nos argumentos para atacarla como impopular; acordaron, pues, no hacer nueva acta, declarar subsistente la primera, y que en la mañana siguiente el concejo enviara una diputación al general Urdaneta, suplicándole se encargara del Poder Ejecutivo, como el hombre en quien todos tenían confianza, y que enviara una comisión a llamar al Libertador. Todo esto se hizo en el día y la noche del 4.

Dice el señor Restrepo en su *Historia de Colombia*:

“Urdaneta opuso, como de costumbre en tales casos, algunas dificultades para encargarse del mando de Colombia, *pero al fin cedió*, prestando el 5 de septiembre, en presencia de todos los oficiales de la guarnición de la capital, el juramento de observar la Constitución de la República, en lo que no se opusiese a los pronunciamientos de los pueblos. Hé aquí una prueba de que era el jefe puesto por una facción armada. El título que se dio fue el de encargado provisionalmente del Poder Ejecutivo.

“En las circunstancias en que Urdaneta admitió el Gobierno, todos los partidos quedaron contentos, pues temían que se entronizara la anarquía, que tantos males causa a los pueblos. Así multitud de personas respetables de Bogotá le instaron para que se encargara del Poder Ejecutivo”.

En cuanto refiere el señor Restrepo del general Urdaneta respecto de aquella emergencia, se ve la preocupación que le afectaba por la errónea in-

teligencia que dio a la carta de dicho general al general Flórez.

No opuso Urdaneta "como de costumbre en tales casos algunas dificultades para encargarse del mando"; fueron objeciones hechas con lealtad y de buena fe las que opuso. El Libertador se fue en completo desacuerdo con él y quejoso de él; temía, pues, Urdaneta que la posición que se le quería dar retrajese a Bolívar de aceptar la que a él se le daba, y rehusase venir, en cuyo caso toda esperanza de conseguir restablecer a COLOMBIA a su antigua y fuerte unión, sería perdida; creía impropio de él, miembro de la administración caída, aunque no lo fue sino ya en los días de su agonía, reemplazarla por nombramiento de los que la habían derrocado; apesarado por el compromiso que "sin querer" contrajo en Fontibón con los disidentes, sin pensar en que las cosas fueran tan lejos, deseaba zafarse de él, y no quería por ningún motivo aumentarlo; los disidentes no podían acusarle de abandonarlos, pues que habían desatendido sus consejos, y hasta cierto punto habían roto con él. Estas y otras razones de delicadeza eran las que oponía a los que le persuadían a apoderarse de la revolución para morigerarla; amigos, indiferentes y enemigos, eran los que le instaban; su resistencia producía una verdadera consternación pública, "pero al fin cedió", dice el señor Restrepo, y "todos los partidos quedaron contentos", añade.

Pues si "multitud de personas respetables de Bogotá le instaron para que se encargase del Poder Ejecutivo", ¿de dónde deduce el señor Res-

trepo que por haber el general Urdaneta "cedido" al fin a las instancias de esa multitud de personas respetables fuera su condescendencia "una nueva prueba de que era Urdaneta el jefe puesto por una facción armada?"

La frase es un poco ambigua; pero se trasluce por los antecedentes que el señor Restrepo quiso decir lo que ella significaría si en lugar de "el jefe puesto por", hubiera escrito "el jefe de", etc. Y siendo esto lo que se propuso decir, no es lógica la deducción.

Si fue un acto de abnegación del general Urdaneta encargarse del portafolio de la guerra en los críticos días en que lo hizo, en someterse en este segundo caso a lo que se le pedía, hubo más que abnegación. Tanteaba acongojado el enorme peso que se le exigía echase sobre sus hombros, no se sentía con fuerzas para soportarlo, y no se resignó a sacrificar su reposo, su reputación y quizá su vida sino cediendo a un clamor general. Sí, de todos, que le imploraban, los unos para que diera respetabilidad y mejor dirección al movimiento que de otro modo los perdería; los otros para que impidiese que la revolución cayese en otras manos y los aniquilase.

Y este acto de patriotismo generoso es, ¡jóvenes de todos los partidos! lo que la injusticia de las pasiones ha llamado "la usurpación de Urdaneta".

En efecto, al día siguiente, en presencia del concejo municipal, de los jefes y oficiales veteranos y de milicias dueños de la capital, y de gran número de ciudadanos particulares, tomó pose-

sión del Poder de hecho que los acontecimientos le daban, jurando observar la Constitución de la República en todo lo que no se opusiera a los pronunciamientos de los pueblos. ¿Podía prestarlo de otro modo en las circunstancias en que se encontraba? ¿El acto mismo no prueba que tenía forzosamente que seguir el impulso que le daban los hechos que lo conducían a él?

Inmediatamente formó su ministerio, dejando en el de relaciones exteriores al señor Vicente Borrero, y nombrando para el de hacienda al señor Jerónimo Mendoza; para el de lo interior, al señor Estanislao Vergara, y para el de guerra y marina, al general Joaquín París, todos granadinos de la más alta respetabilidad, de opiniones moderadas y de influencia por lo numeroso de sus parientes y amigos en la capital y fuera de ella.

En esos nueve días de *interregno*, no hubo el menor desorden, ni un insulto, ni una amenaza, ni el más pequeño desafuero, ni un solo preso, ni persecución de ninguna especie a nadie.

Con semejante conducta, con un ministerio de hombres tan distinguidos, presididos por un ilustre general que servía de escudo a todos, la calma volvió a los espíritus, los temores se disiparon y la confianza renació.

Los señores Mosquera y Caicedo permanecieron en esta ciudad en completa libertad todo el tiempo que quisieron. Visitados por sus amigos, por los jefes vencidos y por muchos de los vencedores, se les manifestaba más respeto y consideración que cuando ocupaban los primeros puestos del Estado. Las tropas no les hacían honores con

las armas, pero se había dado orden que por cualquier puerto de guardia por donde pasase el señor Mosquera se pusiesen todos de pie y le saludaran, cuadrados, llevando la mano derecha al escudo de la gorra, y que lo mismo se ejecutase venciones se hicieron respecto del señor Caicedo cuando se le encontrase en la calle. Iguales pre-cuando saliera vestido de paisano, y que si se presentaba divisado, se le hicieran los honores de su grado (general de brigada). Jefes, oficiales y soldados se esmeraban en cumplir estas órdenes, buscaban ocasiones de hacerlo y lo hacían con complacencia. Hoy la tienen los noveles militares en ver como estropajos a los beneméritos generales, en habituar a su tropa al irrespeto de las clases superiores del antiguo ejército. . . . Pero esto puede parecer queja personal, y no es del caso tratar de ello en este lugar.

Por fin el señor Mosquera resolvió irse a los Estados Unidos del Norte, y pidió su pasaporte por la siguiente nota:

“Bogotá, 18 de octubre de 1830.

“Al señor ministro de Estado en el departamento del Interior.

“Señor: He resuelto salir de la República por Cartagena o Santa Marta, y lo digo a usía para que se sirva hacerlo presente a su excelencia el encargado del Poder Ejecutivo, suplicándole de mi parte tenga a bien mandarme dar el correspondiente pasaporte. Al mismo tiempo ruego a usía se sirva hacerle presente mi gratitud por

los buenos oficios que le he debido después de haberme separado del Gobierno.

“Dios guarde a usía.

“JOAQUIN MOSQUERA”

En el instante mismo, sin hacer la menor objeción, fue contestada esta nota por la siguiente:

“República de Colombia. — Ministerio del Interior. — Bogotá, 18 de octubre de 1830.

“Al señor doctor Joaquín Mosquera.

“Tengo el honor de remitir a usted el pasaporte que por conducto mío y por comunicación de esta fecha, ha solicitado usted del actual encargado del Poder Ejecutivo.

“Su excelencia siente que usted haya tomado la resolución de salir de la República, privándola así de sus servicios en circunstancias en que pudieran serle muy útiles. Deseo, sin embargo, sean felices su viaje y su mansión en el país extranjero a donde se dirige, y que su regreso sea muy pronto.

“Soy de usted, con perfecto respeto, muy obediente servidor,

“ESTANISLAO VERGARA”

Los ministros del despacho y los jefes y oficiales vencidos, *que se hallaban todos en libertad*, fueron a despedirse de él. A su salida, muchos le acompañaron a caballo a más o menos distancia, el pueblo se agolpaba en las calles de su tránsito y le saludaban sin gritos ni *vivas*, sino con muestras de respetuoso afecto, a las que él, descu-

briéndose, contestaba manifestando en la benévola mirada de sus bellos ojos toda su gratitud.

El general Caicedo se fue para su hacienda de Saldaña en la provincia de Neiva. Hijo de esta ciudad, de numerosa parentela, prócer de la independencia, generoso y benéfico, idolatrado de la masa popular por estas cualidades, estimado de todos, mereció el señor Caicedo, si no mayores, iguales muestras de simpatía y respeto que el señor Mosquera, tanto en los días que permaneció en la capital después de la catástrofe, como a su salida.

En esta segunda vez que el Gobierno legítimo ha sido derrocado por la violencia, ¿se ha procedido con la misma hidalguía? ¡Ah! Dígalo el honrado señor Mariano Ospina, cuando apurando hasta las heces el cáliz de la amargura, iba a ser fusilado, asesinado debo decir, sin más delito que haber sido, por el voto de sus conciudadanos, preferido para presidir la Nación, al hombre que era dueño de su vida; dígalo el señor Pastor Ospina, destinado al mismo suplicio sólo por ser hermano de aquél; dígalo el respetable e inofensivo señor Ignacio Gutiérrez, perseguido como si fuera un jabalí y sufriendo una prolongada capilla de muchos meses, tendido en su cama con una pierna rota, cien veces mandado fusilar, traqueado de prisión en prisión hasta las costas del Atlántico, sólo porque era el llamado por la Constitución y la ley a encargarse del Poder Ejecutivo de la Confederación Granadina; dígalo el muy honorable señor Bartolomé Calvo, tan inicuaamente oprimido sólo porque era el legítimo jefe del

Gobierno Nacional, al tiempo en que Dios permitió que el parricidio se consumase; díganlo los millares de infelices echados río abajo a morir en agonía lenta y cruel en las prisiones de las provincias del Atlántico, conducidos aquéllos y éstos en esos infernales bongos del Magdalena, bajo el garrote y el machete de los salvajes calmucos que los tripulaban; díganlo tantos y tantos....; dígalo, en fin, esa Huerta de Jaime, en la que aún huevea la sangre inocente derramada, al són del bambuco caucano.... ¡La Huerta de Jaime! El general Mosquera se olvidó, sin duda, de que escogiendo para sus sangrientos sacrificios aquel lugar en que los generales realistas Morillo y Sámano inmolaban a los patriotas, hacía más odiosa la analogía y la hacía resaltar más.

Yo, a quien Dios ha destinado a ver tantas cosas en mi país, y a referirlas, vi salir por la alameda de San Victorino a esos mismos venerandos ciudadanos Ospina y Calvo, que ya he nombrado. Yo los vi, digo, salir entre filas de hotentotes del Cauca, a pie, arrastrados cual si fueran insignes malhechores, a ser aherrojados con pesados grillos y a rodar vejados y ultrajados de calabozo en calabozo en las inmundas mazmorras de las provincias litorales, pendiente sobre su cabeza la cuchilla de la venganza, pronta a caer al menor capricho del hombre que tan bárbaramente los perseguía,

Ahora bien, ¡jóvenes liberales, artesanos extraviados!, yo os ruego que fijéis vuestra atención en el comportamiento que tuvieron con los magistrados caídos y con sus sostenedores venci-

dos, aquellos hombres llamados usurpadores, serviles, tiranos, y lo comparéis con el que han tenido los *liberales* vencedores de hoy, en todas partes y de todas maneras con los eminentes ciudadanos que he nombrado, y con los defensores de la noble causa del Gobierno legítimo. Con estas comparaciones repetidas e que me prometo deteneros en el camino del mal. Yo no pretendo seduciros, no quiero engañaros, lo que me propongo es convencerlos; si lo consigo, el bien será para esta nuestra común patria, que pronto recibirá mis huesos, en la que vosotros me sobreviviréis y en la que dejaremos nuestros hijos.

CAPITULO TRIGESIMO OCTAVO

I

Habiendo sido yo llamado por el Gobierno para ser destinado de ministro juez a la suprema corte marcial, había entregado el gobierno de la provincia de Mariquita al asesor de la gobernación, a quien la ley designaba para reemplazarme, y me había puesto en marcha para esta capital. Siempre que yo iba a Honda o venía, acostumbraba pasar algunos días en la pintoresca villa de Guaduas, en compañía de mi tío el doctor Justiniano Gutiérrez Lee, cura vicario de dicha villa. Allí tuvo las noticias voladas que llegaron de los primeros movimientos de las milicias de la Sabana y del batallón *Callao*, que nos sorprendieron a todos sin poder formar juicio de su objeto y trascendencia. En la incertidumbre de lo que hubiera de hacer, cortada como estaba la comunicación con la capital, supe que el señor Mosquera se hallaba en Anolaima, y me propuse ir a unirme a él, acompañado de mi tío, del coronel José María Acosta, jefe político del cantón, y de otros vecinos que querían ir a ofrecerle sus servicios y presentarle sus respetos. Habíase preparado el viaje para la mañana siguiente; pero "el hombre propone y Dios dispone", dice el proverbio. En la misma noche supimos la marcha del señor Mos-

quera para Bogotá y su encuentro con la partida de Mugfierza.

Las noticias que obteníamos de los traficantes de Pacatativá con Guaduas sobre los movimientos de la Sabana, eran vagas, pero suficientes para indicar la gravedad de la situación. Resolví, pues, permanecer en Guaduas y esperar allí hasta que pudiera llegar a la capital sin riesgo de ser detenido en el camino, suponiendo que tendría lugar un arreglo que todos los que iban a Guaduas anunciaban como próximo.

Estaba yo imbuido en las mismas ideas de colombianismo que los revolucionarios de la Sabana; mis conversaciones con el Libertador en Honda acabaron de convencerme de que aquel grande hombre había sido mal comprendido y calumniado; el clamor general de que el Gobierno estaba moralmente sojuzgado por el partido, que por antifrasis se titulaba liberal; las provocaciones de este partido, apoyado en el batallón *Boyacá*, y sus amenazas al general Urdaneta, que los pasajeros y las cartas nos daban a conocer: todo esto, exaltándome, me llamaba a la revolución; pero el sentimiento de mi deber me contenía. En esta perplejidad recibí una larga carta del coronel... uno de los más comprometidos en el pronunciamiento. En ella me aseguraba que no se trataba sino de mudar el ministerio, hacer entrar al Gobierno en una política imparcial, sustraerlo de la influencia de los demagogos, y procurar la reintegración de la República, concluyendo por invitarme a nombre de todos a ayudarles. Yo leí, medité y me es-

tuve quieto haciéndome un esfuerzo, pues el programa, como se pintaba, me era grato.

Mi posición me obligaba a retraerme de todo compromiso en tal sentido: como diputado al Congreso había sido de los que aceptaron la candidatura del señor Mosquera; le debía amistad y confianza y lo mismo o más al general Caicedo; no estaba satisfecho de la política de la administración; los hechos me comprobaban que el Gobierno sufría una verdadera presión; pero sabía que yo no era su juez, ni su mentor para obligarle a variar de conducta. Todo esto lo sabía, y sin embargo no persistí en mi primer propósito, y pocos días después resbalé y caí. Hago esta confesión para que no se crea que pretendo disculpar mi extravío. Falté a mi deber por atolondramiento en un momento de alucinación, y no porque ignorase que incurría en una grave responsabilidad ante el Gobierno que yo había contribuido a establecer.

Oí decir en mi infancia que en la vida del hombre hay "malas horas" que lo arrastran sin pensar y sin premeditación a actos de que pronto tiene que arrepentirse, y muchas veces he tenido motivos para creer que algo hay de cierto en esto. ¿Será una preocupación? Pues si lo es, yo la tengo todavía. En una de esas malas horas, un posta de Villeta me entregó una carta del mayor José Vargas Paris, en la que me llamaba con instancia, porque tenía encargo de hablar conmigo y no podía seguir a Guaduas. Yo sabía que Vargas era de los más comprometidos en el movimiento de las milicias de la Sabana; no sabía si le acompañaba

alguna tropa o si había venido solo; esto me hizo vacilar; pero la curiosidad, más que otra cosa, me estimulaba a ir a saber para qué se me llamaba. Cuando el hombre sintió en su interior que no obra bien al hacer alguna cosa, se le agolpan los sofismas a persuadirlo. Yo a veces he dudado que haya espíritus malignos, porque no puedo explicarme cuál fuera el objeto de su creación, ni qué placer encontrarían en atormentarnos; pero sin meterme en honduras, que no son de este lugar, tengo que creer que los hay, pues más de una vez he sentido en mí, y a pesar mío, la fuerza de su influencia. Además, he oído decir que muchas personas se comunican con ellos, y los oyen, aunque no los ven, porque los espíritus no se ven. Si esto es así, no debe quedar la menor duda de que los hay. Por otra parte, ¿por qué no los ha de haber? ¿Sabemos nosotros todo lo que hay en el espacio infinito? ¿Sabemos por la luz natural algo de la creación, de la existencia de los seres, de su propagación, de lo que son la materia, el fuego, la electricidad...? Y porque no lo sabemos, ¿podemos dudar que existen? ¿Qué es lo que sabemos nosotros? Sabemos lo que Dios nos ha revelado, lo que nos enseña la religión, y ya esto es mucho, aunque no lo sepamos todo. ¿No creemos en Dios, en la revelación, en la religión? Pues no sabemos nada, absolutamente nada, caemos en las tinieblas del abismo, estamos todos perdidos, y entonces sí que cada uno debe preguntarse espantado: "¿Quién soy, de dónde vengo, para dónde voy?"

Indudablemente, uno de esos espíritus maléficos me sugirió argumentos que me parecían con-

cluyentes: ¿por qué no he de ir? ¿qué mal hay en esto? me decía a mí mismo. Yo no estoy actualmente en servicio; ningún cargo puede hacerse-me por ir a hablar con un hombre comprometido en la revolución si no torno parte en ella; puedo saber de él cosas que ignoro y que desco conocer a fondo: iré, pues, y me volveré mañana. El maldito espíritu no se confirmó sólo con apoderarse de mí, sino que revoloteando de mi tío al coronel José María Acosta, y de uno a otro de mis amigos, los indujo a todos a que me persuadieran a ir. La curiosidad ha hecho estragos en el mundo: casi todos los masones han sido llevados a las logias por la curiosidad de saber un secreto que ellos dicen, y yo creo que no hay. Sea de esto lo que fuere, yo tomé mi resolución, y tres horas después estaba en Villeta.

II

Vargas París, en una larga conferencia, me instruyó de todo; se extendió en explicarme cómo fueron desechados los medios con que el general Urdaneta se propuso cortar la revolución sin mengua del Gobierno y sin deshonor de los hombres comprometidos en ella; el modo injurioso con que se le despidió indicándosele que se desconfiaba de él; la suerte desastrosa que esperaba a este general, si el movimiento era sofocado por las armas, porque el odio implacable que le profesaban los conjurados del 25 de septiembre y los santanderistas, que dominaban en la capital, lo condenaba como a todos los llamados bolíveros, a

una muerte cierta, sin que los altos magistrados pudieran salvarlos; que en tan crítica situación creyó dicho general que era indispensable generalizar el movimiento para multiplicar las peticiones de variación de los ministros del despacho, a fin de que se adoptase una política conciliadora y se procurase la reintegración de COLOMBIA; que él (Vargas) había sido comisionado para instruirme del estado de las cosas, y excitarme de parte de mis compañeros y amigos a ayudarles; y por último, que se me pedía que volviese a Honda a encargarme de la gobernación, o me resolviese a ocuparla por la fuerza, si aquello no se podía; pues era indispensable abrir el paso, para tener por dónde retirarse a Cartagena en caso necesario.

Yo le pregunté: "¿dónde está el general Urdaneta?" —"Antes de salir yo —me contestó— se puso en marcha para su casa de campo, con ánimo de seguir a Tunja; pero poco rato después escribió del camino, que desistía de su viaje y volvería dentro de tres días, pues aún le quedaba esperanza de obtener del Gobierno una transacción razonable". "¿Es decir —le interrogué yo— que el general Urdaneta está comprometido en el movimiento?" A esto me contestó que no lo estaba al principio, y me informó de cómo vino a estarlo en Fontibón, sobre lo que ya hablé extensamente en su lugar.

No era una cosa fácil tomar a Honda por la fuerza, si tenían noticia de que se intentaba algún golpe de mano para verificarlo y se resolvían a resistirlo. Yo sabía que había en Honda unos cien

hombres de su milicia sobre las armas; para ocuparla era preciso hacerlo batiéndolos, pues separado yo de la gobernación no podía volver a tomar el puesto pacíficamente, y Vargas no había llevado más que catorce soldados del *Callao* y veinte del escuadrón de milicias de Facatativá. Hice estas observaciones a Vargas, y me contestó que si yo no me encargaba de la operación, él estaba resuelto a intentarla cualquiera que fuese la suerte que corriese. "Al amanecer del día de mañana nos iremos", fue mi respuesta.

Aquí pudiera o debiera yo decir que pasé el Rubicón; pero como en los tiempos que corremos pasan todos y repasan cada rato el Rubicón, y la metáfora se repite tantas veces que ya viene a ser una trivialidad, mejor me será decir cualquiera otra cosa y mejor todavía no decir nada.

El general Urdaneta, en un momento de indignación, tomó parte "sin querer" en aquel movimiento que improbaba; yo en un momento de alucinación me comprometí, sin pensarlo, en esa revuelta que no aceptaba. ¿No tengo, pues, razón para creer que hay "malas horas" que arrastran al hombre a ciegas a actos de que pronto tiene que arrepentirse? ¿A cuántos antes y después no les habrá sucedido lo que entonces al general Urdaneta y a mí? ¿No estarán muchos de los revolucionarios de hoy en ese caso? Se piensa tomar parte en una cosa que la pasión hace aparecer razonable y necesaria, suponiendo que no pasará de ciertos límites, que se detendrá en cierto punto; pero estos límites, este punto se traspasan rodando por el impulso mismo recibido en un plano in-

clinado resbaladizo: entonces se conoce el error, mas ya no hay remedio, y el arrepentimiento viene tarde.

De Villeta seguí a Ambalema con mi expedición de treinta y cuatro hombres. Tanto en los pueblos del tránsito como en Ambalema, todos me auxiliaban, pues la revolución era popular, y la prueba de que lo era es que yo pude hacer lo que hice sin encontrar la menor oposición. Por todas partes hacía correr la voz de que iba a organizar fuerzas al cantón de Ibagué, para que esa voz me precediera a Honda, como sucedió, y embarcándome repentinamente en Ambalema, aumentada mi fuerza a cincuenta hombres con el resguardo y unos pocos voluntarios, me eché río abajo y desembarqué a las doce de la noche, media legua arriba del puerto. El río estaba muy bajo, y por toda su orilla me dirigí a la ciudad, haciendo frecuentes altos. A las tres de la madrugada me acerqué a las primeras casas del puerto, y descalzos todos nos dirigimos al cuartel en el mayor silencio. Sólo el ladrido de los perros nos hacía temer ser sentidos, pero Dios quiso que no lo fuéramos. La puerta estaba abierta, todó el mundo dormía en la mayor confianza, así fue que los diez y seis hombres de que se componía la guardia de prevención fueron desarmados sin la menor resistencia. La sorpresa fue completa: al oír mi voz y mi intimación a rendirse, los milicianos lo hicieron victoreándome. Debo confesar que yo me aventuré a dar un paso tan arriesgado, contando con mi ascendiente sobre la milicia que acababa de mandar y que me quería, como me ha querido

siempre toda tropa que he mandado. Inmediatamente que tomé posesión del cuartel despaché los milicianos a sus casas, previniéndoles que volviesen a las seis de la mañana. Ellos salieron dando *vivas*, y los repiques de campanas anunciaron a los hondanos en sus camas que había sido ocupada la ciudad por fuerza armada, y sabiendo que era yo el que había entrado, ninguno se levantó. A las seis de la mañana estuvieron todos los milicianos en el cuartel, y pocas horas después llegaba mi fuerza de doscientos hombres voluntarios, y mi casa estaba llena de la gente más respetable de la ciudad.

Siempre doy gracias a la Divina Providencia, que me salvó en aquella ocasión de mancharme con la sangre de mis conciudadanos. Cuando antes y después la he derramado, ha sido cumpliendo mi deber, y eso sin que nunca, ni una sola gota de la de ningún hombre desarmado o rendido, haya caído sobre mí.

III

El asesor a quien propuse que continuase encargado de la gobernación, pues que además de que la ley lo llamaba, había sido nombrado por el Gobierno para reemplazarme, rehusó hacerlo, y se fue para Mariquita. El juez político, que conforme a la ley le subrogaba, se encargó del Gobierno civil de la provincia, y el orden constitucional no se alteró en lo más mínimo.

Este magistrado, sin embargo de que estaba temeroso de incurrir en responsabilidad, adhi-

riéndose espontáneamente a la revolución, había convenido conmigo en reunir el Concejo Municipal, y consultar en una junta popular si se hacía o no la petición al Gobierno sobre variar el ministerio; pero me dijo que antes quería explorar privadamente la opinión de los principales vecinos, para no dar un golpe en falso. Obtenida la aquiescencia de las personas consultadas, iba a tener lugar la reunión de la junta presidida por el Concejo, cuando me llegó un posta con la noticia de la acción del Santuario y de que la división vencedora marchaba sobre la capital. En el tránsito del conductor del oficio, desde el puerto a mi casa fue seguido por infinidad de personas ansiosas de saber los pormenores de la noticia que de palabra daba por las calles. Yo temblaba al leer el parte; la vista se me oscureció, mi conturbación desalentaba a todos, y tuve que hacer un esfuerzo inmenso para manifestar una tranquilidad de espíritu que no tenía, y aparentar un contento que no sentía. El mismo efecto causó la terrible nueva en los hondanos, que se retiraron mustios y taciturnos. Algunos de mis amigos al despedirse me dijeron en voz baja: "Usted se ha perdido". —"Es verdad", les contesté yo.

Este acontecimiento, cuya trascendencia no había imaginación que pudiese alcanzar, indujo a todos a suspender la reunión de la junta popular hasta ver el curso que llevarán los sucesos posteriores.

Dos días después, otro posta nos llevó la capitulación, ratificada por el Presidente, y por cartas particulares se nos dio esperanza de que no se di-

solvería el Gobierno; que se aguardaba al general Urdaneta y era probable que nombrándose al Libertador generalísimo de los ejércitos y al general Urdaneta secretario de guerra, terminaría la crisis sin más desafucros. Esto me reanimó algún tanto, porque cuando se sufre, la menor vislumbre de remedio, por engañosa que sea, se acoge ávidamente como una realidad.

Poco duró esta ilusión consoladora. En la tarde del 7 un tercer posta destruyó aquella esperanza con que el segundo nos alentara. Yo me sentí anonadado; pero ya no me quedaba otro recurso que hacer frente a la situación, y en el acto pasé al gobernador la siguiente nota:

"República de Colombia. — Comandancia general de la columna de operaciones sobre esta provincia. — Honda, 7 de septiembre de 1830.

"Señor Gobernador:

"Tengo el dolor de anunciar a usía que la República ha quedado en orfandad; que el Gobierno ha dejado de existir. Este acontecimiento, fuera de los cálculos humanos y que jamás pude prever, pone a la Nación al borde del precipicio y a mí en particular en una posición bien difícil y penosa. Esta provincia sabe que la división vencedora en la Sabana de Bogotá se había pronunciado en defensa del Gobierno, oprimido por un partido exaltado que llevaba la audacia hasta donde la moderación misma no podría tolerar. Esta causa santa puso las armas en las manos de muchos militares celosos del honor del Gobierno, y fijó los deseos de todos los ciudadanos que no podían tomarlas.

“Cuando la victoria prometía a los hombres de bien el restablecimiento de la paz y el reinado de la justicia, bajo la administración de los dignos jefes Mosquera y Caicedo, que obrando con libertad no podían menos que hacer el bien, acabo de saber que sus excelencias han resuelto irrevocablemente y declarado que su autoridad ha cesado.

“En tal angustia el pueblo de Bogotá ha vuelto los ojos hacia su excelencia el Libertador, proclamándole nuevamente jefe del Estado, como único remedio de salvación, y encargando durante su ausencia a su excelencia el general Rafael Urdaneta la dirección de los negocios públicos.

“Tal acontecimiento debe llamar la atención de la provincia que usía manda; ella tiene igual derecho que todas las de Colombia a fijar su suerte y preservarse de los horrores de la anarquía. A mí sólo me toca sostener las deliberaciones del pueblo y someterme a su voluntad.

“Lo digo a usía protestándole mi sinceridad y que soy su atento obediente servidor,

“JOAQUIN POSADA GUTIERREZ

En la misma noche reunió el gobernador en la sala del concejo una junta preparatoria para tomar en consideración mi nota anterior, y convenir en el modo de consultar la voluntad del pueblo. Yo me abstuve de toda ingerencia y aun de manifestar un simple concepto sobre el particular, para dejar que la opinión pública se manifestase con entera libertad. La junta acordó que se convocase otra numerosa, para el día 10, llamando

en general al pueblo a deliberar sobre la situación y resolver lo que se creyese conveniente.

Tuvo en efecto lugar el día fijado la reunión popular, sin que yo asistiese a ella, y fue unánime la resolución que se dictó de extender una acta, en la que, expresándose las circunstancias en que se encontraba la República, por la separación forzada de los altos magistrados, y la necesidad de precaverse de la anarquía, se acordaron los artículos siguientes:

“Artículo 1º Que el excelentísimo señor Libertador Simón Bolívar se encargue del Poder Ejecutivo de la República de Colombia.

“Artículo 2º Que durante su ausencia tome las riendas del Gobierno el excelentísimo señor general Rafael Urdaneta.

“Artículo 3º Que la Constitución del año de 30 quede en toda su fuerza y vigor como la obra de la voluntad general.

“Artículo 4º Que se evite con todo el interés tan activo como sea necesario el azote de la guerra civil, empleando la moderación y las medidas más prudentes, ya sea para prevenir, ya sea para remediar las consecuencias que pueda traer la exaltación de las opiniones.

“Artículo 5º Que se nombre una comisión dirigida a presentar esta acta a su excelencia el Libertador Presidente, Simón Bolívar, encareciéndole la esperanza que este pueblo cifra en él como restaurador de la tranquilidad y la conservación de las libertades nacionales.

“Artículo 6º Que se saquen igualmente copias para remitir a la capital de la República y a los

demás cantones de esta provincia para manifestarles nuestros sentimientos.

“Artículo 7º Que siempre tenga lugar el voto de la mayoría de las provincias a que este pueblo se sujeta, no contradiciéndose la forma de gobierno y garantías establecidas por la Constitución.

“Con lo cual se concluyó esta acta, que después de leída, la ratificaron y firmaron el señor juez político encargado del Gobierno, las autoridades civiles, empleados públicos y demás individuos que concurrieron al acto”.¹

La ciudad de Honda era ciertamente pequeña, pero la provincia de Mariquita no lo era. Resguardada por el Magdalena, colindante con la de Neiva, que estaba en armas, y con la de Antioquia y el Cauca, pudo hacer una oposición muy seria a los hechos consumados en Bogotá, si la revolución no hubiera sido tan popular como fue, a pesar de la consideración personal que se tenía en todas partes por los dos magistrados caídos.

Todos los pueblos de las provincias se pronunciaron espontáneamente uniformando sus votos a los emitidos en el acta de Honda; así fue que el régimen constitucional no se alteró en lo más mínimo en ninguna parte; no hubo la menor persecución, ni un preso, ni siquiera una disputa.

Puede ser que se le ocurra a alguno preguntarme: “Si la junta hubiera dictado un acuerdo contrario al que dictó, ¿qué habría usted hecho?” La respuesta es un poco difícil: no sé lo que hubiera

¹ Esta acta fue firmada por todos los vecinos respetables de Honda.

hecho. Probablemente habría dado cuenta al nuevo Gobierno y esperado su resolución; pero confieso que que no pensé en ello, pues caído el Gobierno, todos veían que era conveniente hacer lo que se hizo. En fin, yo no quiero disculparme; estaba ya comprometido, y al que me haga la pregunta le preguntaré yo a mi vez: "En el caso en que me encontraba ¿qué habría hecho usted? El mal está en colocarse el hombre irreflexivamente, en ese caso; mas una vez colocado, no le queda más recurso que sufrir con resignación las consecuencias, y procurar con su conducta no empeorar su situación.

Lo que sí espero del lector es que considere con alguna detención mi nota arriba transcrita, y verá en ella otra prueba de la idea que nos dominó al precipitarnos en un movimiento cuyo fin estuvimos muy lejos de sospechar. Escrita esa nota en el momento de una afección moral indefinible, dice ella más que cuanto pudiera yo decir ahora.¹

¹ El general Obando en sus *Apuntamientos para la historia*, dice que yo había traicionado en Honda al Presidente Mosquera. Los hechos que acabo de referir, tales como pasaron, prueban la falsedad de la imputación. Yo no hice traición a nadie, no faltó a la confianza estando ejerciendo un destino cualquiera. Me comprometí como un particular, como un militar suelto; por esto pude ser si se quiere "faccioso" como nos llamaron los facciosos consuetudinarios; pero no puede decirse que *traicioné en Honda* al Presidente Mosquera, como dice el general Obando, suponiendo que lo hice como gobernador de la provincia.

Es sabido que el general Obando escribió aquel libro después de su revolución de 1840, que hizo por consecuencia del juicio que se le seguía por la muerte del general Sucre, y que en él no dejó hombre de alguna representación en el país a quien no despedazase, suponiendo hechos que jamás existieron, o adulterando otros. Sólo sus parciales se escaparon de sus venenosas punzadas. Yo no tuve la menor parte en aquel

IV

El coronel Vicente Piñeres y el señor Julián Santamaría estaban en Honda de tránsito para Cartagena, comisionados el primero por el general Urdaneta y el segundo por el Concejo Municipal, del que era miembro, para llevar al Libertador las actas en que se le llamaba al mando supremo. Aprovechando la ocasión, se le envió también la de Honda, con oficio del Gobernador de la provincia. Yo no quise decir nada por mi parte.

De la nota del general Urdaneta (fecha 7), debo transcribir los párrafos siguientes:

“Yo he sido, señor, encargado, en vuestra ausencia, del Poder Ejecutivo, y con la honrosa comisión de dirigiros las actas expresadas, y de rogaros que oigáis los clamores de vuestros conciudadanos y aceptéis en favor de Colombia el gobierno de ella. Yo lo verifico, señor, con el más íntimo placer, y de mi parte, uniendo mi voz a la de los pueblos, os suplico que no nos abandonéis en tan importante crisis, ni dudéis un momento en tomar la resolución que conviene al bien de la nación, a su gloria y a la vuestra.

“Los señores comisionados os impondrán de los importantes sucesos que han dado motivo al cambiamiento que se ha verificado en la capital, y de

juicio, ni como testigo, ni como juez, ni como nada; pero serví al Gobierno legítimo con lealtad; gané la batalla de Riofrio sobre el mejor de sus tenientes, y en cumplimiento de mi deber, hice toda la campaña contra él, hasta Pasto, a órdenes del general Mosquera, y sólo por eso no me olvidó en su citado libro, para herirme cuantas veces se le proporcionó la ocasión.

los deseos de todos los buenos. Dignaos, señor, oírlos y dar entero crédito a cuanto os dijeren de nuestra parte, y *especialmente cuando os aseguren de nuestra fiel amistad, y constante adhesión a vuestra persona, y de nuestros ardientes deseos por vuestra felicidad*".

Dos cosas resaltan de una manera que no deja campo a la réplica, en los párrafos anteriores. En el primero se ve el cuidado, el temor que todos tenían de que Bolívar improbase los hechos ejecutados y rehusase venir, por lo cual le rogaban, encarecían, suplicaban que los aceptase. En el segundo, el temor más fuerte todavía que dominaba al general Urdaneta, de que el Libertador estuviese resentido con él y dudase de su "fiel amistad", y que esto contribuyese a retraerlo de acoger actos ejecutados sin su participación y de tan grande responsabilidad moral y legal. De manera que esta nota prueba lo que antes he dicho sobre el particular; y las palabras que he marcado en letra cursiva, que serían impropias en una nota oficial sin los antecedentes que ya conocemos, prueban además que no pudo haber inteligencia previa entre Bolívar y Urdaneta, respecto a los acontecimientos de que trato, como con tanta pertinacia lo ha supuesto y sostenido el partido *liberal*; pues aunque no eran enemigos, estaban en desacuerdo, e interrumpidas sus antiguas relaciones de amistad; y cuando dos hombres de tan elevado rango se encuentran en tal predicamento no cabe absolutamente la posibilidad de semejante suposición.

Inmediatamente que partieron a cumplir su co-

misión los señores Piñeres y Santamaría, me vine yo a esta ciudad dejando encargado del mando militar al comandante Ildefonso Figueroa, que vive, quien fue de los primeros que se me presentaron, a mi entrada a Honda, a tomar servicio; bien que lo mismo hicieron todos los oficiales en uso de licencia indefinida o letras de retiro que se hallaban en aquella ciudad y pueblos inmediatos.

No puedo explicar lo que pasaba en mí cuando llegado a esta capital me encontraba con mis compañeros que habían sostenido al Gobierno, entre los que había algunos que hicieron el sacrificio de sus opiniones en aras de su deber militar. Por lo que yo sufrí entonces calculo lo que sufrirán en nuestra presencia los vencedores de hoy; y en suponer esto no les irrogo agravio: les hago honor. Y ¡qué diferencia! En 1830 COLOMBIA, en las convulsiones de su agonía, sacudía la tierra con su estertor y llamaba a sus hijos en su socorro. Pudo ser un error, un delito si se quiere, haber procurado cicatrizar sus heridas y conservarle la vida, afianzando en su frente la radiante aureola que la iluminaba, y en su mano el glorioso estandarte que hecho trizas le arrebatara el huracán. Pero error o delito, ¿tan noble sentimiento, no merecerá, sino alabanza, disculpa siquiera? Hoy, ¿qué pueden alegar, qué alegan los usurpadores del poder público? "¡La soberanía de los Estados!" ¡Qué miseria! Tienen que ocurrir al mayor absurdo de todos los absurdos, para cohonestar tantas violencias nunca vistas, tantas víctimas inmoladas en los campos de batalla y fuera de ellos, tanta de-

vastación y sobre todo esto tanta desmoralización. ¡Desgraciados!¹

Como yo creo en la Providencia, y no es dado al hombre penetrar por qué la Providencia obra de un modo y no de otro, tengo la firme persuasión de que todo lo que ha sucedido y está sucediendo, era y es conveniente que sucediese. Si el Gobierno de la Confederación Granadina hubiera triunfado de sus injustos enemigos, habría sido forzoso al partido conservador continuar y defender el sistema establecido; y como este sistema tiene por su esencia que producir funestos resultados, hubieran dicho nuestros adversarios que los males no venían del sistema mismo, sino de que el partido conservador lo desvirtuaba. Es preciso, pues, que el árbol sea cultivado por ellos, que ellos lo rieguen con sangre y lágrimas, que en manos de ellos produzca sus mortíferos frutos, a fin de que todos huyan de ponerse bajo su sombra, para que cuando llegue la hora fijada por Dios de que el partido conservador cumpla su santa misión de cortarlo, no vuelva a retoñar, y se mire como enemigo de la patria, al que hable de volver a sembrarlo. El tiempo llegará, y no está lejos de que esto suceda, si el partido conservador no se olvida del valor inmenso que tiene el aforismo "aguárda y espéra"; si ahoga su justa indignación; si renuncia a toda idea de venganza, y si abre sus brazos y recibe en ellos a sus adversarios desengañados y arrepentidos, repelien-

¹ No se olvide que esto fue escrito en 1864, a raíz del triunfo de la revolución de Mosquera y en plena dominación de partido político que con ella subió al poder—(N. E.)

do sólo a los que puedan ensuciarlo con manchas de sangre.

Mi convicción sobre el particular es tan profunda, que si hoy pudiéramos triunfar de nuestros enemigos, hacernos al poder, y castigar, todo con la condición de continuar la Confederación Granadina, yo renunciaría a tal triunfo, porque sería nuestra perdición un poco más tarde. Mejor es que la federación dé de sí todo lo que tiene que dar, para que aterrados los hombres de buena fe que nos combatieron por plantearla, venga a nuestro lado a reforzar el elemento social. Este es el único medio de obtener un triunfo verdadero y permanente: triunfo de los principios, no de las pasiones.

V

El general Urdaneta, en el seno de la confianza, me habló sobre su situación y la muestra, sin hacerse ilusiones; se extendió en explicarme cómo y por qué se vio obligado a adherirse, "sin querer", a la revolución, y las dificultades en que se encontró para detenerla; la violencia que tuvo que hacerse para ocupar el arriesgado puesto en que se hallaba sentado, como en un potro de tormento; pero lo que le tenía inquieto más que todo era el temor de que el Libertador improbase, q no quisiese secundar los hechos consumados, en cuyo caso se complicaría nuestra posición de una manera terrible, y se perdería la esperanza de restaurar a Colombia.

Una de las cosas que me dijo de más importan-

cia fue que en la mesa del despacho del señor Mosquera había encontrado, sin resolver, una representación acabada de llegar de los generales Obando y López, en la que pedían se les abriese un juicio para defenderse de las imputaciones que se les hacían, por el asesinato del Mariscal de Ayacucho; que él la había decretado de conformidad, llamándoles a la capital para que aquí se siguiese el juicio, y disponiendo que el general Obando entregase el mando de la división al coronel Whittle y que el general López entregase la comandancia general del Departamento al coronel Eusebio Borrero. Un golpe me dio en el corazón aquella noticia: previ instantáneamente las consecuencias que debía necesariamente tener semejante medida respecto de dos hombres que tenían en el país y en la posición que ocupaban los medios de aludirla por la fuerza, y lo manifesté así al general Urdaneta, que se sorprendió al oírme: "Mi general, le dije, los generales Obando y López, o son culpables o son inocentes del delito de que se les acusa. Si lo primero, jamás se someterán a ser juzgados sino por sus copartidarios, entre los que pueden tener cómplices, y antes de sujetarse a serlo por hombres imparciales, incendiarían la República y morirán con las armas en la mano, sustrayéndose así a una muerte ignominiosa si lo segundo, temerán que la justicia se tuerza, juzgados por hombres que reputan como sus enemigos; y aunque así no sea, lo dirán, y sus copartidarios lo sostendrán. Ellos culpan al general Flórez, como a quien el crimen aprovecha más inmediatamente; la opinión está dividida so-

bre el particular, y el partido *liberal* ha tomado la cuestión como suya, cargando sobre Flórez y defendiendo a Obando y a López. En tal alternativa me parece que habría sido mejor esperar a ver el giro que dan ellos a la cosa pública en vista de los acontecimientos que por acá han tenido lugar. Este juicio, mi general, es tan difícil vuelta cuestión de partido, que no puede ser sentenciado sino por la opinión pública y por la posteridad. Para mí es indudable que Obando y López, tan violentamente acusados, no se someterán". El general Urdaneta no recibió bien mis observaciones: "Que hagan lo que quieran, me contestó, indudablemente ellos son culpables, y yo no transigiré jamás con los asesinos del general Sucre".

También oí en mi infancia que no se debía decir nunca: "de esta agua no beberé", porque el hombre no sabe cuántas aguas amargas tendrá que beber en el árido desierto de la vida, y aunque el proverbio se me vino a la memoria en el instante mismo, no me atreví a recordárselo al general.

Hablámos luego de mí:

"Lo tengo a usted previsto —me dijo— para comandante del batallón *Callao*, que tiene 300 hombres. El coronel Jiménez, a quien tengo que ascender a general, va a mandar la división del mismo nombre; el general Briceño regresará al Socorro a mandar otra división, pues debemos prepararnos para todo evento".

Yo rehusé aceptar el mando del *Callao*, y me le ofrecí para ir a la provincia de Neiva, para donde debía salir una columna a situarse en sus confi-

nes, sobre la de Popayán. Mi ofrecimiento fue aceptado, y la columna se formó del escuadrón *Húsares del Callao*, fuerte de 120 hombres, una compañía de 70 hombres del batallón *Callao*, formada casi toda de prisioneros en la acción del Santuario, y 150 de la milicia de infantería de Honda. El escuadrón al mando del teniente coronel Gregorio Forero, de los vencedores del Santuario, había ya salido hacia Neiva, y esto me inquietaba, porque Forero era de los más exaltados, y yo me proponía obrar a mi modo. Así, apenas fui nombrado comandante general de la columna, comuniqué, por la posta, orden a Forero previniéndole que no pasase de Purificación, si había llegado allí, y si no que me aguardase en el Espinal. Sabíamos que el mayor Joaquín Barriga estaba en Purificación, que sostenía al Gobierno caído, y que se ponía de acuerdo con los generales Obando y López para defender la provincia de Neiva, y yo esperaba, obrando con prudencia, obtener un sometimiento pacífico.

VI

Mientras estas cosas sucedían, por acá la revolución se propaga rápidamente. En Cartagena desde que se tuvieron noticias de los movimientos de las milicias de la Sabana, del pronunciamiento del general Briceño en el Socorro y del de los coroneles Mares y Reyes en Tunja, hubo juntas de guerra de los militares, que en tan gran número se hallaban allí, y de los jefes y oficiales de la guarnición, y también comicios populares nume-

rosos y compuestos de los hombres más respetables de la ciudad. En unos y otros se acordó representar al Gobierno pidiendo el cambio de los ministros y el nombramiento del Libertador al mando en jefe de los ejércitos de la República, anticipándose dichas juntas a hacer ellas el nombramiento. El Libertador rehusó absolutamente admitirlo, improbo aquellos procedimientos y aconsejó que nada pasase de una respetuosa representación al Gobierno en la que se le suplicase el cambio de los ministros, que la opinión pública reclamaba; pues esto podía hacerse en uso del derecho de petición. Este es un hecho notorio y comprobado, como lo es también el de haber mandado al general O'Leary, quien le acompañaba en su retiro, a dar este consejo de su parte a las juntas en que se discutía dicha medida, lo que creía poder hacer, pues que se tomaba su nombre sin su consentimiento, para una cosa que él improbaba.

En la tarde del 17 (septiembre) llegaron los comisionados a Cartagena, y en el momento mismo pasaron a presentar al Libertador el acta de Bogotá y la nota del general Urdaneta en que se le llamaba al mando supremo. El coronel Piñeres habló en su discurso de los motivos del pronunciamiento de los pueblos de la Sabana, de la detención del batallón *Callao* y de lo ocurrido hasta la caída del Gobierno.

El señor Santamaría fue corto en el suyo. No hizo acusaciones, ni dio excusas; se limitó a decirle que los votos del Concejo Municipal de Bogotá estaban consignados en el acta que había si-

do encargado de poner en sus manos, y excitarle a que fuese a la capital.

El Libertador contestó negándose redondamente a admitir el mando, y dando las gracias por el honor que se le hacía.

Los discursos del coronel Piñeres y del señor Santamaría se publicaron íntegros en la *Gaceta Oficial* de 14 de noviembre, número 490. Con el del Libertador no se hizo lo mismo, sólo se dijo:

"El Libertador les contestó que era muy honorífica para él la comisión de que venían encargados los señores comisionados por el Gobierno provisorio de la República, para que no reconociese toda la gratitud que le imponía la elección que sus compatriotas se han dignado hacer en él, para que conduzca los destinos de la patria. Que esta relevante y nueva prueba de la estimación con que le distinguen los ciudadanos de la capital, le impondría ella sola la obligación de corresponder con el lleno de sus fuerzas a tan extraordinaria confianza. Pero que veinte años de servicios y de mando, parece que han demostrado que en vano se esmeraría en servir a los colombianos en la carrera de su felicidad, y que otro ciudadano debía reemplazarle en el mando supremo; que así lo, había decidido el Congreso constituyente, el que a reiteradas instancias suyas atendió al fin sus súplicas y le exoneró de la primera magistratura. Dijo que no se excusaba *a servir al restablecimiento del orden*, y a prestar al Estado cuantos servicios fueran compatibles con sus obligaciones y pudieran redundar en beneficio público. Que serviría en cuanto de él dependiese, en obediencia a lo

que el Gobierno le ordenase, y a lo que *demandasen las necesidades nacionales, para que las leyes volbiesen a recuperar el poderío que la anarquía les había hecho perder*".

Concluyó diciendo "que rogaba a los señores comisionados que al transmitir su respuesta al Gobierno supremo y a los ciudadanos de la capital, se sirvieran manifestarles que sus sentimientos por este benemérito pueblo eran inalterables; que sus sacrificios por contribuir a ella serían incesantes, y que su consagración *como un ciudadano que desca que Colombia encuentre otro magistrado más digno de ella, no conocería límites*".

Cuando un discurso no se escribe tal como se pronunció sino refiriéndose a lo que otro dijo, no con sus propias palabras, sino con las del que lo escribe, prescindiendo del desaliño, es sabido que puede hasta cierto punto adulterarse con maña, dando fuerza a cualquiera expresión que favorezca las ideas del que escribe y atenuando lo que pueda contrariarlas.

Bolívar no podía contestar ofendiendo abiertamente a sus amigos que le honraban, porque no podía echar lodo a la cara a hombres que tanta adhesión le manifestaban: esto no puede exigirse de nadie en ninguna situación en que se encuentre. Guardó ciertamente la medida que debió guardar en su repulsa; pero su negativa a aceptar el mando fue terminante, y se deduce de la misma respuesta que precede, principalmente de los trozos que he marcado en letra cursiva, que aunque generalidades, dicen mucho, a pesar de que no

están escritas como él las pronunció, lo que no necesita más prueba que su simple lectura.

Alarma, desesperación y hasta enojo causó en los numerosos amigos de Bolívar en Cartagena, tanto militares como civiles, los términos de su respuesta a los comisionados de Bogotá; partidarios entusiastas todos de la integridad de COLOMBIA, miraban su repulsa a aceptar el mando, como la ruina de la causa por la que ya tanto se habían comprometido, y esto, más que los riesgos personales a que los exponía la pérdida de sus esperanzas patrióticas, los desesperaba. Unos tras otros fueron, pues, a hablarle, a suplicarle, a reconvenirle. Bolívar no cedía, aunque lo afectaban tantas instancias:

"Mi gloria, mi gloria se compromete, les decía, si acepto el mando, haciéndome cómplice de una revolución que no puede dar buenos resultados. Yo he sido calumniado por simples sospechas, ¿cuánto más no lo seré recogiendo por unos días el fruto de una transformación que no durará, pues someter por la fuerza los departamentos de Venezuela y el Ecuador es imposible? Pensar que vuelvan atrás en su plan de independencia es un delirio, cuando en esa independencia se interesan tantas ambiciones, que no cederán ante ninguna consideración de gloria nacional, de bien público. ¿Para qué, pues, he de sacrificar mi reposo, mi reputación, cuando no tengo esperanza de que mi sacrificio sea provechoso?".¹

¹ Estas palabras, tales como las escribo, me fueron comunicadas por un hombre de altísima respetabilidad: el señor Juan de Dios Amador, quien me dio otras noticias y apuntamientos sobre los sucesos de Cartagena en aquellos tiempos, que me

Imposible fue vencer tan tenaz y fundada resistencia. Todo lo que pudieron obtener de Bolívar sus amigos, lo que es lo mismo que decir los amigos de Colombia, fue que contestase al general Urdaneta y que expidiera una proclama, documentos que por su importancia debo trasladar íntegros. Veámoslos:

“Cartagena, septiembre 18 de 1830.

“A su excelencia el general Urdaneta, encargado del Poder Ejecutivo de la República.

“Excelentísimo señor: He tenido la honra de recibir la misión de los señores coronel Vicente Piñeres y Julián Santamaría, que se han servido presentarme las actas del 2 y 5 de septiembre del corriente año, por las cuales me llama esa capital para que vaya a presidir los destinos de la República, que desgraciadamente ha quedado sin Gobierno por haberse disuelto el que la regía, quedando así acéfala y en completa anarquía.

“Tan lamentables sucesos han contristado mi ánimo más profundamente que nunca, porque ya he visto sufrir a mi patria los horribles azotes que pueden afligir a una sociedad civil; pero la ley primera de la naturaleza, la necesidad de existir, ha proveído a lo más urgente por medio de las voluntades públicas, pronunciadas del modo que las circunstancias lo han permitido.

“Vuestra excelencia ha sido colocada a la cabeza de la nueva administración que ha sucedido a

han sido de suma utilidad en la presente ocasión. Yo no digo nada de lo que no haya presenciado, que no lo haya obtenido de personas dignas de crédito.

la que el Congreso había nombrado, y que, por una fatalidad inexplicable ha dejado a la República en orfandad. El pueblo en tales crisis no se engaña. Vuestra excelencia estaba indicado por la opinión pública para salvar la patria del caos en que iba a sumergirse: vuestra excelencia, unido a los ministros que componen hoy la administración está destinado por la Providencia a aliviar, cuanto sea dable, los dolores públicos y las heridas de la guerra civil.

“Por mi parte, excelentísimo señor, no debo excusarme a contribuir, en cuanto dependa de mis facultades, al restablecimiento del orden, a la reconciliación de los hermanos enemigos, y a recuperar la integridad nacional. Para lograr fines tan santos, ofrezco a la patria y a la administración de vuestra excelencia todos los sacrificios de que soy capaz y que sean compatibles con mis deberes.

“Desde luego me pondré en marcha para esa capital a reiterar mis protestas solemnes de obedecer las leyes y las autoridades actualmente constitucionales nos proporcionen los beneficios de un cuerpo legislativo y los nuevos magistrados que nos den los sufragios de la Nación. Hasta que llegue aquel momento deseado serviré únicamente como ciudadano y como soldado. Espero que, restablecido el orden legal, me será permitido volver a la vida privada, de la que ahora me arrancan los peligros de la patria, y a la que inmolo el precioso bien que he poseído durante la existencia de Colombia.

“Acepte vuestra excelencia, de quien soy atento y obediente servidor.

“BOLIVAR”

PROCLAMA DEL LIBERTADOR A SUS CONCIUDADANOS

“Colombianos: Las calamidades públicas que han reducido a Colombia al estado de anarquía, me obligan a salir del reposo de mi retiro para emplear mis servicios como ciudadano y como soldado. Muchos de vosotros me llamáis para que contribuya a librar la República de la disolución espantosa que la amenaza. Yo os prometo, penetrado de la más pura gratitud, corresponder en cuanto dependa de mis facultades, a la confianza con que me honráis. Os ofrezco todas mis fuerzas para cooperar a la reunión de la familia colombiana, ahora sumergida en los horrores de la guerra civil. Toca a vosotros para salvarla reuniros en torno del Gobierno que el peligro común ha puesto a vuestra cabeza. Olvidad, os ruego, hasta vuestras propias pasiones, pues sin este heroico sacrificio Colombia no será más, dejando la infausta memoria de un pueblo frenético, que por no entenderse inmoló su gloria, su libertad, su existencia.... Pero no, colombianos. Vosotros sois dóciles a la voz de la religión y de la patria; vosotros amáis los magistrados y las leyes; VOSOTROS SALVAREIS A COLOMBIA.

“BOLIVAR

“Cartagena, 18 de septiembre de 1830”.

Esto no satisfizo la ansiedad pública. El 20 convocó el prefecto a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas para tomar en consideración

el estado de la República por consecuencia de los sucesos de la capital y cambio del Gobierno supremo, y unánimemente se resolvió que debía reconocerse el nuevo Gobierno "a fin —dice el acta— de conservar el orden y evitar los desastres que traería a todos la disolución de la República"; pero que se convocase a los padres de familia para deliberar sobre la materia.

Al día siguiente tuvo lugar este gran comicio, que no sólo fue numeroso sino selecto, y sin que se levantara una sola voz en oposición, se acordó una acta enteramente armónica con la de esta capital, y se nombró una comisión para presentarla al Libertador y suplicarle que la aceptase. El síndico municipal, García del Río —que presidía— y llevaba la palabra en aquel acto, le presentó las actas, arriba mencionadas, y después de expresarle los motivos de semejantes acuerdos en circunstancias de haber caído el Gobierno y de haberse creado otro por la necesidad de evitar la anarquía, dijo:

"Los dignos veteranos de la libertad que en las ciudades y en los campos se han pronunciado en este sentido han cumplido con el deber que tiene todo ciudadano de concurrir a la salvación de la patria que les dio el sér, por cuantos medios estén a su alcance. Falta ahora, señor, que vos llenéis el vuestro y que inmoléis en las aras de la patria vuestro reposo, vuestras ideas y hasta vuestra reputación. No creáis que vos solo hacéis sacrificios encargándoos del mando supremo: también los hacemos nosotros, amantes del orden y de la libertad, cuando traspasamos la barrera de la

ley para confiároslo. Pero comprometidos nuestros más caros intereses, amenazada la patria de muerte, responsables ante las generaciones venideras por el sagrado depósito del nombre, de las glorias, de la existencia de COLOMBIA, hemos cedido al más imperioso de los sentimientos vivientes, al deseo de la propia conservación, y os hemos llamado para que os coloquéis a nuestra cabeza y nos dirijáis en la noble empresa de reorganizar nuestra propia obra, DE RECONSTRUIR A COLOMBIA y presentarla de nuevo a los ojos de las naciones en su antigua majestad y esplendor.

“¿Podéis, señor, ser insensible a los infortunios del país, correspondiendo mal a nuestra confianza? ¿Faltaréis a la bella misión que la Providencia os destina, tan sólo por salvar las apariencias de una legalidad que ya no existe en parte alguna, y por conservar inmaculada una gloria que se disipará como un vapor ligero desde el instante en que COLOMBIA abandonada por vos desaparezca?....

“Señor, medita bien vuestra resolución: considerad que Colombia y la América, la Europa y el mundo aguardan de vos un acto sublime de consagración; la historia misma os contempla ahora para fallar sobre vuestro mérito, según la conducta que adoptéis en esta ocasión. Ella no os dará el título de GRANDE HOMBRE, si vuestro sucesor en Colombia es una anarquía perdurable; si no la dejáis por legado, al fin de vuestra carrera política, la consolidación de la libertad y de las leyes”.

¡Cuánta nobleza, cuánto patriotismo, euánta

generosidad de sentimientos no muestran estas elocuentes palabras!

Bolívar se sintió conmovido: la gloria de ser el restaurador de la gran nación, de la que había sido el libertador, hizo chispear sus ojos de animación, y coloró sus mejillas con el orgullo y la idea de obtener tan refulgente timbre; pero aquel momento pasó como un meteoro fugaz que ilumina un instante la bóveda celeste y la deja al apagarse más oscura. Los comisionados, que se habían animado con la esperanza de obtener la respuesta que deseaban, palidecieron al ver en el cambio del semblante de Bolívar perdida aquella esperanza, en la que fincaban el triunfo de la causa por que trabajaban. Error, ilusión: la causa estaba perdida, porque ese hombre moribundo no podía contar con bastante vigor para luchar con las ambiciones que se disputaban los trozos de la patria hecha pedazos, y para consolidar un triunfo que su nombre habría obtenido, pero que no habría durado más que su vida. Esto lo conocía, lo sentía Bolívar, y su respuesta fue consiguiente a su convicción. Insistió en su repulsa en lo sustancial, aunque la dulcificó cuanto pudo, con palabras que no lo comprometían a aceptar la responsabilidad de jefe, y que no pasaban de promesas aéreas de servicios "como ciudadano y como soldado", obediendo y no mandando.

Su respuesta se publicó en la *Gaceta*, como sigue:

"Su excelencia el Libertador se sirvió manifestar, en contestación, cuán profunda era la impresión de gratitud que había dejado en su pecho

el pronunciamiento de pueblos tan importantes y beneméritos, y señaladamente el de la capital del Magdalena, que tanto se había ilustrado en las páginas del patriotismo y en los fastos de las virtudes sociales; se mostró sensible a la ilimitada confianza con que le honraban sus conciudadanos; reconoció que debía sacrificarse todo entero por la salvación de la noble COLOMBIA, y prometió concurrir al logro de esta bella empresa con todo el lleno de sus fuerzas. "He ofrecido, dijo en una proclama que acaba de ver la luz pública, que serviré al país, en cuanto de mí penda, como ciudadano y como soldado: esto mismo tengo el honor de repetirlo ahora. Pero decid, señores, a vuestros comitentes, que por respetable que sea el pronunciamiento de los pueblos que han tenido a bien aclamarme jefe supremo del Estado, sus votos no constituyen aún aquella mayoría que sólo pudiera legitimar un acto semejante, en medio de la conflagración y la anarquía espantosa que por por todas partes nos envuelve. Decidles que si se obtiene esa mayoría, mi reposo, mi existencia, mi reputación misma, todo lo inmolaré sin titubear en los altares de la patria adorada, a fin de salvarla de los horrores, de los disturbios intestinos, de los peligros de agresión extraña y de volver a presentar a Colombia, ante el mundo y ante las generaciones futuras, tranquila, respetada, próspera y dichosa".

No puede darse una repulsa más terminante; y el señor Restrepo, en su interesante *Historia de Colombia* ha dado a conocer, además, un documento privado de una fuerza inmensa que pulve-

riza todas las imputaciones calumniosas del partido *liberal* contra Bolívar, por los sucesos de que estoy tratando.

Dice así el señor Restrepo:

"Algunos han calumniado al Libertador diciendo que aceptó el mando de Colombia, ofrecido por una facción militar; pero los documentos escritos demuestran lo contrario con la mayor claridad. Tenemos igualmente a la vista cartas suyas originales, en una de las cuales decía, el 25 de septiembre, a Vergara, ministro del interior de Urdaneta:

"Usted me dice que dejará el ministerio porque tiene que atender a su familia, y luego me exige usted que marche yo a Bogotá a consumar una usurpación que la *Gaceta* extraordinaria de 7 del corriente ha puesto de manifiesto, sin disfrazar ni una coma la naturaleza del atentado. No, mi amigo, yo no puedo ir ni estoy obligado a ello, porque a nadie se le debe forzar a obrar contra su conciencia y las leyes. Tampoco he contribuido en la menor cosa a esta reacción, ni he comprometido a nadie a que lo hiciera. Si yo recogiese el fruto de esta insurrección, yo me haría cargo de toda su responsabilidad".

"Continuaba después en la misma carta enumerando los otros motivos que le asistían para no volver a Bogotá, que, según decía, no era su teatro, donde nada podría hacer, porque los militares granadinos no lo sostendrían, y mucho menos los que rodeaban al Gobierno; porque aborrecía mortalmente el mando; porque sus servicios no

habían sido felices, y porque estaba cansado y enfermo.

“No puedo, mi amigo —añadía,— no puedo volver a mandar más, y crea usted que cuando he resistido hasta ahora los ataques de mis amigos de Cartagena, seré en adelante incontrastable. Dentro de tres días me voy hacia Santa Marta, para hacer ejercicio, para salir del fastidio en que estoy y para mejorar de temperamento. Yo estoy aquí renegando, contra mi voluntad, pues he deseado irme a los infiernos para salir de Colombia; pero el señor N., a la cabeza de otra porción de importunos, me han tiranizado, haciéndome quedar donde no puedo ni quiero vivir”.

“Luégo se hacía cargo Bolívar de su proclama y oficio de 18 de septiembre. Decía que por condescender con los comisionados de Bogotá, les había ofrecido que no diría redondamente que se denegaba a aceptar el mando, que usó por eso de las expresiones vagas de servir como ciudadano y como soldado, a fin de sostener por algún tiempo la nueva administración mientras buscaba ésta cualquier medio de salir de la crítica situación en que se había colocado.

“Yo compadezco —decía al general Urdaneta— a usted y a todos mis amigos que se han comprometido sin esperanza de salir bien, pues nunca debieron contar conmigo para nada, después que habían salido del mando y que habían visto tantos desengaños. A nadie le consta más que a usted mi repugnancia a servir y la buena fe con que insté por mi separación. Desde aquel momento he tenido mil motivos para aprobar mi resolución; de

consiguiente sería absurdo de mi parte volverme a comprometer. Añadiré a usted una palabra más para aclarar esta cuestión, todas mis razones se fundan en una: *no espero salud para la patria*. Este sentimiento, o más bien esta convicción íntima, ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación. Yo creo todo perdido para siempre, y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. Si no hubiera más que un sacrificio que hacer y éste fuera el de mi vida, o el de mi felicidad, o el de mi honor, créame usted, no titubearía; pero estoy convencido que este sacrificio sería inútil porque nada puede un pobre hombre contra un mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad del país, me deniego a mandarlo. Aún hay más: los tiranos de mi país me lo han quitado y yo estoy proscrito; así yo no tengo patria a quién hacer el sacrificio”.

“Hé aquí la postrera manifestación que hizo el Libertador de sus verdaderos sentimientos, y una ingenua explicación de su conducta política en aquella época desgraciada para la República. Estos sentimientos depositados en el seno de la amistad y expresados con la mayor franqueza, tienen el carácter augusto de la verdad, sobre todo cuando Bolívar no los desmintiera un ápice en los pocos meses que sobrevivió a tan explícita declaración”.

Estos documentos auténticos, estos hechos notorios, incontestables, prescindiendo de lo que a mí me consta particularmente como comprometido en aquella revolución, o rebelión, o facción, como quiera llamarse por otros revolucionarios, re-

beldes, facciosos, de todos tiempos, infinitamente más criminales, estos documentos, digo, prueban sin contradicción posible que es falso que Bolívar hubiera sido nuestro cómplice ni como jefe ni de ninguna otra manera; que es falso que hubiera aprobado nuestros hechos; que es falso, en fin, que hubiera aceptado el mando que le ofrecimos. Si Bolívar hubiera gozado de buena salud, yo le acusaría de haber visto con indiferencia la suerte del país, por la no aceptación del mando; de manera que lejos de merecer los cargos que los *liberales* le han hecho, merecería más bien el contrario.

Conforme lo dijo al señor Vergara, en la carta que acabamos de ver, se fue a Barranquilla, donde permaneció más de un mes, y como sus males se agravasen, accedió a los deseos del general Montilla yéndose a Santa Marta, ciudad en la que nunca había estado y en la que, variando de clima, pensaba encontrar alivio a sus dolencias, sin caer en cuenta que siendo las morales más que las físicas las que lo postraban, las diferencias de climas no lo aliviarían.

VII

La provincia de Mompós fue la primera que se pronunció, después de la de Mariquita, en el sentido que lo hizo la de Bogotá. Su gobernador, el señor Francisco Martínez Troncoso, la invitó a ello y continuó gobernándola bajo la administración del general Urdaneta. Siguiéron luego la de Santa Marta y las del Istmo. En estas últimas el

general Espinar, que estaba en Panamá como comandante general, había desconocido antes al Gobierno, conservándose en la comandancia general contra sus órdenes y no aceptando la gobernación de la provincia de Veraguas que se le confirió; depuso al prefecto y asumió el mando civil; habló de independencia del Istmo, cosa en que siempre piensa allí un círculo de turbulentos y que los hombres de juicio rechazan, porque hay injusticia en calificar a todos los istmeños de egoístas y antigranadinos; pero al fin también aquellas provincias y el mismo Espinar se pronunciaron reconociendo el nuevo Gobierno en los términos que lo había hecho Cartagena. En la de Río-hacha su gobernador, el señor José María Cataño, luego que recibió las actas de Cartagena, convocó el Concejo Municipal y a los vecinos notables, y acordaron "sostener el Gobierno legítimo y desconocer a las autoridades del departamento"¹. Siempre ha habido en Río-hacha repugnancia a depender, bajo cualquier forma, de las autoridades de otra provincia, y esta repugnancia no la disminuirá el actual sistema, y producirá graves complicaciones entre dicha provincia y Santa Marta. Entre nosotros el antagonismo, las rivalidades de unos pueblos con otros presentan dificultades en cualquier organización que no sea la de provincias separadas, que al menor pretexto, a la primera ocasión se hacen sentir perturbando el orden público. Esto, más que el principio que se

¹ Téngase presente que el departamento se componía, como ya he dicho antes, de las provincias que hoy forman los Estados de Bolívar y Magdalena, con más el cantón de Ocaña, que pertenecía a la provincia de Santa Marta.

proclamaba, causó la disidencia de Ríoacha. El cantón de San Juan siguió el ejemplo de su capital pronunciándose en el mismo sentido, pero el de Valledupar lo hizo en el de Cartagena, declarando quedar unido al departamento. Estalló pues la guerra civil en la provincia de Ríoacha. Para sostenerse ocurrió su gobernador a Maracaibo pidiendo auxilio de tropas venezolanas, y de jefes y oficiales que disciplinasen los cuerpos que iba a levantar. El coronel Borrás, que mandaba en Maracaibo como prefecto del departamento del Zulia, envió al comandante Pedro Carujo, por todo auxilio, diciendo al gobernador Cataño: "Usted ya sabrá que él fue el principal autor de la heroica, aunque malograda conspiración del 25 de septiembre" ¹.

De Cartagena y Santa Marta se movieron tropas contra Carujo y las autoridades renuentes de Ríoacha. Carujo fue batido y volvió a Maracaibo con los demás comprometidos. Los combates no fueron muy sangrientos; pero los hospitales se llenaron de moribundos y los cementerios de cadáveres por las enfermedades causadas en una

¹ Este Carujo, tan liberal, que tenía tan grande recomendación para con los liberales, fue el principal autor de la revolución de Venezuela en 1833 contra el Gobierno civil, constitucional y verdaderamente liberal del eminente ciudadano José de Vargas para establecer un gobierno militar autocrático. El señor Vargas esperó en su palacio que lo echaran de él por la fuerza. Nadie se resolvía a ello. Sólo Carujo se atrevió a hacerlo, intimando en tono activo al venerable Presidente, que estaba destituido diciéndole: "El mundo es de los valientes". No hay duda; Carujo era liberal en el sentido que tiene esta palabra por estas nuestras tierras suramericanas. El general Marifio, también gran liberal en 1830, fue revolucionario con Carujo en esa época. Así es el mundo.

campaña en la estación de lluvias, en un país anegadizo y malsano en dicha estación.

Todos los departamentos y provincias que se pronunciaron reconociendo al Gobierno establecido y llamando al Libertador al mando, lo hicieron por medio de actas, excepto los de Antioquia y el Cauca.

El señor Alejandro Vélez, diputado que fue al Congreso constituyente, prefecto a la sazón del departamento de Antioquia, convocó a una asamblea de diputados de los pueblos del departamento. Reunióse en efecto la asamblea, compuesta de ciudadanos respetables e independientes, y sin oposición se acordó en ella el reconocimiento de los hechos consumados y el sometimiento al nuevo Gobierno. El señor Vélez no creyó deber continuar en la prefectura, y se separó.

El señor José Antonio Arroyo, prefecto del Cauca, convocó también una asamblea de diputados que debía reunirse en el centro del Valle en la ciudad de Buga, y que en efecto se reunió. Pero en el Cauca la autoridad civil ha valido siempre muy poco al frente del poder militar. El prefecto procedía de buena fe al consultar la voluntad del pueblo cuya suerte le estaba confiada, pero los generales Obando y López, tan violentamente atacados por la prensa de Bogotá y Cartagena como asesinos del general Sucre, trabajaban de otro modo para ponerse a cubierto de la persecución que les amenazaba. El general Obando, en sus *Apuntamientos para la historia*, dice;

"Desde que se hizo sentir la derrota del Santuario, concerté con el prefecto del departamento, se-

ñor José Antonio Arroyo que expidiese un decreto convocando una asamblea departamental para la ciudad de Buga, con el fin de entretener por este medio la revolución, y darme tiempo para organizar fuerzas: en efecto fue convocada la asamblea y el mismo señor prefecto marchó a su tiempo a instalarla”.

Este aserto necesita aclararse. Yo conocí al señor José Antonio Arroyo, y declaro que era incapaz de proceder con doblez en ningún sentido; por consiguiente no admito que fingiera consultar la voluntad de los pueblos, por un medio legal, para tenderles un lazo y contrariar premeditadamente la decisión de sus representantes, cualquiera que fuese. Indudablemente participaría la medida que iba a tomar, a los poderosos generales árbitros de Popayán, que disponían de la fuerza pública, y tenían a su devoción los antiguos guerrilleros realistas, conmlitones del general Obando, y los compañeros de ambos en su movimiento de 1828. El general López no habla de esto en sus *Memorias*, y no es dudable que el general Obando manifestara su aquiescencia a la medida que el prefecto iba a tomar “para ganar tiempo y organizar fuerzas”.

En esta predisposición de los ánimos de ambos generales, recibieron la resolución del general Urdaneta en que accedía a lo pedido por ellos sobre que se les abriera un juicio para sincerarse de las acusaciones que se les hacían por el asesinato del Mariscal de Ayacucho, y lo que tenía que suceder, sucedió: desearon el gobierno de dicho general, no entregaron el mando a los

jefes nombrados para sucederles, y empezaron a tomar medidas para obrar en defensa propia, con la ventaja que les daba la del principio de legalidad que proclamaban, sin hacer el menor caso de la asamblea de Buga, resueltos a desconocer sus acuerdos si les eran contrarios.

El general Urdaneta se irritó, y siendo profunda su convicción de que obraba en justicia, expidió la siguiente fulminante proclama:

"RAFAEL URDANETA

general en jefe de los ejércitos de la República, encargado del Poder Ejecutivo, etc., etc.

"A los habitantes del departamento del Cauca.

"Caucanos: La desgracia os ha colocado bajo la autoridad de los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho, y ellos abusan hoy de vuestra honradez para ocultar su crimen.

"Caucanos: ¿Permitiréis que vuestros nombres pasen asociados a la posteridad a los nombres de dos insignes criminales? Nó: la libertad misma, ese dón del cielo, no podríais recibirla sin rubor de manos tan impuras, teñidas en la ilustre sangre de una víctima inocente.

"Caucanos: Colombia está hoy en armas contra el crimen, y sin ofender a vuestro honrado carácter nadie puede dudar que pertenecéis a la causa de la justicia.

"Caucanos: La libertad que invocan y la Constitución que afectan defender los asesinos, no son sino pretextos para sustraerse de la indignación nacional y de la vindicta de las leyes: no os manchéis con el crimen que los cubre; negadles vues-

tra cooperación, y muy pronto veréis el castigo de los malvados que os deshonran.

"Bogotá, 28 de septiembre de 1830.

"RAFAEL URDANETA"

No quedaba, pues, recurso alguno a los dos generales acusados; tenían forzosamente que aventurar el todo por el todo; para ellos no era ya la cuestión defender un principio, una causa política: inocentes o culpados, era una cuestión no sólo de orgullo, de honor, sino de vida o muerte.

Yo estoy persuadido, y hechos posteriores me afirman en mi persuasión, que si el general Urdaneta se desentiende de la representación que encontró en la mesa del señor Mosquera, y se les dirige de oficio, reconociendo el carácter que uno y otro tenían, de modo que se hubiesen persuadido de que no corrían riesgo de ser condenados en un juicio apasionado o severo, las cosas habrían pasado de otra manera.

VIII

Los acontecimientos se sucedían tan rápida y casi simultáneamente en el sur de la Nueva Granada y en el Ecuador, que es difícil referirlos sin cierta confusión, y hacerlo en su orden cronológico es casi imposible. Procuraré dar a conocer lo más importante.

Yo llegué a la villa de Purificación el 8 de octubre, y el 9 se reunió en dicha villa la columna de mi mando. Allí encontré al gobernador de la provincia, mayor Joaquín Barriga, y al escuadrón de húsares que me había precedido. Propuse al ma-

yor Barriga que si aceptaban los hechos que me habían llevado allí, continuase ejerciendo las funciones de su empleo, aunque efectivamente no habiendo cumplido treinta años, edad que requería la Constitución para ser nombrado gobernador de provincia, había sido su nombramiento inconstitucional. Eramos amigos, nos hablamos con franqueza, y habiendo rehusado mi ofrecimiento, me pidió y le di pasaporte para Bogotá, donde el general Urdaneta lo recibió y trató como a todos; es decir, bien y amistosamente, dejándolo tranquilo en su casa.

El 7, antes de mi llegada a Purificación, se había pronunciado la ciudad de Neiva, con el mayor entusiasmo, y precisamente el 9 recibí la noticia en Purificación. Todos los pueblos de la provincia siguieron el ejemplo de su capital, sin que se empleara para ello un soldado, ni una intimación, ni una amenaza. Barriga escribió a sus amigos recomendando mi carácter. Así fue que ocupé la provincia pacíficamente y fui recibido en todas partes con marcadas muestras de benevolencia. Di garantías a todos, a nadie perseguí, el orden político continuó como antes, de manera que las provincias de Mariquita y Neiva, que fueron el teatro de mis operaciones, como faccioso, según unos, y como restaurador, según otros, no sintieron en lo más mínimo los efectos que en otras partes produjo un cambio de gobierno de tamaña consecuencia. Viven muchos en ambas provincias de los que vivían en aquella época, y desafío al que quiera desmentirme, a que lo haga.

Las provincias de Mariquita y Neiva están lla-

madas a ser algún día florecientes, ricas y dichosas. ¿Cuándo llegará ese día? Cuando haya gobierno; es decir, cuando haya seguridad; recta administración de justicia; protección al hombre honrado que trabaja, para que goce tranquilo del fruto del sudor de su frente; severidad con los malhechores; respeto a las leyes y a la autoridad, y sobre todo, temor de Dios, sin el que no puede haber moralidad, que es la base de la sociedad. Lejos, muy lejos está, sin duda, ese día. Yo no lo veré, pero él llegará porque la sociedad tiende, por su propia naturaleza, al orden regular y practicable, y el espantoso desorden en que hoy vivimos no puede ser permanente.

Yo creo que en la provincia de Neiva, principalmente, debe haber mucho dinero, porque ha sido siempre una provincia productora, y en la vida sencilla y patriarcal de sus habitantes, consumen del extranjero y de otras provincias mucho menos de lo que exportan. Puede ser que hoy no sea lo mismo, pero así era cuando la conocí.

Formando ambas provincias la grande hoya del alto Magdalena entre las dos inmensas y elevadas cordilleras oriental y central, bañadas sus magníficas llanuras por infinidad de ríos y arroyuelos que culebrean por las praderas entre boscajes floridos, convidando al hombre a trabajar sus vegas; teniendo el Magdalena navegable en balsas y barquetas desde Neiva hasta Ambalema, desde Ambalema en champanes y vapores pequeños hasta Honda, y desde Honda hasta el mar, en vapores y otras embarcaciones de mayor porte; ricas las faldas de ambas cordilleras en metales pre-

ciosos, en maderas finas, en el diamante negro, como llaman los ingleses al carbón de piedra, esas provincias, repito, tienen que llegar a ser más tarde o más temprano lo que Dios quiso que fueran al crearlas tan bellas.

En mi marcha para Neiva encontré en Villavieja al coronel José M. Gaitán, a quien el comandante Forero, que me había precedido, hizo aprehender en una hacienda inmediata. Yo llevaba orden de remitirlo a Cartagena, y falté a ella: le di pasaporte para esta capital y lo recomendé al general Urdaneta, quien lo dejó tranquilo. Poco después el coronel Gaitán se fue a Casanare, y de allí volvió en armas contra el general Urdaneta. El teniente coronel Manuel González venía de Popayán para el cantón de la Plata, a levantar fuerzas para defenderlo y oponérseme, precisamente en los momentos en que la ciudad de ese nombre se pronunció, y el comandante de su milicia, señor Manuel Borrero, lo aprehendió y lo remitió a Neiva con una escolta, y con grillos. Yo estaba ya en Neiva, y al ver a González, que había sido mi amigo y mi compañero en Venezuela, como teniente del batallón *Tiradores*, lo estreché en mis brazos, le hice quitar los grillos, le hospedé en mi casa, le di pasaporte, a su solicitud, con auxilios de marcha para Bogotá, y lo recomendé al general Urdaneta. González tomó servicio, pidió ser destinado a mi columna, se le concedió, volvió a Neiva y se quedó allí con diferentes pretextos. Pronto se verá cuál fue su objeto y cómo correspondió a mi cariño y atenciones. Hay veces que el ser demasiado bueno perjudica

a quien lo es, y a la causa que sostiene; lo mejor es ser lo que se debe ser, hacer lo que se debe hacer, y no ser ni bueno ni malo. Si Dios me concede algunos pocos años más de vida y me permite tomar parte en la próxima olimpiada, este será mi sistema. He sufrido muchas reconvenciones y censuras, y quizá me he perjudicado por no haberlo seguido, si es que realmente he sido demasiado bueno, como por rebajarme me llaman algunos, no teniendo otra cosa que echarme en cara. En algunos actos que atribuyen a esa cualidad, creo que yo acerté y que los calificadores son los que cometen error en su calificación.

IX

En Cali, ciudad grande, hermosa y que está llamada a ser el emporio del ameno y rico valle del Cauca, el pueblo se pronunció espontáneamente, sin aguardar la reunión de la asamblea de Buga; sitió la fuerza que estaba a órdenes del coronel Eusebio Borrero, teniente del general Obando, y la obligó a capitular. Una compañía del batallón *Vargas*, que estaba en Cali, debía regresar a Popayán, conforme a la capitulación juramentada de no volver a tomar las armas contra Cali, pero la mayor parte de la tropa se quedó.

El artículo 5º de la capitulación dice así:

“Habiendo sido el único objeto con que se alarmó este pueblo, proclamar generalísimo de todas las tropas de la República al excelentísimo señor Simón Bolívar, se deliberará sobre este pronuncia-

miento cuando se reúna la asamblea departamental”.

El general López, a la primera noticia del movimiento de Cali, salió de Popayán, llevando dos compañías del batallón *Vargas*. En Quilichao tuvo aviso de lo ocurrido en Cali y de que seguían comisionados a encontrarle, entre ellos el general Murgueitio. Con este aviso detuvo su marcha y los esperó. Llegados que fueron, aprobó la capitulación por un nuevo convenio, en el cual se lee en su artículo 6º lo siguiente:

“Dependiendo la salud del Cauca de las resoluciones que en la presente crisis adopte la convención convocada del departamento, y deseando la comandancia general, no sólo contribuir a su libre elección, tuvo a bien obviar sus deliberaciones, manda, pues, que se retire en esta fecha la fuerza armada existente en este cantón al cuartel en Popayán, y que no se introduzca ninguna a otro punto del valle”.

Hé aquí al general López, comandante general del departamento, sometido explícita y solemnemente a las decisiones de la asamblea, que estaba próxima a reunirse en Buga, de la cual el general Urdaneta esperaba con fundamento el reconocimiento de su autoridad. Sin embargo, Urdaneta improbo la capitulación por no admitir ninguna transacción “con los asesinos del general Sucre”. Error fatal fue manifestarse inexorable hasta este extremo contra unos hombres que no habían sido oídos y convencidos en juicio, lo que por necesidad los hacía más y más tenaces en su oposición. El general Urdaneta, tengo que

advertirlo, casi no podía hacer otra cosa. La exaltación de los militares contra Obando y López por la muerte del general Sucre era tal, que Urdaneta, a quien calificaban de excesivamente tolerante con los enemigos no podía contrarrestarla, bien que él mismo estaba sobre el particular dominado por una persuasión que no le dejaba pensar en ninguna razón de estado, ni de conveniencia política.

Impotente el general López para obrar sobre el valle del Cauca, que todo se agitaba en sentido del pronunciamiento de Cali; firmado que hubo el convenio de armisticio, "hasta que una asamblea de diputados del departamento deliberase lo que convenía a los pueblos en esas circunstancias", se decidió a obrar sobre la provincia de Neiva. En consecuencia ordenó que de Popayán se le mandasen en dirección a la Plata por el páramo de Guanacas, fusiles y municiones, lo que se verificó. Yo no había llegado a la Plata, ninguna fuerza mía ocupaba ni aquella ciudad ni sus alrededores, y sin embargo esos elementos de guerra fueron apresados y se pusieron a mi disposición. ¿Quién lo hizo? los paisanos de los campos. No era, pues, tan impopular en la provincia de Neiva la causa que yo iba proclamando.

Los jefes, los oficiales y la tropa del batallón Vargas servían a las órdenes de Obando y López, haciéndose una violencia que no era posible los mantuviese largo tiempo en forzada subordinación. La acusación que hacía la opinión pública a aquellos generales, de asesinos del general Sucre, tomaba cada día más incremento, y esto ha-

cía que el batallón *Vargas* fuera para ellos un peligro más bien que un apoyo.

Traía el general López para la Plata las dos compañías de dicho batallón —poco más de cien hombres— con que se propuso marchar al valle con el fin de ocupar aquel cantón antes de mi llegada. Yo estaba en Neiva tranquilo, porque no quería que apareciese la fuerza influyendo en la decisión de los pueblos en ninguna parte. El comandante de las milicias de la Plata me ponía postas sobre postas avisándome la expedición del general López, que suponía de cuatrocientos hombres, y pidiéndome que le auxiliase con toda mi fuerza. El general López había circulado con profusión una proclama que expidió en Quilichao al tiempo de marchar sobre el valle, en la que amenazaba con la “guerra más cruel que se vio en el mundo” a los caucanos que lo abandonasen y no lo judasen en su “gloriosa empresa”. Todas las empresas de este género son gloriosas entre nosotros, de manera que la *gloria*, oyéndose proclamar en todos los campamentos, se vería muy embarazada para escoger en cuál quedarse, si no estuviese ya establecido en el mundo que se quede con el vencedor. Esa amenaza aterradora, que ciertamente no era muy liberal, ni muy constitucional, ni muy humanitaria en una guerra entre hermanos, se miraba entre los comprometidos en la provincia de Neiva, como extensiva a ellos, y esto producía en la Plata una consternación que disminuía los elementos de defensa.

Yo no podía hacerme indiferente al riesgo de aquellos pueblos tan fuertemente comprometidos.

Anticipé, pues, el escuadrón de *Húsares*, fuerte ya de unos 140 hombres, tropa excelente, y me preparé a seguirlo con el resto de mi columna, también aumentada con algunos voluntarios. No dejaba de entristecerme aquella forzosa resolución, porque me alimentaba la esperanza de que viniendo el Libertador de quien decía el general Obando que con su brazo poderoso lo arreglaría todo, y acordando la asamblea de Buga la unión del departamento al resto de la Nueva Granada, que obedecía al Gobierno establecido, todo podía arreglarse sin más combates ni desgracias. Pero no me quedaba arbitrio, tenía que repeler la fuerza con la fuerza, ya que los hechos probaban que la posición personal de dos hombres amenazados hacía nulos los votos del pueblo, legítimamente representado en la asamblea convocada para Buga, a cuya decisión uno de ellos precisamente el que me venía a buscar, se había sometido solemnemente. Estaba ya mi tropa formada en la plaza para salir a pernoctar a las orillas del río Neiva, a fin de pasar el "Llano Grande" con la frescura de la mañana, cuando un oficial de la milicia de la Plata, llegó a escape dando *vivas* a Colombia y al Libertador, y me entregó un oficio del comandante de la Plata, junto con el siguiente: "*República de Colombia.—Columna de Vargas—*

Viborá, 20 de octubre de 1830.

"Al señor comandante Manuel Borrero.

"Anoche como a las siete de ella, toda la tropa de mi mando con los oficiales teniente Encarnación Macías, Tomás Piñango, subteniente Juan Almeida, José León y José Castillo, hemos pro-

clamado todos a su excelencia el Libertador y todos conforme (a excepción del comandante Lizardi, el teniente José Camargo y subteniente Fermín Agudelo, que marchan con sus correspondientes pasaportes para Popayán); marchamos hoy mismo para el Pedregal. Por esta razón, en el momento que usted reciba ésta, se pondrá en marcha para encontrarnos, bien en las Cuevas o en el Pedregal.

“Todo lo que tengo el honor de comunicar a usted para su resolución.

“Dios guarde a usted.

“El comandante, *Manuel Vargas*”.

Yo leí esta nota en alta voz a la multitud de gente que se agolpó a oírla; y hubo en consecuencia lo que siempre y en todas partes hay en estos casos: música por las calles, repiques de campanas, cohetes, libaciones y arengas. No hay cosa que agrie más el ánimo, que irrite más el encono del partido adversario al triunfador, que estas demostraciones bulliciosas que se miran como un insulto, como una provocación; y cuando provienen de triunfos sangrientos, en los que cualquiera que sea el partido vencedor la patria pierde, es mayor la irritación que siente el vencido, el odio se exagera y toda idea de reconciliación se aleja. Los partidos debían convenirse en suprimir estas demostraciones. Así fue que al poco rato y con buen modo procuré que la halgazara cesase. No habiendo, pues, urgencia en mi marcha, la suspendí por unos días, para acabar de organizar mi columna, y proveer al mantenimiento del orden en la provincia, inspirando con-

fianza a todos y evitando las transgresiones.

El general López corrió un grandísimo riesgo de ser, por lo menos, preso por Vargas, como lo fue González por Borrero: él lo evitó porque tuvo indicios del peligro, y con tiempo se volvió para Popayán.

X

Por fin se reunió la asamblea del Cauca el 11 de noviembre en Buga con todos los diputados del departamento, y el 16 se acordó reconocer al general Urdaneta en el mando provisorio de la República y llamar al Libertador, todo en conformidad con lo resuelto en las actas populares de Bogotá y demás provincias pronunciadas. El señor Arroyo se excusó de continuar en el puesto de prefecto del departamento, y se separó. El general Obando en sus *Apuntamientos para la historia*, en ese libro que no es sino un horno ardiente al que arrojó cuanta reputación honorable había en el país, por poco que los hombres que la merecían se hubiesen separado de su causa personal; el general Obando, digo, que se cebó cruelmente sobre el benemérito general Murgueitio, lo acusa de que como presidente de la Asamblea y boliviano, destituyó arbitrariamente al señor Arroyo. El hecho no es cierto. El señor Arroyo presumía que ni Obando ni López se someterían a la decisión de la asamblea, si ésta no era poner el departamento en manos de ellos; tenía su casa, su familia y sus propiedades en Popayán; le era indispensable y urgente volver a dicha ciudad,

y estas consideraciones, unidas a un sentimiento laudable de delicadeza, pues creía que como empleado del Gobierno caído no debía servir al que por la violencia le había sucedido, fueron las causas de su separación voluntaria de la prefectura, a pesar de que el señor Arroyo era y fue siempre amigo del Libertador.

Que la decisión de los generales Obando y López era no someterse a lo que la asamblea resolviese, si esa resolución les era adversa, lo prueban sus aprestos y operaciones militares, y su rompimiento con el Gobierno del general Urdaneta ocurrido antes de que la asamblea hablase; rompimiento que, lo repito con pena, lo provocó imprudentemente la ligereza del mismo Urdaneta, ligereza que *en política* no puede ser excusable, aunque procediera de un sentimiento generoso y moral.

Una nota del general López, fecha en Popayán a 29 de octubre, al "Ministro de la Guerra del Gobierno de Bogotá", indica con claridad la resolución previa que habían tomado de no someterse en ningún caso a ese Gobierno. En ella dice López:

"Cuando se decretó por su excelencia el general Urdaneta la solicitud que el General Obando y yo dirigimos, pidiendo un juicio sobre el terrible asesinato de su excelencia el general Sucre, *aún no sabía el Gobierno de usía si sería desconocido por este departamento*. Cuando el mismo señor general Urdaneta dio su proclama a los habitantes del Cauca, proscribiéndome, y suponiendo que yo resistía el reconocimiento de esa nueva

administración, por evadirme del citado juicio, *no era tiempo de que en Bogotá se supiese mi justa y fundada resistencia.*

“Deduzco de todo, que el ánimo del Gobierno de usía ha estado preparado para aniquilarme, con el maligno objeto de que los caucanos se fascinasen y abandonaran la bandera de la Constitución. ¡Fallar contra un acusado sin oírsele, condenar a un inocente por vanas conjeturas, o por chismes de enemigos personales! ¡Gran Dios! ¿Será esto rectitud, será amor a la justicia?

“¿Y se me considera tan bajo, y tan estúpido, *que me resignase después de esto a comparecer* ante el Gobierno de usía y a dar mis descargos ante un tribunal creatura suya, que naturalmente se compondría de jefes llenos de prevención y animosidad contra mí, porque desde el año de 26 me he opuesto decididamente al despotismo militar, y al gobierno de bayonetas que se ha tratado de plantear?

“Yo no evado un juicio; muy distante de eso, yo lo provocaré con tenacidad el día que las garantías hayan recobrado su imperio. Si por mi desgracia yo no viviere ese día, bien puede cebarse la venganza sobre mi persona y sobre mi honor; bien pueden inventarse detracciones y sofismas: la historia es fiel, la posteridad declarará mi inocencia, y el que distribuye la justicia lanzará sus rayos sobre los calumniantes”.

Esta sentida queja del general López era justa. Contra él no había sino leves indicios de complicidad en el crimen. Lo que era cierto, y no puede negarse, fue que él lo aplaudió y se alegró de su

perpetración; pero entre aplaudir un crimen, y cometerlo, hay grande diferencia, y aun suponiéndolo culpable, no era lícito declararlo tal, como se hizo en la proclama del general Urdaneta, sin una sentencia pronunciada por tribunal competente.

El general José Miguel Pey, anciano meritorio, que como alcalde y presidente del Ayuntamiento encabezó el movimiento popular del 20 de julio de 1810 en esta capital, era a la sazón ministro de la guerra del Gobierno de Urdaneta, y con fecha 16 de noviembre contestó la nota de López de una manera impropia, inconducente, e irregular en un documento de esa especie. Copiaré algunos trozos de dicha respuesta para que se juzgue; dicen así:

“El Gobierno se ha impuesto de la respuesta que usía me ha dirigido desde Popayán, con fecha 29 de octubre anterior, y me ha ordenado contestarla, no con motivo de querer continuar relaciones con usía sino para hacer conocer al público la conducta falsa y criminal de usía”.

Sigue haciendo relación de los aprestos y de las operaciones militares de los dos acusados, que indicaban su resistencia a someterse al llamamiento a juicio que se les había hecho, y continúa:

“Así pues, no se ha equivocado usía al decir que el ánimo del Gobierno al dar su proclama, fue el de ilustrar a los incautos fascinados por usía; el de hacerlo odioso a los virtuosos caucanos; y en fin, diré también que el mismo Gobierno, al fallar contra usía, no ha hecho sino repetir el fallo anticipado de todo el Sur y de toda la Nueva Gra-

nada, y de dar el crédito debido a los documentos irrefragables que tiene en su poder contra usía, y todo esto es lo que la hipocresía de usía llama fallar contra un acusado sin oírlo, condenando a un inocente por vanas conjeturas o por chismes de enemigos personales. ¡Gran Dios! ¿Hasta cuándo la arteria de López engañará a los caucanos? ¿Serán por más tiempo sus intrigas tomadas por amor a la patria y a la libertad? ¡Nó! El liberalismo del faccioso López es ahora bien conocido.

“Usía dice que no evade un juicio, y sus hechos prueban lo contrario; bien sabe el Gobierno que usía nunca se determinará a comparecer para dar sus descargos; la justicia espanta a usía y la perspectiva del castigo que ha merecido usía lo aterra más que las persecuciones que usía supone en los miembros del tribunal que sería encargado de juzgarlo...”

“Usía desea ser juzgado por sus cómplices en hechos o en opinión, y no por jefes íntegros y honrados, y la historia cuya pluma invoca usía, fiel repetidora de las acciones de los hombres, si acaso llega a pronunciar el nombre de usía, será para denigrarlo como uno de los principales asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho, si usía no se vindica de este terrible cargo.

“Sin embargo, el Gobierno, que más anhelo tiene de encontrar inocentes que criminales, llama de nuevo a usía y al general José María Obando para que comparezcan en esta capital a presentar sus descargos; pues sus deseos serían de que los jueces imparciales que les daría la ley, los declarasen inocentes, y que por consiguiente la

página de la historia de COLOMBIA, que debe hablar de la muerte del general Antonio José de Sucre, no mentase a dos generales de la brigada de la República, como asesinos de aquella ilustre víctima”.

Este último párrafo, esta cucharada de almíbar, era muy poca cosa para endulzar los cántaros de hiel que contenía tan peregrino oficio; así fue que Obando y López no se dejaron paladear, y siguieron audaces su camino.

La decisión de la asamblea de Buga, que si les hubiera sido favorable la habrían declarado la libre expresión del pueblo legalmente manifestada, habiéndoles sido adversa, la rechazaron como obra de la violencia. Ni en Buga ni en el bajo Cauca había un solo soldado, ni en todo el departamento había otros que los que mandaban Obando y López: había opinión, y nada más. La asamblea deliberó pacíficamente, y ni en su seno mismo hubo el discordo acaloramiento que por lo regular se ve en otras en semejantes casos. Sin embargo se sostuvo que dicha corporación no tuvo libertad para discutir y resolver. El día de cerrar sus sesiones, dictado ya y conocido su acuerdo, recibió el general Murgueítio una nota del Gobierno de Bogotá en que le decía:

“Si usía duda de las buenas intenciones de la asamblea caucana que me dice debe reunirse, impida usía dicha reunión, y sobre todo esfuércese por librar al Cauca de los monstruos que lo oprimen y lo deshonran, de los asesinos Obando, López y su pandilla”.

El general Murgueítio, sin necesidad, dio cuen-

ta a la asamblea de esta nota, en la noche en que se disolvía, y de aquí sacaron argumentos los partidarios de los dos generales amenazados, y ellos mismos, para alegar de nulidad de un acuerdo dictado con todas las formalidades legales, antes de que la nota fuese conocida, y aun antes que llegara a Buga. Esto lo replicó, de una manera concluyente, el ministro de lo interior, señor Vergara, al jefe político de Popayán.

Si la respuesta del ministro de la guerra al general López hubiera sido más digna, en pocas y mesuradas palabras, es probable que sin venir al llamado que por segunda vez se les hacía, no hubieran roto abiertamente. Pero aquella nota manifestaba tal prevención, y la prensa los atacaba con tal virulencia, que aunque el general Obando esperaba mucho del Libertador si venía a Bogotá, todos veíamos con disgusto que se les forzaba a no aguardar. Ellos obraban ciertamente, sin hacer caso de las decisiones del Gobierno y de la asamblea, pero hasta el 22 de noviembre no tomaron una actitud hostil, decidida e irrevocable. Uha junta general de los jefes y oficiales que les estaban subordinados desconoció en forma todos los actos que llamaron al Libertador y al general Urdaneta al mando, y las decisiones de la asamblea del Departamento; nombró al general Obando director de la guerra con facultades extraordinarias; esto es, le confirió la más amplia dictadura, y designó al general López por su segundo. Esta dictadura debía durar hasta que se destruyera la dictadura del general Urdaneta y se restableciera el Gobierno caído. Se erigió, pues,

una dictadura contra otra dictadura. Juego de voces siempre, a costa de la ruina y de la sangre de los pueblos.

XI

La convención de los departamentos granadinos del Ecuador, Azuay y Guayaquil, que los constituyó independientes, manifestó más deseos que la de Venezuela de conservar el nombre y la unidad de Colombia, bajo una forma federativa; así fue que se les llamó: "El Ecuador en Colombia". También se diferenció de la de Venezuela dictando un expresivo decreto de honores en favor del Libertador, semejante al de nuestro Congreso constituyente. Quedó, pues, aquel nuevo estado completamente independiente del Gobierno de Colombia, fuese legítimo o ilegítimo, hasta que una asamblea de plenipotenciarios de las diferentes partes en que se dividía la gran República, estatuyese lo conveniente para organizar su confederación. El general Flórez fue nombrado Presidente de dicho "Estado del Ecuador". Enemigo el más pronunciado de los generales Obando y López, quien primero que todos los acusó en forma, que fue el que remitió a Bogotá los documentos que creó para hacer recaer sobre ellos, y principalmente sobre el primero, la responsabilidad del asesinato del general Sucre; escritor público que los atacaba de una manera terrible por la prensa ecuatoriana, ofendido a su vez por el general Obando con igual acusación; parecía imposible que nunca pudieran semejantes hombres hacer

causa común, bajo ningún motivo ni pretexto; pero no siempre es imposible lo que lo parece.

La provincia de Pasto, la de Buenaventura y el cantón de Icuandé, habían hecho pronunciamientos para agregarse al "estado del Ecuador en Colombia". Quedaba, pues, la autoridad dictatorial del general Obando reducida al circuito de Popayán. Y nótese que la junta de militares que le confirió tan omnímota autoridad, por alguna acta popular de las de uso y costumbre.

La posición, pues, de los dos generales acusados era crítica. Tenían que escoger entre Urdaneta y Flórez, o hacerles frente a ambos; esto último les era imposible; debía por tanto esperarse que hicieran más bien una transacción con el general Urdaneta, a pesar de los antecedentes que ya conocemos, porque habiéndolos agravado el general Flórez infinitamente más, no estaba en el orden de las cosas que se echasen en sus brazos, ni que él los acogiera y les diera el ósculo de paz. Sin embargo, con asombro de toda Colombia, esto sucedió.

Aunque una resolución semejante no admita explicación satisfactoria, el hecho es que el circuito de Popayán se declaró parte integrante del Estado ecuatoriano, por una reunión popular promovida y presidida por el jefe político del circuito, señor Francisco José Quijano, partidario entusiasta del general Obando. El acta acordada en aquella junta es demasiado larga para insertarla aquí; pero debo hacerlo del 7º de sus *considerandos* y de su parte dispositiva:

"7º Que la Constitución del Ecuador reserva

a la grande asamblea de plenipotenciarios *el señalamiento de límites* de los tres estados, lo que hace justa esta agregación sujeta a lo que sobre este punto determine la misma grande asamblea."

La parte dispositiva contiene los seis artículos siguientes:

"1º El circuito de Popayán se agrega libre y espontáneamente al estado del Ecuador, bajo su sistema constitucional y leyes que lo rigen, *sometiéndose al jefe del Estado*".

Obando y López sometiendo a su acusador.

"2º El circuito de Popayán reconoce con placer y de acuerdo con el estado del Ecuador, al Libertador Simón Bolívar, como protector y padre de la patria, en los mismos términos que lo ha reconocido el Estado del Ecuador".

Desde que el acta fue conocida se vio que en este artículo se dejó abierta una retirada. Sin embargo, en los escritos posteriores de estos generales, principalmente en los del general Obando, se trata al Libertador de la manera más injuriosa que pueda imaginarse.

"3º Las autoridades que actualmente nos gobiernan continuarán en el ejercicio de sus funciones, hasta que el supremo Gobierno del Ecuador resuelva otra cosa, conforme a la Constitución y leyes del Estado".

Este artículo significaba que los mencionados generales debían quedar en el ejercicio de la autoridad *absoluta* que les había conferido una junta de militares que se hallaba bajo sus órdenes, hasta que el general Flórez resolviese otra co-

sa. Llamó la atención desde entonces tanta y tan repentina confianza en el general Flórez.

"4º Comuníquese copia de esta acta a la municipalidad de Almaguer para que uniforme sus sentimientos, y a las del valle y sus jefes políticos, a fin de que, instruidos de la imperiosa necesidad en que se halla Popayán de agregarse al estado del Ecuador, resuelvan para beneficio común lo que estimen conveniente a sus intereses, y sobre todo lo que evite la guerra civil. La misma comunicación se hará a los señores gobernadores de Pasto, la Buenaventura y la del Chocó, cuya provincia se halla sumamente interesada en la agregación del departamento al Ecuador, para hacer su dicha y contribuir a la común, con la apertura del puerto del Atrato".

Por este artículo se procuraba aumentar la desmembración de la Nueva Granada. No hay necesidad de que yo califique este acto.

"5º Que se oficie al señor prefecto (el señor Arroyo, que aún estaba en el valle) con copia de esta acta, para que instruido de ella se restituya con la posible brevedad a esta capital, a fin de promover la tranquilidad que tanto desean nuestros pueblos.

"6º Que sin dilación se remita testimonio de este acuerdo, por medio de los señores doctores Fidel Quijano y José Diago, y del señor Francisco A. Rebolledo, residentes en Quito, para que lo presenten al excelentísimo señor Presidente del Ecuador, a fin de que aceptando nuestros votos y resolución se sirva sostenerlos, entendiéndose con el Gobierno provisional de Bogotá, para

que sequeunde con su influjo la opinión y deseos de los pueblos, y evite la guerra civil entre hermanos y conciudadanos. Remítase también este acuerdo al jefe del expresado Gobierno de Bogotá, manifestándole los deseos pacíficos de este pueblo y la buena correspondencia que espera de aquel Gobierno, para conservar los vínculos de amistad y confraternidad que deben unir a los pueblos de Colombia, para que en la grande asamblea de plenipotenciarios pueda aparecer ante ambos mundos siempre grande, siempre heroica, siempre digna de su nombre”.

La aceptación del general Flórez no se hizo esperar: llegó y el hecho quedó consumado.

Ejerciendo en Popayán los generales Obando y López el poder absoluto en toda su plenitud, es imposible admitir que un acto de tanta importancia y trascendencia se efectuase sin ser promovido y autorizado por ellos. Siendo esto incontrovertible, ¿con qué garantías contaron de que el general Flórez no los llamase a Quito a sufrir allí el juicio que pidieron al Gobierno del señor Mosquera antes de su caída, y que el general Urdaneta cometió el error de decretar? Sometidos ya dichos generales al Gobierno del Ecuador, su acusador más terminante y tenaz, ¿no estaba el jefe de este Gobierno, por su propio decoro, obligado a dictar una resolución análoga a la del general Urdaneta? ¿Convendrían previamente los tres generales en que esto no se haría, para celebrar el acto que hacía Obando y López súbditos de aquel Gobierno, y por consiguiente los ponía a su disposición? Si no hubo convenio previo,

¿con qué seguridades contaron para ponerse bajo el amparo de su mayor enemigo? Tántas cosas se ocurre preguntar sobre este hecho singular e inexplicable, que yo dejo que el lector presuma cuanto de él se deduce. Yo procuro descubrir la verdad, pero no quiero aparecer apasionado, tanto más cuanto que si en alguna otra cosa pudiera estarlo sin querer y sin saberlo, en este asunto, que analizo con la mayor frialdad, me siento completamente imparcial.

Doce años después, cuando los acontecimientos posteriores habían vuelto a hacer al general Obando enemigo del general Flórez, pretendió aclarar este asunto en sus *Apuntamientos para la historia*, diciendo: "Habiendo salido de Popayán a resistir a Posada, que nos hacía por el camino de la Plata amagos falsos, para entorpecer nuestra organización, de regreso recibí oficio del prefecto interino de Popayán, acompañándome el acta de agregación temporal al Ecuador. Yo callé, absteniéndome de aprobar o de improbar, y para hacer más seguro el adormecimiento de Flórez, abrí comunicaciones con él como autoridad de quien ya dependía: aparentaba revelarle nuestra situación y le pedí una turquesa para hacer balas, y unos clarines del parque mismo que nos acababa de robar en Pasto. Todo me fue negado; yo disimulé, lo apunté en mi memorándum y no le pedí más".

En primer lugar no pudo salir el general a resistir "amagos falsos" míos, no habiendo tales amagos, pues yo estaba en el lindo pueblecito del Pital, con toda mi infantería, en conformidad con

las órdenes del Gobierno. Se me había prevenido que por ningún motivo comprometiese la columna, y que en caso de que de Popayán se moviesen tropas sobre la Plata, replegase de este lado del Magdalena, hasta que recibiera refuerzos. Tenía el escuadrón de *Húsares*, fuerte ya de unos 150 hombres, de observación en la Plata, con orden de retirarse a la primera noticia de invasión de tropas de Popayán; de modo que la salida del general Obando debió tener otro motivo; quizá el de prepararse una disculpa sobre un hecho que no podía escondérsele causaría indignación en la Nueva Granada. Si no aprobó ni improbo el acta ¿bajo qué carácter abrió comunicaciones con el general Flórez "como autoridad de quien ya dependía?" ¿Este solo hecho no era una aprobación del acto, que sin su aprobación nada significaba? En Popayán no hubo prefecto interino, sino un jefe político, su parcial y hechura, y aunque me repita, ¿podía aquel sumiso magistrado aventurarse a dar semejante paso, no sólo sin la aquiescencia sino sin la orden del dictador?

Pero veamos lo que dice el general López en sus *Memorias*, escritas veinte años después del suceso, tiempo más que suficiente para que hubiera pensado bien lo que iba a escribir, sin contradecir a su compañero y jefe:

"En tan críticas y apuradas circunstancias —dice López— tuve la inspiración, bien fecunda a la verdad en favorables consecuencias, de proponer a muchas personas notables de Popayán agregarnos al Ecuador condicionalmente, puesto que el Gobierno de Colombia no existía. Acepta-

da mi proposición, se puso en obra el proyecto, y reunido el pueblo deliberó de acuerdo, etc."

Luego la agregación al Ecuador del extenso, rico y poblado territorio que por el acta de Popayán se hacía, y se excitaba a otros pueblos a imitar, fue promovida por el general López. Siendo este general compañero, amigo íntimo del general Obando, su segundo en el mando dictatorial, mancomunado con él en la acusación que el general Flórez les hizo, lanzados juntos y corriendo la misma suerte en la causa que los tenía con las armas en la mano, es de toda imposibilidad suponer que procediera en negocio tan grave sin haberlo consultado con su compañero Obando y obtenido su consentimiento. Es claro, pues, que ambos acordaron y mandaron ejecutar el acto. No pudo ser de otra manera, porque ni uno solo de los que lo firmaron lo habría hecho sin esta garantía, por no decir sin un mandato formal de los dos generales.

No fue condicional la anexión de aquel inapreciable territorio al Ecuador, como dice el general López y lo dice también el general Obando: fue absoluta, permanente, y para probarlo basta leer los artículos del acta, que he transcrito.

La reserva que se hacía en el 7º de los *considerandos*, era limitada a que la asamblea de plenipotenciarios señalase *los límites* de los tres estados; y un arreglo de límites entre naciones contiguas, no significa que se cedan grandes, pobladas y valiosas provincias. Venezuela también sometió a la asamblea de plenipotenciarios el **arreglo de los límites entre ambas Repúblicas, y po-**

dría pretenderse por esto que pudiéramos exigirle a las provincias de Maracaibo, Mérida y Trujillo, o que ella nos exigiese las de Pampiona y Casanare? Además, los *considerandos* en una ley, decreto o acuerdo, no son la ley, el decreto o el acuerdo mismo, ni obligan a nada; lo que obliga es la parte resolutive. Yo veía con profundo disgusto que las circunstancias me iban llevando a verme en el campo de batalla con dos hombres que me parecían perseguidos con injusticia, y que decían que luchaban por restablecer el Gobierno legítimo. Pero el acta de Popayán me reanimó destruyendo mis escrúpulos. Ya no tendría yo que combatir sino a unos granadinos que se declaraban ecuatorianos, y arrebatában a la Nueva Granada una gran parte de su territorio para anexarlo a otro estado, pérdida demasiado gravosa para la Nueva Granada, si sucumbía Colombia, y el general Flórez era bastante fuerte para sostener, contra el Gobierno que se estableciera en Nueva Granada, aquella anexión. Lejos, pues, de sentirme oprimido por lo primero, deseaba que llegase el caso de verificar lo segundo.

XII

El general de brigada Luis Urdaneta había salido de esta capital para Guayaquil a fines de mayo. Llegado a Popayán lo detuvo el general López, le tomó una declaración sobre una carta que aquel general escribió a Quito respecto del general Sucre, la que en sustancia nada decía que indi-

case complicidad en la muerte del mariscal, y lo hizo regresar. Apenas llegado aquí Urdaneta (Luis), publicó un artículo acusando terminantemente de aquel asesinato a Obando y López, con los datos que había recogido en Popayán, e inmediatamente se fue para Cartagena. Yo estaba todavía en Honda cuando pasó: le vi, hablé con él y me dijo cosas que sin la persuasión que yo tenía de que el general Flórez y no otro era el autor de un delito que tan provechoso le era, me habrían hecho, por lo menos, sospechar de Obando y López. A mi pregunta de cómo estaban las cosas en Bogotá, me contestó en términos generales que la exaltación de los partidos era extrema; que el Gobierno era un ente nulo, sin fuerza ni acción; que los *septembristas* y los *santanderistas* eran los verdaderos gobernantes, y que él no extrañaría que el día menos pensado, sin saberse cómo ni de qué manera, se vinieran los partidos a las manos en las mismas calles de la ciudad. Se iba, pues, dicho general sin llevar la menor idea de lo que sucedió poco después de su salida. El mismo día en que yo partí para Guaduas lo hizo él para Cartagena. En dicha ciudad supo los movimientos de las milicias de la Sabana y del batallón *Callao*, y resolvió permanecer allí hasta que llegasen noticias del resultado que tuvieran. Allí acordó con el general Montilla y demás jefes residentes en la plaza, promover una reacción en las tropas existentes en el Ecuador, en favor de la integridad nacional bajo la Constitución acordada por el Congreso y el sometimiento de aquellos pueblos al orden de cosas exis-

tente en Bogotá; y animado con esta grande idea siguió para Panamá. El general Espinar entró en su plan, y puso a su disposición la goleta de guerra *Istmeña* para que le condujese a Guayaquil. Apenas llegado a esta última ciudad, puso en juego sus proyectos, que tuvieron el éxito más completo. La guarnición de Guayaquil fue la primera que se pronunció, y como movidas por un resorte lo hicieron las estacionadas en las demás provincias, secundadas con entusiasmo por todos los pueblos. El general Flórez estaba a la sazón en Pasto con el batallón *Quito*, cuatro compañías del batallón *Vargas* y dos escuadrones de caballería, cuerpos todos muy reducidos en su fuerza; y a la primera noticia que tuvo marchó a Quito, donde también había habido movimiento en el mismo sentido que en las provincias. No bien llegado a dicha ciudad y mientras se ocupaba en armar y preparar los dos batallones de su milicia para resistir a Urdaneta(Luis), que se dirigía a Quito, se pronunció la villa de Ibarra con el 2º escuadrón de *Húsares de Junín*, y cortó la comunicación entre Pasto y Quito. Con este último golpe, el mismo general Flórez se creyó perdido.

Dice el general Obando en sus *Apuntamientos para la historia*:

“Para desconcertar un poco a Urdaneta y a Flórez, e impedir que se pusiese de acuerdo, emprendimos una intriga por la cual se consiguió introducir entre ellos recíprocas desconfianzas. Urdaneta, en consecuencia, mandó a su primo Luis a revolucionar las tropas de Flórez en Guayaquil, y lo consiguió; ya tuvo, pues, Flórez que

ocuparse de Luis Urdaneta, y quedó convertido en enemigo de Rafael, que era lo que buscábamos”.

La inexactitud de este relato queda probada con los hechos notorios, auténticos, que acabo de referir, y bastará una sola observación para convencer al más apasionado: habiendo salido de Bogotá el general Luis Urdaneta, antes de los movimientos de la Sabana y del batallón *Callao*, ¿cómo pudo mandarlo su primo Rafael “a revolucionar las tropas de Flórez en Guayaquil?” El señor Restrepo, en su *Historia de Colombia*, comete el mismo error, porque estos errores son frecuentes cuando se dicen las cosas por presunciones fundadas en los hechos posteriores.

El general López dice en sus *Memorias* que, entre otros motivos, tuvo para promover el acta de Popayán los siguientes:

“Dar fuerza moral al Ecuador para ayudarle a resistir los embates del general Luis Urdaneta, que ya casi ocupaba aquel territorio, con un cuerpo de ejército muy respetable; en términos de que hasta el general Flórez había desesperado ya de conservarse en el puesto.

“Recibir del mismo modo el apoyo moral del Ecuador, ya que no nos era posible auxiliarnos recíprocamente, con fuerzas materiales”.

Esto prueba lo que antes he dicho sobre el modo como aquella acta debió acordarse. Pero el general López comete una equivocación mayor que todas. La guarnición de Guayaquil se pronunció en la tarde del 28 de noviembre; la ciudad el 14 de diciembre, y la marina de guerra que estaba en la ría, el 19 de dicho mes. El general Flórez no se

vio realmente en una situación aflictiva sino a principios de enero. El acta de Popayán se celebró el 1º de diciembre, y día y medio después que el acta de la guarnición de Guayaquil, cuya noticia, que interesaba al Gobierno del Ecuador ocultar, no pudo llegar a Popayán sino unos quince días después de haberse echado los generales Obando y López en brazos del general Flórez, cuando suponían a éste fuerte; y lo estaba realmente, pues disponía de unos 3.000 soldados, con los que pudo venirse a Popayán a asegurar la donación que se le había hecho y salvar a sus protegidos. Los pronunciamientos de las tropas promovidos por el general Luis Urdaneta, lo que hicieron fue impedir que esto sucediera.

XIII

La demora del Libertador y el mal estado de su salud, que alejaba las esperanzas de que pudiera venir; la persuasión en que estaban los anticolombianos de que aunque pudiera no vendría, pues que había rehusado el mando, y no contestaba las notas en que el general Urdaneta le llamaba con instancia; la actitud que habían tomado los generales Obando y López en Popayán, donde habían reunido una fuerza de más de mil hombres; el descontento que causan siempre las medidas que todo gobierno amenazado de una guerra, tiene que tomar para defenderse; todo esto hacía que los anticolombianos empezasen a agitarse y a amenazar en los departamentos sometidos al Gobierno. El general Urdaneta, acusa-

do de demasiado indulgente por el partido que le sostenía, y que con razón se creía en peligro, se vio en la necesidad de declararse en uso de facultades extraordinarias y tomar providencias represivas, principalmente contra algunos de los jefes y oficiales del ejército del antiguo Gobierno, a quienes había tratado con la mayor consideración: a unos expidió licencia absoluta a su solicitud, a otros concedió pasaportes para salir del país, a otros los envió a Cartagena. Esto, como siempre sucede aumentó el descontento, porque siempre se ve el procedimiento y no el motivo que lo causa.

Se habla mucho del despotismo de los militares cuando ejercen destinos de mando político, y la experiencia ha probado que son más tolerantes, en lo general, que los mandatarios civiles. Era el doctor Ramón Ponce, abogado, gobernador de la provincia de Vélez, y exasperó tanto a sus habitantes, quienes son belicosos y poco sufridos, que al fin estalló allí una contrarrevolución. El general Briceño acudió pronto, y el movimiento fue sofocado en diferentes combates. Briceño, que no se detenía para nada en el camino, hizo juzgar a tres oficiales y un sargento que cayeron prisioneros, y condenados por el consejo de guerra fueron pasados por las armas. Dicen que los muertos no dañan, y yo digo que dañan más que cuando vivos, porque por cada hombre que muere de aquella manera, quedan ciento que obran por ellos. El terror puede sofocar por un poco de tiempo el encono; pero el terror pasa y el odio nó, y tras el odio viene el deseo de

la venganza. En Cúcuta también un trastorno que pudo producir un conflicto con el Gobierno venezolano tuvo lugar. El general Fortoul y el coronel Concha, ambos parientes cercanos del general Santander y antiguos servidores en la guerra de la Independencia, intentaron un golpe de mano sobre Cúcuta pasando del territorio venezolano donde se hallaban; fueron batidos y murieron en el combate el coronel Concha con un hijo suyo, apenas adolescente. El general Cruz Carrillo, quien los batió, pasó a su vez la línea, ocupó a San Antonio, primer pueblo de Venezuela, a tiro de ballesta de la frontera, y reclamó la violación de nuestro territorio. Tal incidente hizo temer un rompimiento serio entre los dos Gobiernos; pero el de Venezuela que no se encontraba bien afianzado, se entendió con el de Bogotá diplomáticamente, y con explicaciones mutuas se dieron por satisfechos.

Las noticias que me llegaban de todos estos sucesos me consternaban. Yo veía que ya era inevitable un desenlace por las armas con los caudillos del Cauca, que llamándose ecuatorianos, rompían con su patria, no ya como colombianos sino como granadinos, lo que daba más fuerza a la justicia de la guerra contra ellos. El general Urdaneta se resolvió por fin a emprenderla eficazmente; mandó a Cali al nuevo general Muñerza a organizar una división, y se me puso a sus órdenes. De los cuerpos que constituían la fuerza del Gobierno caído, conservó el general Urdaneta el batallón *Cazadores* de Bogotá, incorporando en él toda la tropa vencida en el Santua-

rio; confió su mando al capitán Vicente Bustamante, de los vencidos, a quien ascendió a teniente coronel, y casi todos los oficiales eran también de los del Gobierno anterior, a los que dispensó consideraciones, dio ascensos y honró con su confianza. El general Murgueitio había levantado fuerzas en el bajo Cauca, y Obando y López se mantenían en expectativa.

Un trueno sordo, semejante al que en el Chimborazo anuncia un inmediato terremoto, corrió de un extremo a otro de la República: "¡Murió el Libertador en Santa Marta!" y todos quedamos aterrados. La confirmación oficial de la infausta noticia nos anonadó.

XIV

El 1º de diciembre había llegado Bolívar a Santa Marta en un estado lamentable de postración. Agravándose por momentos, lo condujeron a los seis días a la hacienda de San Pedro Alejandrino, propiedad del señor Joaquín Mier, español de nacimiento, situada a la orilla del río Manzanares, a una legua de Santa Marta, cerca de Mamatoco, pueblo de indios, que, como todos, fueron tenaces defensores de la causa real de España. Y el día 17 a la una de la tarde expiró como quería: "en los brazos de sus antiguos compañeros y amigos, rodeado de sacerdotes católicos de su país y con el crucifijo en las manos". El obispo de Santa Marta recogió el postrer aliento de aquel hombre que se despedía del mundo como un santo, después de haber ilustrado a su patria como un héroe.

Poco antes de morir *firmó* una proclama, en la que decía a los colombianos: "Unión, unión, o la anarquía os devorará"; palabras que se perdieron en el espacio.

XV

Todos los hombres tenemos algo de supersticiosos. La coincidencia de haber muerto Bolívar el mismo día y a la misma hora en que firmó en 1819 la sanción de la ley que fundó la REPUBLICA DE COLOMBIA, me causó tal impresión, que en el acto resonaron en mi oído aquellas palabras del señor Caicedo: "coronel Posada, la causa de Colombia es una causa perdida, y somos granadinos".

El general Urdaneta me escribió acongojado, sin hacerse ilusiones sobre nuestra situación. Yo le contesté suplicándole que se salvase y nos salvase: que puesto que él no había sido nombrado por los pueblos sino para ejercer el Poder Ejecutivo durante la ausencia del Libertador, habiendo Dios resuelto que éste pasara a mejor morada, llamase al general Caicedo y depusiese en sus manos, como Vicepresidente, la autoridad provisoria que ejercía; que la bondad del señor Caicedo, su patriotismo y su recto criterio, nos prometían un decreto de olvido de lo pasado, siendo este el único medio que yo alcanzaba, de salir de nuestra difícil posición, y me atreví a decirle:

"Mi general, la causa de Colombia es una causa perdida, y yo soy granadino".

El general Urdaneta, estuvo inclinado a acoger mi ruego; pero en una junta que había reunido el

10 de enero para consultar la opinión de sus amigos, se había resuelto que convocara una convención de diputados de los departamentos que le obedecían; que se observara en lo posible la Constitución, y que se negociara con los jefes de Venezuela y el Ecuador para restablecer la concordia. Esta junta fue puramente privada, compuesta de los hombres más distinguidos de la capital, entre los que figuraban algunos liberales moderados. No sólo yo manifesté al general Urdaneta que le convenía dejar el mando, muerto el Libertador: otros de posición más elevada que la mía le aconsejaron lo mismo: él consultó la medida a otra junta que unánimemente la rechazó. Los ministros del despacho, a quienes les previno le dirigiesen una consulta sobre medidas que fuese conveniente adoptar, lo hicieron, y conformándose con ella expidió los decretos siguientes: uno (enero 13) declarando vigente la Constitución, quedando por consiguiente derogado aquel en que se declaró en uso de facultades extraordinarias; otro de la misma fecha convocando una convención de diputados de los departamentos de Antioquia, Cauca, Cundinamarca, Istmo y Magdalena, la que debía reunirse en la Villa de Leiva (provincia de Tunja) el 15 de junio próximo. El reglamento de elecciones para dicha convención fue en extremo liberal.

En cumplimiento de lo prescrito por la Constitución, instaló el Consejo de Estado y nombró el procurador general de la Nación. Quedó, pues, restablecido el orden constitucional hasta donde era posible.

Yo me aluciné al principio con estas medidas. Me pareció que, convocada una convención soberana, que revisaría la Constitución y nombraría los altos magistrados *granadinos* quedaban satisfechas las necesidades de la situación. Pero esta alucinación halagüeña pasó bien pronto: la muerte del Libertador precipitaba los acontecimientos de una manera que hacía ver que la convención no se reuniría, o que sería desconocida por el partido adversario, que sediento de venganza y no admitiendo nada que no fuese su predominio absoluto, amenazaba y levantaba la cabeza por todas partes. En la provincia de Cartagena estalló un movimiento que se extendió con rapidez en los populosos cantones de Barranquilla, Soledad y Sabanalarga. Salieron tropas de Cartagena al mando del general Ignacio Luque, y los revolucionarios fueron completamente batidos por el batallón *Pichincha*, comandado por el teniente coronel José María Vesga, quien por este hecho de armas fue ascendido a coronel.

La revolución de las tropas y provincias del Ecuador se deshacía por contrapronunciamientos y convenios, con la misma facilidad con que se hizo: faltaba el nombre mágico que las movió, y fue fácil al general Flórez írselas atrayendo. El general Luis Urdaneta tuvo que irse a Panamá, donde le esperaba el banquillo *liberal*, con violación de la Constitución y de todo derecho.

Los generales Obando y López conocieron que la ocasión era llegada, y se resolvieron a obrar con más de 1.000 hombres sobre el bajo valle del Cauca. El general Murguétio, comandante ge-

neral del departamento, había organizado 400 hombres de milicia en los cantones de Buga y Cartago. El nuevo general Mugüerza se hallaba en el cantón de Palmira con el batallón *Cazadores* de Bogotá, cuya fuerza no pasaba de 400 hombres, el segundo escuadrón del regimiento de *Húsares de Junín*, que tenía 130, como 200 hombres de la milicia de Cali, y una compañía de *Vargas* de 50 hombres. Mugüerza, que no conocía el país en que tenía que vérselas con dos hombres que lo conocían a palmos, no tuvo el cuidado de establecer un buen espionaje que le avisara siquiera los movimientos del enemigo. Tan confiado estaba, que pudieron Obando y López ocupar la villa de Palmira, casi rozándose con su campamento, dejándolo a su retaguardia, sin que él tuviese el menor aviso, hasta que el enemigo ocupó dicha villa. El general Murgueítio, que venía a unírsele, no pudiendo ya verificarlo, interpuesto como estaba el enemigo entre él y Mugüerza, regresó a Cartago, dispersándosele los milicianos en la marcha. Sabido en dicha ciudad, su patria nativa, el suceso de que voy a ocuparme, lo prendieron sus paisanos y lo entregaron a sus enemigos.

Es indudable que desde antes estaban Obando y López en comunicación con Bustamante del batallón *Cazadores* de Bogotá, y con los más de los oficiales de dicho cuerpo, que no puede concebirse cómo fue mandado por el general Urdaneta al Cauca, compuesto como estaba de oficiales y soldados del gobierno caído. Para asegurar-se más enviaron dichos generales al comandante

de la milicia de Palmira, señor Rengifo Palacios, para que aparentando huir de ellos fuese al campo de Mugüerza con el objeto ostensible de avisarle que estaba el enemigo en Palmira, y con el real de hablar con Bustamante y los oficiales de *Cazadores*, y combinar una traición para el momento del combate. Rengifo cumplió su comisión, y cuando Mugüerza desconfió de él lo mandó arrestar en la guardia de prevención de *Cazadores*.¹ Dos destacamentos de la caballería de Mugüerza fueron sorprendidos y hechos prisioneros, sin que hubieran tenido la menor idea de que corrían aquel peligro: así se hacía el servicio.

Casi a un tiempo supo Mugüerza la retirada de Murgueítio y la aproximación del enemigo, y resolvió atacarlo, sin conocer su situación, ni su fuerza, ni nada de lo que un comandante en jefe tiene que saber antes de exponer la vida de sus soldados y la causa que sostiene, porque el comandante en jefe tiene obligación no sólo de saber sino de adivinar lo que el enemigo hace. Quiero dejar hablar al señor Restrepo sobre lo que sucedió en seguida:

“En efecto —dice— Mugüerza emprende su marcha a las doce de la noche con mucha confianza de un feliz resultado, y dispuesto a atacar al enemigo al amanecer. En este movimiento nocturno el batallón *Cazadores de Bogotá*, que iba a la vanguardia, se dividió en dos trozos por sugerencias y arbitrios del capitán Nicolás Ma-

¹ El general López en sus *Memorias* dice que Rengifo fue arrestado antes de que hablara con Bustamante. Este es un error, si no es otra cosa.

diedo, que obraba en favor de Obando. Luégo que éste supo la crítica situación de las tropas de Mugüerza (febrero 10), las atacó a las cinco de la mañana en una llanura limpia, de la hacienda del *Papayal*, colocándose en el centro de las fuerzas divididas de Mugüerza. Una compañía del *Vargas* regida por el capitán Luis Quintero y un trozo de poco más de 200 hombres de Cali, cuyo comandante era Manuel José Collazos, pelearon con mucho valor; mas no pudieron resistir al mayor número. El escuadrón de *Húsares*, ya muy disminuido por haber perdido el día anterior dos destacamentos, hizo también esfuerzos para proteger la reunión del batallón *Cazadores*, aunque en vano, pues sufrió una dispersión. El mencionado batallón, cuya oficialidad era contraria al gobierno de Urdaneta, no quiso combatir. Dirigido por su comandante Vicente Bustamante, se emboscó, exceptuando una compañía que mandaba el capitán Reyes, la que peleó valerosamente. Desde allí vio sin rubor (Bustamante) sacrificar a sus compañeros de armas. Concluida la resistencia, se unió a los vencedores, a quienes consideraba como defensores de la libertad. Mataron éstos como 70 hombres en la pelea y se hicieron dueños de todo lo que llevaba aquella columna. Mugüerza escapó a Cali con doce húsares y ocho oficiales, de donde siguió a Panamá en compañía del prefecto González.

“Obtenida tan fácil ventaja, que duplicó las fuerzas de Obando, nada hubo que se le pudiera oponer en el valle del Cauca. El 13 de febrero, Cali cedió con repugnancia a la fuerza, retirán-

dose Manuel José Collazos con 60 hombres, de los más comprometidos en aquella ciudad, a la montaña de las Hojas, donde se dispersaron".

Apenas posesionados de Cali Obando y López, fusilaron a los capitanes Quintero y Reyes, y a los tenientes Saldaña y González. Este asesinato fue el modelo de otros posteriores de la misma laya. La prensa denunció que Quintero fue fusilado porque había dado una declaración en el sumario que se levantó sobre la muerte del general Sucre. El teniente González era hijo del Coronel José María González, que fue el último jefe que abandonó la plaza de armas de Bogotá el 28 de agosto después de la capitulación; y era un muchacho candoroso aun no salido de la adolescencia. El comandante Bustamante fue premiado en el acto, reconociéndosele el empleo de teniente coronel que había recibido del general Urdaneta y ascendiéndosele a coronel; todos los oficiales recibieron ascensos, y los sargentos primeros fueron hechos oficiales. Al cuerpo se le quitó el nombre de *Cazadores* de Bogotá, con el que había combatido en defensa del Gobierno legítimo el 27 de agosto, y se le dio el de *Palmira*; es decir, se le quitó un timbre y se le puso un *Inri*.

Aquello se llamó "la gloriosa batalla de Palmira", y hubo coronas, arengas, y hasta versos para los "héroes de Palmira". Es verdad que los vencedores no tuvieron más que un muerto, y que los milicianos de Cali, además de la mitad de ellos que quedaron muertos a lanzadas, los demás, si no murieron, quedaron inútiles de las heridas que indefensos y fugitivos recibieron. Los soldados

del Vargas perecieron casi todos cruelmente sacrificados, de manera que la tal batalla fue una carnicería. Estos son hechos sabidos de cuantos en aquel tiempo vivían; y en un cuadro de la batalla que vi en pintura al óleo, sólo aparece un muerto del lado de los vencedores, lo que prueba la verdad de lo que digo.

El general Obando dio al comandante Bustamante un certificado llamado honrosísimo en aquellos tiempos. Bustamante, agobiado por los remordimientos, y por el modo con que lo trataban hasta sus antiguos amigos, sirvió al Gobierno con lealtad acrisolada contra la revolución obandista de 1840. El general Obando le hizo insinuaciones por medio de mensajeros, recordándole los tiempos de antaño, y excitándole a que se le pasara con su cuerpo: Bustamante rechazó la proposición. Hé aquí a Bustamante ya comprendido entre los hombres que el general Obando debía vulnerar en sus *Apuntamientos para la historia*. Veamos cómo lo califica respecto de este suceso:

“El teniente coronel Vicente Bustamante —dice— ascendido a este empleo por Urdaneta, fue confirmado por mí en dicho ascenso, y además le di el grado de coronel y el mando del batallón *Palmira*, de nueva creación. Yo tuve informes favorables a él: intentó revolucionar el cuerpo que traía de Bogotá, aunque nunca se resolvió a hacerlo, a pesar de las fuertes excitaciones de la oficialidad. La víspera de la acción por la noche, perdido por aquellos caminos con su batallón, había venido a resultar cerca de mi campo; los ofi-

ciales le rogaban que no malograrse tan bella ocasión, y sin embargo no pudo resolverse y contramarchó a reunirse con Mugüerza. Peleó en Palmira contra nosotros; fue hecho prisionero por el cabo Cruz Rojas, que quiso matarlo con la bayoneta, y le salvó la vida el generoso y valiente comandante Pedro Antonio Sánchez. Yo presté a Bustamante una estimación indiscreta, y por relevarle de la mancha de haber servido a Urdaneta, tuve la debilidad de certificar falsamente que se había pasado en la acción. Yo me lleno de rubor al tener que confesarlo, más es forzoso decirlo: yo mentí por hacer bien a un hombre sin que le resultase mal a otro; pero no me he quedado impune; el mismo Bustamante ha castigado mi compasiva y generosa falsedad, en prueba de que no debemos obrar mal ni para hacer bien”.

Dejo al lector las observaciones que le ocurran sobre este relato.

La noticia de este suceso causó en Bogotá una indignación que llegaba al furor. Se hicieron al Gobierno representaciones con muchas firmas, en las que se le aensaba de demasiado indulgente, y se reclamaban de él providencias represivas y la separación de los militares sospechosos, o que por sus compromisos no dieran garantía de fidelidad; y el Gobierno tuvo que obrar en consecuencia. Inmediatamente tomó medidas para aumentar el ejército en todas partes, y uno de 4.000 hombres se preparaba para invadir al Cauca por Antioquia, el Quindío y la Plata.

INDICE DEL III TOMO

CAPITULO TREINTA Y TRES

Asesinato del Mariscal de Ayacucho

(1830)

- I. Estado de ánimo del autor al llegar en su relato al crimen de Berruecos. Regresa el Mariscal Sucre de Venezuela. Su última entrevista con el Libertador. Conferencias con el Vicepresidente Caicedo. La ruta fatal—II. Lo que dice el general López en sus *Memorias*. Réplica del autor. El odio de los *liberales* a Bolívar se hace extensivo a Sucre. Estorbaba al partido disolvente—III. El Mariscal sigue incauto su marcha. Maniobras en Popayán; postas que se despachan; consejos de los amigos; el deseo de unirse a su familia; conjeturas—IV. *El Demócrata* insulta, calumnia y ridiculiza a Sucre y elogia a Obando—V. El autor lo defiende. VI. Continúa la defensa al Mariscal calumniado. Ultima carta de Sucre. Imprueba el pronunciamiento de Quito. Militares bolivianos—VII. Llega Sucre al Salto de Mayo. Quién era Eraso. La montaña de Berruecos. Llegan Eraso y Sarria a La Venta. Quién era Sarria. Protección de Obando a estos dos bandidos—VIII. Sorpresa de Sucre al encontrarlos en ese sitio; les hace algún obsequio, los invita a comer y pernoctar en La Venta. Ambos rehusan y salen para el Salto. Se toman entonces algunas precauciones—IX.

La mañana del 4 de junio de 1830. Sale Sucre con algunos compañeros. Un tiro de fusil. "¡Ay balazo!" Tres tiros más. Cae al lodazal. Huyen los compañeros. Indiferencia de Sarria y Erazo. Vuelven los compañeros de Sucre, encuentran el cadáver sin señal de robo y lo entierran en la montaña. La Cruz. Nota de Obando al prefecto del Cauca. Carta de Obando al general Flórez. Oficio al Comandante general de Quito. Parte del Prefecto del Cauca al Gobierno—X. Cómo anunciaron los periódicos liberales la noticia. Impresión que causa al Presidente Mosquera y a todos los hombres de bien. Inculpaciones de la prensa al general Obando. Cartas de Obando a Flórez y a Murgueitio—XI. Guerrero y Obando. Declaración juramentada de Guerrero. ¿Quién diría la verdad?—XII. Averiguaciones imposibles por la parcialidad de los partidos. Inculpaciones de cada cual a Flórez y a Obando. Análisis del autor—XIII. Fundamentos de los comentarios. El partido liberal acusa a Flórez. El autor va a Pasto y estudia el punto. XIV. Publicaciones de Obando. No satisfacen. XV. La montaña de Berruecos. Flórez y Obando—XVI. Comentarios del autor. Publicaciones sobre el crimen—XVII. La declaración de Guerrero. El Libro de Obando—XVIII. Carta de Obando a Flórez. Comisión de Guerrero. Comentarios del autor. Móviles de Flórez y móviles de Obando—XIX. Lo que dicen Baralt y Díaz. Los delitos políticos y la doctrina liberal—XX. Conspiración anterior en el Sur contra la vida de Sucre. José Ignacio Luque y Luis Urdaneta. Argumentos de Obando. Flórez cómplice de Obando. En Bogotá se discutió y preparó el crimen. XXI. Otra vez el libro de Obando. Ataca al general Isidoro Barriga. El partido liberal defiende a Obando. Juicio de los egipcios, acusa-

ción y defensa de los muertos. El autor ni afirma ni niega, ni acusa ni defiende 7

CAPITULO TREINTA Y CUATRO

Cuadro de costumbres de la antigua Cartagena

(1830)

- I. Llega el Libertador a Turbaco. Calma a los amotinados de Cartagena. Juramento de la Constitución y reconocimiento de los supremos magistrados. Logra lo mismo con cartas a Panamá. Lujoso recibimiento del Libertador en Cartagena. Sus amigos tratan de hacerlo desistir del viaje. No es Colombia sino Venezuela, dice, la que lo obliga a expatriarse. Embarca su equipaje. Nuevas instancias; dificultades de la navegación lo obligan a aplazar su salida. Escribe a su apoderado a Caracas que realice lo que le quede y le mande su producto—II. El Presidente Mosquera plantea la Constitución y organiza su Gobierno. Cede a las exigencias del partido liberal. El doctor Francisco Soto nombrado Procurador General de la Nación. Sus méritos. III. Llega el batallón Boyacá. Recibimiento que se le hace. Regresa del Perú el batallón Callao. Entrevista de su Jefe con el autor—IV. El Libertador en el Pie de la Popa. La Virgen de la Candelaria. La Novena. El juego. Los bailes de 1^o, 2^o, 3^o, 4^o, 5^o y 6^o. El currulao. El minué. Orden y compostura. Licores. Oratorios privados. La fiesta de la Candelaria. La procesión. Indumentaria masculina y femenina. Los carnavales. Cabildos de esclavos. Casas de campo 70

Págs.

CAPITULO TREINTA Y CINCO

El autor en Europa. Agravios al Libertador en Venezuela.

(1815 y 1830)

- I. El sitio de Cartagena en 1815. Sacrificios inútiles. Otro sitio en 1821—II. Entusiasmo del autor por la causa de la independencia. Sus padres no simpatizan con ella. Lo mandan a Jamaica y a Europa. Londres, Francia, Napoleón y Waterloo. El emperador de Rusia, el emperador de Austria, el rey de Prusia, el duque de Wellington, el mariscal Blucher, Luis XVIII. Recuerdos de París. Regreso del autor. De Santa Marta a Jamaica, y a Cartagena en 1818. No desiste de su entusiasmo republicano. Sus amigos. Vuelto a Jamaica. Paso a Venezuela. Incorpórase a las fuerzas de Urdaneta. Campañas. Servicios posteriores—II. Abatimiento del Libertador en Cartagena. Se le comunica la muerte alevosa del Mariscal Sucre. Dificultades para el embarque. Empeños de las autoridades y de sus amigos—IV. Ofensas venezolanas. Nota del Congreso de Venezuela al Congreso constituyente de Colombia, sobre desconocimiento de la autoridad de Bolívar y exigencias de ostracismo. Contestación del ministro Vicente Azuero. Nota de éste al Libertador, y copias que le acompaña. Publicaciones en la *Gaceta Oficial*. Nota del Ministro Márquez al Libertador. Contestación. V. Comentarios y réplica del autor. Conducta de Azuero. Se agrava la dolencia de Bolívar; no le llegan recursos de Caracas; vive de préstamos; aplaza su viaje; los liberales interpretan mal esta demora—VI. Malestar general. Enfer-

ma el Presidente Mosquera. Insultos y amenazas a los amigos de Bolívar. Medidas inoportunas del Ministro Azuero.—VII. Renuncia del Ministro Márquez. Los Ministros Borrero y Urdaneta. El general Rieux. Preponderancia del Ministro Azuero. El partido liberal y el partido colombiano. Los batallones *Boyacá*, *Callao* y *Cazadores*. Desconcierto y crisis 101

CAPITULO TREINTA Y SEIS

Los batallones Callao, Boyacá y Cazadores. Guerra civil.

(1830)

I. Preámbulo.—II. Sale el batallón *Callao* y es queda el *Boyacá*. Representación de varios ciudadanos al Vicepresidente Caicedo. Llega tarde a sus manos.—III. Trátase de detener el *Callao* en Gachancipá. El coronel Florencio Jiménez. Ordenes del Ministerio de la Guerra. Se desobedecen.—IV. Nota del Estado mayor general. Influencia de los liberales sobre Jiménez. Nota del Ministerio que llega tarde a Jiménez. Combate entre el batallón *Boyacá* y el batallón *Callao* cerca a Zipaquirá.—V. Conferencia del general Francisco de Paula Vélez con el coronel Jiménez. Censura liberal. Clérigos sueltos. Elogio y defensa del general Vélez.—VI. Misión del general José María Ortega al campo disidente. Conferencia. Regreso. Los generales Ortega y Vélez calumniados.—VII. Renuncian los ministros. Presión liberal al Vicepresidente Caicedo, y no las admite. El caso contrario.—VIII. Refuerzos de Fontibón para la división *Callao*. Lo que siempre sucede después de la guerra. Gajes de los héroes. Divagaciones.—IX. Nota de Moreno,

Pags.

el autor de la anexión de Casanare a Venezuela. Estudio sobre su actitud de rebeldía. Nuevos pronunciamientos. Llamamiento al Libertador—X. La división disidente marcha sobre Bogotá. Comisión del Gobierno ante ella. Memorial de agravios. Lo que piden. Comentarios—XI. Castillo Rada, Suárez y Baralt pasan al campo de los disidentes. Estos designan a Castelli, Piñeres y Domínguez para la conferencia. Diario histórico de la división Callao. Comentario. Carta de Jiménez al Presidente Mosquera. Regresa éste a Bogotá. Su arenga a las tropas. Comentario—XII. Representación de los cundinamarqueses al Gobierno. Carta del Presidente Mosquera al coronel Jiménez—XIII. Objeto de la revolución. Mosquera, Caicedo y Jiménez sojuzgados. El general París en el campo de los rebeldes. Inutilidad de su misión. El Presidente Mosquera celebra en Techo con ellos una conferencia sin ningún resultado. Ultimátum. Otra carta del Presidente Mosquera al coronel Jiménez. Comentario. Lealtad de algunos jefes. XIV. Encuentros parciales. Urdaneta y Jiménez en Fontibón. El Consejo de Ministros. El Consejo de Estado. El decreto de Azuero, imprudente y apasionado. Su texto completo—XV. Actitud del general Urdaneta. Indignación que causa el decreto a los disidentes. Cartas de Urdaneta—XVI. El autor lo defiende de las inculpaciones del historiador Restrepo. Nota del coronel Jiménez al general Urdaneta. Botín de guerra. Tiroteo de guerrillas. Incorporación de Urdaneta a las fuerzas rebeldes. Instrucciones que le da Jiménez. El Presidente Mosquera vacila en atacarlos. *Alea jacta est* 140

CAPITULO TREINTA Y SIETE

Derrota en el Santuario y caída del Gobierno legítimo.

(1830)

I. El jefe de las fuerzas del Gobierno. Opiniones y planes del general Vélez—II. Los “clérigos sueltos”—III. Marchan al combate las tropas gobiernistas. Vivas al Gobierno legítimo. IV. Prevención inconsulta. Por ella regresa precipitadamente la columna—V. Se varía el plan de ataque. Oportunidades perdidas. Movimientos de tropas. Autorizaciones al general Vélez. Disquisiciones del autor. El general Vélez no se pone en marcha. Ordenes y contraórdenes. La consternación en Bogotá. Recuerdo de Waterloo y de Ayacucho. Arrojo del jefe del Gobierno. Muere en lo más rudo de la pelea. Sus últimos órdenes. Terrible mortandad y triunfo de las fuerzas rebeldes. El diario histórico de la división Callao—VI. Después del triunfo. Terror en la capital, que queda indefensa. Intimación. Conferencia de los generales Morales y Ortega con el coronel Jiménez. Ningún resultado tuvieron. Regresan los comisionados. Aumenta el terror en Bogotá. Castillo Rada y Baralt en el campo revolucionario. Capitulaciones que firman en San Victorino. Las ratifican el Presidente de la República y el coronel Jiménez. Censuras del historiador Restrepo. Baralt y Díaz. El autor defiende al Presidente Mosquera—VII. Entran a la capital los vencedores. Conferencia del Presidente con Jiménez. Nota del Presidente al Consejo de Estado—VIII. Llega el general Urdaneta. Explicación de su conducta—IX. Reorganiza el Presidente Mosquera el Ministerio. Réplica del autor al historiador Restrepo respecto al general Urdaneta—X. Re-

solución del Consejo de Estado. Manifestaciones populares. Acta de Bogotá—XI. Llega el general Briceño. Sus opiniones—XII. Sesión del Consejo de Estado. Los distintos pareceres—XIII. Conferencia del general Urdaneta con los vencedores. Reforma de un artículo de la capitulación. Sesión acalorada del Consejo de Estado. XIV. Nota de Briceño y Jiménez al Presidente de la República. Conferencia de aquéllos con el general Urdaneta. Proposición del Consejo de Estado. El Presidente y el Vicepresidente se retiran a sus casas. Presión del partido liberal. XV. El Consejo Municipal. Actitud del general Urdaneta. El autor la defiende. Toma posesión del poder *de facto* el general Urdaneta. Forma su ministerio. Renace la calma. Respeto a los señores Mosquera y Caicedo. El Presidente Mosquera pide pasaporte. Se le remite. Sale del país. El Vicepresidente Caicedo se va para *Saldaña*. Cotejo con la revolución de Mosquera y martirio de los señores Ospina y Calvo. La Huer-ta de Jaime. Deprecación del autor a los liberales y a los artesanos 212

CAPITULO TREINTA Y OCHO

Gobierno de facto del general Rafael Urdaneta

(1830)

- I. El autor en Guaduas. Noticias que le llegan. Sus ideas coinciden con las de los revolucionarios. Se compromete con ellos. Las "malas horas". Los "espíritus maléficos"—II. Conferencia con Vargas París. El autor se toma a Honda pacíficamente—III. Junta popular que se suspende. Nota del autor al gobernador de Mariquita. Reúñese la junta; acta que se firma; pue-blos que adhieren a ella—IV. Se envían al Li- bertador esas actas. Nota del general Urdaneta.

Vuelve el autor a Bogotá. Obra de la Providencia—V. Conferencia el autor con el general Urdaneta. Solicitud de Obando y López. El autor nombrado comandante de la columna de Neiva. VI. Se propaga la revolución. Discursos de los comisionados ante el Libertador. Su contestación. Insistencia de sus amigos. Rehusa el mando y expide una proclama en Cartagena. Junta popular; nuevas instancias al Libertador; insistencia en su renuncia; publicación de la *Gaceta*; imputaciones calumniosas del partido liberal a Bolívar; documentos en su defensa; la Historia de Restrepo. Sale el Libertador para Barranquilla, y pasa luego a Santa Marta—VII. Pronunciamientos en varias Provincias. Es batido Pedro Carujo. Asambleas de Antioquia y del Cauca. Insurrección de los generales Obando y López. Violenta proclama del general Urdaneta contra ellos—VIII. El autor en Purificación. Porvenir de Mariquita y Neiva. Inconvenientes de ser *demasiado bueno*—IX. Capitulación de Cali. Marcha el general López a La Plata. Notas que recibe el autor—X. La Asamblea del Cauca. Rebeldía de Obando y López. Nota de éste al Ministro de la Guerra. Contestación. Dictadura que le confieren las tropas a Obando—XI. "El Ecuador en Colombia". Convención constituyente. Honores al Libertador. El general Flórez nombrado Presidente. Pasto, Buenaventura y Popayán se anexas al Ecuador. Obando y López en Popayán. Réplica del autor a lo que aseveran en sus libros—XII. El general Luis Urdaneta se dirige a Quito. Falsedades de Obando en sus *Apuntamientos*. Equivocaciones de López en sus *Memorias*—XIII. Descontento con el gobierno de Urdaneta. Combates en Vélez y en Cúcuta. Las tropas del Cauca. Muere el Libertador en Santa Marta—XIV.

Págs.

Detalles sobre sus últimos momentos—XV. Coincidencia. Carta del general Urdaneta al autor, quien le aconseja retirarse del mando. Convoca Urdaneta una Convención constituyente para la Villa de Leiva. Se instala el Consejo de Estado. Revolución en la costa atlántica. Movimientos de Obando y López en el Cauca. Triunfos que obtienen. Fusilamientos y ascensos. La batalla de Palmira. Los <i>Apuntamientos</i> del general Obando. Acusaciones al gobierno de López. Aprestos militares	290
---	-----

FIN DEL TOMO TERCERO